



BRITISH MUSEUM

ADAM
LONG



VALERA

FLORILEGIO
DE POESIAS

1



46767

RALD

PQ6186

V3

v. 1



1080018930



ETER PARATVVM

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



FLORILEGIO

DE

POESIAS CASTELLANAS

DEL SIGLO XIX

Con introducción y notas biográficas y críticas

FOR

JUAN VALERA

De la Real Academia Española.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CALLE ALFONSO XIII, 15
C.P. 66000 MONTERREY, NUEVO LEÓN

TOMO I

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1902

46767

10504

Capilla Alfonso XIII
Biblioteca de Arte y Tallas
Biblioteca Universitaria

PQ6186

V3

v. 1



Es propiedad.—Derechos reservados.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MADRID, 1902.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO TELLEZ"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

INTRODUCCIÓN

BIEN puede afirmarse que la historia de la amena literatura en España, durante el siglo XIX, está ya discreta y cuidadosamente escrita. Dos son los autores que en mi sentir han llevado á cabo esta tarea: D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, y el religioso agustino Fray Francisco Blanco García.

En la *Biblioteca de Autores Españoles* de D. Manuel Rivadeneyra, coleccionó é ilustró el mencionado Sr. Cueto los poetas líricos del siglo XVIII, precediendo la colección un Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII, trabajo estimable y hartó más completo que lo que puede inferirse del modesto título que lle-

010594

va. Es, sin duda, una historia de nuestra literatura en el siglo XVIII; pero, como no pocos autores de los que en dicho siglo nacieron lograron prolongar su vida y siguieron mostrando su actividad literaria durante muchos años, tal vez hasta mediados del siglo XIX, y como el Sr. Cueto trata de ellos en su Bosquejo y colecciona sus obras, resulta que su historia literaria traspasa los límites del siglo XVIII y llega hasta mediados del XIX, enumerando y juzgando á poetas y escritores que hasta entonces vivieron y coleccionando las obras de los que habían muerto ya cuando se dió á la estampa en 1869, su colección de poetas líricos.

Tenemos, pues, citados y juzgados por el Sr. Cueto é incluídos en su colección á Meléndez Valdés, á Quintana, á Gallego, al Conde de Noroña, á Manuel María Arjona, á Francisco Sánchez Barbero, á Cienfuegos, á Jovellanos, á D. Leandro Fernandez de Moratín, á Lista, á Maury, á Arriaza, á Vargas Ponce, á Somoza, á Reinoso, á Marchena, á Gallardo, á Dionisio Solís, á D. Francisco Gregorio de Salas, á Tomás José González Carvajal, á Joaquín Lorenzo Villanueva, á José María Rol-

dán, á Cristóbal de Beña, á Blanco y Crespo, á Eugenio de Tapia, al Duque de Ahumada, á Pablo Jérica, á Pérez del Camino y á Muso y Valiente. La historia de nuestra poesía hasta la aparición del romanticismo, casi puede darse por contenida en el Bosquejo del Sr. Cueto.

La obra del Padre Blanco García *La literatura española en el siglo XIX*, completa la historia hasta la terminación de dicho siglo. Y en mi sentir la completa bien por la extraordinaria diligencia con que estudió el padre á todos los autores de algún valer y por el esmero y cuidado con que procuró calificarlos y juzgarlos. Lo menos da el Padre Blanco García noticia de quinientos autores y juicio de sus obras. Suponiendo que doscientos, no fueron más que prosistas, todavía tendremos, en la España del siglo XIX, trescientos poetas de alguna importancia, memorables y dignos de la historia. Demasiado me parece, pero no quiero yo perjudicar á nadie ni escatimarle el lauro que en justicia le corresponda.

Para cualquiera de las otras bellas artes, pintura, escultura, arquitectura y música, pongamos por caso, se requieren previos y

detenidos estudios, educación especial, una parte técnica para cuya adquisición es indispensable trabajo, perseverancia y tal vez dispendio. Para componer versos, apenas se necesita nada. Acaso convenga saber algo de esto que llaman humanidades, aunque, después de la revolución romántica, hasta la conveniencia de las humanidades y aun del estudio de la gramática castellana se pone en duda. Hay quien imagina que la erudición lejos de prestar alas al ingenio le abate y le merma y le acorta con su peso la divina facultad de encumbrarse volando. Resulta, pues, que para componer versos no hay nadie que no esté habilitado con tal de que aprenda á hablar. Así se explica que hayamos tenido trescientos poetas en el siglo XIX, y aun se explicaría, que hubiera llegado á tres mil el número de ellos.

Difficil es, con todo, entresacar de dicho número los verdadera y legítimamente inmortales; los que tienen algo de esto que llaman genio; los que si á ellos mismos los llamamos genios, aunque se tome dicho título por sobrado enfática hipérbole se nos perdone el emplearla, en gracia del justo

entusiasmo que el así titulado nos inspire.

Es evidente que por mucha autoridad que tenga un crítico, y lo que es yo me considero con muy poca ó con ninguna, no se atrevería ni debería atreverse por sí solo á conceder á nadie tan precioso diploma de inmortalidad y de encumbramiento; pero en auxilio del crítico, prestándole el crédito que á él puede faltarle y echando en la balanza de su juicio todo el peso de una autoridad superior, viene á ponerse la voz del pueblo, la cual, si no es infalible, ni voz de Dios, como atrevidamente dice un antiguo proverbio, vale é importa muchísimo, aun en las épocas y en las naciones en que el gusto está muy corrompido ó extraviado.

Apoyándonos pues, en la voz del pueblo, en sus aplausos y en la fama y buen nombre de que ciertos poetas gozan, bien podemos corroborar nuestro juicio y afirmar, sin que demos la sentencia por irrevocable, que entre los centenares de poetas líricos que han vivido en el siglo XIX, descuellan, antes del romanticismo, Quintana y Gallego; durante el romanticismo, D. Angel de Saavedra Duque de Rivas, Espronceda y Zorrilla; y después del romanticismo, Gus-

tavo Adolfo Becquer, Ramón de Campoamor y Gaspar Núñez de Arce.

En pos de los ocho poetas tan altamente glorificados, podemos colocar á algunos otros que, si bien no han logrado gran popularidad, se señalan, ya por la corrección, elegancia, primor y nitidez del estilo, que hace de sus obras excelentes modelos, como son D. Alberto Lista, D. Leandro Fernández de Moratín, y D. Marcelino Menéndez y Pelayo; ya por esas mismas cualidades, si bien acaso en menor grado, pero unidas á una exquisita sensibilidad y á una grande elevación de pensamiento, aunque sin lograr apoderarse del ánimo de la muchedumbre, tal vez por culpa de la muchedumbre y no de ellos, como son D. Wenceslao Querol, D. Federico Balart y D. Miguel Costa; ya por la fecundidad, por lo fácil y espontáneo del estilo, por el chiste, por la gracia y por la ligereza de muchas de sus obras, que tal vez, han eclipsado el brillo de otras más serias y han perjudicado á su reputación, como D. Manuel Bretón de los Herreros y don Manuel del Palacio.

Ha habido además no corto número de poetas dignos de alta estimación y aplauso.

Imposible me parece determinar el mérito ó la bondad relativa de cada uno.

Por encargo del Director de la *Ilustración Española y Americana*, redacté yo con muchísima mayor extensión de la que me pedían, el escrito que á continuación reimprimo é incluyo con el título de *La poética lírica y épica en la España del siglo XIX*.

Mi propósito no se limita ahora á publicarle solo y en un volumen, sino á que sirva de introducción á un florilegio ó antología donde se reunan y se ofrezcan al público las más bellas composiciones poéticas del siglo que terminó hace poco.

Harto conozco yo que para elegir dichas composiciones, entre tantas como hay, no puedo valerme sino de dos criterios: uno, el de la popularidad, falible, aunque bastante autorizado: otro, el mío propio, falible también y sin autoridad alguna.

Estas colecciones selectas conviene no obstante que se hagan, y por eso me atrevo yo á ser de los primeros que emprenden semejante tarea, confiando siempre en su utilidad, porque si en la selección no ando acertado, ya vendrá después quien enmiende mis faltas, suprimiendo de mi colección los

versos que no parezcan dignos y poniendo en lugar de ellos otros mejores y por mí injustamente preteridos.

Mis faltas en el punto indicado, me lisonjeo yo además de que no han de ser muy grandes, porque me asesoraré, á fin de no incurrir en ellas, en la opinión de la más ilustrada parte del público.

La principal utilidad de un Florilegio de versos del siglo XIX consiste, á mi ver, en que los versos sean pocos. Las abundantísimas cosechas que ha habido de ellos durante dicho siglo, han sido causa de menosprecio, de indiferencia y de hartura. Importa pues, reunir lo más delicado y apetecible y ofrecerlo sin mezcla de otras producciones, buenas acaso, pero de valer inferior ó no de tanto agrado. Así volverá á encenderse en los espíritus el amor á la poesía, algo entibiado ahora, y este amor se apoyará y se fundará en el buen gusto, y no valdrá para desmentir el refrán que dice: «el amor no quita conocimiento».

Mi *Florilegio* será por consiguiente, no muy extenso á fin de no hastiar ni fatigar á quien le lea, y será barato, á fin de que puedan adquirirle con facilidad todas las per-

sonas, estimulando en ellas el deseo de más completa lectura de nuestros buenos poetas contemporáneos. Puesta la mira en este objeto, mi *Florilegio* será como un muestrario, donde la muestra que de cada poeta se presente, excite ó baste á excitar al lector á estimar á dicho poeta, á prendarse de sus ideas, sentimientos y estilo, y á leer ó á tratar de leer todas sus obras.

A algunos á quienes yo no nombro en la Introducción, no por estimarlos menos que á otros, sino por descuido ó más bien, porque en mis artículos me veía obligado á ser muy breve, trataré de desagrararlos incluyendo en el *Florilegio* composiciones suyas, si caben dentro del cuadro que me propongo formar, sin ensancharle demasiado. Así por ejemplo, versos de D. Francisco Rodríguez Zapata, D. Enrique Gil, D. Ventura Ruiz de Aguilera, D. Antonio Trueba, D. Antonio Hurtado y otros que en los artículos no menciono, aunque debo reconocer que merecen ser mencionados. En cambio no creo que se me exija incluir en mi *Florilegio* composiciones de todos los poetas que en mis artículos menciono, ni yo podría hacerlo á no dar á mi *Florilegio* mayor extensión,

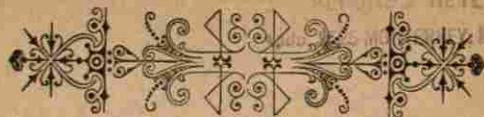
haciendo que constase de doble ó triple número de volúmenes.

Constará mi *Florilegio* de sólo cinco, conteniendo esta introducción con mis artículos sobre la poesía lírica y épica en la España del siglo XIX, versos escogidos de los mejores poetas de dicho siglo, así de los ya muertos como de los que viven aún, si éstos me dan su venia para que yo publique alguna ó algunas de sus obras; y por último, notas biográficas y críticas sobre los mencionados poetas y sobre sus composiciones coleccionadas, las cuales notas se pondrán todas juntas y serán el exclusivo contenido del quinto y último tomo.

A fin de estar prevenido contra reparos y censuras que pudieran dirigirme, me conviene hacer aun algunas aclaraciones previas. En esta colección de poesías no entrará nada dramático. Me limitaré á lo lírico y á lo épico, entendiendo por épico lo narrativo, y por lírico lo que no es ni narrativo ni dramático, aunque alguien pudiera afirmar con fundamento que no debe llamarse lírico lo didáctico, lo satírico, lo descriptivo y lo elegíaco, géneros todos de los que pondré muestra en estos volúmenes.

De mi exclusión de la poesía dramática, es claro que habrá de resultar cierta aparente anomalía. Notabilísimos poetas, cuya inspiración se ha manifestado en el drama, ó no tendrán composiciones suyas en este *Florilegio*, ó tendrán pocas y tales que disten mucho de dar idea exacta y cumplida de su crédito y fama. Así, por ejemplo, don Antonio García Gutiérrez, D. Juan Eugenio Harzenbusch, D. Manuel Tamayo y Baus y D. José de Echegaray.

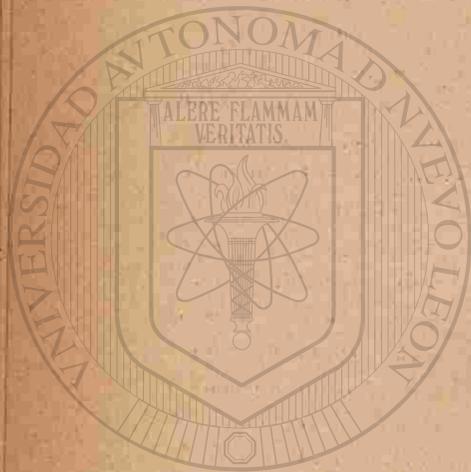
En lo épico ó narrativo habré de ser muy parco, por no caber en mi *Florilegio* composiciones extensas. De aquí resultará otra dificultad semejante á la anteriormente expuesta y que yo considero inevitable. Poetas habrá, como singularmente D. José Zorrilla, cuyo más alto mérito además de estar en los dramas, está en los poemas ó leyendas extensas, que no se verán representados en esta colección con todo el brillo y con toda la importancia que merecen, importancia y brillo que yo les doy con sincero entusiasmo en el escrito que á continuación se inserta.



LA POESÍA LÍRICA Y ÉPICA
EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

I

Al terminar el siglo XIX, el suelo de la Península ibérica no aparece á mis ojos ni más estéril, ni peor cultivado, ni con ciudades y villas menos populosas y prósperas, ni sosteniendo seres humanos en menor número ó dotados de facultades y aptitudes inferiores á las de otras épocas. España, lejos de decaer, progresa. Unida á las demás naciones de Europa, aun cuando careciera ya de impulso propio, seguiría, como sigue, el movimiento progresivo y ascendente del conjunto de pueblos europeos que desde hace cerca de tres mil años prevalecen sobre las demás tribus, castas y gentes que hay en el mundo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En la serie de actos que ha sostenido y acrecentado el predominio de la civilización de Europa, España figura brillantemente en otras edades. Momentos ha habido ó mejor dicho ha habido siglos enteros en los que España ha ido al frente de ese movimiento civilizador y ha podido considerarse sin jactancia como la más activa y adelantada de esas naciones.

A fines del siglo xvi podemos considerarla culminando en la plenitud de su poder y de su gloria. Su imperio era tan extenso entonces, que tal vez no hubo nunca otro mayor: ni el de Ciro, ni el de Alejandro, ni el de Roma en tiempo de Trajano, ni el de los primeros califas, ni el de los mogoles, ni el de los turcos. Pero este dominio colosal de España, aunque conservó su extensión, perdió pronto su fuerza real, su crédito y el respeto y el temor que inspiraba. A fines del siglo xvii, si no conservaba España toda la integridad de su imperio, sus reyes tenían aún bajo su cetro la mayor y mejor parte de él, y, sin embargo, nunca estuvo antes, y nunca ha estado después, más débil, más abatida y más postrada que entonces. Lo mismo en las artes de la paz que en las de la guerra, lo mismo en importancia militar que en ciencias, letras y artes

y que en agricultura, industria y comercio, nuestra decadencia era harto lastimosa.

¿Cuáles fueron las causas que á tan rápida decadencia nos trajeron? Cuestión es ésta que no está resuelta todavía, que es difícil de resolver, y que, dividiendo á los españoles en opiniones contrarias, ha sido principal origen de dos grandes parcialidades, enemigas acérrimas, cuya conciliación se ha buscado en balde, y cuya más que secular contienda, que á pesar de treguas efímeras puede ser calificada de casi incesante, nos ha fatigado sin provecho, ha debilitado las antiguas energías y nos ha robado la confianza en los altos destinos de la nación, confianza indispensable para alcanzarlos y conservarlos con la constancia, la entereza y los bríos que tan alto empeño requiere.

De aquí que España, en vez de ir á la cabeza y como guía, haya ido á remolque y como arrastrada por el camino del progreso, quedando desvalida y pobre en comparación, sobre todo, de las cuatro principales potencias de Europa: Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia, y de otra potencia de no menos amenazadora magnitud, á cuya creación en América imprudentemente contribuimos.

Sin duda lo que llamó Vico *Ciencia nueva*, la filosofía de la historia, es algo más deseado que logrado. No presumo yo de saberla; lejos estoy de afirmar de un modo inconcuso uno solo de sus principios fundamentales. Creo, no obstante, que si bien en la elevación y en la caída de los imperios entra como poderoso factor la conducta de la mayoría de los individuos, el auge ó la degeneración moral ó intelectual de los pueblos y de sus gobiernos, entran también como factores no menos poderosos ciertas leyes providenciales ó fatales, según cada pensador quiera imaginarlas, por cuya virtud se ordenan los sucesos y van por determinado camino, sin que la voluntad de los hombres baste á marcarles otra dirección, y tal vez sin que el entendimiento de los hombres prevea ó columbre exaltación gloriosa ó negro precipicio como meta ó fin de la carrera.

La postración de España, la debilidad enfermiza de su imperio y la corrupción y bajeza en que ciencias, letras y artes habían caído al empezar el siglo XVIII, son hechos indudables. Lo que, en mi sentir, no se puede explicar y afirmar con certidumbre, es la causa que á tan deplorable extremo nos trajo. Cuanto se hizo después, sobre todo

reinando Carlos III, para subir nuevamente á la altura y para recobrar el esplendor antiguo, merece el mayor aplauso, pero excita dudas que apenas acierto yo á disipar. ¿Revivió entonces el espíritu nacional, sin desechar el pensamiento propio al volver de su letargo, y sin renegar de los principios que habían informado su cultura, ó se valió de ideas y doctrinas exóticas, importadas de extraños países, para imprimir otra vez movimiento, vida y fecundidad á su espíritu? Hubo, en verdad, principalmente desde mediados del siglo XVIII, algo á modo de renacimiento. Las ideas más en vigor entonces por toda Europa, penetraron sin dificultad en España. Pero esto no nos desnaturalizó ni pudo desnaturalizarnos. España no estuvo aislada nunca ni fuera de la comunión espiritual de las otras naciones europeas. Lejos de sustraerse á las nuevas direcciones del pensamiento humano, España, si no las ha marcado, las ha seguido. Toda nueva corriente de opinión no se detuvo en los Pirineos, sino que los salvó y se difundió por la Península, lo mismo en los siglos XI y XII que en los siglos XV y XVI, que desde mediados del siglo XVIII hasta el día. Por esto no perdimos nuestra originalidad, ni se desvirtuaron ó adulteraron las

prendas de nuestro gran sér, ni dejamos de ser lo que éramos. Error es afirmar que un catolicismo intolerante y austero haya sido el germen fecundo de la grande y propia civilización española, y pueda considerarse como consustancial con ella. Tarde se formó la unidad nacional; pero desde hace muchos siglos hay España, y no sólo como mera expresión geográfica, sino como cuna y patria de hombres que consideramos antepasados nuestros, y que nos jactamos de que fuesen españoles cuando algo valían. Y si en España, cuando prevalecía el gentilismo, hubo filósofos y poetas como Séneca y Lucano, y los hubo de mayor valer é importancia todavía entre los españoles sectarios del Talmud y del Corán, no me parece lógica la afirmación de que todo gran pensamiento español ha de ser católico y de que todo aquel que no le tiene reniega de su casta.

Lo expuesto, por otra parte, va mucho más allá de lo que se requiere para impugnar ciertas afirmaciones. La filosofía sensualista del siglo pasado, y Voltaire y la Enciclopedia y la marcada propensión á la incredulidad de muchos libros franceses de aquella época, apenas penetraron someramente en España, y sólo tocaron é infi-

cionaron á pocos personajes, dejando exenta de su influjo á la inmensa mayoría de los vasallos del piadoso rey Carlos III. Por poco entró, pues, la levadura de impiedad en la masa de la nación española y en el notable desenvolvimiento que tuvo su espíritu en el último tercio del siglo XVIII y en los primeros años del siglo XIX.

Contrayéndonos á la literatura, el influjo extranjero fué menor todavía. El clasicismo no era en España novedad peregrina. Los preceptos de Aristóteles, de Horacio y de Vida habían sido enseñados, preconizados y observados antes de que Lope y otros poetas geniales prescindiesen de ellos ó los encerrasen con cien llaves. No vino Boileau á enseñarnos nada nuevo ni á pervertirnos. El amaneramiento y la bajeza en que la poesía había caído requerían severa corrección, y Luzán y otros preceptistas y críticos se la impusieron, no prevaleándose sólo de la autoridad y del crédito de los admirados escritores franceses del tiempo de Luis XIV, sino también de argumentos y razones más ó menos plausibles, y aun del ejemplo de escritores españoles, antiguos y castizos, que no habían incurrido en la supuesta falta que tanto se combatía.

De todos modos, bien puede sostenerse

que en lo que más eficaz y lastimosamente influyó el gusto francés, llamado más tarde pseudo-clásico, fué en el teatro; pero no porque acabó con una literatura dramática que ya desde Tirso y Calderón había degenerado en Comella, sino porque careció de inspiración propia y dichosa para crear, con arreglo á los nuevos ó más bien renovados preceptos, un teatro que no desmereciese, ya que no se sobrepusiese, al que, por ser tan contrario á las *reglas*, injusta y ásperamente se censuraba. Aun así, ya que no en la tragedia ni en el drama elevado, en la comedia de costumbres y en el sainete, ó sea en lo que ahora llaman género chico, la nueva escuela crítica no ahogó la inspiración, ni mató la originalidad, ni cortó al ingenio sus alas, como lo demostraron primero D. Ramón de la Cruz, Castillo y otros, y D. Leandro Fernández de Moratín más tarde.

En cambio, en la poesía lírica y narrativa no se descubre, en mi sentir, la huella más leve de imitación de los franceses. El renacimiento fué limpia y enteramente castizo. En toda la renaciente poesía no se nota nada que proceda de Francia. Nuestros grandes poetas líricos de aquel período preceden á los franceses, ya que Andrés

Chenier no pudo ser conocido en España, ni en Francia gozó de popular nombradía, hasta mucho después que nuestros grandes líricos habían escrito y publicado sus obras más inspiradas y perfectas. Bien puede sostenerse que nada es más castizo y propio de España que nuestra poesía lírica del último tercio del siglo XVIII y del primer tercio del siglo XIX. Si alguna imitación se advierte en ella de poesía extranjera, es sólo de la poesía italiana, aunque harto menos declarada y frecuente imitación que la que hubo en el siglo XV y sobre todo en el XVI, desde la revolución literaria realizada principalmente por Boscán y por Garcilaso. Tal vez personas eruditas investiguen un día y pongan en claro el influjo de Italia en España durante aquel período; pero desde luego es lícito afirmar que hubo de ser muy corto cuando se requieren erudición y diligencia para descubrirle. A primera vista, sólo en algunas poesías ligeras y amorosas se ve el influjo de Metastasio. Parini y Jovellanos coinciden en el mismo punto. Ambos castigan duramente en sus sátiras la corrupción, el rebajamiento, el ocio, la molicie y los vicios de la nobleza de su tiempo; pero por tan diverso estilo y con manera y tono tan distintos, que dan la

más brillante é irrecusable prueba de la originalidad y de la independencia de ambos. Acaso coincidieron en el asunto, sin saber el uno del otro y sin haberse nunca leído. Y, por último, en el atildamiento exquisito y en la elegante y nítida pulcritud de no pocas composiciones de D. Leandro Fernández de Moratín, sobre todo de las que están en versos endecasílabos libres, como la epístola *A Don Gaspar de Jovellanos*, *la sombra de Nelson*, *El filosofastro* y *Elegía á las musas*, algo se nota de aprendido é importado de Italia, pero con hábil y dichosa adaptación á lo propio y castizo.

Hasta en las circunstancias en que apareció el renacimiento literario se ve que el impulso fué más nacional que venido de fuera. No fué en la capital y corte donde con mayor brío despertó el ingenio español, sino en apartadas comarcas en las que las ideas transpirenáticas de moda debían llegar más tarde y tener menos fuerza para mover los espíritus. Con mayor eficacia, y á par ó antes que en Madrid, la musa española despertó de su sueño y surgió á nueva y fecunda vida, primero en Salamanca, y en Sevilla luego. No imitó Fray Diego González á ningún extraño poeta, sino á Fray Luis de León, así como Cadalso siguió el camino

trazado por Villegas, y así como Iglesias se inspiró en Quevedo y en Góngora, desechando lo alambicado y lo culterano y procurando más natural sencillez para su estilo.

El maestro de todos, el más egregio promovedor del nuevo florecimiento poético, apareció también en Salamanca, y fué don Juan Meléndez Valdés. En la concisión que exigen estos artículos no cabe que señalemos las faltas, que realcemos á pesar de ellas el mérito de Meléndez y que demos-tremos que fué justa la extraordinaria nominación que obtuvo y que pondera y recuerda Quintana.

Sin duda en el día de hoy condenamos y hasta llegamos á encontrar ridículos cierto amaneramiento dulzón y cierta volup-tuosidad, entonces de moda, y de que Meléndez se inspira á menudo y demasiado.

Hoy nos cansan ó nos disgustan las gracias y lindezas de la palomita de Filis, las tortolillas que se acarician con trémulos picos y enseñan á amar á los inocentes Bati-lo y Dorila, y las frecuentes travesuras de Cupidillo, quien para burlar á las zagalas llega á convertirse en mariposa,

Los bracitos en alas
Y los pies ternezuelos
En patitas doradas.

Pero, á pesar de todo esto, Meléndez merece grandes elogios, y ya quien escribe estos artículos celebró á Meléndez en reciente y muy solemne ocasión, y nada halla hoy más á propósito para elogiarle que recordar lo que dijo entonces.

Las bellezas abundan en los versos de Meléndez, y muy particularmente en los romancillos cortos, en las letrillas y en los romances. Su talento descriptivo merece, sin restricción, todo encomio. Y lo que más encanta en este poeta es el don misterioso con que su estilo enlaza la espontánea y natural sencillez á la refinada delicadeza que jamás le abandona ni le deja caer en prosaismo. No ha menester para esto de consonantes ni de asonantes difíciles, de trasposiciones violentas, de vocablos altisonantes, ni de giros rebuscados. Bástenos citar como modelo de tales primores el romance titulado *Rosana en los fuegos*.

Famosos se han hecho otros poetas cantando amores petrarquistas, algo metafísicos y sutiles, ó bien pasiones frenéticas y tremebundas, ya endiabladas, ya enfermizas; pero el amor sano, quizás un tanto cuanto sensual y desenvuelto, aunque velado por limpio y cándido cendal para que el rígido pudor no se enoje, pocos en Espa-

ña han sabido cantarle como Meléndez. Y esto ni debe pasar ni pasa de moda mientras haya en el mundo mancebos enamorados, finos y galantes y muchachas bonitas.

Allá, en tierra extranjera, junto al sepulcro en que Meléndez yacía y de donde le hemos traído, quedó, sin duda, colgada en un sauce la lira en que el poeta cantó sus amores. Nadie la ha descolgado ni tocado después con mayor acierto y con más grata melodía. La inspiración ha venido en ocasiones de esfera más alta y con ideas y sentimientos más complicados; pero en su natural y candorosa inspiración, Meléndez no ha tenido quien le supere. El numen de la poesía ha tocado la trompa guerrera para acompañar la robusta voz de Quintana; Gallego ha hecho oír sus varoniles acentos al compás de los terribles golpes dados en el broquel resonante con la empuñadura de la espada; notables poetas hemos tenido después y tenemos aún; pero en el género sencillo que hemos indicado, Meléndez continúa siendo el maestro.

Aquella rítmica y firme trabazón con que Gallego enlaza sus cláusulas, como quien junta el mármol y el bronce para erigir un monumento que, sin derrumbarse,

resista á la corriente de los siglos merece por cierto ser muy celebrada; pero también lo merecen las poesías ligeras de Meléndez, gracioso canastillo de olorosas y lindas flores que no se marchitan, y que los genios del amor sostienen flotando sobre las ondas del río del Olvido, sin que se anegue nunca y sin que sus más furiosas avenidas logren arrebatarle lejos de nosotros, que le admiramos.

Desde las orillas del Tormes á las de Betis volaron en alas de la fama los aplaudidos versos de Meléndez, en compañía de las otras victorias y de los otros triunfos que la nueva escuela salmantina había alcanzado. Con tan poderoso incentivo penetró la emulación en Sevilla y despertó á las musas de aquella región que dormían sobre sus pasados y seculares laureles, dejando el campo libre á pedestres y desaliñados copleros. Contra ellos se alzó la nueva escuela sevillana, procurando renovar las bellezas, los primores y la elegancia de Herrera, Arguijo, Rodrigo Caro y Rioja.

Acaso pueda acusarse de sobrado artificiosa la nueva escuela; pero á fin de cumplir su propósito no podía menos de serlo. Era menester que las reglas, la erudición y el buen gusto realzasen la poesía, que,

aspirando á popularizarse, se había humillado y emplebeyecido.

El movimiento intelectual tan notable en el reinado de Carlos III, y la afición á los estudios clásicos y á las lenguas sabias, griega y latina, eran circunstancias propicias para la aparición de una poesía más erudita que popular, y más que inspirada, primorosa y elegante.

La nueva cultura no dejaba por eso de ser nacional. Los importados elementos extraños contábanse por mucho menos que los elementos propios. El conocimiento y la admiración de los escritores franceses é ingleses, entonces de moda, entraban por mucho menos que lo que entran en el día en la producción de nuestras obras de ingenio. No era importado, sino renacido, el florecimiento literario. El árbol del nuevo saber no había sido trasplantado de terreno extraño, sino que tenía muy hondas raíces en nuestro suelo. Medraba, sin embargo, y daba su fruto, no en campo abierto y libre, sino en aristocrático y cercado jardín, cuya entrada el vulgo desconocía y cuyo nivel estaba mucho más alto que los bajos caminos por donde entonces el vulgo andaba.

Fuerza es confesarlo; si entonces contribuyeron jurisconsultos, magistrados é indi-

viduos de la alta nobleza á la difusión de las luces, más contribuyó el clero secular y el de las órdenes religiosas.

El acto despótico de Carlos III expulsando de España á los jesuitas, hizo patente en Italia la ciencia y el ingenio que éstos habían atesorado.

En defensa de la patria, tan ingrata con ellos, Serrano, Lampillas y Andrés celebraron sus pasadas glorias científicas y literarias, difundieron el conocimiento y la estimación de ellas en extraños países, y contribuyeron á demostrar que la nueva cultura española no era transportado y exótico producto, sino antigua, vivaz y bien arraigada planta, que reverdecía y otra vez florecía y fructificaba.

Ni Batteux, ni La Harpe, ni Hugo Blair, ni Boileau, traducidos y estudiados por los españoles, les habían enseñado las reglas del buen gusto y la teoría de las bellas letras como si antes le fuesen desconocidas. Se hizo ver que habíamos tenido en lo antiguo grandes humanistas, y que no carecían de antepasados ilustres los que, para emular su gloria, aparecieron entonces en España continuando su brillante labor hasta nuestros días, á pesar de la decadencia reciente de los estudios de humanidades.

De lo dicho dan espléndida prueba los nombres ilustres de D. Pedro Estala; del padre Bartolomé Pou; de D. Antonio Ranz Romanillos, traductor de Plutarco, de D. José Gómez Hermosilla, cuya traducción de *La Iliada*, censurada harto injustamente, es más fiel, aunque no tan poética como la italiana de Monti; de D. Francisco Patriocio Berguiza, que puso en verso castellano las odas de Píndaro; de D. José Castillo y Ayenza, que tradujo á Tirteo, á Anacreonte y á otros líricos griegos; de Pérez del Camino, traductor de Tibulo; de D. Juan Gualberto González, cuya versión castellana de las *Eglogas* de Virgilio, Nemesiano y Calpurnio es de lo más bello que en este género tenemos; de D. Francisco Javier de Burgos, que vertió hábilmente en nuestro idioma toda la obra del vate de Venusa, y de D. Javier de León Bendicho, que tal vez acertó á dar en nuestro idioma, y en bien construídas octavas reales, mayor mérito del que tienen en latín á *Los Argonautas*, de Valerio Flacco.

Este amor fecundo á los clásicos de Grecia y Roma, atravesando ileso el turbulento y revolucionario período del romanticismo, ha mostrado y muestra su eficacia hasta en nuestros días. De ello dan ejem-

plo clarísimo, entre no pocos otros poetas traductores, el Duque de Villahermosa, con *Las Geórgicas*; el presbítero D. Luis Herrera, con *La Eneida*, y, sobre todo, el sabio y pasmoso polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo con el *Promoteo encadenado* de Esquilo y otras hermosas versiones. Los estudios críticos de este último autor, sus traducciones de algunas poesías de autores modernos que por la pureza de su gusto clásico se distinguen, como *Los sepulcros*, de Hugo Fóscolo, y *El ciego* y *El joven enfermo*, de Andrés Chenier, y sus magníficas composiciones originales *Epístola á Horacio* y *Carta á sus amigos de Santander* con motivo de haberle regalado la Biblioteca greca de Fermín Didot, se diría que vienen á terminar la contienda entre lo popular y lo erudito, lo romántico y lo clásico, resolviendo las contradicciones en una síntesis elevada, amplia y conciliadora.

Muy lejos estaba aún de realizarse esta síntesis conciliadora ó eclecticismo estético, cuando apareció en Sevilla la nueva escuela, y logró pronto su mayor esplendor y nombradía. Imposible es dar cuenta en este breve escrito de las obras de los principales individuos que formaron dicha escuela y la hicieron famosa. Limitémonos, pues, á ci-

tar los nombres de D. Manuel María Arjona, de D. José María Roldán y de D. Félix José Reinoso, autor de *La inocencia perdida*. Más sabios todos ellos que poetas, compusieron lindos versos, más recomendables por la nobleza de la dicción y por el esmero y elegante primor del estilo, que por la originalidad de las ideas, vigor de la fantasía y elevación y viveza de los afectos.

Entre los poetas de la escuela sevillana descolló D. Alberto Lista, cuya fama, en vez de extinguirse, se dilató y creció hasta su muerte, ocurrida casi á mediados del siglo, y cuyo benéfico influjo en la literatura fué más eficaz que por las poesías que compuso, por la sabia y juiciosa enseñanza que dió á la juventud. Esta enseñanza, de más valer para la fama de Lista que sus atildados y discretos versos, aun contando entre ellos *La muerte de Jesús*, *Al sueño*, y algunos romances, tuvo poder benéfico en el ulterior desenvolvimiento intelectual de España, encauzó su desbordada corriente cuando llegó la época del romanticismo, y contribuyó á preservar la cultura española de la degradación bárbara y fanática en que la plebe absolutista estuvo á punto de sepultarla durante el funesto decenio de 1823 á 1833: funesto decenio que, con tanta elo-

cuencia como justicia, estigmatiza el poeta en versos que conviene recordar á los que echan de menos los buenos tiempos del absolutismo. De aquellos tiempos, Lista, tan moderado en sus opiniones, llega á decir que

Obligación es delatar; dar muerte,
Un acto de heroísmo; las ideas,
Impiedad y ruina;

que sólo se ensalza la *estupidez sanguinaria y dócil*; que es desgraciado quien osa mostrar la *antorcha de la razón*, y que España, árbitra en otro tiempo de ambos mundos, ya pobre é ignorante, es un ludibrio de las gentes.

Pasó, con todo, el fatal decenio al terminar el reinado de Fernando VII. Y aun en medio de la asoladora guerra civil que nos legó al morir aquel monarca, revivieron en España las artes y las letras, y la poesía lírica obtuvo entre nosotros nuevos triunfos.

II

A pesar de no haber habido solución de continuidad en el movimiento intelectual de España, ni menos aún transformación de lo castizo y propio en exótico é importado, no puede negarse que las ideas que prevalecían por toda Europa á fines del siglo XVIII penetraron en España, lo mismo que en Italia, Alemania é Inglaterra, sin que esto presuponga pobreza ó desfallecimiento en el espíritu de las naciones, donde los pensadores franceses llegaron á ser objeto de imitación y de culto.

La protesta contra semejante invasión, más briosa en España que en otros países, prueba cuán arraigados estaban en el alma española su sentir y su pensar esenciales é inveterados.

Los que fueron más rebeldes á este pensar y á este sentir, por hallarse íntimamente imbuidos y con mayor violencia dominados por las ideas nuevas, tuvieron que huir de la patria y tuvieron que renegar de

cuencia como justicia, estigmatiza el poeta en versos que conviene recordar á los que echan de menos los buenos tiempos del absolutismo. De aquellos tiempos, Lista, tan moderado en sus opiniones, llega á decir que

Obligación es delatar; dar muerte,
Un acto de heroísmo; las ideas,
Impiedad y ruina;

que sólo se ensalza la *estupidez sanguinaria y dócil*; que es desgraciado quien osa mostrar la *antorcha de la razón*, y que España, árbitra en otro tiempo de ambos mundos, ya pobre é ignorante, es un ludibrio de las gentes.

Pasó, con todo, el fatal decenio al terminar el reinado de Fernando VII. Y aun en medio de la asoladora guerra civil que nos legó al morir aquel monarca, revivieron en España las artes y las letras, y la poesía lírica obtuvo entre nosotros nuevos triunfos.

II

A pesar de no haber habido solución de continuidad en el movimiento intelectual de España, ni menos aún transformación de lo castizo y propio en exótico é importado, no puede negarse que las ideas que prevalecían por toda Europa á fines del siglo XVIII penetraron en España, lo mismo que en Italia, Alemania é Inglaterra, sin que esto presuponga pobreza ó desfallecimiento en el espíritu de las naciones, donde los pensadores franceses llegaron á ser objeto de imitación y de culto.

La protesta contra semejante invasión, más briosa en España que en otros países, prueba cuán arraigados estaban en el alma española su sentir y su pensar esenciales é inveterados.

Los que fueron más rebeldes á este pensar y á este sentir, por hallarse íntimamente imbuidos y con mayor violencia dominados por las ideas nuevas, tuvieron que huir de la patria y tuvieron que renegar de

la fe de sus mayores. Dos claros ejemplos de este extrañamiento y de esta apostasía, fueron D. José Marchena y D. José María Blanco y Crespo. Ambos fueron más eruditos que poetas. Se diría que en las mentes de ambos la irrupción de los pensamientos exóticos, cayendo sobre el fondo de lo español y castizo que por educación habían recibido, produjo confusión y trastorno, y algún desequilibrio en las facultades intelectuales. La diferencia que noto entre los dos es, á mi ver, favorable á Marchena. Prueban su mayor ingenio, y tal vez su más esmerada cultura, así los versos castellanos, singularmente los religiosos, que todavía en un momento de fe compuso, como sus fragmentos apócrifos de Petronio y de Catulo, con tal arte y saber escritos que logró engañar con alguno de ellos á los más doctos críticos de Alemania y de Francia. Marchena nos es asimismo más simpático, porque jamás renegó de su patria y siempre la reverenció y la amó á su modo. Si fué afrancesado, como no pocos otros varones ilustres, fué por imaginar que bajo el cetro de José I España hubiera sido más próspera, poderosa y rica que bajo el dominio de los Borbones. Ni llegó Marchena á aborrecer á España ni á maldecir horri-

blemente de ella, como Blanco la aborreció y la maldijo. Bien es verdad que Blanco no tuvo que *descastarse* sino á medias; pues aunque nacido en Sevilla é hijo de madre española, tuvo por padre á un irlandés llamado D. Guillermo White. Sus versos castellanos no traspasan los límites de una elegante medianía, y si hemos de calificarle de buen poeta necesitamos recurrir á un famoso soneto escrito en lengua inglesa, que, según opinión de Coleridge, es de lo más ingenioso y delicado que en dicha lengua se ha escrito.

Ora fuese por ideas tomadas de libros extranjeros, ora porque el espíritu humano se dejaba arrebatar en aquella época en todos los países de Europa por la misma corriente de opiniones y de doctrinas, no fueron sólo Marchena y Blanco los que llegaron á condenar algo de lo que había informado durante más de dos siglos nuestra civilización castiza; pero esta injusta condenación, lanzada con dureza y haciéndose eco de injurias extranjeras contra España, se apartó pronto de las mentes de los más altos y valientes ingenios, para que se enseñoreasen por completo de sus almas el más acendrado y fervoroso patriotismo y la estimación más subida, en toda la pro-

longación de la historia, del pueblo de que formaban parte. Unido esto al amor entusiasta por la libertad, á las nobles aspiraciones y esperanzas en el progreso humano y á la creencia en la soberanía del pueblo y en otros generosos principios liberales y democráticos, se diría que hizo surgir una poesía nueva: cantos inauditos ó que nada semejante tenían desde los tiempos de Simónides y de Tirteo. Con cuerdas de mayor resonancia se enriqueció la lira. La antigua musa de Grecia, la que cantó la hazaña de las Termópilas, la que para galardón de los héroes tejió, en inmarcesibles guirnaldas,

Lauros de Salamina y de Platea
Que crecen cuando lloran los tiranos,

apareció rejuvenecida en nuestro suelo, oteando horizontes más dilatados y luminosos, y con la amplitud de miras de la edad moderna.

Sin lo que ahora llamamos *genio*, prodigando á menudo lo que el vocablo significa, el gran poeta no es posible que nazca. Aquella bondad egregia que pone Quintiliano como primer requisito para ser gran orador, ya Estrabón la había puesto antes en idéntica sentencia, si se exceptúa una sola palabra, para ser gran poeta:

..... Quien á los ecos
De virtud y de gloria no se inflama,
Ni al tierno sollozar del afligido
Súbito llanto de piedad derrama;
El que al público bien ó al patrio duelo,
De gozo ó noble saña arrebatado,
Cual fuego que entre aristas se difunde,
O como chispa eléctrica invisible
Que en instantáneo obrar rápida cunde,
Su corazón de hielo
Hervir no siente en conmoción secreta,
Ni aspire á artista, ni nació poeta.

Todo esto es verdad innegable; pero no basta el genio, no basta el estro. La bondad egregia de que habla Estrabón no puede por sí sola evocar eficazmente al numen poético y lograr su maravillosa y refulgente *teofanía*. Se necesitan además circunstancias exteriores: el medio ambiente, el entusiasmo general y la pasión veheméntísima de todo un pueblo, que el poeta comparte y que formule luego con la expresión más nítida y con la sobria y magistral firmeza que hace las obras inmortales.

Quiero yo significar con lo dicho, no que D. Manuel José Quintana y D. Juan Nicasio Gallego fuesen, por el propio ser y virtud de ellos, los mayores líricos de España, si se exceptúan los que se inspiraron, en

antiguas edades, en un hondo sentimiento religioso, como San Juan de la Cruz y fray Luis de León; ni que apenas tengan rival tampoco entre los líricos contemporáneos extranjeros, en las cuerdas que ellos tocaron, no porque valían más, sino porque, sobre valer mucho, llegaron á tiempo y aparecieron en una nación que despertaba de prolongado letargo, y llena de vigor y de nobilísimas esperanzas surgía á vida nueva. Si el vigor valió para poco, si las esperanzas se desvanecieron pronto, si la gloria se marchitó sin fruto, si la heroicidad y el sacrificio sólo recibieron negra y brutal ingratitud en pago, esto ni Quintana ni Gallego lo preveían al escribir *Al armamento de las provincias españolas, á España después de la Revolución de Marzo, El Dos de Mayo y A la influencia del entusiasmo público en las Artes*. Dicha fué de ambos poetas la de vivir y florecer en tan alta ocasión, y mayor dicha la ceguedad imprevista que les ocultó el porvenir y conservó la inspiración de ambos entera y robusta.

Esta inspiración no pudo ser, por su origen, ni más popular ni más española. Evocados por el poeta, acudieron á acompañar en coro su enérgico canto, á maldecir al fiero Atila de Occidente, y á combatir al ti-

rano de la culpable Francia, los más gloriosos héroes de nuestra antigua historia. El poeta los ve y los hace ver á su pueblo.

.....En el Betis

Ved del tercer Fernando alzarse airada
La angusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada,
Y allá sobre los altos Pirineos,
del hijo de Jimena
Animarse los miembros gigantesos.

Fuerza es confesarlo: esta poesía de Quintana y de Gallego, tan popular por su origen como queda dicho, nunca fué popular en su fin; nunca llegó ya formada al pueblo del que informe había procedido. Más leídos, más comprendidos, más sabidos de memoria fueron otros poetas de entonces, de notable mérito á la verdad, pero harto inferiores y con no pocos descuidos, vulgaridades y resabios de copleros. Así, por ejemplo, D. Juan Bautista Arriaza, singularmente en sus versos amatorios, y D. José de Vargas Ponce en su chistosa y festiva *Proclama del solterón*.

Terminada la guerra de la Independencia y vuelto á España y restaurado en su trono Fernando VII el Deseado, empieza un pe-

riodo lamentable que dura casi veinte años, hasta 1834. El feroz despotismo, sostenido, solevantado y estimulado por una frenética demagogia frailuna, apenas se comprende cómo no logró sepultar á España en la más estúpida barbarie. Las cárceles, el patíbulo ó la emigración fueron el premio de los más ilustres patriotas.

Condenada la funesta manía de pensar, casi no fueron favorecidas por el Gobierno otras escuelas que las de tauromaquia. Si durante aquel funestísimo y despótico reinado hubo un intermedio de libertad, la libertad se trocó en licencia, en convulsiones estériles, en desórdenes, motines y apasionada anarquía. Entonces se desbarató y tuvo lastimoso remate nuestro imperio en América, perdiendo cuanto poseíamos, desde Tejas y California hasta el estrecho de Magallanes; y por último, á la muerte del Rey nos quedó como herencia una larga y costosa guerra civil, que pudo bien añadir la pobreza y hasta la miseria á la ignorancia y al atraso. La obstinada lucha entre liberales y serviles, y el alboroto y tumulto que producía, penetraron desde la superficie hasta las más hondas capas sociales, disipando y haciendo imposibles aquella paz y aquel reposo de que tal vez había gozado

el vulgo, sumido en sueño inerte aunque plácido, antes de que lo sacudieran y lo removieran todo las opuestas ideas revolucionarias y reaccionarias, la guerra contra Napoleón, y la terca y ulterior contienda entre un antiguo y un nuevo régimen, en gran parte imaginados y utópicos ambos.

Se diría que aquella placidez casi infantil de los humildes y modestos, de los no envidiosos ni envidiados, antes de desaparecer por completo arrollada por las nuevas y tremendas agitaciones, se personificó en el bondadoso y dulce varón evangélico, autor de *El observatorio rústico*, de inocentes y amorosos idilios y de no pocos epigramas sin hiel, llenos de malicia cándida y alegre.

El epitafio que para D. Francisco Gregorio de Salas escribió en 1808 D. Leandro Fernández de Moratín, sobre ser una composición que por su conciso y primoroso estilo logra expresar con singular eficacia los sentimientos más delicados, tiene, á mi ver, algo de simbólico; parece la despedida melancólica que se da al espíritu sosegado de España suavemente dormido en sus ilusiones y creencias de antiguos días.

En esta veneranda tumba, humilde
Yace Salicio: el ánima celeste,

Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardón. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambición remoto,
Al trato fácil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.
Su corazón, como su lengua, puro,
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le cinó, la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

A pesar de la comprensión intelectual de que se valieron los absolutistas durante casi todo el reinado de Fernando VII, comprensión suspendida sólo en los tres años del 20 al 23, para dar lugar á un período de violencias y estériles tumultos, el manantial de la cultura propia y castiza ni se agotó ni se paró; antes bien siguió manando y corriendo, aunque en cierto modo oculta y subterráneamente, como corren el Guadiana y otros ríos, hasta surgir de nuevo sobre el haz de la tierra con más limpio y abundante caudal de frescas y cristalinas ondas. Lo que se llamó romanticismo pudo ser traído de tierras extrañas, pero en nuestra propia tierra se preparó todo desde mucho antes para recibirle, cultivarle y hacerle dar sazonado fruto. A fines del

siglo XVIII y en el primer tercio del siglo XIX, hubo en España poetas románticos, antes de que llegasen hasta nosotros la fama de Víctor Hugo y de Alejandro Dumas, las novedades y los atrevimientos poéticos de Walter Scott y de Byron y la estética y la crítica flamantes de Lessing y de Guillermo y Federico Schlegel.

El entronizamiento del pseudo-clasicismo no cohibió á D. Nicolás Fernández de Moratín para que escribiese las preciosas quintillas *Fiestas de toros en Madrid*, y los romances *Abdelcadir y Galiana*, *Empresa de Micer Jaques Borgoñón* y *D. Sancho en Zamora*, romances cuyas ricas galas y cuya inspiración genuina y lozana envidiarían Góngora y los autores de las más estimadas joyas del *Romancero*.

Aquella idea que parece presidir á la publicación que hizo Batteux de las cuatro poéticas, suponiendo, en correspondencia con ellas, cuatro siglos de alto florecimiento literario, el de Pericles, el de Augusto, el de León X y el de Luis XIV, fuera de los cuales no se veían sino tinieblas, ignorancia y mal gusto, no entibió el afán de investigación, ni el esmero entusiasta con que D. Tomás Antonio Sánchez dió á la estampa los poetas españoles anteriores al si-

glo xv, y con que el padre Fr. Martín Sarmiento estudió los orígenes de nuestra poesía, y D. Leandro Fernández de Moratín los de nuestro teatro.

Don Bartolomé José Gallardo, y más tarde D. Pascual Gayangos, D. Serafín Estévez Calderón y otros bibliófilos, recogieron con veneración y amor los antiguos y olvidados libros de nuestra literatura de los siglos xvi y xvii, y consagrándose á su lectura trajeron de nuevo á nuestro idioma la riqueza y el carácter antiguos y no pocos de los giros, frases é idiotismos que le fueron peculiares. Fuente de inspiración fué el trabajo erudito para ellos. Gallardo compuso versos como los titulados *Blanca-Flor*, que parecen propios del más gentil poeta de principios del siglo xvi, y Estévez Calderón, además de darnos en las *Escenas andaluzas* un dechado de rico y castizo lenguaje en prosa, escribió poesías que hubieran prolijado con orgullo los más brillantes y refinados ingenios de la corte de Felipe IV. Así *La miga y la escuela* y *La niña en feria*.

Entre los más egregios precursores, ó como si dijéramos profetas del romanticismo, descuella D. Agustín Durán, el príncipe de nuestros críticos en la primera mitad

del siglo xix, el encomiador y defensor de nuestro teatro y el coleccionador de nuestro incomparable *Romancero*. Poeta también por la erudición y por el entusiasmo que el romancero le infundía, compuso las dos preciosas leyendas en romances, tituladas *Las tres toronjas del verjel de amor* y *La Infantina de Francia y el hijo del Rey de Hungría*.

A dar más verdadero color á las narraciones poéticas de los musulimes españoles, y á que perdiesen el aparato convencional de los romances moriscos, contribuyó también el estudio erudito de los arabistas, entre los que se adelanta el tal vez injustamente censurado D. José Antonio Conde. Al mismo fin pudo valer también el ilustre prócer y general Conde de Noroña, ya con su poema *Ommiada*, aunque poco dichoso y menos leído, ya con sus poesías árabes y persas, traducidas en verso castellano del inglés y no de las originales lenguas asiáticas.

La afición á la docta antigüedad clásica, grecolatina, no hizo tampoco que se olvidase ni que se descuidase el estudio de la Biblia como fuente de inspiración poética. De ello dió claro ejemplo D. Tomás José González Carvajal, así con sus traducciones de

los Salmos, como con sus poesías religiosas originales, donde, á pesar de la sencillez del estilo, que toca á veces en desmayado y prosaico, hay vivo fervor y no poco de la pompa majestuosa, de las galas y de la riqueza oriental de imágenes que adornan las Sagradas Escrituras.

Otro elemento del romanticismo, percibido en España mucho antes de que el romanticismo viniera, fué la sensibilidad enfermiza, algo de soñador y de tétrico, y un pesimismo ya lánguido, ya desesperado, que inducía á buscar la diavenaturanza en pasados tiempos fantásticos: en una imaginada edad de oro que ya se ponía en las primitivas selvas, ya en siglos de mayor fe y de menos reflexión y refinamientos. No cabe discutir aquí si la lectura de Juan Jacobo Rousseau produjo este modo de pensar y de sentir en el alma de D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos. A veces corren por el aire los gérmenes de las epidemias, y se dan casos de ellas en opuestos países sin necesidad de que el mal se trasmita por contagio. Tal vez preparada la tierra por idéntico aspecto de los cielos y por parecida disposición de los astros, produce con espontaneidad frutos semejantes sin que la semilla se traiga de diverso suelo, se

siembre y se cultive. Como quiera que sea, es indudable que en Cienfuegos hay cualidades y propensiones que parecen nacidas de la admiración al autor de *Las confesiones* y de *La nueva Eloisa*; la malquerencia hacia el presente estado social, el descontento crítico de la actual defectuosa civilización y el amor fervoroso á la soledad, á las primitivas selvas y á un vago ideal de vida rústica y sencilla. Pero también es indudable, aun suponiendo que Cienfuegos se inspiró en Rousseau, que acertó á beber en aquella fuente, destilando lo que bebía á fin de purificarlo, ó interponiendo un bienhechor filtro mágico, donde quedaron las impurezas y el veneno, el feo cinismo, la perversión moral y no pocas vergonzosas rarezas.

Más original y castizamente romántico, sin que en sus versos se noten huellas de lo extranjero ni tampoco de obras españolas de otras edades, fué el singular poeta don Nicomedes Pastor Díaz, que apareció en los albores del florecimiento romántico y trajo de la mano y presentó al público al más característico vate de la nueva escuela: al insigne D. José Zorrilla. El prólogo que á las poesías de éste puso D. Nicomedes contiene en cifra toda su estética, toda su

filosofía del arte. Fervoroso creyente don Nicomedes, no puede entregarse á la desesperación; antes prevé y anuncia, aunque para vago, incierto y quizás remoto porvenir, una era dichosa de paz y de fraternidad entre los hombres de todas las naciones y razas, que tendrán comunión de pensamientos y creencias, y que, precedidas del mismo estandarte, irán ascendiendo á más lucientes esferas. Los poetas son para don Nicomedes los hierofantes del linaje humano. Sus invenciones y sus ensueños preceden á la ciencia discursiva y van abriéndole camino. Tal es la soberana y semidivina *misión* de los poetas. Un momento hubo en que D. Nicomedes se creyó también con *misión* y como enviado del cielo. Pero, al aparecer Zorrilla, D. Nicomedes le reconoce por el verdadero enviado, renuncia á su *misión* y se retira con modestia.

Entretanto, ya sea Zorrilla el que tiene *misión*, ya la tenga también D. Nicomedes, los tiempos presentes, según D. Nicomedes los describe, no pueden ser más calamitosos. En el estado actual de nuestra indefinible civilización, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la filosofía y la religión, ha perdido su tendencia unitaria y simpática; por-

que no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hacia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hacia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una región en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde, aun á despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal vive.*

Resulta de aquí que para D. Nicomedes la poesía posible en su tiempo era puramente *subjetiva*. No surgía sobre el haz de la tierra como claro manantial en cuyas ondas el cielo refleja su azul y el sol sus rayos de oro, sino que era menester buscarla hundiéndose en el obscuro abismo de nuestro espíritu, cuyo aislamiento hace del sér humano el más miserable y desgraciado de todos los seres.

En consonancia con este concepto del arte y de la vida, los versos de Pastor Díaz son lúgubres, melancólicos, quejumbrosos y *nocturnos*. *La mano fría* de la razón viene á posarse sobre su frente calenturienta en

la obscuridad de la noche, y despoja de todas sus galas á la Naturaleza vista por él, y marchita las flores, y envuelve en negro crespón el ambiente diáfano, y convierte á los hombres en esqueletos y á las más lindas muchachas en *desecadas momias*. Ya se comprende que, si la razón ha de ejecutar en nosotros tan diabólicas travesuras, más vale ser locos que cuerdos. Más triste aún y más aterradora que *La mano fría* es otra visión que persigue por todas partes al poeta: es una *negra mariposa*, sombra de una mujer muerta. Pero la más tremenda de las visiones de Pastor Díaz, la que lleva en su seno y da ser á las demás visiones, es la propia, colosal y fantástica musa, que se le aparece, flotando sobre el mar, agitado entre tempestuosas tinieblas, interrumpidas sólo por los relámpagos. Esta musa sella su frente con mortífero beso, y le consagra y predestina para siempre al dolor y á cantar sólo el rigor de la suerte, ternuras inútiles y

La soledad, la noche y las dulzuras
De apetecida muerte.

Quando consideramos que D. Nicomedes Pastor Díaz, sobre ser un egregio poeta á pesar de sus fúnebres extravagancias, fué

también elocuentísimo orador y discreto y fecundo prosista, hombre de Estado de alto crédito, lisonjeado por la fama, encumbrado por la fortuna á las más altas posiciones oficiales, y estimado y querido de la generalidad de las gentes por su amena conversación y apacible trato, casi nos inclinamos á creer que en sus espantables melancolías entró por mucho la moda, aunque también se explique y pueda atribuirse en gran parte á lo delicado de su salud, que afligió mucho su vida, terminándola en muerte hasta cierto punto prematura.

Por dicha, distaron no poco de ser tan lastimeras como la voz de D. Nicomedes las de los demás poetas de aquel período; período que bien pudiéramos imaginar como repentina primavera que de improviso derrite la apretada capa de nieve bajo la cual ha crecido misteriosamente la hierba, y nos la muestra lozana y verde, cubriendo los campos y prometiendo la próxima aparición de mil lindas y tempranas flores. A pesar de las discordias civiles, el principio del reinado de Isabel II fué como luciente aurora de un día alegre, á quien hacen salva los pajarillos con variados gorjeos, trinos y *pitadas*. Hubo ruiseñores y jilgueros á bandadas, pero hubo también aves noctívagas,

lechuzas y buhos que se habían acostumbrado á exhalar sus silbos agudos y sinietros en la larga noche del ya pasado absolutismo.

No todo, sin embargo, prometía ventura en la nueva era. Y menos aún que ventura, prometía sosiego. Se cuenta que el mismo rey Fernando VII lo había pronosticado en frase tan gráfica como poco poética, comparándose al tapón de una botella de cerveza que, no bien se quitase, dejaría al fermentado líquido brotar espumante y derramarse por donde quiera en estrepitoso desorden.

Cerradas las universidades y mirada de reojo y con recelo la ciencia especulativa, casi nos atrevemos á presumir que no había por entonces muy notables sabios y filósofos en España: todo muy por bajo de lo que hubo en la Edad Media, así entre cristianos como entre judíos y musulimes, y de lo que hubo en la edad triunfante y católica de nuestra gloriosa expansión. Nada al nivel de Vives, Suárez, Victoria, Melchor Cano y Domingo de Soto. Por el lado de lo experimental y práctico no nos señalábamnos tampoco, ni tal vez nos distinguimos todavía. Cuantos son los inventos, artificios y maquinarias para coser, para guisar, para

mover las cosas por vapor ó por virtud eléctrica, para enviar á largas distancias palabras y sonidos, para guardarlos en una urna y reproducirlos á nuestro antojo, para copiar los objetos valiéndose de la luz, etcétera, etc., todo se ha inventado fuera y todo ha venido de fuera.

La palabra propia nuestra ha sido, es y será, no obstante, poderosa y fecunda. ¿Y dónde mejor que en la poesía había de mostrar su fecundidad y su poder, así en su uso como en su abuso?

Prolijo y difícil sería investigar aquí las causas; pero bien podemos afirmar que no hay nación de Europa donde la poesía, y especialmente la lírica y la narrativa, no haya florecido, tanto ó más que en cualquiera otro siglo, en el siglo XIX. Con mayor motivo en España ha ocurrido lo mismo que en las demás naciones. Y si en otras artes, disciplinas y ejercicios España quedó rezagada ó bajo de nivel, en esto de la poesía se mantuvo, á mi ver, ó se elevó tan alta, como los pueblos más cultos, más ricos y mejor dotados de una brillante literatura. Lo que en la nuestra se advierte de incompleto y defectuoso, tal vez no proviene de mengua de inspiración natural, sino de la escasez de aquellos elementos extraños

10504

que acuden en auxilio del ingenio, que le prestan alas, y que, combinándose con los ensueños de la fantasía y con los pujantes sentimientos del corazón, enriquecen, digámoslo así, la sustancia exquisita, las perlas, los diamantes y el oro con que la poesía labra sus joyas.

De todos modos, y deplorándolo á par que de ello estemos también ufanos, acaso es la poesía lírica y narrativa el mejor y más sazonado fruto que en el siglo XIX ha dado la cultura española. No se extrañe, pues, que para tratar de él y para encomiarle como merece, nos extendamos en este somerísimo estudio mucho más de lo que nos habíamos propuesto.

III

Al empezar el reinado de Isabel II, la revolución literaria del romanticismo coincidió con la revolución política. Grandes fueron entonces la vida y la actividad de los espíritus, manifestándose acaso en la poesía lírica antes que en nada, porque dicha poesía parece como que no requiere preparación, es espontánea y da frutos pronto y con poco cultivo. ¿Quién no tiene algo de poeta lírico en su alma? Nada más fácil, pues, que componer versos, pero nada más difícil que componerlos buenos, y nada sobre todo más raro, en cualquier país y singularmente en España, donde se lee poco, que llamar la atención con esta clase de obras y ganar por ellas popularidad, gloria y provecho. De aquí que á los poetas líricos se les pueda aplicar mejor que á nadie, en sentido meramente mundanal, aquello de que *muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Porque no basta escribir bien; menester es además que halle quien escri-

que acuden en auxilio del ingenio, que le prestan alas, y que, combinándose con los ensueños de la fantasía y con los pujantes sentimientos del corazón, enriquecen, digámoslo así, la sustancia exquisita, las perlas, los diamantes y el oro con que la poesía labra sus joyas.

De todos modos, y deplorándolo á par que de ello estemos también ufanos, acaso es la poesía lírica y narrativa el mejor y más sazonado fruto que en el siglo XIX ha dado la cultura española. No se extrañe, pues, que para tratar de él y para encomiarle como merece, nos extendamos en este somerísimo estudio mucho más de lo que nos habíamos propuesto.

III

Al empezar el reinado de Isabel II, la revolución literaria del romanticismo coincidió con la revolución política. Grandes fueron entonces la vida y la actividad de los espíritus, manifestándose acaso en la poesía lírica antes que en nada, porque dicha poesía parece como que no requiere preparación, es espontánea y da frutos pronto y con poco cultivo. ¿Quién no tiene algo de poeta lírico en su alma? Nada más fácil, pues, que componer versos, pero nada más difícil que componerlos buenos, y nada sobre todo más raro, en cualquier país y singularmente en España, donde se lee poco, que llamar la atención con esta clase de obras y ganar por ellas popularidad, gloria y provecho. De aquí que á los poetas líricos se les pueda aplicar mejor que á nadie, en sentido meramente mundanal, aquello de que *muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Porque no basta escribir bien; menester es además que halle quien escri-

be un público predispuesto á escucharle ó á leerle, y capaz, por último de penetrar todo el sentido y de apreciar en su justo valer el mérito de lo que escucha ó de lo que lee.

Así explico yo que hubiese por aquel tiempo en España una exuberancia de lirismo que, saliéndose fuera de los moldes de la poesía lírica, y como rebosando, apareciese en la poesía dramática y hasta se dilatase y se enseñorease de la prosa, escrita ó hablada.

Sin temeridad puede afirmarse, á mi ver, que de cada cinco personajes que se han distinguido escribiendo para el teatro, en la carrera militar, en los altos empleos públicos, en la tribuna ó en el foro, cuatro, ó al menos tres, han comenzado componiendo coplas, malas ó buenas. No se extrañe, pues, que en este breve resumen sólo hagamos mención de poquísimos poetas líricos en comparación de la enorme multitud de ellos que sin duda ha habido y que han roto la lira ó que la han arrumbado, dando más útil empleo á sus esfuerzos y vigiliass. Y esto, no sólo porque valiese poco la poesía lírica de los tales, sino porque la poesía lírica casi nunca es profesión, empleo ú oficio que llene la vida de un hombre, sino

que tal vez llena sólo algunas breves horas de feliz inspiración que bastan para hacer inmortal á quien la recibe en fecundo consorcio con la musa.

De los poetas españoles del primer tercio del siglo XIX todavía, podremos citar á algunos cuyo merecimiento está muy por cima de la fama que alcanzaron. De ellos puede decirse lo que, con razón, dijo Menéndez y Pelayo de Cabanyes en una magnífica oda:

¡Dulce Cabanyes! En humilde tumba
Cubre tus restos el materno suelo:
Sobre ella vela el numen de la lira...
El de la gloria duerme.

Por desgracia, las alabanzas dadas por el Sr. Menéndez no han hecho á Cabanyes más popular ni más conocido. La misma oda del Sr. Menéndez, que da tan clara y hermosa idea del valer del vate laletano, es tan poco leída y conocida como los versos de dicho vate. Tal vez la relativa obscuridad de Cabanyes proceda, en parte, de que vivió en provincias y no vino á cobrar celebridad en Madrid.

Por idéntico motivo alcanza también poca nombradía D. José Somoza, y, sin embargo, nos quedan de él lindísimos ver-

sos, como, por ejemplo, el *Romance gitanesco* y *La sed de agua*.

En gran manera superior á Somoza, y casi tan olvidado como él, cuando no en Valencia y en Cataluña, en Castilla, fué el presbítero D. Juan Arolas, inspirado y entusiasta autor de no pocas poesías caballescascas y orientales.

En Madrid, al aparecer el romanticismo y luchar con la escuela llamada clásica, y al fin vencerla, el centro en que se reunían los ingenios de ambas parcialidades era el pequeño café contiguo al teatro del Príncipe, y que pronto se designó, por afecto y no por menosprecio, con el nombre de *Parnassillo*. Aquel vino á ser el foco de la revolución literaria; pero las mudanzas y novedades que la revolución trajo consigo se notaron más y fueron más benéficas que en la poesía lírica en la poesía dramática.

Harto más que como líricos, brillaron y florecieron como dramaturgos el gran crítico Larra, Gil y Zárate, García Gutiérrez y otros. La gloria que adquirieron algunos por sus dramas, casi eclipsó el brillo con que tal vez como poetas líricos hubieran podido lucir. Así D. Juan Eugenio Hartzenbusch, cuyos *Amantes de Teruel* y cuya *Doña Mencía* el vulgo conoce y celebra, ol-

vidando ó desconociendo su bellísima paráfrasis de *La campana* de Schiller, sus fábulas y varias elegantes y sentidas composiciones, como, por ejemplo, *La mediamia de ingenio*. Así también, más tarde, D. Ventura de la Vega, más famoso y más digno de serlo por *El hombre de mundo*, *Don Fernando el de Antequera* y *La muerte de César*, que por sus lindas y atildadas composiciones, entre las que sobresalen *Agitación* y *Orillas del Pusa*. Y así, por último, don Tomás Rodríguez Rubí, cuyo rico y aplaudido teatro ha hecho olvidar sus graciosas y originales poesías andaluzas.

El lirismo, no empleado por otros en la poesía lírica, ni en la dramática siquiera, persistió en el alma de ellos y prestó carácter, ya á las obras que escribieron en prosa, ya á las arengas que, lanzados en la vida política, pronunciaron. Pasmoso ejemplo de esta clase de poetas líricos, que rompen el freno y las ligaduras del metro y de la rima, y que en prosa vierten su inspiración á torrentes, fué el primero, el más original y el más enérgico y conciso, D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas. ¿Qué son más sus obras, y singularmente el *Ensayo sobre el catolicismo*, etc., que un raro conjunto de odas, canciones, sátiras, elegías

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA GENERAL DE MONTERREY
ALF. 1017
1625 MONTERREY, MEXICO

y trenos, escritos ó pronunciados con acento apocalíptico en resonante prosa? Notables muestras de este lirismo prosaico notan en Francia Chateaubriand, Lerminier, Lamennais, Edgardo Quinet y Pélletan; pero ninguno acertó por allí á poner este lirismo en la oratoria con mayor arte y con más estupendo caudal de imágenes y adornos floridos que D. Emilio Castelar entre nosotros, por donde su nombre, merced también á la sinceridad y fervor de su patriotismo y al desinterés y nobleza de su conducta política, se ha extendido por España y fuera de España, y resuena y persiste aún acompañado de justas y altas alabanzas.

No adelantemos, con todo, y volvamos á tratar de la contienda ó de la guerra, más cortés que encarnizada, entre *clásicos* y *románticos*. Su término fué el triunfo del romanticismo, si bien modificadas y suavizadas sus exageraciones por los *clásicos*, que después de burlarse de él con no poco donaire, se allanaron á aceptarle y hasta escribieron también *románticamente*. Entre éstos, primero enemigos y burladores del romanticismo y después conversos ó semi-conversos, figuran D. Antonio María Segovia, *El Estudiante*, y *El Curioso parlant*

te, ó sea D. Ramón Mesonero Romanos.

Pero, á mi ver, el más gracioso burlador y el más acérrimo contrario del romanticismo fué el fecundísimo é ingenioso poeta dramático y lírico, D. Manuel Bretón de los Herreros. También en él la gloriosa nombradía de dramaturgo ha obscurecido, aunque no debiera, el refulgente laurel de oro que debe adornar y que adorna su lira. De la inexhausta vena de Bretón, de su alegre y candoroso ingenio, y de su maravillosa facilidad y maestría en el manejo del idioma, de la rima y del metro, han brotado multitud de canciones, odas, sátiras, epigramas, romances y letrillas, que todavía nos encantan, que guardamos en la memoria y que repiten con placer nuestros labios. Es más: yo creo que Bretón, hasta en sus comedias ó dramas, es, más que poeta dramático, poeta lírico. Los chistes y las agudezas que mayor deleite y risa promueven, más que en la situación y carácter de los personajes, están en el primor, en la amenidad, en la versificación ingeniosa y en otras raras prendas de su estilo.

Nadie como Bretón ha compuesto parodias y burlas divertidas del romanticismo. La mujer es *rosa de Jericó*, *paloma del diluvio*, *fantástica visión de caledonio bardo*,

*sueño fugaz de peregrino trovador proven-
sal, flor*

Que seca y destruye el cierzo,
Fósforo que alumbra y muere,
Ráfaga que pinta en sueños
El demonio del amor,
Y fantástico compendio
De tinieblas y de luz,
De triaca y de veneno.

El amor de la mujer puede modificar ra-
dicalmente nuestro carácter, lanzarnos al
crimen y hacer que montados...

..... sobre innoble bestia
Y ciñendo la túnica y el gorro,
Preseas del ladrón y el homicida
Nos lleven al patíbulo afrentoso.

En cambio, la mujer contrariada en sus
amores se matará prefiriendo la estrangula-
ción, y dirá, amenazando á quien la con-
trarie: adiós,

..... y plegue al genio
De las tumbas que algún día
No te maldiga en el lecho
Con infernal carcajada
Mi descarnado esqueleto.

Sería cuento de nunca acabar seguir ci-
tando otras parecidas bromas de Bretón
sobre el mismo asunto.

Los románticos, á pesar de su seriedad,
á menudo lúgubre, no se descuidaban tam-
poco en burlarse de los clásicos. Lo que más
ridicularizaban era la poesía pastoril. El
pastor Clasiquino salió en caricatura en el
periódico *El Artista*. No acertaba á conce-
bir el romántico que hubiese pastores ga-
lantes y finos, y zagalas gentiles, aseadas
y discretas.

Contra el empleo de la mitología greco-
latina el romántico se desataba aún con
mayor furia, aunque nuestros poetas ante-
riores al pseudo-clasicismo francés, Lope,
Góngora, Tirso y el mismo Calderón, ha-
bían sido *mitologistas*. Los dioses gentiles,
en quienes ya nadie creía, habían sido para
ellos figuras retóricas, personificaciones de
vicios y virtudes, de pasiones humanas y
de fuerzas de la Naturaleza. Si conviene ó
no el uso de estas personificaciones é imá-
genes, punto es muy discutible y tan largo
de dilucidar, que en este artículo no cabe
que le dilucidemos. Pero en lo que me pa-
rece, á primera vista y sin mucha reflexión,
que hay no poco de erróneo y más aún de
ocasionado á faltar al respeto y á la vene-
ración que á las cosas santas se deben, es
en el uso de lo sobrenatural cristiano para
adorno y máquina de los poemas. A nues-

tro Dios, elevadisimamente metafísico, que todo lo ha creado, que lo llena y lo penetra todo, que asiste en el abismo de nuestras almas, y que está en todo lugar por esencia, presencia y potencia, sería rebajarle con indecoroso antropomorfismo si le hiciésemos hacer un papel algo parecido al de Júpiter, Neptuno ó Venus en las antiguas epopeyas.

De nuestro cielo ortodoxo tenemos, además, muy cortas noticias. En él hay arcángeles, ángeles, serafines y querubines; pero de sus andanzas nada sabemos, á no ser por algún mensaje ó recado que hayan traído de vez en cuando á esta ó aquella privilegiada criatura de nuestro planeta. Ni si quiera sabemos los nombres propios de tan egregios mensajeros, salvo los de tres ó cuatro. Y todavía es más de notar que, si prescindimos de la condición puramente espiritual de los ángeles, y si nos atrevemos á prestarles forma sensible, echamos de menos el género femenino; todo lo indígenamente sobrenatural es varón. Hasta en lo que hay ó puede haber entre tierra y cielo, en lo sobrenatural semidivino, no quedan hembras tampoco, si con la mitología clásica expulsamos á las antiguas ninfas, nereidas, driadas y náyades.

A fin de suplir la falta que proviene de esta expulsión, importamos, casi al empezar el romanticismo, además de las hadas que figuraban ya en España desde hacía mucho tiempo, otras varias hembras sobrehumanas traídas de remotos países y creadas por extrañas religiones y supersticiones. Así vinieron á vivir entre nosotros las sílfides, las ondinas y las salamandras. Así también, para uso de los mahometanos, que en los antiguos romances moriscos hablaban de Cupido, de Venus y de Marte, introdujimos y pusimos en moda á las huríes. Y así, por último, se trajeron también para poblar y animar los espacios fantásticos de la poesía española, peris de la Persia, apsaras de la India, y hasta valquirias de las regiones hiperbóreas; pues ya Maury habla de ellas más de setenta años antes de que las viésemos y oyésemos cantar en el teatro música de Wagner.

Menester es, con todo, que confesemos que valieron de poco tales importaciones. Ondinas, sílfides, peris, apsaras y valquirias, aunque sea ruin y plebeya comparación, estaban entre nosotros como gallinas en corral ajeno. Rara vez, ó casi nunca, las tomó por su cuenta la poesía. Y si por dicha gozaron en alguna ocasión del favor del

público, lo debieron al arte coreográfico, merced á las piruetas y graciosas contorsiones de algunas esbeltas bailarinas.

La verdad es que todo lo sobrenatural, no sólo grecolatino, sino de cualquiera otra procedencia, no podía ya entrar franca y abiertamente en las poéticas narraciones.

Desde las dichosas y ya muy distantes edades divinas en que los mortales inocentes y cándidos y los inmortales benévolos se visitaban, se veían y hasta se enamoraban, toda ficción de esta clase tenía mucho de falso, de anacrónico y de artificioso. Nunca mejor que en nuestra época puede decirse con verdad, hablando de los inmortales, lo que ya dijo el poeta latino:

*Quare nec tales dignantur visere coetus,
Nec se contingi patiuntur lumine claro.*

La poesía épica, en su más estricto y riguroso significado, no es ya posible. Por poesía épica entendemos hoy la poesía narrativa. La epopeya se ha trocado en leyenda. Lo que todavía se sobrepone á lo natural, el misterio y el milagro, apenas aparecen ya en la leyenda por la causa, sino por el efecto. El agente, el creador del hecho prodigioso, queda casi siempre como poder oculto que nos vela densa nube y que

rara vez se atreve el poeta á evocar y representar con perfiles determinados y precisos y como visión clara y distinta.

Desde esta poesía narrativa, desde la leyenda donde el prodigio, el misterio y lo suprasensible aparecen nebulosos, vagos é inciertos, hasta la novela en prosa donde ya se desvanecen del todo, poco queda por andar. Cuando se ande, la leyenda en verso pasará por completo de moda, y triunfará y prevalecerá la novela, la cual será tanto más aplaudida cuanto más experimental y más naturalista sea. Las pasiones, los nervios, el atavismo, el medio ambiente y otros factores de la misma laya, harán el papel de divinidades malévolas y benévolas, de genios y de ninfas y de ángeles y demonios, que nos estravíen ó nos guíen, que determinen nuestros actos y que dirijan nuestros destinos.

Otro ingrediente exótico, aunque en muy corta dosis, entró también en la combinación para formar el romanticismo de España. Me refiero al conjunto de poemas, más ó menos apócrifos, atribuidos al bardo escocés Ossian, y restaurados ó inventados por Jacobo Macpherson. El cantar melancólico del padre de Oscar se oyó muy poco en España.

Cuando en la roca de Loclín sentado,
Pulsaba el arpa al lado de Malvina,
Y la voz ronca del torrente hinchado
Sobrepujaba con su voz divina.

Hace algunos años se leía entre nosotros en inglés mucho menos que ahora, y Ossian hubo de darse á conocer por aquí, ya en imitaciones ó traducciones francesas, ya por la elegante traducción italiana en verso de Cesarotti, ya por la castellana, en verso también, de Montengón, que ha de haber circulado poco y que confieso que no conozco. El entusiasmo y la imitación de Ossian han dejado, no obstante, cierta huella en una que me parece manía, aunque el Diccionario de la Academia la disculpa y casi la autoriza: la de llamar á los poetas bardos; lo cual, en mi sentir, equivale á llamar druidas á nuestros clérigos y frailes.

Rasgo harto más esencial, y no peregrino, sino propio de nuestra tierra, fué cierto disgusto de las cosas presentes que nos hizo volver la vista hacia lo pasado con amor veheméntísimo. La decadencia de España, mayor cada día, si la comparábamos con el encumbramiento de varias naciones de Europa; la América que fué nuestra, alzada en rebelión contra nosotros, y el des-

orden, la anarquía y los apuros económicos causados por las estériles y largas discordias y por los opuestos bandos de liberales y serviles, movieron á muchos á soñar con antiguas y más prósperas edades, y á ser un tanto cuanto *retrogrados*, al menos en teoría. Ingenios aristocráticos se señalaron en esto, iniciando dicha propensión. El liberalismo moderno había además, aunque involuntariamente, cometido varios crímenes de lesa patria, falseando nuestra historia y dando por indiscutibles muchos injuriosos asertos de gente extranjera y enemiga. Era menester, por lo tanto, volver por el honor de España y defenderla en verso contra los ataques que en verso se le habían dirigido. Dos ilustres próceres, D. Mariano Roca de Togores, después marqués de Molins, y D. Bernardino Fernández de Velasco, duque de Frías, tomaron á su cargo este empeño.

Sin dejar de ser *liberalísimo* y hasta demócrata, Roca de Togores se complace en pintarnos el respetuoso cariño, la patriarcal y digna familiaridad, y la alianza, fecunda en hechos heroicos, de la aristocracia y del pueblo español en los tiempos antiguos. Así inspirado, compuso en los *Recuerdos de Salamanca* uno de los más bellos

romances que se han escrito en lengua castellana:

Salud, altos pensamientos,
Restos de tiempos mejores,
Ocultos en estos campos,
Olvidados en la corte.
Así, del héroe famoso
Enmohecido el estoque,
Yace motaraz cuchillo
Lo que fué gloria del orbe.
¿En dónde están de Castilla
Los robustos infanzones?
¿Cuál tierra labran ahora
Sandoval y Bracamonte?
¿Do está de Haro y Maldonado
La labor? ¿En dónde, en dónde
Los héroes en Villalar
Vencidos ó vencedores?
Un tiempo fué, cuando rotos
Los flamencos escuadrones,
El Duque de Alba, el dechado
De los tercios españoles,
Viendo el correr de los trillos
Y el tañer de los albogues,
Olvidó el són de las trompas
Y el rodar de los cañones,
Y mansamente sentado
Cabe las henchidas trojes,
Contaba sus propios hechos
A sus propios labradores.

Aún está más marcada la intención aristocrática y patriótica del Duque de Frías cuando éste refuta las apasionadas acusaciones y responde á las crueles diatribas de Quintana. Insufrible era, cuando casi todas nuestras colonias de América se habían alzado en armas contra la metrópoli, no negar que los españoles, con espantosa ferocidad, habían convertido en un desierto á la *América inocente, virgen del mundo*. Y en todo caso, más directos descendientes de los crueles, y más herederos del fruto, botín y saqueo de sus tropelías eran los rebeldes de por allá que los españoles de la Península. Con razón, pues, los apostrofa el Duque, diciendo:

¡Gentes que alzáis incógnita bandera
Contra la madre Patria! en vano el mundo
De Colón, de Cortés y de Pizarro
A España intenta arrebatat la gloria
De haber sido español; jamás las leyes,
Los ritos y costumbres que guardaron
Entre oro y plata y entre aroma y pluma
Los pueblos de Atahualpa y Moctezuma,
Y vuestros mismos padres derribaron,
Restablecer podréis: odio, venganza
Nos juraréis, cual pérfidos hermanos;
Y ya del indio esclavos ó señores,
Españoles seréis, no americanos.

Mas ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antipodas distantes,
Verá la cruz del Gólgota plantada,
Y escuchará la lengua de Cervantes.

Yo no sé si se cumplirá ó no tal pronóstico. Yo no sé si el habla castellana desaparecerá de América, ó porque nuestros hermanos la olviden, ó porque otra casta superior los arroje de aquel suelo ó los oscurezca y confunda, apoderándose de todo. No lo permita Dios por amor de nuestra casta. Pero lo que es innegable, es que los españoles no destruyeron una civilización que no existía; porque, á pesar del oro, de la plata, del aroma y de las plumas de que el poeta nos habla, había sólo espantosa barbarie, opresión supersticiosa y miles de sacrificios humanos. España, en vez de destruir al indio, le restauró en la noble condición humana, de la que había decaído en gran manera. Harto mejor que los versos explica esto la humilde, sencilla y verídica prosa de Gomara, al hablar así de los indios: «Agora son señores de lo que tienen con tanta libertad que les daña. Pagan tan pocos tributos, que viven holgando: ca el Emperador se los tasa. Tienen

hacienda propia y granjerías de seda, ganados, azúcar, trigo y otras cosas». Y más adelante: «Nadie piense que les quitan los señoríos, las haciendas y libertad, sino que Dios les hizo merced en ser españoles, que los cristianaron, y que los tratan y tienen ni más ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan, y de carne para que coman, ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, conque mejoran la vida». ¿Qué tal sería la civilización de los indios cuando ni candil para alumbrarse habían inventado?

En la defensa del Rey Felipe II, impugnando *El panteón de El Escorial*, de Quintana, estuvo también muy atinado el Duque de Frías, aunque poeta inferior á su contrario. Tal vez pudiéramos calificar á aquel monarca, tanto como de prudente, de cominero y engorroso. Ardua empresa es hacer su apología y presentarle cual dechado de bondad y de filantrópica dulzura. ¿Pero fueron mejores que él otros reyes y príncipes de su tiempo? ¿Valían más que él, moralmente, su suegra Catalina de Médicis, Carlos IX y Enrique III de Francia, ó el déspota inglés Enrique VIII y su tremenda hija, á quien llama Góngora

Mujer de muchos y de muchos nuera,
Oh reina torpe, reina no, mas loba,
Libidinosa y fiera?

El furor de Quintana contra Felipe II es, por consiguiente, exagerado y declamatorio. Algo hubiera debido perdonársele, atendida la época en que vivió y poniendo en la balanza las buenas cualidades que también tuvo, y el mérito y la fortuna de haber llegado España bajo su cetro á la cumbre de la preponderancia y de la grandeza. Bien está, pues, que diga el Duque, y más discretamente aún poniéndolo en boca de un monje que pronuncia desde el púlpito la oración fúnebre:

Fué del prudente rey el poderío
De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del trono, de la Iglesia brío,
Temido en Flandes, respetado en Trento,
Y, desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar y una bandera.

Por lo demás, ni en las poesías líricas y narrativas del Duque de Frías y de Boga de Togores, ni en otros buenos versos de la primera mitad del siglo XIX, se acierta á distinguir bien lo clásico de lo romántico,

ni se halla marca característica que lo determine. En la poesía dramática es donde el romanticismo se señalará más distintamente. Y si en la lírica amatoria aparece también en ocasiones con signos vigorosos, es por exageración de los sentimientos, que de puro endiablados y frenéticos rayan en falsos. Así es, que sin exagerar nada, con verdad sincera y con sobria y pujante maestría de estilo, Gallego vence, á mi ver, á casi todos los románticos en la tierna admiración de la hermosura del alma y del cuerpo de la mujer, á quien ni *la mano fría de la razón*, ni *la mariposa negra*, ni *la Sirena del Norte*, ni la misma muerte, logra convertir en *desecada momia*, en su imaginación y en su entusiasta recuerdo. La elegía ó canto fúnebre á la Duquesa de Frías es, para mi gusto, de lo más sentido, apasionado y bello que en verso castellano se ha escrito. Y no citaré aquí versos en apoyo de mi afirmación, porque vacilaría para elegirlos ó tendría que citarlos todos.

Tanto como los poetas y literatos que vivían en España al empezar el reinado de Isabel II, contribuyeron al triunfo del romanticismo, prestándole novedad, energía y carácter, los que por cualquier motivo, voluntariamente ó por fuerza, estuvieron

emigrados, en Inglaterra, en Francia, y en otros países, durante el reinado de Fernando VII.

Algo semejante había ocurrido en Francia con el romanticismo. También allí le llevaron los emigrados, cuando á la caída de Napoleón I volvieron á su patria. Tan importante fué el papel de estos emigrados, y tan poderoso su influjo en aquella gran literatura, que el célebre crítico dinamarqués Brandes, en su notabilísima obra titulada *Las principales corrientes de la literatura en el siglo XIX*, les dedica un tomo entero. Lo que la Baronesa de Staël, Chateaubriand, Benjamin Constant y otros fueron para Francia, lo fueron más tarde para España, ya desde tierra extranjera, ya después de repatriarse, D. Juan María Maury, D. Francisco Martínez de la Rosa, D. José Joaquín de Mora, D. Antonio Alcalá Galiano y D. Angel de Saavedra, duque de Rivas. Al volver á España, enriquecido el espíritu por el estudio de otros idiomas y literaturas, por el trato con diversas gentes y por la contemplación de civilizaciones extrañas y distintas, asimilándose bien lo adquirido, y convirtiéndolo en sustancia propia, nos trajeron ó nos enviaron obras de muchísimo valer, que modificaron entre nosotros el

gusto estético y pudieron más que el influjo directo de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas y de otros románticos franceses para que el romanticismo floreciera en España con sello peculiar y con poco ó ningún *galicismo* de pensamiento. Tan egregios emigrados importaron y produjeron tanto y tan bueno, que, á pesar de que aspiro á que este escrito sea un breve resumen, tendré que extenderme más de lo que pensaba y tratar en artículo aparte de dichos emigrados y de sus obras.

IV

Muchas fueron las personas, notables por su saber y por su ingenio, que tuvieron que expatriarse durante el reinado de Fernando VII, ya para salvarse de las persecuciones del despótico poder central, ya para huir de gran parte de la plebe, fanatizada por los frailes, y armada y regimentada con el nombre de voluntarios realistas, que solía insultar, vejar y maltratar á los afrancesados, á los liberales y á los que pasaban por incrédulos y volterrianos.

Preseindiendo de otros muchos emigrados que entonces hubo, me limitaré á hablar aquí de los cinco más importantes que cito en el artículo anterior.

Fué el primero D. Juan María Maury, nacido en Málaga en el último tercio del siglo xviii é hijo de D. Juan Bautista, del comercio de aquella ciudad. Su esmeradísima educación, sus variados estudios y sus viajes por diversos países de Europa, pres-

taron á su espíritu y á su natural talento extensa cultura y cierto carácter cosmopolita. Aunque hablaba y escribía diversos idiomas, conociendo sus literaturas y gustando de ellas, jamás se entibió su amor á lo español y á lo castizo, manifestado con brillantez en la singular maestría y en el exquisito esmero que resplandecen en todo cuanto escribió en lengua castellana.

Si por algo peca Maury, es por muy refinado en este punto, sobre todo en los versos. Algún parecido encuentro yo entre el primoroso refinamiento de Maury en sus poesías, y el no menos primoroso refinamiento de otro ilustre malagueño en la prosa. La diferencia estaba en que el malagueño prosista era por el asunto que había elegido más propio de España y hasta de su región andaluza, mientras que hay cierto vago cosmopolitismo en los versos de Maury hasta cuando pone en España la escena de sus ficciones, ó canta y celebra hazañas españolas. Por lo demás, y aunque parezca extraño y paradójico, Maury y D. Seraffín Estébanez Calderón, que es el prosista á quien aludo, se parecen en el extremado primor del estilo: en que ambos cincelan, pulen y esmaltan el idioma como el artista que con oro y pedrería fabrica una joya, compla-

ciéndose en presentarnos en completo dechado toda la varia riqueza de nuestro idioma en vocablos, frases y giros.

Las más antiguas poesías de Maury merecen, como pocas, la calificación de clásicas, tal como entonces se entendía el clasicismo. Apenas puede imaginarse nada más atildado y pulcro por la forma. Los versos bien medidos, los consonantes más difíciles, los apropiados epítetos, las elegantes y rebuscadas perfrasis para designar describiéndolos algunos objetos que no se quieren nombrar por sus nombres, todo ello presta á las composiciones de Maury una nitidez preciosa, y hace de ellas muy acabado modelo de un culteranismo de buen gusto. Digno de tales alabanzas es, sobre todo, el poemita *La agresión británica*, escrito en hermosísimas octavas, entre las que sobresalen, conservadas en la memoria por los sujetos que aman el arte, las que describen y alaban las magnificencias del Pirineo y del Apenino, para exaltar mil veces más aún la grandiosa majestad de los Andes, en cuya comparación el Apenino y el Pirineo

Débil remedo son de la alta, ingente
Cordillera feraz, trono de Pales.

Todavía son más dignos de aprecio, por la melancólica dulzura que los inspira, los versos de la canción *La ramilletera ciega*; y por colmo de gentileza y de gracia *La timidez*, el más lindo acaso de cuantos romances amorios se han compuesto en nuestro idioma.

Emigrado Maury y viviendo en París, prestó un gran servicio á las letras españolas con envidiable gloria suya. Venciendo las dificultades de la versificación, y mostrándose eximio maestro en la lengua de Racine y de Voltaire, tradujo gallardamente en versos franceses gran número de composiciones de los mejores poetas que ha tenido España desde el principio de la edad de oro de su literatura, hasta Meléndez y Quintana. Acompañado trabajo tan brillante con disertaciones y notas que le ilustran, apareció en París *L'Espagne poétique*, mereciendo la gratitud de los españoles que veían así subir á sus más ilustres ingenios á la cumbre del Parnaso europeo, y obteniendo el aplauso y la admiración de los franceses que en los más acreditados periódicos de entonces encomiaron el talento y la habilidad de Maury como versificador, el brío y la elegancia de su estilo como prosista, y el mucho saber y la atinada crítica

con que conocía y estimaba las diversas literaturas de los otros pueblos de Europa.

Sin duda, animado Maury con tan enviable éxito, terminó y publicó también en París, en 1840, su singular poema *Evero y Almedora*, cuyo valer, en parte evidéntísimo y extraordinario, no acertaré yo en parte á tasar en lo justo por algo de original y de extraño que hay en toda la obra, y que requiere para su detenido examen y estimación exacta, razonamiento más amplio y reposado que el que la brevedad de estos artículos permite. El célebre *Paso honroso* de Suero de Quiñones, cuyo nombre modifica Maury llamándole Esvero, es el asunto, ó mejor diré, el pretexto de la epopeya. Cautivo aquel noble caballero de una gentil y hermosa dama, por quien llevaba un hierro al cuello, decidió para su rescate, auxiliado por otros nueve paladines, amigos ó parientes suyos, romper en justa trescientas lanzas, llamando al certamen á cuantos caballeros quisiesen acudir, menos el rey D. Juan II y su condestable D. Alvaro de Luna. El *Paso honroso* tuvo lugar junto al puente de Orbigo, á seis leguas de la ciudad de León, en el verano del año de 1434 de nuestra era, cuando pasaban

por allí muchos peregrinos que iban á Santiago de Galicia. Esvero logró su propósito; rompió las trescientas lanzas y obtuvo su rescate, de todo lo cual dió testimonio un notario público, siendo hoy tan extraño documento crónica de aquel curioso hecho de armas. Tal asunto, aunque en alto grado poético, no era bastante para llenar un largo poema en doce cantos, sobre todo preciándose el cantor de tan conciso, como en efecto Maury lo era. Por esto, como ya queda dicho, el *Paso honroso*, más bien que el asunto, es el pretexto de la epopeya; es como el lienzo y el cuadro sobre cuyos principales rasgos ha bordado el poeta una intrincada selva de aventuras y cuantos lances de amor, de gentileza y de caballerías su fecunda imaginación le sugiere. Juzgo imposible dar en breves palabras una idea cumplida del complicadísimo argumento del poema. A mi ver, ni D. Juan Nicasio Gallego lo explica con claridad en el extenso informe que sobre él leyó ante la Real Academia Española, ni lo explica tampoco el mismo Maury en la más extensa carta que dirigió á D. Juan Nicasio, haciendo una ingeniosa apología de su obra. No quiero yo decir con esto que sea obscuro ó tenebroso el poema de Maury, por el estilo

de la *Cassandra* de Licofrón. Sólo me limito á decir que, como Maury escribe con rara concisión, para contar en prosa todos los casos é historias que él cuenta en verso es menester escribir más prosa de la que escribieron Gallego y el mismo Maury, y de la que puedo y debo escribir yo en este artículo. He de confesar, con todo, que el argumento del poema es algo enmarañado; pero, si esto es falta, bien podemos atribuirlo también al *Orlando* de Ludovico Ariosto, y poner á Maury en muy honrosa compañía.

A pesar de la indiscutible belleza de la dicción y de la versificación de las octavas de Maury, y á pesar del rico caudal de pensamientos y de imágenes que ponen en ellas la poderosa fantasía y el vasto saber del poeta, no hemos de negar aquí que *Esvero* y *Almedora* distan mucho de ser populares y son poco leídos. Nadie se inclina con más respeto que yo ante la sentencia del gran público. Aun suponiendo en este gran público el gusto más depravado, ¿cómo no reconocer ni admirar en un autor el tino con que acierta á halagar dicho gusto y la virtud magnética con que penetra en el ánimo de sus contemporáneos conmoviéndolos y entusiasmándolos? Tal vez careció Maury

de dicha virtud, aunque bien puede decirse que *habent sua fata libelli*.

Entiendo yo, además, que la alta poesía tiene y tuvo siempre no poco de aristocrático. Augusto, Octavia, y como si dijéramos la *high-life* de Roma en aquella edad, se deleitarían con la lectura de la *Eneida*, comprendiendo y gozando sus excelencias y delicadas perfecciones; pero el vulgo de provincias, y aun el de la misma capital del Imperio, preferiría versos más llanos y pedestres de los que nadie se acuerda ya.

De todos modos, y yo pido al lector que me perdone si vacilo, Maury hubo de pecar por comprender torcidamente aquello que se dice de que debe escribirse para un público eterno. Tan indiscutible es la verdad de este precepto, que sólo puede admitirse en sentido irónico que Lope dijera:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

El escritor, por el contrario, debe combatir esta necedad, si suponemos que la hay. Y no sólo debe pensar en una posteridad más discreta que la gente de su tiempo al no ver en ésta toda la discreción que conviene, sino también en la gente de otros países, ya que su escrito puede salvar la

frontera de su patria y dar muy triste idea del atraso ó de la perversión estética de sus paisanos. Entendido así este punto, no sólo se debe escribir para un público eterno, sino también para un público ubicuo. Mas no es esto decir que el escritor, y sobre todo el poeta, se aisle y se retraiga cuando escriba, sin dejarse arrebatar ó sin oponerse á las corrientes de ideas, sentimientos y opiniones que en su época prevalecen. Por algo de este aislamiento y de este retraimiento pecó Maury. Quiso escribir y escribió para un público eterno y ubicuo, pero dejó indiferentes y hasta fríos á los que en torno de él debieran haberse agrupado para escucharle. No comprendió Maury que, si bien importa que por todo el mundo y en los tiempos venideros se aprecie lo que hoy se escriba, esto sólo se logra empezando por interesar á los que viven cuando vive el escritor ó el poeta, hablan la misma lengua y tienen la misma patria.

Esvero y Almendra, á pesar de cuanto queda expuesto, es un libro digno de estudio y de admiración, como muestra y ejemplo de todos los primores y excelencias de que es capaz la lengua castellana manejada por un poeta original, rico en saber y dotado de la más lozana inventiva.

D. Francisco Martínez de la Rosa es el segundo emigrado del que nos propusimos tratar. Harto menos docto y, á mi ver, menos poeta también que Maury, le vence en popularidad, y logra ser, no sólo en política, sino en literatura, mil veces más influyente. Como lírico, permaneció clásico en la emigración y después de la emigración; pero como poeta dramático contribuyó poderosamente al triunfo del romanticismo con sus dos célebres dramas *Aben Humeya* y la *Conjuración de Venecia*, cuyo mérito no nos incumbe estimar en estos artículos. Escribiendo, además, su tragedia *Edipo*, trajo á nuestra escena una novedad digna de aplauso. El clasicismo de su *Edipo* difiere ya del amanerado pseudo-clasicismo francés, y se acerca bastante á la sublime sencillez del antiguo clasicismo helénico.

Como preceptista, Martínez de la Rosa influyó benéficamente en nuestra literatura traduciendo muy bien la Epístola á los Pisones, de Horacio, escribiendo una muy juiciosa *Arte poética* original, é ilustrándola con notas en que divulga no poco de nuestra brillante historia literaria, harto menos conocida entonces que hoy, y en que juzga á los antiguos y egregios poetas españoles con imparcial, serena y atinada crítica.

La amable flexibilidad de carácter, el espíritu conciliador, la moderación y el recto y sano juicio de Martínez de la Rosa resplandecen, lo mismo que en su vida política y que en su trato social, en las muchas obras que dejó escritas. En literatura, así como en política, huyó de los extremos, si no siempre, en la madurez y plenitud de sus facultades intelectuales, y puso su mayor empeño en conciliar la libertad con el orden. Un tanto cuanto cándidos suelen ser los medios de que para lograrlo se vale. Pero, aun cuando no lo logre, ¿cómo no celebrar y agradecer la bondad del intento? Podrá decirse que Martínez de la Rosa no sienta ni sostiene la base de sus preceptos en filosóficas profundidades; que su estética es harto somera; pero su ingénito buen gusto, cultivado por la lectura de los más selectos autores, suple dicha falta, si la hay.

Aunque como poeta lírico y épico se diga que Martínez de la Rosa no traspasa los más altos grados de la medianía, bien puede afirmarse que, no traspasándolos, contradice por completo la sentencia del vate venusino, porque no pocos de sus atildados y elegantes versos agradan y deleitan aún á los amantes de la poesía. Sobre la correc-

ción, primor y gracia del estilo se advierten en ellos á menudo sensibilidad y delicadeza de sentimientos, y en ellos encuentra expresión sencilla y adecuada el alma dulce y generosa del poeta. Lo que tal vez parece falso en sus versos, no lo es si bien se mira. No seré yo quien censure que Martínez de la Rosa pondere su deseo no cumplido de volver á vivir en Granada y de morir en las márgenes del padre Dauro, *manso rio de las arenas doradas*. Hace más de cuarenta años que estoy yo deseando, ó diciendo que deseo, retirarme del mundo é irme á vivir y á morir en mi lugar, y todavía sigo en el bullicio de esta capital, aunque viejo, enfermo y casi ciego. El hombre propone y Dios dispone. Y suele acontecer que lo que Dios no dispone el diablo sea quien lo disponga.

Por lo demás, se nota en Martínez de la Rosa cierta buena fe casi infantil, que da visos de falso á lo que es verdad si no se considera superficialmente.

Así, por ejemplo, en aquel tan conocido comienzo de la Epístola al Duque de Frías en la muerte de su mujer. Llamar tristes á las márgenes del Sena; decir que allí no hay flores, porque las flores no nacen entre el hielo, y porque, si nacieran, se marchitarían al tocarlas el poeta, todo es gran fal-

sedad objetivamente considerado; pero el poeta es sincero y verídico, porque expresa y se conoce que expresa lo que sentía. La tristeza y el hielo no estaban en París, sino en su corazón.

De índole diametralmente opuesta es el tercer poeta que entre los expatriados sobresale. El gaditano D. José Joaquín de Mora, muy liberal en política, y de ideas religiosas y filosóficas en gran desacuerdo con las que en España prevalecían, tuvo que emigrar en 1823, y anduvo peregrinando durante muchos años por diversas y apartadas regiones. Su vida en aquel tiempo se asemeja bastante á la de los antiguos poetas, sabios y filósofos griegos, que tal vez iban á adquirir ciencia en Egipto, en Fenicia, en Frigia y en el centro del Asia, y tal vez acudían luego á remotos países, colonizados por compatriotas suyos, para divulgar allí dicha ciencia y contribuir al establecimiento de nuevas ciudades y repúblicas, redactando sus leyes y Constituciones. En el Río de la Plata, en Chile, en el Perú y en Bolivia, Mora divulgó sucesivamente la ilustración, educó á la juventud é intervino en los asuntos políticos de aquellos Estados naciescentes, haciendo un papel parecido al de los mencionados griegos an-

tiguos, salvo que, no envolviéndose como éstos en la niebla con que los siglos en su transcurso los han circundado, Mora deja ver menudencias y lunares que quitan grandeza y hermosura á su historia. Aun así, y tal como la ha escrito en un grueso volumen el docto chileno D. Miguel Luis Amunátegui, dicha historia ó biografía no deslucen ni perjudican al personaje de que trata, sino más bien redundan en alto honor suyo. Por ello, y por la imparcialidad de que procede, merece el Sr. Amunátegui el mayor elogio, ya que nunca se ensaña contra Mora, y si no le hace favor, sabe hacerle justicia. Mora tenía que alistarse en uno de los partidos políticos que en cada república se combatían. Triunfante dicho partido, Mora predominaba; pero cuando sus contrarios subían al poder, Mora era objeto de odio y de persecuciones, y tenía que irse á otra república. Satírico y mordaz, Mora desahogaba entonces su cólera en apasionados y á menudo crueles, aunque graciosos versos, contra la república cuyo servicio y territorio había abandonado y contra las gentes que en ella gobernaban. Así lanzó Mora tremendas sátiras contra Chile; mas no por eso buscó Amunátegui en el improperio y en la difamación la venganza.

La fecunda laboriosidad de este peregrino emigrado no cesó nunca, durante los muchos años que estuvo ausente de España, primero en Inglaterra, cuya prosperidad le entusiasmaba, cuyas doctrinas sociales y políticas estudió con afán inteligente y quiso divulgar entre los pueblos de nuestra raza, y en cuya poesía se inspiró para crear la suya, sin que en ella se borrase el sello indeleble de originalidad individual y castiza.

No cabe en este artículo dar más que una idea ligerísima y vaga de varón tan notable por su talento, saber, peregrinaciones y aventuras, y de la gran cantidad de libros y de escritos breves que sobre diversos asuntos arregló, tradujo ó compuso para difundir la ilustración en la América española y después en España. Fué sin duda su propósito injertar multitud de púas con yema de sabiduría británica en el árbol de nuestra sabiduría, que á él le parecía harto desmedrado y marchito, y que por tal medio habría de reverdecer y dar abundante cosecha de hermosas flores y sazonados frutos. Aun antes de irse á América, Mora, en compañía del famoso Blanco-White y con el auxilio del editor Ackermann, escribió para ilustrar á los hispano-

americanos varios trataditos elementales, epitomes, manuales ó compendios de ciencias y de artes que, habiendo tantos nombres con que se pueden designar, tuvieron él y sus compañeros la ocurrencia, en mi sentir poco dichosa, de apellidar *Catecismos*. Aunque el Diccionario de la Academia lo autorice, yo me atrevo á sostener que sería mejor limitar el empleo de la palabra catecismo, prescindiendo de la etimología, á los libritos que tratan de enseñanza religiosa, ya que no se llaman catecúmenos los estudiantes, ni catequistas los maestros y profesores.

Como quiera que ello sea, Mora escribió catecismos y otras obras en prosa, ya de filosofía á la escocesa, ya en pro del libre cambio, siguiendo las doctrinas de su amigo Mac Culloch, de todo lo cual no nos incumbe tratar aquí.

Los versos brotaron también en abundancia de su mente como de natural y copioso venero. Y aunque él estaba tan prendado de la poesía como de la prosa inglesa, fué en sus versos muy castellano, conservó la singular originalidad de su carácter y dió pruebas de rara facilidad y de maestría asombrosa en el manejo de nuestra lengua, del metro y de la rima. Raya en manía su

odio ó su desprecio á los versos libres, á los romances y á la pompa de la dicción poética. El mérito de la poesía se cifraba para él en expresar los pensamientos en tan llano y natural lenguaje como el de la prosa, si bien encerrándolos en bien medidos versos y prestándoles consistencia firme y vividora con el artificio de rimas difíciles, sin apelar á los ripios para lograrlo, sin faltar á la sobriedad y sin dejar de ser terso y claro.

Apenas se concibe el furor de Mora contra los romances, ni su empeño de considerar la rima perfecta como requisito indispensable de toda buena poesía castellana. Para ser consecuentes, aceptada la afirmación de Mora, sería menester condenar por mala toda nuestra rica poesía épico-popular, desde el Romancero del Cid hasta los romances de Góngora, de D. Nicolás Fernández de Moratín y de otros más modernos y no menos excelentes. Extraña es también la reprobación por Mora de los endecasílabos libres. Aun suponiendo que no sean buenos los que en castellano se han escrito, contra lo cual protestan, con razón, D. Leandro Fernández de Moratín y Jovellanos en sus epístolas y en sus magníficas sátiras, todavía para justificar el aserto de

Mora tendríamos que calificar de malos poetas á los más egregios de que en nuestros tiempos Italia se gloria: á Parini, á Monti, á Fóscolo, á Alfieri, á Nicolini y al mismo Manzoni en su poema *Urania*; y es lo más singular, en esta condenación del endecasílabo libre, que la dicte Mora, tan apasionado de la poesía inglesa, sin recordar que en endecasílabos libres han escrito Shakespeare, Milton y otros famosos poetas británicos.

Mora, de todos modos, abominando de la dicción poética y poniendo en los consonantes difíciles y en los versos bien medidos la forma esencial de la poesía y lo que la distingue de la prosa, da á la poesía una preferencia que aplaudimos, y pone en ella algo de venerando y de augusto. Hasta cierto punto, casi parece lícito, ó por lo menos disculpable, que en prosa diga alguien lo que no siente, ó afirme lo que no sabe ó lo que no cree. En efecto, el redactor de un periódico tiene que expresar á veces lo que el director ó el jefe de su partido quiere que exprese; el empleado, lo que su Gobierno le dicta, ordena ó dispone, y así en otros muchos casos; mientras que el poeta, sin sujetarse á la dependencia de nadie, no debe expresar sino aquello de que

esté profundamente convencido, y ser verídico ó, por lo menos, sincero.

La musa, según Mora, ha de ser inmaculada y santa: órgano de la verdad contra quien no prevalezca cohecho. Para ganarse la vida el poeta debe apelar á otros medios y ejercer cualquier otro oficio. Como poeta debe decir siempre la verdad, aunque tenga que vivir en la miseria y andar desarrapado y hambriento. Mora coincide en esto con el severo poeta Alfieri en aquel famoso libro suyo titulado *Del príncipe y de las letras*.

Honrada y noble es esta opinión, y enteramente contraria á la que sostiene Ludovico Ariosto, á quien debemos excusar y hasta absolver por lo muy regocijado y bromista que era. Ello es que Ariosto trata de inculcar á los príncipes y magnates que sean generosos, y hasta espléndidos con los poetas, de quienes dependen su reputación y su mala ó buena fama.

Elisa, che ebbe il cor tanto pudico
Or riputata viene una bagascia
Solo perche Maron non gli fu amico.

Tomado por lo serio lo que dice Ariosto, viene á ser lo que llaman *chantage* en Francia, y que no sé yo con qué vocablo pueda significarse en nuestro idioma. Muy lejos

del *chantage* están la vena satírica y las diatribas de Mora. Su sinceridad y su buena fe son innegables; mas no por esto hemos de sostener que tiene razón en cuanto dice: que son pura verdad sus censuras. Tal vez el mal humor es quien se las inspira, y piensa él que hace justicia seca cuando se deja arrebatar por sus pasiones. Bien puede exclamar entonces con Carducci, dirigiéndose á la rima:

Cura e onor de padri miei,
Tu mi sei
Come lor sacra e dilletta:
Ave, o rima! e dammi un fiore
Per l'amore,
E per l'odio una saetta.

De saetas y de flores están llenos los muchos versos líricos de Mora, y más aún las abundantes digresiones que intercala en sus poemas, leyendas y cuentos en verso. Apenas hay punto de moral, de política, de filosofía, de literatura y de historia que Mora no toque en estas digresiones, muy por el estilo de las que ya introdujo en su epopeya el autor del *Orlando furioso*, y de las que usa Lord Byron en el *Don Juan* y en el *Beppo*.

Ya por las digresiones, ya prescindiendo

de las digresiones, no puede negarse que las *Leyendas españolas* de Mora son de muy amena y agradable lectura.

Como desahoga su bilis satirizándolo todo con gracia, su sátira no causa gran mal al satirizado, el cual rara vez es determinado individuo, sino vicios en general y en abstracto, instituciones y clases sociales. El clero y los cortesanos y las cortes de los reyes son el más frecuente blanco de sus chistosas iras.

Ya en los últimos años de su larga y activa existencia, Mora se hizo más conservador y menos cleróforo.

Además del incompleto poema de *Don Juan*, de las *Leyendas españolas*, entre las cuales descuellan por interesantes ó por divertidas *Don Opas*, *Pedro Niño* y *Don Policarpo*, Mora publicó en Madrid, en 1853, un grueso volumen de poesías, en 4.º mayor y de cerca de 600 páginas. Aun así, acaso no estén coleccionadas en este volumen la mitad de las poesías de Mora. Era tan fácil y tan diestro en versificar, que hasta en sus cartas familiares é íntimas desechaba á menudo la prosa y seguía escribiendo en versos, primorosamente rimados.

A pesar de tanta facilidad y de tanta destreza, la fama y el crédito poético de

Mora no se extendieron mucho por España. Habiendo recibido la principal inspiración lejos de su patria, bien puede presumirse que lo percibía todo ó confuso ó alterado por la distancia; que estaba un poco desorientado y que la corriente magnética entre su alma y el alma de sus compatriotas, si no se había interrumpido, no era todo lo enérgica que conviene para producir una popularidad grande. Mora y sus obras quedaron y siguen en cierto aislamiento, á pesar del innegable mérito que hay en ellas.

El emigrado que mantuvo durante sus largos años de ausencia toda la simpatía poderosa de su españolismo, y que por esto y por su extraordinario valer como poeta debe tenerse por el más popular y el más influyente de todos, es D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, de quien no cabe ya tratar en este artículo, sino dejarlo para el siguiente.

Don Angel de Saavedra es una de las más importantes figuras de nuestra historia literaria durante el siglo que terminó hace poco. Sobre su vida y sus obras han escrito ya con extensión y tino no pocos autores de valer, señalándose entre ellos D. Nicomedes Pastor Díaz, D. Manuel Cañete, don Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, y, por último, el padre agustino fray Francisco Blanco García en su libro titulado *La literatura española en el siglo XIX*, libro, en mi sentir, juiciosamente escrito, con no escasa copia de datos y noticias, y donde el espíritu de partido rara vez menoscaba la imparcialidad del escritor, por más que afirmen lo contrario personas descontentadizas y sedientas de elogios.

Quien escribe esta serie de artículos solamente sobre la poesía lírica y épica, y esforzándose por encerrarlo todo en uno á modo de cuadro sinóptico, escribió también

y publicó hace años un detenido estudio sobre D. Angel de Saavedra. Ahora debe limitarse, porque no cabe más aquí, á compendiar lo que entonces dijo, prescindiendo del teatro del Duque y discurriendo sólo sobre sus composiciones líricas, poemas, leyendas y romances.

La expresión más adecuada para calificar á D. Angel de Saavedra como poeta es la que valió al crítico Tomás Carlyle para calificar á sir Walter Scott, el famoso novelista de Escocia. Aunque parezca extraño elogio, diré del Duque lo que Carlyle dijo del autor de *Ivanhoe*: *que era un hombre muy sano*.

Quiero yo significar con esto que, merced á su buen natural, á su educación radicalmente española y á su desenfadado y alegre carácter, el Duque de Rivas, al traer, importar ó resucitar en España el romanticismo, desechó de él todo elemento pesimista, antisocial ó impío, y tomó sólo para crear el suyo lo tradicional y castizo.

En mi sentir, la transformación del Duque de clásico en romántico durante los diez años que anduvo emigrado, dista mucho de ser tan completa como la mayor parte de los críticos supone. Es cierto que D. Angel de Saavedra, antes de salir emi-

grado de España en 1824, había compuesto versos y dramas, siguiendo la moda de entonces, imitando á Gallego y á Quintana, empleando la mitología y hablando á menudo de Mavorte, de Venus y de Cupido; pero al leer *El paso honroso*, que le dió, como á Maury, asunto para un poema, y al leer algunos romances caballerescos ó moriscos que por entonces escribió, como, por ejemplo, los que empiezan: *En una yegua torquilla* y *Con once heridas mortales*, no sé yo qué más romanticismo se le pueda pedir, ni qué transformación, ni qué cambio de estilo se noten entre dichos versos, compuestos antes de emigrar, y los más románticos que después de emigrar compuso. En el sér de poeta de D. Angel de Saavedra hubo, y no pudo menos de haber, evolución y desarrollo, pero en lo esencial no hubo cambio. D. Angel como poeta lírico fué el mismo siempre, aunque, más inspirado en la larga ausencia de su patria por sus peregrinaciones y por los casos poco venturosos de su vida, escribiese sus mejores composiciones en el destierro: tales son las tituladas *El sueño del proscrito*, *A las estrellas*, *á El faro de Malta* y *A los Marqueses de Santa Cruz en la boda de su hija Fernanda*.

El romanticismo no apareció de pronto

y sin antecedentes en el Duque, sino que brotó en su alma ó se manifestó con más brío por interior impulso y en la sazón oportuna, cuando se mostraba en toda Europa produciendo algo á modo de revolución literaria.

D. Angel de Saavedra apenas fué *sugestionado*, como ahora se dice, por el romanticismo extranjero. *El moro expósito*, su obra no dramática más romántica, es enteramente espontánea.

En el prólogo que para ella escribió don Antonio Alcalá Galiano, á más de hallarse elocuentemente escrita la defensa del romanticismo, se lee la historia de su origen y de su difusión, narrada en compendio; pero bien podemos asegurar que casi nada de lo que allí cuenta el prologuista reza con el Duque. El Duque fué romántico porque sí, sin que influyesen en él la crítica de Lessing, ni los otros poetas alemanes, ni los de la Gran Bretaña, ni menos aún los románticos de Francia, cuya fama y alto crédito se iban ya difundiendo por todo el mundo.

La ciencia, nueva hasta cierto punto por formar un cuerpo de doctrina y por los nombres que le dieron de calología y de estética, que es el que ha prevalecido, era una

ciencia harto poco popularizada aún, cuando D. Angel de Saavedra apareció entre nosotros como principal corifeo y atrevido importador del romanticismo. De los poetas y críticos alemanes es de presumir que poco ó nada supiese, á no ser por el famoso libro de la Baronesa de Stael. En la misma Inglaterra apenas se conocía entonces, y se apreciaba menos, la nueva literatura germánica. Carlyle fué quien en Inglaterra la dió á conocer, ponderó sus excelencias y la puso de moda, procurando disipar el error desdeñoso divulgado por el padre jesuíta francés Bauhours, en esta pregunta: *Si un allemand peut avoir de l'esprit.*

Entre los elementos que concurren á formar el romanticismo, D. Antonio Alcalá Galiano pone en el ya citado prólogo la novísima poesía de los ingleses, en los que ve, no sin razón, sello peculiar y notable inspiración propia. Así cita y encomia á Cowper, Campbell, Wordsworth, Crabbe, Burns y otros; pero yo me atrevo á dar por seguro que, ni D. Angel de Saavedra, ni casi ningún español, durante la primera mitad del siglo xix, leyó las poesías de los autores mencionados, ni supo más de ellos que los nombres, dado que los supiese. El mismo Southey, aunque poeta laureado, hispanófi-

lo y divulgador de la poesía española en Inglaterra, era, y sigue siendo, punto menos que desconocido en España. Mayor influjo que en los románticos españoles tuvo en nuestros poetas de la escuela clásica, así á fines del siglo xviii como en el primer tercio del xix, la poesía inglesa, clásica también y algo afrancesada, de Dryden, Addison, Pope y Young, á quienes imitaron ó tradujeron Cadahalso, Meléndez, Maury y el canónigo Ezequiel.

Conste, pues, que dejamos y debemos dejar libre y exento el romanticismo de don Angel de Saavedra de todo singular influjo extranjero. En nada aparecen tanto esta libertad y esta exención como en aquella calidad por la que decimos, adoptando la frase de Carlyle, que era muy sano el ingenio del Duque.

Ciertas doctrinas antisociales, sostenidas y divulgadas por Juan Jacobo Rousseau y por otros pensadores y semifilósofos, hasta por el mismo Conde de Saint-Simón, se habían infiltrado en la literatura. Mirada la organización social como imperfecta y viciosa, y como propendiendo á empequeñecer al sér humano y sus más nobles ímpetus y pasiones, había nacido el prurito y se había puesto en moda crear y representar,

en cuentos, poemas y dramas, héroes patibularios, foragidos, piratas y bandoleros, y mujeres que se emancipan, se ponen en lucha con la sociedad y rompen todo freno. Así héroes como Obermann, Adolfo y René, los cuales no podían sufrir á nadie, ni ellos mismos podían sufrirse; no creían en nada, y fundaban la religión en el pesimismo y en el escepticismo, y aborrecían la vida y temían la muerte; y querían matarse y no se mataban por impedirselo la *necia manía de vivir*.

La enfermedad misantrópica, que aparece en las obras de los emigrados franceses, y que se extiende y perpetúa como epidemia en Musset, Byron, Espronceda y Leopardi, hasta que la convierte en sistema filosófico Schopenhauer, pasa del varón á la hembra gracias á la Eleonora de Benjamin Constant. Esta fué el prototipo, la madre fecunda de todas las heroínas desengañadas y experimentadas; de la mujer de treinta años de Balzac, de la Lucrecia Floriani y de tantas otras criaturas de Jorge Sand; de la hembra en lucha abierta con la sociedad, y anhelante de completar la Revolución francesa, que proclamó los derechos del hombre y no dejó para la mujer sino deberes fastidiosos y pesados.

Al cabo, los que sólo acusaban á la sociedad mal organizada de producir nuestros males, desventuras y miserias, no eran tan pesimistas ni tan tétricos como los que acusaban á la Naturaleza y á su autor, Dios, si en él creían. De aquí, en la literatura primero romántica y degenerada recientemente en esto que llaman *naturalismo*, una más negra y horrible pintura de la vida. No limitándose ya los héroes poéticos á ser patibularios y á luchar contra las leyes sociales, se elevaban á la categoría de héroes réprobos y satánicos, y contra Dios mismo se rebelaban.

De nada de lo expuesto se inficionó el romanticismo de D. Angel de Saavedra. No se figuró ni se representó el mundo, en sus poéticas creaciones, como lugar de delicias y de bienandanza. Le consideró y le mostró en sus cuadros según todo cristiano lo entiende, como valle de lágrimas, lugar de prueba y mar tempestuoso, lleno de escollos y de sirtes, pero nunca movió pleito á Dios, en cuya providencia, justicia y misericordia confiaba, ni siquiera acusó la organización social de defectuosa, sino que estuvo bien avenido con ella. Hasta las catástrofes más espantosas, muertes violentas en duelo, fratricidios y suicidios, tales como

ocurren en el *Don Alvaro*, se hallan traídos por las circunstancias (ó dígase por el sino) casi forzosamente. Los que cometen aquellos pecados y crímenes infringen la ley moral para no infringir la ley estética y el trágico decoro. A nuestros ojos no pierden la estimación, que se deslustraría no poco si, ya violentados ó forzados, no pecasen. El espectador ó el lector los perdona por consiguiente; y como Dios es infinitamente más bondadoso que el espectador ó el lector, de presumir es que, supuesto un instante de contrición perfecta, aunque sea al ir dando vueltas en el aire al arrojarse por un tajo, Dios perdone también á D. Alvaro, el suicida, con lo cual no es funesto el desenlace del drama en lo ultramundano. Todos los personajes permanecen dignos de nuestra consideración, respeto, simpatía y hasta cariño.

El Duque de Rivas, como se ve, no aspira á probar ninguna tesis en sus obras dramáticas y épicas. En la teoría y en la práctica es partidario del arte por el arte. Con sus fábulas sólo trata de divertir ó de conmover, y no de demostrar ninguna tesis. En vez de valerse de dichas fábulas para prueba de un dogma metafísico ó religioso, y de la moral que en dicho dogma se funda,

deja que el dogma, en que firmemente cree, explique con sus afirmaciones transcendentales la contradicción más aparente que real entre la moral y la estética, entre la Providencia y los casos verdaderos ó fingidos de la vida humana. De aquí la luminosa y apacible serenidad de las narraciones del Duque, aunque los acontecimientos más trágicos y terribles se desenvuelvan en ellas.

En lo dramático, su obra capital es *Don Alvaro*. En lo épico ó narrativo lo es *El moro expósito ó Córdoba y Burgos en el siglo décimo*. La forma que el Duque da á este poema era nueva entonces en nuestra literatura. Es una novela histórica ó tradicional en verso, que califica el autor de leyenda. Está dividida en doce extensos romances endecasílabos, género de versificación adoptado ya para las tragedias por los autores neoclásicos.

El asunto no puede ser más propio del romanticismo español y puro. Es materia épica, tal vez con algún fundamento real en la historia, tal vez creada por la fantasía popular desde muy antiguo.

Recientemente, con notable y atinada erudición y con sana y aguda crítica, nos ha explicado y contado la formación del ar-

gumento tradicional de *El moro expósito* el docto filólogo D. Ramón Menéndez Pidal en un interesantísimo libro donde nada queda por dilucidar sobre este punto. Sin duda, la leyenda de Gonzalo Gustios, de los siete infantes de Lara y del heroico bastardo Mudarra, vengador de sus hermanos, apareció por vez primera en antiguas canciones de gesta. De estas canciones hubo de pasar á las crónicas, donde acaso se advierte, en la desatada prosa, la huella de la informe y rota versificación primitiva. La leyenda pasó luego de las crónicas á los romances, ya escritos por Sepúlveda y por Timoneda, ya por poetas anónimos. Y desde los romances se difundió, por último, al teatro, dando asunto é inspiración á dramas ó comedias famosas de Juan de la Cueva, de Lope, de Matos Fragoso y de otros, casi hasta nuestros días, en que don Joaquín Francisco Pacheco escribió una tragedia histórica sobre los siete infantes de Lara.

Prolijo sería dilucidar aquí lo que tomó el Duque de las crónicas, del *Romancero* y de nuestro antiguo teatro para componer su poema, de género tan nuevo entonces en España y del que poco ó nada parecido se ha compuesto después. Baste decir que

El moro expósito sobresale entre cuanto en el mismo asunto se ha escrito, y es una joya preciosa y singular de nuestra rica literatura. Tal vez los arqueólogos y los eruditos que hoy en España estudian y saben más que cuando el poema se escribió, é *hílan más delgado*, como vulgarmente se dice, acusen al Duque de poco conocedor de los usos, costumbres, leyes y estado de la sociedad cristiana y musulímica en la época que describe. Para dar color local y temporal á la pintura de la Córdoba de entonces, acaso no se vale sino de la obra de Conde y de los romances moriscos. Y para pintar á Burgos y el rudo condado de Castilla, más que de crónicas y otros documentos, se vale de su poderosa fantasía, y en mi sentir acierta creando cuadros, si no muy ajustados á la más escrupulosa verdad, tan interesantes y hermosos que alucinan á los profanos y poco versados en reconditeces históricas y arqueológicas, y les hacen creer que son copia exacta de la realidad misma. De todos modos, ni el Duque de Rivas se jactaba de poseer, ni nadie se empeña en concederle aquella segunda vista para penetrar y escudriñar en las condiciones y en el modo de ser de los hombres de los pasados siglos, que tal vez con

sobrada generosidad se concede á Sir Walter Scott, que en él se admira y se ensalza, y cuya virtud hasta llega á suponerse que dió origen á un nuevo arte de escribir la historia, influyendo en la que compuso Agustín Thierry de la conquista de Inglaterra por los normandos.

No sería lícito ni tolerable en el día prescindir, como prescindían los dramaturgos de los siglos pasados, Shakespeare, Lope y Calderón, por ejemplo, del carácter, de los usos y de todo el modo de ser de la época y del país en que se realiza la acción de sus dramas; pero una fidelidad escrupulosa hasta en los más nimios pormenores sobre este punto, tal vez se expone á incurrir en cierta pesadez, de la que no carece, con perdón sea dicho, el ilustre novelista de Escocia. La mencionada fidelidad escrupulosa, bien empleada por la inspiración estética, realza el valer y acrecienta la hermosura de la obra de arte, sobre todo cuando la pesadez se evita, y cuando el arqueólogo no sustituye al poeta; pero lo más esencial en la obra de arte es la verdad humana, la acertada pintura de los caracteres y la conmovedora representación de los afectos, idénticos en todos los siglos y naciones. Estas prendas brillan, á no dudar-

lo, en *El moro expósito*, sin que las faltas de exactitud arqueológica sean tales que llegue á notarlas quien lee, como no sea un sabio muy versado en antigüedades, y sin que disminuyan el interés ni deslustren la hermosura de la composición poética. *El moro expósito*, pues, á pesar de tales defectos que acaso tiene, es un bellissimo poema y la más rica joya que resplandece en la inmortal corona del Duque de Rivas.

Igual mérito y mayor popularidad alcanzaron, y alcanzan todavía, sus romances históricos. En ellos se reflejan engalanados por la poesía y animados por el espíritu de la edad presente, no pocos casos importantes, ya históricos, ya legendarios de la gloriosa vida de nuestra nación desde el siglo xiv y reinado de D. Pedro I de Castilla, hasta la guerra de la Independencia, á principios del siglo xix. D. Alvaro de Luna, Colón, Hernán Cortés, San Francisco de Borja, el Conde de Benavente, el de Villamediana, el Marqués de Pescara, el general Castaños y otros ilustres personajes, son los héroes que canta el poeta. Por incidencia aparecen en sus cuadros, y los animan y hermocean Garcilaso, Lope, Góngora, Quevedo, Velázquez y no pocos otros varones ilustres, representantes de la cul-

tura española y prez de su ciencia, letras y artes. Popularísimos son los romances históricos del Duque de Rivas, si se atiende á lo poco que, por desgracia, se lee en España, y debieran ser más populares aún, como digno complemento y término de nuestra antigua poesía popular, como espléndida prolongación del romancero y como medio adecuado y eficaz de difundir el conocimiento de los grandes hechos de la nación y de acrecentar la simpatía y el aprecio que la civilización española merece.

La vida del Duque de Rivas, que por fortuna no fué breve, para la poesía fué activa y fecunda. En su vejez, si bien no hay nada que compita por la originalidad y la novedad con el *Don Alvaro*, *El moro expósito* y los romances históricos, todavía no se nota muy marcada decadencia. De ello son prueba las bonitas leyendas tituladas *La azucena milagrosa*, *Maldonado* y *El aniversario*, y no pocas graciosas é inspiradas composiciones líricas, como *La cancela*, *Fantasia nocturna* y sonetos á Lucianela.

Entre los emigrados debiera citarse también otro notabilísimo poeta: el más completamente romántico en España. No le comprendí ni le conté entre los emigrados porque pertenece á época más reciente, á

otra generación, y como si dijéramos, á otra tanda. Sus ideas, pasiones y propósitos revolucionarios le forzaron á salir de su país en los últimos años del reinado de Fernando VII. Muy joven aún, estuvo en la emigración, la cual duró para él pocos años, volviendo pronto á su patria merced á la amnistía. No me incumbe exponer aquí, ni siquiera en resumen, la vida de D. José Espronceda, que es el poeta á que me refiero. Básteme decir que fué tan breve como agitada y fecunda. Don José Espronceda murió en 1842, á la edad de treinta y dos años, legando á la posteridad un hermoso conjunto de composiciones poéticas que le colocan muy alto en nuestro parnaso.

Sus críticos, biógrafos y admiradores, entre los que figuran el general Ros de Olano, Enrique Gil, Villalta, Roque Barcia y Ferrer del Río, quizás le han prodigado muy desmedidas alabanzas; pero también sus émulos, sus envidiosos y personas movidas por adverso espíritu de secta, religiosa, política ó literaria, han procurado, aunque en balde, rebajar su mérito y deslustrar su fama. En el día, á gran distancia ya del tiempo en que floreció el poeta, la posteridad puede y debe ser imparcial con él, y nosotros juzgarle sin que la pasión nos cie-

que y nos excite al hiperbólico encomio ó á la infundada censura. Infundada es la que sostiene que imitó, más de lo que convenia á su originalidad y á su gloria, á Lord Byron, á Gœthe y algún otro poeta extranjero. Ni puede ni debe negarse que Gœthe y Lord Byron influyeron poderosamente en Espronceda y fueron imitados por él. La bellísima *Canción del pirata* recuerda algo, aunque vagamente, *El Corsario* del vate inglés; la carta de D.^a Elvira es casi una traducción, si bien primorosa, elegante y más llena de sentimiento, de la carta de D.^a Julia; la *Canción del cosaco* reproduce brillantemente la que escribió Beranger con el mismo título; y, por último, en *El Diablo Mundo* imita Espronceda el *Don Juan* del famoso Lord en las frecuentes digresiones satíricas, cómicas y chistosas; y en la parte fantástica de la introducción y en el pensamiento generador de la obra toda se inspira en el *Fausto*, aunque en la riqueza y vigor de la expresión y en el poderoso vuelo de la fantasía, Espronceda, no sólo compite con el modelo, sino que, en mi sentir, le vence.

Sobreponiéndose á estas influencias extrañas, persiste ilesa y pura la castiza concepción del poeta, y por cima de las imita-

ciones, justificadas por la habilidad y el buen éxito, aparece y no se borra nunca el sér original y grande de nuestro poeta español.

Si no me repugnasen en extremo las apoteosis, me atrevería yo á decir que ni los ingleses tienen más derecho á calificar de *génio* á Lord Byron, ni los alemanes á Gœthe, que á Espronceda nosotros. En cuanto resulta del medio ambiente, de la educación científica y literaria, del saber y de la crítica reflexiva, que alumbrá, acompaña y guía á la inspiración, nuestro compatriota queda por bajo del autor de *Childe Harold's*, y muchísimo más por bajo de quien, á par de canciones, elegías, poemas y dramas, compuso obras en prosa que manifiestan sus profundos conocimientos en las ciencias de la naturaleza y del espíritu. Pero en el estro, en la virtud impetuosa y creadora de la imaginación, en la vehemencia de los afectos y en la galanura espléndida de la expresión, ni Gœthe ni Lord Byron se adelantan á Espronceda; casi estoy por afirmar que son inferiores. Y si Gœthe no lo es de seguro, es por la sobriedad y la medida que un arte magistral y el gusto más refinado y exquisito prestaban á Gœthe, y de las que Espronceda á menudo carecía.

Como ya queda dicho, la vida de Espronceda fué corta; poco tiempo tuvo para estudiar y para reflexionar. No vivió largos años como Goethe: vivió en un país donde, cuando él era joven, se estudiaba poquísimamente y más bien adivinó que aprendió las ideas y las doctrinas que sirvieron de fundamento á sus concepciones poéticas. En ellas además se advierte un apresurado é irreflexivo desorden, que la brevedad y agitación de su vida explican, si no disculpan.

Trozos hay en las obras de Espronceda más bellos, á mi ver, por la expresión, por la elegancia y por la fuerza del imaginar y del sentir, que cuanto Goethe y Lord Byron escribieron; pero en el conjunto de sus dos obras de mayor extensión, *El estudiante de Salamanca* y *El Diablo Mundo*, Espronceda es más que Lord Byron incompleto, desigual y desordenado, y dista infinito de los bien meditados y concertados planes del vate de Alemania.

Tomó Espronceda el asunto del cuento del estudiante de una leyenda tradicional, que se conserva escrita en un romance de los calificados de vulgares. Más por extenso y mejor, y más hondamente sentida y expresada á pesar del perverso y culterano estilo de su autor, la historia de Lisardo

puede leerse, contada en prosa, en el libro de D. Cristóbal Lozano titulado *Soledades de la vida y desengaños del mundo*.

En lo esencial y en la parte milagrosa, Espronceda se atiene á la tradición: á lo que cuentan el romance y D. Cristóbal Lozano. D. Félix de Montemar ve su propio entierro como el estudiante Lisardo; pero en los caracteres y en la acción que precede al sobrenatural desenlace, Espronceda lo cambia todo. Prolijo sería dilucidar, juzgar y sentenciar aquí si la historia pierde ó gana con el cambio. Acaso un poeta más reflexivo que Espronceda, y no menos inspirado, hubiera podido escribir una leyenda de mayor originalidad y novedad siguiendo la tradición. D. Félix de Montemar, Espronceda mismo lo dice, es *segundo Don Juan Tenorio*. El estudiante Lisardo es personaje muy diferente: D. Félix seduce y burla á doña Elvira, que muere por él de amores. Mientras que Lisardo, más bien puede considerarse como el seducido. Teodora, soberbia y mística á la vez, es un maravilloso carácter. En su fervor religioso entra por no poco el orgullo. Se considera tan alta, que sólo á Dios puede consagrarse, dándole su alma y haciéndole dueño de su albedrío. Teodora se hace monja y des-

deña á Lisardo para amante y para marido. Su vanidad, sin embargo, se complace, y goza en el persistente rendimiento del que sufre sus desdenes, cuyo amor paga sólo con gratitud y amistad pura, y á quien entretiene y alucina con cartas y visitas por el locutorio. Sólo cuando sabe Teodora que va á cesar aquella estéril adoración de Lisardo, el cual va á abandonarla, á volver á su patria llamado por sus padres y á casarse allí, los celos y el despecho pueden más con ella que todas las finezas de su antes rendido adorador, disipan el misticismo que había en su alma y la encienden por Lisardo en amor vehemente y lascivo. Ella es quien le provoca, quien le declara que quiere al fin premiar su constancia, y quien le mueve á romper la clausura para huir con él del convento. Entonces ocurren todos los prodigios que impiden el cumplimiento y la satisfacción del amoroso sacrilegio.

Como quiera que ello sea, no puede negarse que es bellísima la figura de la abandonada y enamorada Elvira; admirable por lo sentido y sencillamente elegante el romance que empieza: *Está la noche serena*; y rica de tierna y melancólica poesía la descripción de los últimos momentos de la

vida de doña Elvira, así como la carta que escribe á D. Félix, aunque sea casi una traducción de Lord Byron.

El cuadro dramático con que prosigue la leyenda está escrito con tan atinada inspiración popular, que encanta y deleita á cuantos le leen, y aun hoy mismo es de las raras composiciones en verso que muchas personas se saben y recitan de memoria en España. Esto no se opone á que una crítica severa pueda hallar el mencionado cuadro sobrado convencional y hasta falso, pero con aquellas convenciones y falsedades que pocos se paran á notar y que agradan aunque se noten. El hermano de Elvira viene á vengarla desde Flandes, y no halla sitio más á propósito para desafiar á D. Félix que el garito donde D. Félix está jugando, y donde el vengador entra como haciendo el bu y embozado hasta los ojos. Los groseros y feroces chistes con que D. Félix contesta al hermano de Elvira parecen impropios de un caballero, por perverso que sea, ya que lo cortés no quita á lo valiente.

En la última parte, en lo sobrenatural del cuento, donde la concisión hubiera podido y debido realzar el terror y el misterio, Espronceda es harto difuso, se detiene en descripciones que destruyen el efecto en

vez de producirle, y, siguiendo la moda de entonces, abusa puerilmente de la métrica, prodigando versos de todos tamaños, desde los de dieciséis sílabas hasta los de una.

El Diablo Mundo es lo mejor de cuanto escribió Espronceda, y es lo mejor de *El Diablo Mundo* la introducción y el primer canto.

Causa lástima tener que presumir que un tan admirable poeta careciese de plan para obra tan capital y en muchas de sus partes verdaderamente pasmosa. Atrevimiento es arrojarse á componer una á modo de epopeya que discorra sobre cuantas son las cosas divinas y humanas; que trate de resolver, ó al menos de plantear, todos los problemas, y que sea para el siglo XIX lo que fué la *Iliada* para los tiempos heroicos de Grecia, y para los siglos medios la *Comedia* del Dante; pero igual atrevimiento tuvo Goethe al componer el *Fausto*. Y lo que en Goethe se aplaude, no veo por qué ha de censurarse en Espronceda. Aunque el saber del español fuese menor que el saber del alemán, lícito es considerarlos iguales por el ingenio. Por la vehemencia de los afectos, por el vuelo arrebatado de la fantasía y por la espléndida riqueza del estilo, Espronceda es superior á Goethe. Las visiones todas

de la introducción, el discurso del Genio del hombre, y en el primer canto la canción de la Muerte, la descripción del rico cortejo que acompaña y circunda á la Inmortalidad, ó sea á la virtud vivífica, que penetra, llena y fecunda el universo todo, y, por último, el himno sublime que á esta Inmortalidad celebra y ensalza, nada tienen en Goethe que los supere, ni tampoco en nuestra lengua castellana se compusieron jamás versos más hermosos, más ricos en primores y galas de dición y más encendidos por el fuego de una poderosa y ardiente fantasía.

En los demás cantos donde prosigue el poema, el vuelo del autor se abate demasiado. Así como del *Don Juan* de Lord Byron ha dicho alguien que, si se descartan las elegancias del lenguaje, el hechizo del metro y de la rima y las gracias y chistes de las digresiones, halla más interesantes las aventuras del Barón de Foublas ó las memorias de Casanova, así, previa idéntica eliminación, *Los misterios de París* ú otra novela de Eugenio Sue ó Ponson du Terrail, son más interesantes que *El Diablo Mundo*. La Salada, aunque muy bonita manola; el tío Lucas con sus consejos picarescos dados medio en caló; la pupilera; el

clérigo degradado y tabernario; los bandidos que van á robar á la Condesa de Alcira y que llevan á Adán con ellos; el ama y directora de una casa de mala vida, y los lances en que figuran é intervienen todos estos sujetos, son, á la verdad, harto poco épicos y ni divierten ni conmueven.

Quién sabe dónde hubiera ido á parar Espronceda si la muerte no le sorprende en lo más florido de su edad, dejándonos *El Diablo Mundo* apenas empezado, ya que sólo quedó terminado el canto VI, y sin duda, había tela cortada para una infinidad de cantos.

No es divinidad alguna, ni es ángel, ni demonio, ni hada, ni genio, quien de la noche á la mañana convierte al viejo y desengañado D. Pablo en joven candoroso é inocente, borrando de su alma todos los recuerdos y sacando de él otro hombre del que era: un verdadero nuevo Adán, puesto, no en el Paraíso, en la primera edad del mundo, sino en el piso tercero en una casa de huéspedes de Madrid en el año de 1840.

Por grande que fuese la virtud plasmanter y animadora del estro de Espronceda, dista mucho de producir la prosopopeya efectiva. El genio del hombre y todos los diablos que le acompañan, como no hacen más

que figurar en una visión y cantar un aria coreada, no han menester mayor consistencia de la que tienen; pero la Muerte y la Fuerza vital del Universo no pasan de ser tropos ó figuras retóricas, y no basta esto para convertirlas en personas y poderes sobrenaturales, verdaderos protagonistas del poema, ya que le dan su movimiento inicial y son fundamento y causa de la acción toda.

VI

Era el año cuarenta, en que yo escribo,
De este siglo que llaman positivo,
Cuando el que viejo fué por la mañana,
En vez de hallarse la cabeza cana
Y arrugada la frente,
Se encontró de repente
Joven al despertar, fuerte y brioso...

Desde el momento en que ocurre esta rara transformación del héroe de *El Diablo Mundo*, hasta algunos años después, suponemos que hasta 1850, hay en España un período de fiebre poética, que se apodera epidémicamente de no pequeña parte de la clase media. Los versos fueron como nunca gustados y aplaudidos. Entraron en la vida real y se combinaron con los más vulgares sucesos, las visiones y los sentimientos exaltados, que aparecían brillantes y seductores por los adornos del metro y de la rima.

Muchos de los poetas que florecían entonces han vivido y escrito hasta terminar, ó casi hasta terminar aquel siglo. Después

han aparecido otros de no menos briosa inspiración, no menos originales, y dotados sin duda de mayor saber y de más juiciosa y elevada crítica. Y sin embargo, la popularidad que alcanzaron los poetas á mediados del siglo XIX, el entusiasmo que despertaron, el influjo que ejercieron y la resonancia que tuvieron sus composiciones, hacen, si lo comparamos con la ulterior y fría indiferencia, que la poesía entre nosotros aparezca hoy, si no muerta, sorda, abatida y desmayada. Bien puede afirmarse que, en el ya marcado decenio, culminó la poesía española como sol espléndido en su fervoroso meridiano. Desde entonces la poesía viene declinando y legando su poder á la prosa. El vulgo, fatigado de ella, le retira su atención y le escatima ó le niega su aplauso. Y del seno de la poesía decadente, de las canciones, odas, romances y leyendas que apenas ya se leen, se celebran y se compran, renace la epopeya pedestre y prosaica; la por muchos años descuidada entre nosotros y casi olvidada novela.

Tal vez la poesía, en aquel período de exaltación y de triunfo, tuvo aspiraciones más altas de lo que sus fuerzas consentían y del estado de los espíritus en la complicada civilización de la edad presente.

En las primitivas edades, Orfeo amansa las fieras y hasta suspende y embelesa á las Furias del infierno; Anfión edifica al són de la lira los muros de las ciudades; Femonœ, Manto y las sibilas dan en verso sus pronósticos, los sabios pronuncian en verso sus sentencias, y en verso se dictan leyes y se muestran y abren los caminos de la vida. Todo esto presupone en aquellos antiquísimos vates una infusa, rara y sobrenatural sabiduría.

Con la misma pretensión, sino seriamente sentida, expresada al escribir en verso, los poetas del romanticismo se dejan arrebatar del estro con tan extraordinaria violencia, hieren tanto al Pegaso con el acicate y le dejan correr tan á rienda suelta y sin freno, que más bien que guiar, extravían al público que atiende á sus lecciones.

Harto sé yo que, como dice Bretón de los Herreros, no deben medirse los raptos líricos con el *compás de un geómetra*; pero, aun así, queda en pie y persiste sin resolver cierta duda: hasta qué punto el poeta entusiasmado, en un delirio que generosamente calificaremos de divino, puede contradecirse á cada instante, no ser en verso razonable como en prosa lo sería, y aparecer ora progresista, ora retrógrado, ora creyente,

ora ateo, ora poniendo todas sus esperanzas en el porvenir, ora alabando lo pasado y lamentando que ya no sea.

Para Espronceda, como para muchos otros poetas de aquel período, las más altas creencias religiosas son *ilusiones perdidas*. Dios, cuya existencia á veces se niega, se enoja otras veces, en opinión del poeta, porque el poeta estudia algo de filosofía, como si Dios no gustase de que filosofásemos, y le castiga haciendo que sólo crea en la *paz de los sepulcros*, que *palpe la realidad* y que *halle la duda*. El concepto de la mujer carece de término medio en la mente del poeta; la ve limpia, radiante, vestida de resplandores celestiales; la toca y la convierte en seguida en podredumbre y en lodo. Para que la mujer sea feliz es indispensable que sea estúpida. Cuando no lo es, es un ángel que tiene que estar llorando siempre. El poeta la quiere, la adora, la ensalza y la insulta ferozmente en la misma composición y á renglón seguido. Véanse, si no, los versos á *Jarifa en una orgia* y á *Teresa*, las dos composiciones líricas ó elegiacas más bellas de Espronceda y las que muestran más enérgicamente la desenfadada inspiración de su genio.

Sus contradicciones son pasmosas y se

encuentran en sus versos á cada paso. Ya imaginamos que Espronceda es un revolucionario, librepensador, irreligioso y anarquista, ya que es ó quiere ser un santo, embelesado con

La fe, la religión, bálsamo suave
Que vierte en el espíritu consuelo.

En ocasiones desdeña lo que fué, y sueña con abrir *nuevos senderos á la errante humanidad*, y en ocasiones habla, canta ó llora como pudiera un tradicionalista ó un fraile exclaustro:

¡Ay! solitario, entre cenizas frías,
Mudas ruinas, aras profanadas,
Y antiguos derruidos monumentos,
Me sentaré cual nuevo Jeremias,
Mis mejillas en lágrimas bañadas,
Y romperé en estériles lamentos.

Otra de las manías del romanticismo es el aborrecimiento de los estudios: la idea más ó menos terminantemente declarada de que es inútil cuanto en los libros se aprende, y que si no es inútil es nocivo para el poeta. Abrumado con el peso de cuanto ha leído, no puede remontar el vuelo; ocupada su mente con las nociones adquiridas, no puede tener originalidad ni

conceptos propios; y, fatigado su entendimiento en la tarea de recoger, ordenar y clasificar las verdades ya descubiertas por otros, pierde la valentía y el vigor convenientes para lanzarse á lo desconocido, y columbrar precientíficamente los más oscuros misterios y el porqué y el cómo de todo.

Al lado de Espronceda, si no como discípulos, porque arte tan libre y tan aborrecido de la enseñanza no consentía que se formase escuela, aparecen, como admiradores entusiastas siguiendo la misma dirección y formando grupos, varios otros poetas menores dignos de conmemoración y de elogio. Es uno de ellos el general D. Antonio Ros de Olano, cuya vida militar y política y cuyas novelas en prosa han venido á eclipsar la fama de sus versos. Dejándose llevar de la corriente contraria á la poesía no bien empezó á manifestarse, y procurando combinar las alambicadas sutilezas de estilo en los ensueños de Quevedo con la extravagante virtud de Hoffmann para crear personajes misteriosos y para imaginar lances extraños, Ros de Olano compuso *El diablo las carga*, *El ánima de mi madre*, y por último, *El doctor Lañuela*.

Otro más fiel y constante cultivador de

la poesía lírica, que bien podemos colocar en el mismo grupo, fué el célebre actor don Julián Romea. Sus versos son elegantes, discretos é inspirados á veces. Tal vez el estruendo de los merecidos aplausos que Romea obtuvo como actor, impidieron que resonasen las justas alabanzas que como á poeta se le deben. Y tal vez la moderación de su lirismo, su juiciosa crítica y su delicado buen gusto, haciéndole esquivar las rarezas y las extravagancias de moda, impidieron que apareciese bastante original é inaudito, y que llegase á ser como poeta lírico muy conocido y estimado del vulgo. Esta desatención y este olvido, si alguna lástima inspiran, no es por Romea, sino por el vulgo en general, cuyo atinado sentimiento de la poesía y cuya capacidad para comprender sus bellezas no quedan en muy buen lugar. Las composiciones de Romea, aunque escritas en pleno romanticismo, tienen la sobriedad, la sencillez, el primor y la tersura de nuestra mejor poesía clásica. Los versos religiosos están impregnados de piedad ferviente y sincera; hay en los de amores la más viva y delicada ternura, y en los dirigidos á Zaragoza entusiasta cariño á la patria, á la libertad y á las acciones heroicas, sin exageraciones

ni extravíos. Romea, por último, siente y comprende la hermosura del universo visible, expresándolo con nitidez y profundidad, y casi siempre sin falsa ó vana palabrería.

El más allegado á Espronceda en el mencionado grupo fué D. Miguel de los Santos Alvarez, cuyo natural ingenio, acendrado buen gusto y demás prendas de escritor y de poeta fueron, á mi ver, superiores á los de la mayoría de sus más ilustres y celebrados contemporáneos, pero cuya desidia, abandono, precoz desengaño de lograr como escritor fama y provecho y menosprecio desdeñoso de este provecho y de esta fama, hicieron punto menos que estériles aquellas prendas excelentes con que le había dotado el cielo. Admirador sin reparo de su amigo Espronceda, siguió sus huellas, ó mejor dicho, se le adelantó en lo desordenado y extravagante. A pesar de todo, en lo poco que escribió D. Miguel de los Santos Alvarez, más bien como jugando y á ratos perdidos que con persistencia y seriamente, se advierten la marca ó el sello de un ingenio muy delicado y aristocrático, que sin la carencia de fe en su propio poder hubiera producido los frutos más sazonados y ricos. Tal vez tuvo Alvarez, para disculpar ó jus-

tificar su pereza, menos fe aún que en su ingenio, en el atinado criterio y en la afición del público á la buena literatura. La gloria que por la poesía se consigue le pareció tal vez más difícil y más vana que á Leopardi en el discurso tan desconsolador y tan escéptico que escribió sobre esta materia. De todos modos, y sin investigar más la causa, es lo cierto que Alvarez compuso su única obra en verso de alguna extensión, sin trazar, al parecer, plan alguno, casi sin saber dónde iba ni qué se proponía. Imitando á Espronceda, acaso pensó y dijo:

Allá van versos donde va mi gusto.
Sin reglas ni compás canta mi lira

En el poema *Maria*, del que Alvarez escribió solo y nos legó el canto I, la extravagancia va más allá de lo inverosímil y frisa en lo absurdo. En un lupanar, cuya directora es doña Tomasa, vive la más inocente, pura, santa y virginal jovencita que imaginarse puede. Tal es María, sobrina de la mencionada directora, la cual la tiene encerrada, no sabemos cómo, en apartado y único limpio rincón de su inmunda casa:

Donde no llega el discordante ruido
De las alegres bromas de Cupido.

Allí María, ignorante del mal, cultiva las flores, habla con los ángeles, finge y sueña aventuras del cielo y goza de místicos y espirituales amores. Como el poema se para aquí y no pasa adelante, nos quedamos también por averiguar en qué paran los misticismos de María. Y más vale así, porque, al leer lo ya compuesto, el lector menos *escamón* recela y presiente una catástrofe y está con el alma en un hilo. Como yo tengo la manga muy ancha, ora presumo que en la vida real todo es posible, ora me explico como simbólico ó alegórico el asunto del poema *Maria*, y decidido que está bien; pero esto no obsta para que jueces más severos que yo le califiquen de disparate. Y sin embargo, lo mismo que yo, no pueden menos de pensar estos jueces severos, si por dicha sienten y comprenden la poesía, que la poesía se halla difundida y resplandece en no pocas octavas del poema con notable elevación y brío y con gran delicadeza de afectos. En la parte cómica hay en este poema trozos que son modelo y dechado de gracia espontánea, y de originalísimos y naturales chistes. La descripción de doña Tomasa es, en mi sentir, de lo más ameno y urbanamente desenfadado que en verso castellano puede citarse; y las iróni-

cas alabanzas del universo visible, de los objetos que en él se ven y de la Providencia que los ha creado y los sostiene, son alabanzas, aunque irónicas, tan graciosas y tan sin hiel, que el más piadoso creyente, no sólo las perdona, sino las aplaude y las ríe, declarando que cuanto Mefistófeles dice á Dios, burlándose de sus obras, en *El prólogo en el cielo*, no vale un pito y es soso y sin chiste, comparado con lo que Alvarez dice.

El interés y el gusto con que por entonces no pequeña parte del público oía ó leía los versos, apenas se concibe ahora. Entonces poco se había estudiado y se sabía poco; pero había una candorosa afición á la ciencia, ya que no al estudio, y un amor y un entusiasmo por el arte que rayaban en frenéticos:

¿Apellidarse socio quién no ansía

Y en las listas estar del Ateneo?

¿Y quién, aficionado á la poesía,

No asiste á las reuniones del Liceo?

Y á la verdad, no sólo en el Ateneo y en el Liceo, sino en tertulias literarias *a nativitate*, ó que se convertían en literarias, se recitaban versos que se escuchaban con admiración y eran muy celebrados. Lo nebu-

loso é indistinto de las ideas y la incoercible vaguedad de los conceptos solían prestar á estos versos su mayor hechizo. Cada cual, y sobre todo las mujeres, se los explicaban como les daba la gana; arrullado el oyente por el sonsonete ó la melopeya, imaginaba lo que era más de su agrado y se deleitaba, gozando de ello, en éxtasis ó en arrobos. Tales coplas *sugestionantes* y llenas de misterios llegaron al colmo de su perfección cuando se escribían para que se recitasen, y luego se recitaban al compás de un vals, de una polca ó de otra sonata por el estilo. Quien puso de moda este consorcio de la poesía y de la música, y quien logró por él triunfos envidiables, fué un joven tan gallardo como discreto, nacido en una familia de notables artistas, y de tan distinguida y hermosa presencia, que se parecía al retrato de Antonio Van Dyck tal como le pintó el pintor mismo y como en nuestro Museo se conserva. Este joven, que sobresalió más tarde como jurisconsulto, sabio conocedor de la ciencia administrativa, arqueólogo y juicioso y erudito crítico de Bellas Artes, recitaba al piano con voz sonora y simpática esta clase de versos musicales de su propia cosecha. Como, según la Condesa Trifaldi, sucedía en Candaya

con las seguidillas, «allí era el brincar de las almas, el desasosiego de los cuerpos, y, finalmente, el azogue de todos los sentidos». *Floridas estancias, alabastros con cien astros*, suspiros, melodías y otros primores, encantan, deleitaban y fascinaban. El poeta que recitaba así sus composiciones con música, como se dice que Cayo Graco pronunciaba sus arengas, era el ilustre D. Pedro de Madrazo. Así cundió entre las mujeres la afición á la poesía. Muy lindamente recitaban algunas al piano los versos de Madrazo, y más tarde los de D. Francisco Camprodón. Y no contentas las más inspiradas con recitar versos ajenos, se lanzaron á componerlos propios, y llegaron á componerlos muy bonitos. Hubo varias poetisas, y no puedo menos de citar y de encomiar aquí á las dos más egregias.

Fué una doña Carolina Coronado, cuya inocente candidez, combinándose con un vivísimo sentir amoroso, semiterrenal y semimimístico, presta pasmoso hechizo á algunas de sus composiciones. Allá en su juventud primera, en el tránsito de niña á mujer, en la esquivada soledad de los campos y á orillas del Gévora, se diría que la musa extremeña evoca al Genio del amor con más virtud teúrgica que le evocó Yámblico en

las fuentes de Gadara. *El amor de los amores* es un idilio suave y lleno de misterios. Su irreflexiva espontaneidad hace que parezca sobrehumano: inspirado por el amor mismo.

Fué la otra poetisa doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Tal vez se diga que no me incumbe hablar de ella aquí porque no es española peninsular, sino cubana, y porque ha de estar encomendado á otro escritor el tratar de los poetas hispano-americanos en esta Revista. Difícil, casi imposible, es, con todo, pasar en silencio y no mentar sino el nombre de figura tan clara y tan gloriosa en nuestras letras. Es cierto que ella nació en Cuba, pero también nacieron en América Ventura de la Vega, Juan de la Pezuela, Antonio Ros de Olano, José Heriberto García de Quevedo, Rafael María Baralt, José Güell y Renté y otros que florecieron y brillaron en España, y que si los borrásemos del cuadro de nuestra historia literaria, el cuadro quedaría incompleto. De la Avellaneda hay más razón aún para no prescindir. Como novelista, como autora de dramas y, sobre todo, como poetisa lírica, tuvo y tiene capital importancia entre nosotros. No es meramente regional, sino universal y central su gloria. Cuantos son

hoy los pueblos ó naciones donde se habla y se escribe la lengua de Castilla, pueden y deben envanecerse de esta mujer, y estudiar y admirar sus escritos. Si exceptuamos á Santa Teresa, jamás hubo en España mujer alguna que compitiese con ella escribiendo.

Años há que le dedicó un extenso estudio quien dicta ahora este artículo. Hoy, al leer de nuevo los versos de la Avellaneda, no hallo desmedido el elogio que les dí entonces. En la admiración que me le había inspirado me precedieron D. Juan Nicasio Gallego, D. Nicomedes Pastor Díaz y otros no menos entendidos y autorizados críticos. Y, por último, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en la hermosa introducción que compuso para la *Antología de poetas hispano-americanos*, publicada por la Real Academia Española, no contento con citar, aprobar y confirmar mi juicio, encarece y colma el conjunto de mis alabanzas con otras no menores y más elocuentes y fundadas.

No considero, pues, exageración repetir lo que entonces dije: que nuestra poetisa no tiene rival, ni aun fuera de España, á no ser que retrocedamos hasta las Safos y Corinas de los más gloriosos tiempos de Grecia, ó busquemos en la Italia del Rena-

cimiento la gentil figura de Vitoria Colonna. Y es aún de advertir que los versos de la Avellaneda, como nacidos en edad más reflexiva y de más complicación de ideas, están libres de aquella serenidad etérea, pero algo fría, que tienen los de la Marquesa de Pescara, y mueven más hondamente el alma por la contraposición entre el ideal soñado y la prosaica realidad de las cosas.

Tres son las principales fuentes de la inspiración de la Avellaneda: el amor humano, el amor divino y el entusiasmo por el arte de la poesía, que ella profesaba. Hasta el mismo desaliento, la desesperación byroniana y el hastio que á veces la inspiran, nacen de esta pasión mal pagada, de esta sed inextinguible que no halla donde calmarse en la tierra, de este afán de adoración y de afecto que no descubre objeto adecuado y digno á quien adorar y querer. Desde el amor indeterminado sin objeto aún, hasta el amor ofendido, humillado y escarnecido, que levanta la voz con acentos de inmortal arrogancia mezclados con otros de tierna sumisión enamorada, no hay cuerda del alma que no vibre potente y sonora en las canciones de la excelsa poetisa, que en lo elocuente, fervoroso y sincero de la expresión no cede á ninguno de los román-

ticos, ni á Alfredo de Musset en Francia, ni á Espronceda entre los nuestros.

«Sección riquísima en las poesías de la Avellaneda — dice Menéndez y Pelayo — constituyen sus versos religiosos; de imitación bíblica los de su juventud, en los cuales, no sólo hay extraordinaria pompa de imágenes y grandilocuencia y valentía, sino elevadísimos conceptos teológicos expuestos con rara precisión; místicos ó afines al misticismo los de su vejez, en que su fe, siempre ardiente y robusta, fué tomando carácter más íntimo y abismándose cada vez más en el torrente de la contemplación. La diferencia entre ambos períodos puede reconocerse tomando por tipo del primero el asombroso canto *A la Cruz*, en que el beneficio de la redención humana está considerado principalmente desde el punto de vista social ó histórico; y como tipo del segundo los versos que se titulan *Dedicación de la lira á Dios*.»

Esta segunda y suprema manifestación del espíritu religioso en las poesías de la Avellaneda, ha sido hasta hoy poco estudiada y menos enaltecida. El P. Blanco García apenas celebra lo místico, si bien, como es justo, pone por las nubes lo bíblico y lo ascético. Concede á la Avellaneda la

sencilla y oculta sublimidad del maestro León, y, prefiriendo los versos religiosos de la poetisa cubana á los de Lamartine y Zorrilla, cuya fiel y constante ortodoxia pone en duda, acaba de esta suerte: «En las imitaciones de la sublime poesía hebrea permanece su espíritu casi intacto; se escuchan la salmodia del Profeta Rey y las lamentaciones del pueblo escogido, y se respiran los aromas del Sarón y del Carmelo.»

Todavía en aquel período de extraordinaria y fecunda animación poética hubo y descolló un vate, que no fué más que vate, que consagró á la poesía su vida entera, que la tomó por profesión ú oficio á la manera de los antiguos trovadores, y que, sin sostener aquí que valía más ó menos, fué más popular en lo dramático que García Gutiérrez y Hartzenbuseh, más leído y celebrado que el Duque de Rivas en lo legendario, y casi estoy por afirmar que más admirado en lo lírico que Espronceda y la Avellaneda. Su alta reputación y su envidiable fama persistieron sin eclipse hasta que terminó la vida mortal del poeta. Y por cuanto podemos columbrar y ver en el porvenir, su gloria le sobrevivirá sin menguabo en el presente siglo y acaso en los futuros.

Tal consistencia y tal dilatación de su fama, se deben sin duda á que nadie como él logró tener reconcentrada en el alma, por manera no meditada, sino inconsciente y *genial*, ya que no divina, el alma colectiva de su pueblo, tal como fué en la edad que él vivió, con todas sus creencias, ensueños, aspiraciones vagas, tradicionales fantasías, vanidades y jaectancias.

No como figura retórica, sino como hecho real, pudo decir y dijo D. José Zorrilla, que éste es el poeta de quien hablamos:

El Genio ardiente que en mi pecho habita,
La palabra me da que os doy escrita.

Hasta en lo incomprensible, alambicado y tenebroso de no pocas de las cosas que dice, cuando se pone á meditar y á expresar lo que medita, hay un poderoso inexplicable hechizo que cautivaba entonces á la muchedumbre. ¿Qué serían ó qué significarían

Aquellas horas sin horas
En que nuestras horas cesan,
Horas que en el alma pesan
Como inmensa eternidad;
Unas horas sin Oriente,
Sin Occidente y sin nombre
En que atosigan al hombre
La mentira y la verdad?

Al presuponer la aparición en su tiempo de un *bardo* tan colosal como Cervantes, el cual se hubiera quedado absorto, sin comprenderlo y con la boca abierta si le hubiesen llamado *bardo*, ¿qué nos quiso Zorrilla dar á entender al encargarse, no se comprende bien si á Cervantes ó al bardo nuevo, que en el día del juicio final,

Cuando al eco atronador
De la funeral trompeta
Se junte el mundo en un valle,
Mándale al mundo que calle
Y dile que era un poeta?

Sin afectación, sin farsa, sin *posse*, como Baudelaire, como el mismo Víctor Hugo y otros románticos franceses, sino con asombroso candor y natural sencillez, Zorrilla, no sólo siente y nos hace creer que siente dentro de su propio ser el numen, el demonio, el espíritu que le agita, que le infunde extraños pensamientos y que desata luego su lengua en inauditos y melodiosos cantos, sino que se nos muestra circundado de visiones, fantasmas, vestiglos, ángeles y diablos, que ora le exaltan, ora le atormentan, ora le deleitan, ora le aterran. El poeta aparece, ya como energúmeno ó poseído, ya como obseso. Y en la descripción de

estos seres sobrenaturales que, ó bien penetran y se filtran en su espíritu, ó bien le rodean, giran, se mueven y danzan en torno de él, su imaginación enorme y la abundancia y la fuerza de su brillante estilo, tienen tal magia que nos hacen ver, como á él, á esos seres vagos é informes, cuya tenebrosa esencia para él y para nosotros permanece oculta.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?
¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?
¿No hay sin ti ni dolor ni placeres?
¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin ti?

En la obscuridad de la noche, en el estampido del trueno, en el ruido del viento y en el sonar de la lluvia contra los cristales de su ventana, oye el poeta á los espectros y á los duendes, y en el azulado y rápido fulgor de los relámpagos entrevé sus formas monstruosas, ya de hermosura que seduce, ya de fealdad horrible que amedrenta y pone grima. En medio de este enjambre tumultuoso de creaciones fantásticas se destaca siempre la principal visión, que no se llega averiguar quién sea, pero que ejerce raro y decisivo influjo en la vida del vate, el cual exclama dirigiéndose á ella:

Quienquier que seas, vano pensamiento,
Mujer hermosa que soñando vi,
O recuerdo ó tenaz remordimiento,
Ni un solo instante viviré sin ti.
Si eres recuerdo endulzarás mi vida,
Si eres remordimiento te ahogaré,
Si eres visión te seguiré perdida,
Si eres una mujer yo te amaré.

Por más que aspiremos á la concisión y brevedad en estos artículos, poeta tan fecundo, tan inaudito, y en cierto modo tan único, requiere y exige que nos detengamos más en el estudio de sus obras si hemos de acertar á juzgarlas como merecen. Dejamos, pues, para nuevo artículo el proseguir hablando de D. José Zorrilla.

VII

Entre las cualidades que adornaban el espíritu de Zorrilla y que hicieron de él un singularísimo poeta que no puede compararse con ningún otro, cuento yo algo que me explica como posible y hasta como real la *harmonia preestablecida* de Leibnitz. Se diría que Zorrilla, con independencia de lo que perciben sus sentidos, y valiéndose de la riqueza de vocablos que posee y de sus diversas combinaciones, ha creado en lo íntimo de su pensamiento todo un mundo á su manera y para su uso. Y se diría que cuando Zorrilla siente las impresiones del mundo exterior, el mundo ideal que hay en su alma brota de ella, toma forma sensible en sus versos y se revela por estilo mágico. No se puede afirmar que este mundo ideal, creado por el poeta, sea fiel y exacto trasunto del mundo exterior, ó, mejor dicho, del concepto que del mundo exterior formamos por las impresiones que de él recibimos. Mucho de fantástico y de capricho-

so hay en el mundo de Zorrilla, pero también hay en él no poco de más hondo y de más arcano que cuanto la experiencia y la vulgar observación descubren, y objetos tan remotos que no hay telescopio que hasta ellos llegue, y cosas tan sutiles que los microscopios de más poder nunca las manifiestan.

Lo que á veces nota Zorrilla y luego nos describe en sus versos tiene, por lo dicho, gran novedad y nos pasma y hechiza. De maravillar es la multitud de seres, de sonidos y de voces que él oye en el viento cuando choca contra los muros de algún torreón medio arruinado, ó penetra en él ó se extiende bramando ó gimiendo entre los árboles ó en los profundos valles y en las gargantas de las serranías. En las nubes el poeta advierte las más estupendas visiones: genios, trasgos, al mismo Lucifer, y por último á Dios, que viene en su carro lanzando rayos y centellas, y tal vez ocupado, al recorrer sus dominios, en examinar si se ha roto algún resorte ó si se ha descompuesto alguna rueda de la maquinaria del universo, ó si todo, según su mandado, sigue bien y moviéndose como en el primer día. En efecto, el Supremo Hacedor, entre nubes, visita la creación,

Y envuelto en los vapores, sus senos más profundos
Estudia y sus cimientos por sí caducan ya.

Convengo en que no tenemos derecho para hacer responsable de sus afirmaciones filosóficas á un poeta como Zorrilla, tan irreflexivo casi siempre y tan dominado y arrebatado por la inspiración de cada momento. Bien podemos, no obstante, dar aquí compendiosa noticia del modo con que las cosas todas, divinas y humanas, se reflejan en su espíritu y aparecen en sus versos, á pesar de no pocas contradicciones.

El Dios del poeta es más adusto y terrible que benigno y misericordioso. Los seres humanos, viciosos y pecadores, excitan con harta frecuencia su cólera. Resulta de aquí una representación del universo, del linaje humano y de su historia que nos desconso- laría en extremo y nos parecería muy pesimista si en todo ello no viésemos, más bien que la creencia religiosa y más bien que un convencimiento racional, un brillante juego de la imaginación arrebatada, que se complace y deleita en las más tremendas pinturas. La moda romántica hubo de entrar, además, por mucho en pinturas tales, que, tomadas por lo serio y consideradas como fiel trasunto de la realidad, deberían causar hondo terror á cuantos las leyesen. El

ángel exterminador, sobre todo, es tan os- pantoso personaje, según le describe Zorrilla, que el mismo Luzbel no puede ni debe infundirnos tanto miedo. Al demonio, al cabo, se le exorciza y ahuyenta con pres- critos conjuros y determinadas señales; pero contra el ángel exterminador no hay recurso que valga. Dios le envía, y él cumple sus órdenes sin que nada le arredre ó le detenga. El alcázar donde vive este ángel en el remoto cielo, está circunstanciada- mente descrito por el poeta. Un río de hir- viente sangre corre al pie de sus negros muros. Allí hay hornos y fraguas encendi- das, donde se forjan de continuo rayos para fulminar á la gente culpada. La peste, el hambre, la guerra y todo linaje de calamidades y de plagas están allí como encerra- da ó atraillada jauría, que el mencionado ángel suelta sobre la tierra cuando tiene que hacer en ella algún fiero castigo. Allí, por último, se filtran y destilan mortíferas ponzoñas para atormentar con el remordi- miento y con la hondísima pena del no lo- grado bien y de la desvanecida esperanza. Allí están las arcaes del furor del cielo, la copa de la ira de Dios y la única amarga y venenosa lágrima

Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.

Quando sale el ángel exterminador de su alcázar, llamado por Dios para ejecutar alguna justicia, se suspenden en el empíreo los cánticos de gloria, tiembla todo sér vivo, y al paso del ángel vengador se desmenuzan y calcinan las estrellas. Ni pasa en silencio el poeta, sino que nos cuenta en resumen muchas de las hazañas de este ángel vengador, llamado Abaddón en lengua hebreaica. Él abre las cataratas del cielo y anega al linaje humano con el diluvio, hunde á Faraón y á su ejército en el mar Rojo, reduce á cenizas ciudades enteras, destruye á Jerusalén con Tito, entra con Alarico en Roma, y, por último, cuando llegue el anunciado día de la ira, este ángel apagará y hará añicos todos los soles, aniquilará cuanto fué creado, y sólo quedará la *eternidad vacía*.

Ya se ve que en Zorrilla la fin del mundo es harto más terrible que la profetizada en el Apocalipsis. En el sagrado libro se anuncian, á la verdad, mil estragos y catástrofes; pero todo viene luego á tener término dichosísimo, porque la creación no perece, sino se renueva, se hermosea y se

purifica, sobreviniendo el reino de Dios y el triunfo de los justos y de los santos, y descendiendo del cielo á la tierra la nueva Jerusalén como gallarda esposa revestida de sus nupciales galas, para que en adelante se pueda decir que *no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; que de los ojos se limpiará toda lágrima, y que dejará de ser la muerte y habrá perenne vida*. Desde esto á la nada, á la *eternidad vacía*, que nos pronostica el poeta, hay enorme distancia.

Aunque lo que hemos expuesto no fuese la constante creencia de Zorrilla, sino tan sólo un efímero y lúgubre ensueño, todavía hemos de convenir en que no era muy buena la opinión que tenía del linaje humano ni muy halagüeña la esperanza en sus altos destinos. Todo había al cabo de sepultarse en él no ser, como ilusoria y abominable fantasmagoría.

Zorrilla, sin embargo, amaba su arte y deseaba con fervor la gloria que esperaba adquirir por su medio. Para adquirirla deseaba de su alma ambición y codicia. No aspiraba á ser más que poeta. Se conformaba á vivir como un mendigo para sobrevivir como Píndaro y Homero.

A lo que parece, si no hemos de entenderlo todo como vanas flores retóricas sin

consistencia, Zorrilla creía en su *misión*. Se juzgaba enviado de Dios, aunque la plenipotencia ó credencial y las *instrucciones* que tenía que cumplir en la tierra estén tan borrosas y oscuras que no acertemos á descifrarlas. A veces, sin dejar de considerarse como enviado, el poeta se considera como desterrado y castigado en este mundo sub-lunar:

Es una planta maldita
Con frutos de bendición.

En el cielo fué un ángel que cometió no sabemos qué pecado, y Dios entonces le envió por aquí para que hiciese dura penitencia. Aquí la gente se entrega á mil deportes, deleites y vicios, y el poeta, en medio de gente tan viciosa,

Es lámpara sepulcral
Iluminando la orgía.

No por eso deja el poeta de tomar parte en ella, sacudiendo la melancolía y dejando de estar tétrico por algunos instantes. Entonces el poeta magnifica la orgía con su imaginación, nos la describe como si compitiese con las cenas de Baltasar y de Sardanápalo, y en contraposición de los goces y voluptuosos regalos de los que en el fes-

tín se recrean, nos pinta la horrible miseria de los menesterosos y desvalidos. Ricos y pobres, todos son dignos de la más honda conmiseración:

Unos cayeron beodos
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Para colmo de horror, no deja luego de aparecer en el muro algo semejante al misterioso letrero que descifró Daniel en Babilonia. Desde la sala del festín, que en el poco lujoso Madrid de entonces podemos suponer que estaba en la modesta fonda de Perona, nos lleva el poeta á una iglesia donde se celebran funerales, y sobre un túmulo está presente el cuerpo muerto. El hediondo cadáver es el *Mane, Thezel, Fares* de aquellos Baltasares de nuevo cuño.

La idea de la muerte es en el ánimo de Zorrilla obsesión espeluznante que le inspira *danzas macabras* más grotescamente fúnebres que la de Basilea, y cuadros de corrupción física y de podredumbre que sobrepujan por lo espantosos al que pintó Valdés Leal en el hospital de la Caridad de Sevilla. En la composición titulada *Á una calavera (fantasía)*, llega Zorrilla al más

delirante extremo de su fúnebre inspiración. El término de todo para el hombre es la nada; y el poeta, al entenderlo así, blasfema contra Dios y condena cuanto Dios ha creado, mirándolo como un asqueroso cementerio, sin otro fin ni propósito en la vida que el de atormentarnos y arrastrarnos á la muerte.

Por fortuna, las inspiraciones de Zorrilla son muy variadas, y cuando abandona el cementerio y le olvida, se nos muestra lleno de amenidad y á veces hasta de contento. Nada más animado, más rico de confianza en el propio valer, ni más encendido en el fervoroso amor de la gloria que los versos de *La noche de invierno*, dedicados al pintor Villamil. El poeta le dice:

Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida;
Tú pintarás los amores
Y yo te los cantaré.

En efecto, cuando el poeta se aparta de lo sepulcral y sigue más agradables caminos, produce obras narrativas y descriptivas de prodigioso encanto y de originalidad extraordinaria. Nada de extranjero, ni francés, ni inglés, ni alemán, ni italiano, se recuerda al leerlas. Todo tiene un hondo é

indeleble sello castizo; mas no por eso se advierte la más leve huella de rebuscada imitación de nuestra antigua poesía. Lo castizo aparece en Zorrilla brotando radicalmente de lo más hondo de su naturaleza española, sin nada intermedio que le sirva de pauta ó de modelo. Hasta las que llama *Orientales*, aunque tienen no pequeña analogía con los *Romances moriscos*, lucen con una pompa y con una gracia verdaderamente nuevas. Sea bellissimo ejemplo de esto la linda historia del enamorado y generoso capitán de gomeles y de la hermosa dama leonesa que el capitán llevaba cautiva.

En las descripciones del paisaje suele ser inimitable el poeta. Su entusiasmo y sus ponderaciones hiperbólicas, que críticos severos y prosaicamente dialécticos, suelen condenar por vacías de sentido, poseen para mi gusto un sentido riquísimo que á ellos se les escapa. Así, cuando saluda á Granada diciendo:

¡Salve, oh ciudad en donde el alba nace
Y donde el sol poniente se reclina,
Donde la niebla en perlas se deshace
Y las perlas en plata cristalina!

Nadie niega que en todas partes, y no

sólo en Granada, amanece, anochece, se liquida la niebla y hay rocío, fuentes y arroyos; pero lo que el poeta quiere expresar, y á mi ver expresa, es que todo esto se verifica en Granada por manera más encantadora que en los demás lugares, y es allí ejemplar, pasmoso y supremo.

A menudo Zorrilla se extiende en las descripciones; pero yo jamás le hallo cansado, y rara vez la abundancia y facilidad de su estilo degenera en palabrería. Por el contrario, Zorrilla en ocasiones pinta con un solo rasgo feliz todo un cuadro. Así cuando supone que los moros ó los descendientes de los moros fugitivos de Granada recordarán ó hablarán de la Alhambra y del Generalife

En el desierto, á la sombra
Del fardo de sus camellos.

La nota patriótica posee singular resonancia en la trompa épica y en la lira de Zorrilla. Sobrado arrogante y engreído suele parecernos hoy el poeta; pero tal defecto, si lo es, debe perdonársele por la candida buena fe de que procede y porque el ánimo español colectivo no era presa aún del abatimiento en que nos han hundido crueles desengaños y recientes infortunios.

Todavía, no obstante, se comprende y hasta se comparte la jactancia de Zorrilla en sus versos á Napoleón. Aquel conquistador glorioso pudo grabar su nombre en las Pirámides, pero no acertó á grabarle de un modo persistente en ningún monumento de nuestra tierra.

No tiene, no, el león de ambas Castillas
La doble garra por adorno vano:
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admite el nombre, ni buril, ni mano.

Hemos titulado estos artículos *sobre la poesía lírica y épica*, pero debe entenderse que la palabra épica está tomada en su significado más amplio. Aquí conviene hacer una distinción. La narración épica, en que todo el esfuerzo humano, con el auxilio de los poderes celestiales y con la oposición del infierno ó de dioses contrarios, realiza colosales empresas que importan al predominio y al triunfo de una religión, de una raza ó de una nacionalidad al menos, es una clase de poesía propia de los tiempos primitivos y que apenas puede darse con espontaneidad en la edad presente, sino sólo por estilo rebuscado y artificioso. Y como Zorrilla es el más espontáneo y natural de los poetas, y ha vivido y escrito

en el siglo XIX, me parece que no puede decirse que es poeta épico en el mencionado sentido. Pero, en cambio, Zorrilla, más que lírico y más que dramático, es épico á la manera que en su siglo podía serlo, esto es, prestando bellísima forma á singulares casos conservados por tradición, ó á lances y sucesos que tienen más de legendarios que de históricos, y que no valen para argumento de una epopeya, si bien son como residuos y dejos de una verdadera poesía épico-popular, evaporada y disipada antes de tomar forma inmortal y perfecta en tiempo conveniente. Zorrilla, en suma, no es ni pudo ser el poeta de la epopeya; pero pudo ser y fué el poeta de la leyenda ó del cuento popular fantástico, en cuyo género no tiene rival que le supere.

Ora conservadas en la memoria del vulgo y de viva voz transmitidas, ora casi olvidadas y perdidas entre las páginas en prosa de un viejo libro de devoción, ora referidas en romances vulgares, apenas hay leyenda de Zorrilla cuyo asunto, tan hermo-seado por él, haya sido por él inventado. Con mayor erudición que la que yo poseo y con diligencia y espacio mayores, bien pudiera buscarse y manifestarse aquí la filiación de cada una de las leyendas de Zorrilla, citan-

do los libros en que han dejado señales de su paso, y subiendo hasta su origen, tal vez fuera de España y hasta tal vez fuera de Europa, en remotos países de donde emigraron, transfigurándose al venir al nuestro, y rodeándose de circunstancias locales que las hiciesen enteramente castizas. Así, por ejemplo, hallamos la historia de *Margarita la Tornera* relatada en el *Quijote* de Avellaneda, y hasta en las *Cantigas* del Rey Sabio, á mediados del siglo XIII; en el romance del estudiante Lisardo, y en las *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, de D. Cristóbal Lozano, el fundamento de *El capitán Montoya*, á quien en lo más sustancial viene á acontecer lo mismo que al D. Félix de Montemar, de Espronceda; y los amores de Doña Luz, y nacimiento de D. Pelayo, en los *Reyes nuevos de Toledo*, del ya citado D. Cristóbal Lozano, y en el cronicón del moro Razis. Allí se ve de qué suerte el restaurador de nuestra católica Monarquía fué arrojado al agua á poco de nacer, y salvado luego del agua por un alma caritativa, coincidiendo en todo ello con el propio Moisés, y también con el Doncel del Mar, ó dígase Amadís de Gaula. Hasta en los cuentos de *Las mil y una noches*, mediata ó inmediatamente, va el poeta á to-

mar algo para los suyos; pero todo se españoliza no bien él lo toma.

Es muy digno de notarse que lo sobrenatural de las leyendas de Zorrilla suele ser derivado. Hasta donde lo consiente lo nebuloso y esfumado de cada narración, lícito es asegurar que los agentes supremos de cada uno de los milagros que en dichas leyendas se refieren, no intervienen ellos mismos en la acción, sino que hacen los milagros como por delegación y valiéndose de un objeto material, obra de los hombres, y en el cual ha venido á infundirse la potencia taumatúrgica. El fervor entusiasta con que el artista ha formado la imagen, y la amorosa devoción y la profunda fe con que la venera y le rinde culto la muchedumbre, ponen sin duda en la imagen, por permisión y con beneplácito del cielo, la virtud y el gérmen del caso prodigioso que en determinado momento se verifica. No es el mismo Verbo de Dios, sino el simulacro que le representa, ó sea *El Cristo de la Vega*, quien presta declaración en favor de Inés de Vargas en *A buen juez mejor testigo*. De la misma suerte otra imagen de Cristo viene, ante la presencia del rey Felipe II, á dar testimonio de que D. Germán de Osorio ha sido muerto á traición. El cru-

cifijo de la Antigua es *El testigo de bronce*. Otro crucifijo que estaba en un nicho, en una callejuela de Madrid, es quien descubre el crimen de Juan Ruiz, transformando la cabeza de ternera que siete años después lleva el asesino bajo la capa, en la cabeza del amigo á quien á traición había dado muerte. Y, por último, otra devota imagen del Redentor, desprendiendo el brazo de la cruz en que está enclavado, detiene, asiéndola por los cabellos y preguntándole con aterradora voz «¿dónde vas?», á la enamorada y sacrilega monja Beatriz, que se disponía á fugarse del convento con el heroico y simpático bandido D. César, héroe protagonista de *El desafío del diablo*. Hasta en *Margarita la Tornera*, más bien que la misma Reina de los Ángeles, es una imagen suya, á quien la monja tenía fervorosa devoción, la que obra el extraño milagro de indulgente condescendencia. El fantasma que representa á Margarita en el convento mientras ella está ausente, más bien debemos creer que es una creación, animada y movida por el poder milagroso que reside en la imagen, que no la misma Madre de Dios en persona.

Cuando no es una imagen de piedra, de barro, de leño ó de bronce la que hace el

milagro, el agente suele quedar invisible, y sólo se ve y se cuenta el caso prodigioso. La causa se presume, mas no se determina, aunque es casi siempre ó de un orden inferior ó de condición aviesa. Animas del Purgatorio, más maleantes que piadosas, parecen ser, pongo por caso, las que dan al capitán Montoya el tremendo espectáculo de sus propias exequias; y son diablos sin duda los que, no contentos con apoderarse del alma del alcalde Ronquillo, sacan su cadáver de la sepultura y se le llevan á los profundos infiernos por un agujero que abren en la pared.

Todas estas leyendas son la viva representación de la España del antiguo régimen, que iba á desaparecer para siempre. Los sucesos sobrenaturales que en dichas leyendas se refieren tienen gran valer poético, y Zorrilla le realza, y saca de él mucho partido. Y no carecen tampoco de verdad ó de verosimilitud estética. Basta para ello que la mayoría de las personas en cuyo tiempo se realizó el prodigio fuese capaz de creer en él á pies juntillas, tal vez después de haberle instintiva é inconscientemente inventado. Lástima es que el poeta, sin que se lo exija nadie, manifieste á menudo su escepticismo; dé por cierto ó recele al me-

nos que es mentira lo que refiere, y asegure para disculparse que él gusta más de la mentira que de la verdad, y que lo que importa al que escribe poesías es pasmar ó divertir á los lectores. La *misión* de que en otros muchos lugares nos habla el poeta, queda así harto rebajada.

La verdad es que Zorrilla sería uno de los primeros poetas del mundo si su fácil y rara elocuencia y si su rica y poderosa imaginación hubieran estado acompañadas y movidas por fe, por esperanza ó por ferviente amor, aunque fuese desesperado, por algún objeto de interés general, por algún concepto transcendente, ó por algún propósito grande de religión, de filosofía, de progreso, elevación y ventura del linaje humano, ó siquiera de regeneración y engrandecimiento de su patria.

No quisiera yo menoscabar en lo más mínimo la gloria de Zorrilla; pero, si he de ser justo, no veo que ninguna de las cosas precitadas muevan su pluma ó desaten su lengua cuando canta.

Quizás para comprender bien á Zorrilla se necesitaría estudiarle harto más detenidamente y por completo examinando su rica labor dramática, donde sus miras y fines pueden aparecer más claros;

pero de esto no nos incumbe tratar aquí.

Por el solo examen de sus versos líricos y de sus leyendas no atino yo á descubrir dichos fines y dichas miras, si es que fuera del arte mismo los tuvo. En la práctica, Zorrilla me parece el más decidido partidario del arte por el arte. No presume de didáctico, ni apenas es lo que llaman ahora *tendencioso*. Hasta en su cristiandad me atrevo yo á notar, más que fervor religioso, doctrinas y preceptos de una nueva escuela literaria: de la poética entonces al uso: la afirmación de que lo sobrenatural cristiano y de que las ceremonias, procesiones y efigies de nuestras iglesias ofrecen y prestan más recursos á la poesía que las divinidades y pompas del paganismo.

Lo cierto es que no implica muy honda firmeza en la fe el empleo de cosas y de seres divinos ó semidivinos para máquina y adorno de los poemas. Virgilio, en mi sentir, no creía en prosa en nada de cuanto se refiere en verso y ocurre de prodigioso en la *Eneida*. Ni entiendo yo que Catulo tuviese mucha más religión que Lucrecio, sin que esta falta le estorbase escribir el *Epitalamio de Tetis y Peleo*, donde los dioses se mezclan con los mortales á la luz del claro día, y el hermoso episodio de Ariadna,

abandonada y furiosa, cuando el dios Diti-rambo, rodeado de bacantes y de sátiros, acude á consolarla en Naxos y se la lleva en triunfo.

El entusiasmo de Zorrilla, *mutatis mutandis*, puede ser muy bien por el mismo estilo. Y prueba de ello es el que muestra por el Paraíso de Mahoma en el hermoso cuento oriental que sirve de introducción al poema de *Granada*. Alah y sus ángeles se identifican en su imaginación con Jehová y sus celestiales cohortes. Y nunca ensalzó más Zorrilla á ningún héroe cristiano, que al muslime Alamar *el Magnífico*, primer rey granadino de la dinastía nazarita. Ni Júpiter, ni Venus, ni Apolo saludaron nunca más lisonjeramente á héroe ó príncipe gentil, que el ángel que surge del fondo del agua saluda á Alamar, pronosticándole venturas más altas que las que pudo lograr Alejandro ó César, y diciéndole en nombre de Alah:

Su vista rutilante,
Que el universo abarca,
Posada en tu semblante
Desde la cuna está:
Y el dedo omnipotente,
Sobre tu noble frente

Grabó la regia marca
Que á conocer te da.
Naciste favorito
Del genio y de la gloria;
Tu voz es la victoria,
Tu voluntad ley es;
Tu tiempo es infinito;
Tus huellas, indelebles;
Los montes son endebles
Debajo de tus pies.

Acasó se censure en Zorrilla que sus héroes sean sobrado matones y burladores de mujeres. Se diría que por donde ellos andan es difícil que quede hombre de armas tomar con vida, y gentil doncella con corazón y con honra. Ya Moratín acusaba de esta falta á nuestros antiguos dramaturgos, diciendo:

No es más que un mentecato pendenciero
El gran Cortés, y el hijo de Jimena
Un baladrón de charpas y jifero.

Yo entiendo, con todo, que Zorrilla en este punto está más en lo cierto que Moratín.

No sé por qué se me figura, y Dios me lo perdone si es mala figuración, que no es un señorito circunspecto, dócil y juicioso, como el coronel D. Carlos de *El sí de las niñas*,

quien ha de acometer atrevidas y grandes empresas y darles término dichoso. Será desgracia, pero el verdadero é histórico Hernán Cortés se parece más á los insolentes personajes de Zorrilla, que al varón circunspecto y grave que Moratín imagina. El mismo Francisco López de Gomara, capellán y familiar del conquistador de Méjico, dando razón á los dramaturgos, nos le pinta como ellos le pintaban: «Travieso cuando muchacho; muy dado á mujeres, á las que se dió siempre; lo mismo hizo al juego, y jugaba los dados á maravilla. Era recio porfiando, y gastaba liberalísimamente en mujeres y en antojos; y era celoso en su casa y atrevido en las ajenas, condición de mocero.»

Es, por último, de advertir que no se puede justificar lógicamente la intervención del cielo ó del infierno para reprimir ó castigar las fechorías de un personaje, si el personaje no es invicto y si sus fechorías no son enormes. Lujo superfluo es el *convidado de piedra* en el *Don Juan Tenorio* de Molière. Para tenerle á raya bastaba un duro é irritado ganapán con un buen garrote. Indispensables son las monstruosas hazañas del *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, para que la estatua del Comendador se

nueva con fundamento, hable y acuda al convite.

En resolución: Zorrilla no es profeta, ni apóstol, ni entusiasta divulgador de ninguna nueva doctrina, ni trasciende su poesía á nada que esté fuera de la poesía misma. Es, según él se describe, el trovador errante que anhela con sus canciones deleitar y hechizar al pueblo, y que va de puerta en puerta, por ciudades, castillos y quintas, ofreciéndose á cantar de amores para solaz y agrado de las damas, y de hazañas antiguas para halagar el orgullo de los magnates.

Comprendido de esta suerte nuestro poeta, apenas tiene rival en el mundo. Yo no descubro su antecesor legítimo en España, aunque sí veo los difusos elementos que han contribuído á formarle. Y no descubro tampoco sucesor posible, por igual estilo, forma y manera, aunque hayan vivido en su mismo tiempo, y después de él, no pocos egregios poetas que, siguiendo otros caminos, han conquistado también inmarcesibles laureles, y de los cuales trataremos en adelante, aunque sea con mayor concisión de la que convendría y por modo más somero y rápido del que ellos merecen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apto. 1625 NORTE, MEXICO

VIII

Desde mediados del siglo xix en adelante, la afición á la poesía se entibia en nuestro público, y en ocasiones se convierte en desdén y menosprecio. A esto concurren varias causas que ya procuraremos indicar. Y con todo, á pesar del mencionado desdén, la producción poética no disminuye. En cantidad sigue siendo grande, aunque hartamente mal estimada y pagada. Y en lo tocante á la calidad, se nos figura que no desmerece de la de los tiempos mejores, aunque sobre ello sea difícil é inseguro el juicio por la proximidad y mezela confusa de los objetos sobre los cuales ha de dictarse.

A menudo, en torno de las más hermosas y magníficas catedrales se construyen no pocos casuchos ruines y deformes que impiden la vista del majestuoso y espléndido conjunto del monumento. Para verle bien y comprenderle y juzgarle, es menester una previa tarea algo desapiadada. Echar

nueva con fundamento, hable y acuda al convite.

En resolución: Zorrilla no es profeta, ni apóstol, ni entusiasta divulgador de ninguna nueva doctrina, ni trasciende su poesía á nada que esté fuera de la poesía misma. Es, según él se describe, el trovador errante que anhela con sus canciones deleitar y hechizar al pueblo, y que va de puerta en puerta, por ciudades, castillos y quintas, ofreciéndose á cantar de amores para solaz y agrado de las damas, y de hazañas antiguas para halagar el orgullo de los magnates.

Comprendido de esta suerte nuestro poeta, apenas tiene rival en el mundo. Yo no descubro su antecesor legítimo en España, aunque sí veo los difusos elementos que han contribuído á formarle. Y no descubro tampoco sucesor posible, por igual estilo, forma y manera, aunque hayan vivido en su mismo tiempo, y después de él, no pocos egregios poetas que, siguiendo otros caminos, han conquistado también inmarcesibles laureles, y de los cuales trataremos en adelante, aunque sea con mayor concisión de la que convendría y por modo más somero y rápido del que ellos merecen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apto. 1625 NORTE, MEXICO

VIII

Desde mediados del siglo xix en adelante, la afición á la poesía se entibia en nuestro público, y en ocasiones se convierte en desdén y menosprecio. A esto concurren varias causas que ya procuraremos indicar. Y con todo, á pesar del mencionado desdén, la producción poética no disminuye. En cantidad sigue siendo grande, aunque hartamente mal estimada y pagada. Y en lo tocante á la calidad, se nos figura que no desmerece de la de los tiempos mejores, aunque sobre ello sea difícil é inseguro el juicio por la proximidad y mezela confusa de los objetos sobre los cuales ha de dictarse.

A menudo, en torno de las más hermosas y magníficas catedrales se construyen no pocos casuchos ruines y deformes que impiden la vista del majestuoso y espléndido conjunto del monumento. Para verle bien y comprenderle y juzgarle, es menester una previa tarea algo desapiadada. Echar

manos al zapapico, demoler los feos é inútiles estorbos, y hacer que el grande edificio pueda contemplarse y lucir en medio de ancha y despejada plaza.

Sin duda el tiempo oportuno para la demolición no ha llegado todavía. Quizás nos expondríamos, si demoliésemos, cegados, cuando no por enemistad, por antipatía, á derribar lindas y graciosas construcciones, y á descubrir después, hecho el despejo y disipada la polvareda, que nuestra soñada catedral era un feo y destartalado caserón, cuarteado y ruinoso ya y próximo á caer por su propio peso. Lo más prudente es, pues, no demoler nada, y decir con leal franqueza lo que entreveamos en medio de la multitud, circunstante y persistente toda ella.

El humano linaje, lejos de estar parado, marcha y progresa. En tan amplio sentido, decir que nos hallamos en una época de transición, es lo mismo que no decir nada. De transición son todas las épocas. Pero en sentido menos amplio, hay transiciones, y épocas en que se realizan, las cuales pueden ser poco favorables para determinadas manifestaciones del ingenio del hombre.

Los poetas, en las edades primitivas, de las que estamos ya muy lejos, eran en

todos los países hierofantes, adivinos y conductores. Acompañaban y animaban á los héroes en las grandes empresas, como Orfeo á los argonautas; como Anfión, elevaban los muros de las ciudades al són de la lira; y en comunicación directa con los dioses, revelaban la voluntad de éstos á los mortales, marcaban el camino que se debía seguir, y descubrían los casos futuros, como Tiresias y Calcas.

Los poetas, más tarde, dejaron de representar tan importante papel, pero siempre ha sido muy importante el que hasta nuestros días han representado. Su arte sigue siendo arte liberal por excelencia, arte supremo y de lujo, el menos servil, y, por consiguiente, en el vulgar sentido de la palabra, el más inútil de todos: la flor de la cultura, la aromática quinta esencia del pensamiento humano. Implica, pues, la afición del vulgo á la poesía, ó sea el anhelo de deleitarse con la ideal belleza, cierta previa satisfacción del material bienestar ó de otros deleites y goces harto inferiores.

De aquí, á mi ver, el ya citado menosprecio con que se miró en España la poesía en la segunda mitad del último siglo.

La facilidad de comunicaciones, la libertad de todo género de que empezábamos á

gozar, y varias medidas revolucionarias, económicas y políticas que fomentaron el desarrollo de nuestras fuerzas productivas en agricultura, industria y comercio, nos dejaron ver á las claras que materialmente se vivía muchísimo mejor que en España en otros países, y sobre todo en la vecina Francia. Despertó y estimuló esto el más ardiente deseo de vivir por aquí tan bien como por allí y con no menor elegancia y regalo. Y como no es la poesía, sobrepuesta á las demás artes, arte conducente para lograrlo, pusimos de lado la poesía con marcado desdén y tratamos de ingeniarnos por otros caminos. Los que alcanzaron algo siguiéndolos, se afirmaron en dicho menosprecio. Y comparando además, si bien de un modo burdo, nuestro estado social con el de otras naciones, rebajaron mentalmente el valer de cuanto nuestro espíritu creaba, tal vez formulando, en lo interior de cada alma y con términos más ó menos confusos, proporciones geométricas como las siguientes: los escritos franceses en verso ó en prosa, deben de ser á los escritos españoles como un traje de señora elegante hecho en París á otro hecho en Madrid; como el vino de Burdeos y de Borgoña al de Valdepeñas; como las trufas á las macu-

cas ó á las criadillas de tierra; y como el *foie gras* á la chanfaina.

Resultó de esto, entre la gente nueva ó aristocracia flamante, un hondo y mal disimulado desprecio de nuestras cosas, que comprendía á la literatura en general, y á la poesía la cogía de lleno. Tal menosprecio hubo de extenderse no poco desde lo alto, descendiendo á las capas inferiores de la sociedad.

Gran parte, por fortuna, de nuestra aristocracia antigua, para quien no eran causa de sorpresa y de pasmo los primores exóticos y las elegantes invenciones importadas, no se dejó dominar por el abatimiento, por el menosprecio de nuestras cosas y por el desdén á lo castizo, y en especial á la poesía.

Hubo entonces algunos brillantes salones y varias ilustres, gentiles y altas señoras, cuyos nombres no cito aquí receloso de ofender su modestia, que favorecieron y ensalzaron la poesía, ejerciendo provechosa reacción, si bien con fuerza no suficiente para difundirse sobre el vulgo y combatir y vencer la corriente contraria.

De todos modos, este amor respetuoso á la poesía castiza que seguía animando algunos círculos aristocráticos, dió vigor y

aliento á sujetos que pertenecían á dichos círculos y á quienes el estro agitaba y estimulaba. Los Duques de Frías, Rivas y Villahermosa, y el Marqués de Molins, lograron antes de morir dignos continuadores.

Cuento yo como el primero (y no creo que me engañen antiguos afectos amistosos, reforzados más tarde por lazos de familia) á D. Enrique Ramírez de Saavedra, hijo del autor de *Don Alvaro* y heredero de sus títulos y de su grandeza. Con mejores estudios y con más saber que su padre, es también más correcto y más atildado y elegante en sus composiciones. Hay, además, en ellas una vaga y dulce melancolía y una poderosa imaginación soñadora, que transciende á menudo de la contemplación apasionada de la hermosura material y visible á las cosas ultramundanas y de puro espíritu, todo lo cual presta á sus versos singular carácter y pone en ellos sello propio.

Las poesías, no obstante, de este segundo Duque de Rivas aparecieron en poca propicia ocasión y no lograron ser muy populares. Casi tuvieron que encerrarse dentro del círculo aristocrático en que habían nacido. Acaso por esto fué el Duque menos fecundo de lo que hubiera podido y debido ser; pero bastan á darle un puesto elevado

en nuestra historia literaria varias de las composiciones que tiene escritas, descollando, á mi ver, entre todas, las tituladas *El canto de la Sirena*. *El beso*, *Contemplación nocturna desde una altura de los Alpes* y *Dos ángeles*. Quiero, por último, hacer constar, aunque alguien me tilde de sobrado favorable á este poeta, que como no escribe por escribir, sino sólo cuando se siente inspirado y cuando el numen ó la musa le visita, no hay en sus composiciones desnivel parecido al que se nota en las de otros poetas de más extensa fama, sino que todas son bellas. El buen gusto, la conveniente sobriedad y la medida justa acrisolan su mérito y no consienten que nada huelgue en ellas y nos parezca cansado.

No poco más tarde, aunque yo lo cite aquí porque no puedo ni debo en este recuento atenerme al orden cronológico, floreció también otro poeta de nuestra antigua aristocracia, digno, á mi ver, de adornar con los hermosos y frescos laureles del Pindo sus heredados blasones. Me refiero á D. José María de Martorell y Fivaller, Duque de Almenara Alta. Su profunda fe católica, su entusiasta admiración á cuanto hay de bello en el universo visible, sus puros, refinados y petrarquistas amores con

una linda dama, y sobre todo ello el vuelo apasionado del espíritu hacia lo increado y eterno, donde sólo el alto y verdadero amor puede hallar satisfacción completa, inspiraron al Duque, aunque murió joven y no pudo mostrarnos y legarnos todos los tesoros de su alma, una rica colección de odas y canciones en que la nítida sencillez de Fray Luis de León aparece combinada con el atildamiento y el esmero de la métrica de nuestros días. Tuve yo la honra, por encargo de la familia del Duque, de escribir el Prólogo para sus poesías. Fueron éstas encomiadas por mí con justicia, ya que no con habilidad y elocuencia, y obtuvieron el aplauso unánime de los entendidos, y el más favorable juicio de varias personas doctas, entre las cuales se cuenta el ilustre mallorquín Quadrado, compañero y amigo de Balmes.

Arduo sería dilucidar hasta qué punto la escasa divulgación ó popularidad de esta poesía elegante procede de algo que falta en la poesía misma ó de carencia de buen gusto en el público. Dejémoslo, pues, en duda, ya que no hay tiempo ni espacio aquí para aclararlo como conviene. De todos modos, aunque no consideremos la tal poesía como faro eminente que resplandece

sobre la maravillada y embelesada muchedumbre, séanos lícito estimarla y gustar de ella como fuego sagrado que modesta y cuidadosamente se conserva y custodia en el recóndito santuario de las musas.

Varias ilustres mujeres encendieron su espíritu en dicho fuego; y si no lograron, ni remotamente, alcanzar la nombradía de la Avellaneda y de la Coronado, bien merecen que recordemos aquí, con elogio, los nombres al menos de algunas de ellas. Así doña Antonia Díaz de Lamarque, que en lo lírico y en lo épico compite con su esposo el Sr. Lamarque de Novoa; la injustamente olvidada malagueña D.^a María Mendoza; otra dama, de Málaga también, D.^a Josefa Barrientos, Condesa de Parcent, cuya prematura muerte lamentamos, y que nos dejó escritos muy lindos versos líricos y narrativos; y, por último, la misma señora Infanta D.^a Paz, casada con un príncipe bávaro, admiradora y protectora persistente, en Munich, de nuestras artes y de nuestras letras, y cuyas composiciones en verso se recomiendan por la delicadeza y candor de los afectos y por la tersura y sencillez del estilo. Pero una prueba más de que la forma métrica iba pasando de moda, es que las muchas mujeres que se dedicaron á la

literatura y que obtuvieron alguna celebridad, abandonaron el verso y se dedicaron á escribir en prosa, especialmente novelas. No es de mi incumbencia tratar en estos artículos de tales autoras. La galantería, sin embargo, me mueve á recordar los nombres de algunas de ellas, lo cual puede valer además como prueba de que el favor del público, abandonando la poesía, se inclinaba resueltamente á la prosa. Escribiendo en prosa, simultánea ó sucesivamente, han adquirido fama, á veces clara, extensa y durable, D.^a Pilar Sinués, D.^a Angela Grassi, D. Rosalía de Castro, D.^a Concepción Gimeno de Flaquer y muchas otras que no deben tomar á ofensa, ni siquiera á menor estimación, el no ser aquí recordadas, ya que este bosquejo ó ligero cuadro sipnótico dista infinito de ser y hasta de querer ser una historia de nuestra poesía, tan rica y fecunda en el siglo pasado. Sólo añadiré, para terminar estos párrafos consagrados á las escritoras, que algunas de ellas han influido é influyen poderosamente en nuestra cultura actual, señalándose y distinguiéndose tanto ó más en ello que los más ilustres varones, por lo mismo acaso que las facultades y aptitudes de éstos han solido emplearse en la agitada vida política, y se

han consumido en la tribuna y en el foro, dejando más despejado para la mujer el apacible, aunque harto menos lucrativo, campo de las letras, donde también hay espinas y se cogen más flores que frutos. Testimonio brillante del gran valer de las mujeres en el pensamiento español del día han dado y dan D.^a Cecilia Böhl de Faber, notable novelista, conocida por el seudónimo de Fernán Caballero; la sabia estadista D.^a Concepción Arenal; la Sra. D.^a Blanca de los Ríos, erudita, juiciosa y aguda investigadora en nuestra historia literaria, y la infatigable, ingeniosa y fácil polígrafa D.^a Emilia Pardo Bazán.

Volvamos ahora á la poesía, y que esta corta digresión se me perdone.

Protegido, amparado y admirado en los salones elegantes, y hasta en el mismo Real Palacio, acertó á luchar contra la corriente prosaica y á conseguir popular nombradía el cordobés Antonio Grilo, el mérito de cuyos versos, indiscutible á todas luces, ha sido realizado por el natural hechizo, la entonación melodiosa y el arte nada común con que el poeta sabe recitarlos. Prolijo sería aquilatar aquí ese mérito por medio de un detenido examen. Grilo es un poeta poco reflexivo, espontáneo y verdadera-

mente inspirado. Su inspiración vale más que la reflexión; es como instinto certero que atina casi siempre y que rara vez los más descontentadizos censores, que reparan en menudencias y en deslices, pueden acusar de que desatina.

Las cuerdas de su lira se prestan á todo linaje de asuntos, de tonos y de canciones. Pero mejor templadas y dispuestas que para ensalzar los adelantamientos de la industria y de las ciencias experimentales, están para un idilio especial lleno de religiosidad almirada y de dulce melancolía. La melancolía, con todo, es muy somera. En el fondo del alma del poeta hay radical optimismo. La humilde pobreza, la rústica cabaña, el claustro esquivo y austero, la soledad del yermo y la mezquina morada del ermitaño, todo adquiere, pintado por Grilo, vivos y alegres colores, tonos suaves y encanto apacible. Al leer *La chimenea campesina*, de seguro la hermosa Duquesa á quien la composición está dedicada habrá sentido deseos de abandonar las ricas estancias de sus palacios y quintas, y de retirarse, al menos por algunas horas, á vivir en alguna casita blanca y pobre como la que en la orilla del Betis describe el poeta. Y ensalza tan bien la vida de las monjas,

que otra gentil y egregia señora á quien se dirige en otra composición, es de creer que, lejos de asustarse de la disciplina ascética del convento, sienta el plurito de edificar uno en miniatura, en lo más esquivo y umbroso de algún parque suyo, para refugiarse en él cuando se sienta fatigada de bailes, de teatros y de tertulias. La mujer penitente que nos presenta el poeta en su cuadro se parece á la Magdalena del Corregio, en quien las vigiliias, ayunos y mortificaciones no han hecho mella todavía, maravillándonos, al contemplarla tan graciosamente tendida, la profusión de sus undosos y sueltos cabellos, la jugosa morbidez de sus espaldas y hombros desnudos, y la frescura sonrosada de su rostro. Más que de darse azotes, se diría que la Santa acaba de salir de un tibio baño impregnado de aromas. En *Las ermitas de Córdoba*, por último, Grilo pondera tan lindamente la belleza de aquellos sitios, donde huele á romero, á tomillo y azahar, donde cantan el ruiñeñor y la alondra, y á par de las mariposas acuden revoloteando preciosos querubines de pintadas alas, que al más profano caballero librepensador le entran ganas de hacerse ermitaño, exclamando, al encontrarse en aquellas ermitas tan amenas:

—¡Ay, qué poco falta para llegar al cielo!

En suma, Grilo es un poeta delicioso, y de sobra merece la fama de que goza y los aplausos y encomios que se le tributan.

Por más directo é inmediato camino, y sin ganarse la voluntad de personajes encumbrados, poetas de no menos valer, y quizás de inspiración más robusta, pugnarón, al promediar el siglo XIX, por lograr el favor del público y conseguir honra y provecho en el ejercicio de su arte. Pero los obstáculos eran enormes. Enérgico temple de alma se requería para luchar contra ellos. Sin duda poseyó este temple, poderosa imaginación, noble confianza en la fuerza propia, y no pocas otras prendas y virtudes, el famoso andaluz D. Manuel Fernández y González. A pesar de lo descuidado de su educación y de la gala que hacía de poseer ciencia infusa y aptitud adivinatoria, sus versos líricos y épicos son correctos, elegantes y castizos; pero en la lucha por la gloria y en la lucha por la vida le valieron harto poco. Su fama y su medro ó ganancia material los debió al teatro, y más aún á su fecundidad pasmosa para escribir novelas. Las compuso á centenares, sobresaliendo acaso entre ellas *Men Rodríguez de Sanabria*, *Martin Gil*, *El cocinero de Su*

Majestad y *Los monjes de las Alpujarras*. Si Fernández y González no hubiera sido indómito, sordo á todo consejo, rebelde á todo freno y tan amable y jovialmente orgulloso, quizás podríamos jactarnos de que su rica labor de novelista no era inferior á la de Alejandro Dumas, el autor de *Los tres mosqueteros*. Lejos estoy yo de hacerme eco de lo que Manuel Revilla dijo de Fernández y González, repitiendo lo que alguien había dicho antes de Feijóo: que era menester erigirle una estatua y quemar al pie sus escritos. La verdad es que de la estatua no es indigno, aunque, si hemos de hablar con franqueza, hay muchos antes de él que no la tienen y que merecerían tenerla primero. Y en cuanto á sus obras, considero más justo y conveniente, en vez de quemarlas, reunir lo más selecto, reimprimirlo con corrección y esmero, y proporcionar al público lo menos una docena de volúmenes de sana y apacible lectura. No es tan cruel el imperio de la moda, aunque de novelas se trate, que condene al olvido lo que ya pasó de moda, si vale algo. Y algo vale la figura de Fernández y González en nuestra historia literaria, así por lo que contribuyó al renacimiento de la novela, tan olvidada y tan poco hábilmente cultivada en la pa-

tria de Cervantes desde el siglo XVII, como por algunas briosas composiciones épico-líricas, entre las que debe preferirse la que tiene por asunto la batalla de Lepanto.

Sin la candorosa soberbia de Fernández y González, menos fecundo que él, pero más juicioso y con mejores y mayores estudios, combatió por conquistar y conquistó posición y nombre otro poeta de muy original lozanía y de notables bríos.

Para imponer silencio, fijar la atención de la distraída muchedumbre y hacer que le oyesen con respeto y que le aplaudiesen cuando tocara la lira, antes de tomarla en las manos esgrimió *el látigo* y sacudió con él á diestro y siniestro. Pronto, por dicha, desistió nuestro poeta de tal ejercicio, y no porque le arredrase lo peligroso que en él había, sino por juzgarle poco digno. Su espíritu emprendedor y aventurero le llevó por más nobles caminos. En medio de tantas insurrecciones ó motines militares, de tan cansada serie de pronunciamientos y de contrapronunciamientos, de tan infecundas y largas guerras civiles, y del fatigoso y *penelópico* tejer y destejer de constituciones y de leyes orgánicas, hubo un momento en nuestra historia algo parecido al brillante amanecer de un nuevo día, á la magnífi-

ca entrada de una nueva era en la que se podría imaginar que la vida decadente de nuestra nación iba á rejuvenecerse y á robustecerse, soldando la solución de continuidad y recobrando el vigor de antiguas y gloriosas edades.

Aunque atado á una soga diplomática para que no corriese ni saltase mucho, ni se apoderase con sus garras de muy rica presa, el viejo león de España salió de sus mermados dominios y quiso lucir y lució algo su energía y bravura de otros tiempos. Tuvimos, en suma, la guerra de Africa. Y D. Pedro Antonio de Alarcón, que es el poeta de que vamos tratando, sentó plaza de voluntario, tomó parte en dicha guerra y escribió con grande amenidad y linda y fielmente las cosas más notables que en dicha guerra ocurrieron. Desciéndose luego la espada, y dejando en Madrid á buen recaudo los ganados laureles, tomó Alarcón el báculo de viajero, recorrió la Italia y compuso un interesante libro de sus impresiones de viaje.

En otro libro de mayor novedad sin duda, y menos parecido á ningún otro, Alarcón describió también la Alpujarra. Y mostró, por último, el vigor de su fantasía y la gracia y ligera elegancia de su estilo en multi-

tud de artículos de toda laya, desde la más encumbrada política hasta la revista de salones, y en no pequeña cantidad de novelas y de cuentos, que serán siempre leídos con gusto por cuantas personas le tengan bueno. Bien puede decirse que Alarcón comparte con Fernán Caballero la gloria de haber resuscitado en nuestro país la novela de costumbres contemporáneas, pero, y perdónenmelo los apasionados de la hija de Böhl de Faber, sin la exótica *sensibleria* de ésta, con más castiza inspiración, y combinando diestra y primorosamente lo real con lo ideal, lo vivido y observado en el día con no poco de legendario y fantástico, ya cómicamente, ya trágicamente épico. Las dos joyas de Alarcón que me inspiran el anterior elogio son *El sombrero de tres picos* y *El niño de la bola*. El desenfado de su ingenio y las pleguerías y veladuras con que su estilo le envuelve y suaviza, resplandece más que en ninguna obra suya en el atrevido y algo chusco cuentecito de *La comendadora*.

Todo esto y más fué menester, y apenas bastó, para que el público antipoético de entonces leyese, estimase y aplaudiese los versos del autor de *La pródiga* de *El capitán Veneno* y de *El escándalo*, y le preconizase, no sólo como prosista y novelista,

sino como fácil y elegante versificador y poeta.

Tuve yo la honra de escribir el Prólogo de sus poesías. A lo que dije entonces me remito ahora, sin reproducirlo aquí por falta de espacio para ello. Indicaré, no obstante, las dos más salientes cualidades que dan á los versos de Alarcón singular carácter. Es una la irónica salida de tono, que llaman ahora humorismo, con la que, al parecer, se invalida, convirtiéndolo en broma lo que se ha dicho antes en serio. Pero, si bien se examina, no proviene esto de falta de fe, sino de sobra de modestia, si en la modestia puede haber sobra. Valgámonos para explicarlo de la más humorística de todas las odas de Horacio: del elogio de la vida del campo, que Fray Luis de León supo imitar tan alta y dichosamente. Horacio era modesto, no como lírico, ya que decía *sublime feriam sidera vertice*, sino como persona austera en sus moralidades. De aquí que, después de cantar entusiasmadamente y con sincero fervor las puras delicias del retraimiento campesino, recelase y temiese que no habían de creerle por lo poco autorizado que se juzgaba, y saliese con el chiste de que todo aquello lo había dicho el usurero Alfio al recoger el dinero que tenía

prestado y al ir á prestarle otra vez á más elevado tanto por ciento. Las ironías ó humorismos de Alarcón, no contradicen, pues, sus entusiasmos. Alarcón tal vez se niega, pero no los niega. Tal vez carece ó sospecha que carece de la constante y firme voluntad propia del santo y del varón justo, pero no del amor vehementísimo hacia la santidad y hacia el bien que hondamente sentido por el poeta, aunque sea en un breve instante, le habilita para expresarle y para infundir en sus canciones su purísimo fuego.

La otra cualidad de Alarcón es un excepcionalismo que me atrevo á calificar de sano, en primera instancia; de risueño y jovial, y de muy atinado y útil en última instancia. Quiero yo significar con esto que Alarcón, si propendía á menudo á burlarse de los antiguos ideales, solía ser más burlón y descreído aún con los ideales novísimos, hallándolos bajos, rastreros, interesados y vulgares. Así se comprende bien, sin atribuirlo á causas extrañas ni á conveniencias de género alguno, la fervorosa conversión del poeta hacia el ideal antiguo en los últimos años de su vida. No de otra suerte una extremada filosofía sensualista puede llevar al tradicionalismo de Bonald ó de Donoso.

Y el agnosticismo hoy en moda tal vez engendre, si no ha engendrado ya, un misticismo flamante.

Como se ve, yo trato en este artículo de aquellos que fueron antes que todo poetas, y no de aquellos que, ejerciendo otra profesión para conseguir notoriedad y encumbramiento, compusieron versos en su primera mocedad ó posteriormente en ratos de ocio, para solaz y recreo. Han sido tantos los poetas de esta última clase, que tendré que pasar en silencio hasta sus nombres y mencionar sólo en otro artículo á los más ilustres ó por la misma poesía ó tal vez por diferente motivo.

Todavía de los que fueron poetas ante todo, me incumbe decir aquí algo sobre dos, excelentes ambos, de idéntica mala ventura durante la vida mortal, poco venturoso el uno aun después de su temprana muerte, y muy feliz el otro porque logró repentina y extraordinaria fama póstuma, de la que era por cierto merecedor, pero que nos sorprende á causa de la poca atención que por aquel tiempo, según ya lo hemos lamentado, prestaba el público á la poesía.

El primero de los aludidos poetas fué D. José Velarde. Crítica desapiadada y acerba se ensañó contra este vate bondado.

so y dulcísimo, y le amargó la vida. Sin duda él incurrió en un error, harto grave, pero inocente: en el error de creer ó más bien de soñar con la posibilidad de que pudiese alguien entonces ser principal y casi exclusivamente poeta lírico y narrativo, como se puede ser abogado, médico, empleado en Hacienda, y ya, á Dios gracias, hasta dramaturgo y novelista. Velarde se aventuró, pues, en una empresa casi imposible, y tuvo que ser cruel su desengaño. Pero prescindiendo de esto, debemos hoy hacerle justicia. Preciosos son sus versos é interesantes sus narraciones. El poema *Alegria*, lo mejor en mi opinión, que nos ha dejado, es rico en delicados sentimientos, en colorido para pintarnos la hermosura del suelo y del cielo de Andalucía, y en talento de observación y artística flexibilidad de estilo para ver y representar la vida en aquellos lugares y las faenas, regocijos y pasiones enérgicas de sus rústicos habitantes. A la verdad, yo no comprendo sino como manía de ensalzar lo extranjero y de denigrar lo propio, que no se estime *Alegria* y otros poemitas de sucesos campesinos de la edad presente, escritos por Velarde, tanto ó casi tanto, aunque las comparaciones sean odiosas, como *Herman* y *Do-*

rotea, de Goethe, y *Evangelina*, de Longfellow.

El otro poeta, que vivió acaso en mayor estrechez y obscuridad que Velarde, pero sobre cuyo sepulcro la muerte, justa dispensadora de gloria, vertió de súbito esplendores que no se oscurecen y lauros que no se marchitan, fué Gustavo Adolfo Becquer. Acaso nadie, después de Zorrilla, ha sido tan popular en cuantos países de ambos mundos se sigue hablando la lengua castellana. Acaso en ningún Estado de América ni en nuestra Península guarden las gentes en la memoria ni reciten con mayor efusión que los versos de Becquer los de cualquiera otro poeta del día por celebrado que sea. Menester es, por consiguiente, que aún digamos algo de Becquer al empezar el siguiente artículo, aunque se dilate más de lo que pensábamos nuestro trabajo.

IX

El aprecio con que durante su vida fué mirado Gustavo Adolfo Becquer en un pequeño círculo de amigos, lo mucho que entre los redactores de *El Contemporáneo* eran estimados sus escritos en prosa, y hasta la reputación de artista de que su hermano Valeriano gozaba, sirvieron de poco á nuestro poeta para darse á conocer y hacerse aplaudir del gran público, adquiriendo alta fama. Hasta después de su muerte no la adquirió. Hasta que sus mortales despojos fueron encerrados piadosa y humildemente en el sepulcro, no se elevó su espíritu *in dias luminis oras*, ni se grabaron ni resplandecieron sus pensamientos en la memoria y en el corazón de los demás seres humanos.

Póstuma fué la gloria de Becquer, y en gran parte debida al amoroso cuidado con que algunos compañeros suyos publicaron y recomendaron sus obras. Ellos también fueron poetas, pero prefirieron á la propia gloria la de Becquer. Así Augusto Ferrán,

injustamente casi olvidado en el día, y cuyos cantares de *La Soledad* fueron por el mismo Becquer celebrados con no menos razón que entusiasmo y elocuencia. Y así también otro notable y digno representante de la antigua y persistente escuela sevillana, que á la elegancia y perfección clásicas de la forma, de que dan clara muestra las octavas al verano, unió á veces la enérgica y viva pasión del demócrata, del librepensador y del enamorado creyente en el progreso. Me refiero á Narciso Campillo, menos aplaudido de lo que merece por algunos cuentos suyos, como el graciosísimo y humorístico que lleva por título *La niña de los cinco pisos*, y por su leyenda titulada *La monja*, que aunque religiosamente deba condenarse por el sentir anticatólico que la inspira, quizás no valga menos, por el terror trágico que infunde, que la tan famosa *Novia de Corinto* del Júpiter de Wimar, más conciso en esta composición que nuestro vate, pero no más brioso, correcto y fácil en el estilo.

Sin embargo, quien importó más que nadie en la presentación de Becquer al gran público y en la repentina iluminación de su ya perenne gloria, fué otro escritor, poeta también, que malgastó su ingenio en escribir

sátiras y epigramas políticos, y cuyo mejor título á que la posteridad le recuerde con gratitud y cariño es el de haber salvado á Becquer, consiguiendo que tomase posesión de su conquista de la inmortalidad, harto mal segura antes.

Reunió las obras de Becquer, en prosa y en verso, y las dió á la estampa acompañándolas de un bien escrito prólogo, don Ramón Rodríguez Correa, más conocido por su ameno trato, su desenfadado y alegre humor y sus chistes y agudezas, que por el valer de sus escritos literarios, á pesar de su novela *Rosas y perros* y de algunas letrillas jocosas, entre las que sobresale por su delicadeza una donde, alternativamente, ya tiene envidia el poeta, ya lástima de quien está casado.

El rápido buen éxito de las *Rimas* de Becquer sobrepujó todas las esperanzas de sus íntimos admiradores.

Él fué, á la verdad, un poeta subjetivo, pero logró que su subjetivismo interesase y conmoviese más á sus semejantes que los objetos todos.

El poeta que sostiene y ensalza determinada religión, puede desagradar y hasta repugnar al que no es religioso de la misma manera; el que sigue tal ó cual doctrina

política, al que profesa la contraria; el patriótico, á quien tiene otra patria ó á quien le importa poco la patria si tiene la misma; y el que, fervoroso creyente en los adelantamientos y mejoras de nuestro linaje, indica la senda por donde conviene ir para lograrlos, á quien no cree ni espera en tales mejoras y adelantamientos, ó bien entiende que para que se logren es otro el camino. A Becquer poco ó nada de lo dicho le preocupa y le inspira. Su inspiración, la llama vivísima que arde en todas sus concisas y bellas canciones, procede de un foco donde apenas hay alma que no se encienda, procede de la inextinguible hoguera del amor, alimentada y enriquecida con los esplendores de la belleza, ya natural, ya artística, que el poeta ha visto y ha sentido como pocos, y cuyo hechicero poder acierta casi siempre á expresar con raro laconismo.

Empeño inútil é imposible me parece el de averiguar y declarar quiénes fueron las mujeres de las que Becquer anduvo enamorado: la que hablaba con él, como Julieta, en el balcón donde anidaban las golondrinas y donde se enredaban las tupidas madreselvas; la que le dirigió mirada tan beatificante que le hizo exclamar: ¡Hoy creo en Dios!; la que con su mano de nieve

arrancó melódicos sonos del arpa olvidada; la que por infidelidad y traición hizo comprender al poeta por qué se llora y por qué se mata; la que encerrada en el claustro dejaba oír su voz cantando maitines, cuando en el silencio de la noche rondaba el desvelado poeta en torno del monasterio; la que prueba, con la sola afirmación de que es, que la poesía será siempre; la que evoca por su mero recuerdo al amor que pasa, entre olas de armonía, alborozando la tierra con batir de alas y rumor de besos; y la que amarga y quizás acorta el vivir del poeta, cuyo espíritu se propone aguardarla á las puertas de la muerte para decirle, cuando ella llegue, todo lo que hasta entonces ha callado.

Yo me atrevo á sospechar que ninguna de estas mujeres vivió jamás en el mundo en que todos corporalmente vivimos. Cuando el espíritu del poeta bajaba á este mundo, tenía que luchar con tantas miserias, se veía engolfado y ahogado en tantos apuros, y necesitaba emplearse en tan prosaicos asuntos, de crematística ruin y casera, y hasta de pan cotidiano, que no buscaba, ni hubiera hallado aunque las buscara, á esas mujeres elegantes y semidivinas que ora hacían de él un Romeo, ora un Ma-

cias, ora un Otelo ó un Tetrarca. Por fortuna, el espíritu del poeta solía escaparse con frecuencia de mundo para él tan ingrato, y merced á su etérea ligereza, ponerse de un vuelo en el reino de las hadas: en la región luminosa de los más dorados ensueños. Dijérase que, ya montado en el Pegaso, iba como Perseo á libertar á Andrómeda, ya caballero en el Hipógrifo, subía como Astolfo á los astros en busca de hermosuras y de bienes, por acá raros ó perdidos, ó ya, como el doctor Fausto, se ponía sobre los lomos del Centauro, traspasaba los límites del universo real y se internaba en el país de las quimeras.

Quiméricos son, en mi sentir, cuantos amores dan asunto á los versos de Becquer y cuantas mujeres los inspiran. Para gozar ó padecer en realidad de aquellos amores y para enredarse en ellos con aquellas peregrinas mujeres, faltaron á Becquer tiempo, ocasión, salud y dinero. Para su bienandanza durante la vida mortal, no decidiré yo si esto fué bueno ó malo, pero sí decido que fué bueno para su gloria. Con frac elegante hecho en París ó en Londres, con finísima ropa blanca, con oro en el bolsillo y con billetes de Banco en la cartera, Becquer hubiera brillado y triunfado en los sa-

lones, pero acaso no hubiera hallado entre sus enamoradas á las que halló y enamoró saliendo en sueños de su pobre casa. Su deseo de amar, como la flecha del Príncipe de un cuento de *Las mil y una noches*, voló por cima de toda la *high-life* efectiva, y fué á clavarse en la dorada puerta de los encantados palacios y jardines del hada Parabanú, que, prendada de él, le tomó por esposo.

Muchas personas han creído y sostenido que Becquer imita á Heine. Otras aseguran que jamás le había leído, pero esto es falso. Becquer conoció y leyó á Heine; pero, si en algo le imitó, fué en escribir composiciones muy cortas como los *Lieder*, aunque rara vez coinciden, ni en el sentir ni en el pensar, los *Lieder* y las *Rimas*. Notables y originalísimos ingenios eran ambos, Becquer y Heine. Y sin embargo, nada más diferente, por no decir más opuesto, que las prendas, condición y carácter del uno y del otro. No hay espacio aquí para compararlos y hacer la distinción debida. Bástenos indicar que el talento de Heine era más extenso, y quizás más complicado y más hondo: el de Becquer más influido por el amor y la fe, y mucho más simpático, por su sencillez, generosidad y nobleza.

Nunca llegó Becquer á las alturas filosóficas, al casi religioso entusiasmo con que Heine, por ejemplo, retrata y ensalza, al maravilloso poeta de su casta Jeuda Ben Levi, de Toledo; pero tampoco se entregó, rebajándose, á las burlas impías y al sarcasmo más que volteriano á que Heine á menudo se entrega. Becquer jamás es chistoso; Heine suele tener mucho chiste, aunque cínico y desvergonzado con frecuencia. En resolución, Becquer y Heine apenas se parecen en otra cosa sino en haber escrito composiciones de poco número de versos.

La fama de Becquer se ha extendido en el Nuevo Mundo por todas las repúblicas donde se habla la lengua castellana. Por allí, así como en nuestra Península, le han salido no pocos imitadores. Celebrado ha sido también en América, y juzgado con acierto, sobre todo por el erudito é inteligente crítico D. Rafael María Merchán. De algo, no obstante, le censura éste en que me parece que peca de severo. Halla en cada una de muchas composiciones de Becquer una serie de comparaciones que pudiera prolongarse *ad libitum*, haciendo elástica la composición, y resultando defectuoso amaneramiento. No negaré yo que se advierten, en verdad, con harta frecuencia

las tales series de comparaciones. No negaré tampoco que cualquiera de estas series pudiera prolongarse, como pudiera prolongarse la letanía. ¿Pero qué poeta no se vale de comparaciones por el estilo? El lenguaje poético, natural y sin afectación *ni manera*, está lleno de imágenes siempre. Las imágenes abundan en las poesías más estimadas como obras maestras. La *joven cautiva* de Chenier es la espiga que no teme la hoz, el racimo de uvas que madura sin recelo de que en el lagar le pisen, el pájaro que canta sin miedo del cazador, y así pudiera ser otras mil cosas con las que al poeta se le hubiera antojado compararla. Oye Espronceda un ruido extraño durante la noche. ¿Serán, discurre, caballos que van galopando, ó el rugir de una fiera hambrienta, ó el zumbido del aquilón, ó la voz del trueno, ó el resonar de las olas del mar borrascoso? La misma elasticidad hay en estas preguntas que las que Merchán censura en Becquer. Espronceda hubiera podido llenar varias páginas preguntando si será esto, si será lo otro, hasta caer en la cuenta de que aquel ruido le arman los diablos que andan sueltos por el aire y aun por toda la amplitud del éter.

Manifestó Becquer constante aversión á

la política, y jamás quiso intervenir en ella, como hicieron muchos otros poetas de entonces, con lastimoso menoscabo de la poesía. Las luchas, los pronunciamientos y las guerras civiles, tan incesantes como estériles, se prestaban mal á la poesía encumbrada. Una oda ó una elegía sobre asunto político era difícil que no se confundiera con un ramplón, aunque rimado, artículo de fondo de un periódico diario. De aquí que el verso apenas se empleó con buen éxito para la política en elegías y en odas, sino que se aplicó á la sátira, y rara vez á la de alto vuelo como la de Juvenal, sino á la más baja, aunque no menos insolente. En ella lucieron, ó mejor diré malgastaron y despilfarraron su talento, hombres de gran valer; algunos que no llegaron á más, otros que se distinguieron y encumbraron por distintos caminos. Así fué satírico Eulogio Florentino Sanz, que también compuso algunas bonitas poesías líricas y dos obras dramáticas, que el público recibió con aplauso. Y así también se ensayó en la sátira D. Adelardo López de Ayala, tan celebrado luego como autor dramático, como lírico, como orador elocuente y como hombre de acción, revolucionario y enérgico.

El metro y la rima sirvieron para aguzar las flechas que los de un partido disparaban contra los de otro, valiendo como fortalezas y máquinas de guerra en estas escaramuzas bastantes periodiquitos desenfadados y provocantes á risa, donde se derramó mucha sal, no siempre ática. Entre todos estos poetas guerrilleros y procaces sobresalió D. Juan Martínez Villergas, quien con mejores estudios y dedicando su numen á más nobles y altos asuntos, hubiera podido dejarnos la rica labor poética que de su agudeza, su gracia, su rara facilidad de estilo y su fecunda y viva imaginación podía esperarse.

Por fortuna, varios de estos poetas satíricos, ya dotados de más cultura y elevado sentido moral, acertaron á prestar á sus composiciones cierta virtud didáctica y correctora de costumbres, como D. Santiago de Liniers en su irónico y gracioso *No-visimo espejo y doctrinal de caballeros*, ya divorciándose de la política ó descuidándola, con buen humor y sin hiel, fueron, más que satíricos, festivos y jocosos, y á par de escribir para el teatro regocijados sainetes y zarzuelas, escribieron también letrillas, romances y coplas alegres, desplegando envidiable habilidad en el manejo del metro

y de la rima, y dando no pocas muestras de espontaneidad, *vis* cómica y natural gracejo.

El padre Blanco García, movido sin duda por la rigidez austera que su estado le prescribe, censura á estos poetas ligeros y populares, asegurando que las más de sus obras son cebo de la malicia y escuela de corrupción; pero yo, aunque se suponga que peco por el extremo contrario, nunca, ó rara vez, advierto tales desafueros é inmoralidades. Quevedo, Góngora, y no pocos otros autores de los buenos tiempos antiguos, son harto más desaforados y ofenden mil y mil veces más la decencia; porque conviene hacerse cargo de que, si bien en nuestros días hay más impíos, librepensadores que antaño, también los creyentes fervorosos ó los que presumen de serlo han reforzado y hasta aumentado los Artículos de la fe y los Mandamientos de la Ley de Dios, por donde apenas hay cosa que ya no sea herejía ó pecado, empezando por el liberalismo. Como quiera que ello sea, entiendo yo que en este rápido recuento debo citar con elogio los nombres siquiera de Sinesio Delgado, Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, Felipe Pérez, Vital Aza, Ramos Carrión, Miguel Echeagaray y López Silva. Y no es

esto decir que sea por desdén por lo que no cito á otros que tal vez lo merezcan, sino porque no los recuerdo, y porque esta brevísima reseña dista mucho de ser una historia.

Retrocediendo ahora contra la corriente del tiempo para hablar de poetas políticos, graves y encumbrados, diré, aunque sea algo triste, que, no ya por seguir la moda del romanticismo, sino por causas fundamentales, la poesía lírica no se recomendó por mostrarnos en el porvenir un hermoso y radiante ideal que nos sirviese de faro, en el que pusiésemos nuestra mira, y hacia el cual intentásemos subir con el corazón y con la mente, sino que fué, por lo común, poesía lastimera y punto menos que desesperada. Byron, Leopardi y no pocos otros, fueron así en países extranjeros. Y, por último, el pesimismo, que informaba sus raptos líricos, vino á explayarse y á metodizarse en tratados de filosofía.

Natural era que España, nación en el día menos favorecida de la suerte que otras naciones de Europa, tuviese poetas pesimistas en abundancia, y lúgubres y desesperados.

Conmovedoras suelen ser las lamentaciones de tales poetas por la pérdida de la

fe religiosa, que ya aparece como duda, ya como negación terminante, y también por la decadencia y abatimiento de la patria, cuyo vigor y cuyo poderío tal vez en dicha fe se habían nutrido y sostenido. De aquí que entre nosotros se notase tanto y se note todavía la verdad de la sentencia que dice:

Siempre á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Por manera que, según he indicado no pocas veces, ocurre en España que los poetas, decididos progresistas en prosa, sean retrógrados en verso; pero retrógrados ó no, casi nunca tienen y casi nunca dan esperanza segura de progreso y de mejora.

Entre tales poetas melancólicos se distingue uno que lo fué en su primera mocedad, y cuyos ulteriores triunfos como diplomático y como político han eclipsado sin razón los esplendores de su poesía.

Me refiero á D. Salvador Bermúdez de Castro. Bien se puede afirmar que antes acaso de cumplir los veinticinco años soltó la lira y la dejó abandonada, dedicándose á profesión más práctica, y probando su rara aptitud en el tino con que representó á España en Méjico, en Nápoles y en París, y

en las prendas de orador disertor y juicioso de que dió pruebas en ambos Cuerpos colegisladores.

Yo lamento, con todo, que Bermúdez de Castro abandonase la poesía por la política y por la diplomacia. No es esto rebajar sus méritos de hombre de Estado. Presumo, sí, que adonde él llegó como tal, hubieran llegado muchos más que á donde él hubiera llegado por la poesía, no abandonándola y cultivándola siempre; pero á la efervescencia tumultuosa de su alma, que al principio le hizo poeta, hubo él de preferir la paz, el interior reposo y el sereno juicio que no atormentan, aunque den menos gloria.

Ardiente sed de esta gloria, de ciencia, de amor, de deleites y de hermosura, agitaron y enardecieron su espíritu, en los primeros años de su vida mortal. De ello nos ha legado en sus *Ensayos poéticos*, publicados en 1840, un elegante y bello testimonio.

Allí se advierte también el tumulto violento de vagos deseos y de fervientes aspiraciones hacia objetos que ya la razón negaba ó de cuya realidad dudaba, ó de cuyo logro y satisfacción al menos desvanecía toda esperanza.

Bien quisiera el poeta ser hombre de acción, seguir las huellas de los antiguos

héroes españoles; pero de nuestra patria tan abatida no se podía afirmar ya lo que él afirma y ve en la época de Carlos V y de Felipe II.

Entonces sombra al cielo nuestro estandarte daba;
Doblaban sus rodillas los reyes con temor;
Y donde quier que un hombre su frente levantaba,
El nombre de la España sonaba vencedor.

Del mundo de Occidente las mágicas regiones
Los nuevos argonautas pasaban á explorar;
Y al soplo de la gloria, castillos y leones
Volaban por la tierra, vogaban por la mar.

Los anhelos no satisfechos del poeta
abrumaban su espíritu,

Como del mundo la insufrible carga
Sobre los altos hombros del Titán.

Hastiado de amorfos y ansiando desechar ambiciosos ensueños, tal vez pensó entonces en la vida ascética, en la soledad del yermo, en el retraimiento místico, en tomar el bordón de peregrino, en ir á Tierra Santa, en esconderse en una gruta ó en subir á la cumbre del monte Carmelo. Pero fallecía en él la fe religiosa. Buscó á Dios en la Naturaleza y no pudo descubrirle. Le buscó también en la historia, en la tradición, en la revelación, en los libros sagrados, y no halló tampoco al que anhelaba su alma. Acaso vislumbraba la imagen del Dios fuer-

te, terrible, vengador, y no era éste el Dios en quien él deseaba creer; el Dios no encerrado en *negros muros*, sino el que se revela en la primavera florida, el Dios amoroso y benigno que fecundiza, conserva y hermosea cuanto existe, y de quién él entiende todavía.

Que si orgullosa la razón le niega,
Le revela doquiera el corazón.

Tenemos, pues, al poeta, racional y dialécticamente más escéptico que Kant, tornarse creyente y piadoso por el sentimiento, por virtud del alma afectiva.

En lo tocante á esperanzas liberales, casi se muestra el poeta más escéptico que en lo religioso. Leyendo sus versos *La Libertad*, noto yo, al través de vacilaciones y de dudas, que está poco satisfecho de la de Europa, que no confía en su persistencia y en su influjo bienhechor, que los verdugos demagogos han manchado las *frescas flores* de su túnica, y que un *viento favorable al despotismo* en pos de las revoluciones democráticas trae siempre tiranos. El poeta busca la verdadera libertad, como antes ha buscado á Dios; pero tampoco la halla, y exclama:

En vano aquí, solitario,
Ruego, invoco, pienso, dudo;
El oráculo está mudo,
Y desierto el santuario.

En su desesperación discurre entonces emigrar á América, no para vivir en ninguna de aquellas Repúblicas que sacudieron el yugo de España para doblar la cerviz al que les imponen á menudo insolentes caudillos, sino para refugiarse en el enmarañado seno de alguna selva virgen. Convida para que allí le acompañe, volviendo á la vida primitiva é inocente de la edad de oro, á una linda dama, que es de suponer que no aceptase el convite á pesar de los regalos y primores con que en aquel retiro el poeta le brindaba. La dama, sin duda, desdenó las promesas, que contienen, entre otros versos, los que siguen:

Yo subiré á la cima de los montes
Para tejer con flores tu guirnalda;
Ven: que un lecho de rosas y esmeralda
La selva en sus entrañas te dará.
No ceñirás las joyas que te esperan;
Mas á tu paso el álamo sombrío,
Sacudiendo las gotas de rocío,
Tus cabellos de perlas sembrará.

Fenómeno curiosísimo es, en mi sentir, que poco antes del año de 1848 apareciese en

España un poeta, no nacido entre nosotros, sino venido de América, y que mostrase, en lugar de crueles desengaños en las cuestiones sociales y políticas, altísimas, risueñas, luminosas y puras esperanzas. Harto poco duraron éstas, pero merecen consignarse á pesar de su breve duración. Las causas que las hicieron nacer duraron también muy poco.

Un fecundo movimiento intelectual, filosófico y poético había preparado la revolución en Italia. Al empezar esta revolución, cuando no los políticos experimentados, gran parte del pueblo y los poetas candorosos y entusiastas, pudieron creer, y hasta creyeron, que dicha revolución iba á ser dirigida y santificada é iba al cabo á salir triunfante bajo la enseña de un nuevo Lábaro.

El singular escritor Vicente Gioberti prestó á tales ilusiones la aparente consistencia de lo real y factible. El mismo bondadoso sucesor de San Pedro vino á prendarse y quizás á deslumbrarse con los ensueños de Vicente Gioberti. Eran ensueños parecidos á los que en los coros de sus tragedias y en sus *Himnos sacros* había expresado Manzoni; la estrecha y santa alianza del catolicismo y del espíritu del siglo purificado. La independencia y la libertad de

Italia debían lograrse por la confederación de sus príncipes con el Padre Santo á la cabeza. Pío IX eclipsaría la gloria de Alejandro III. La victoria de Italia arrojando de su seno á los bárbaros, sería más brillante y completa que los triunfos de la Liga Lombarda contra Federico Barbarroja, recientemente historiados por el P. Tosti, monje de Monte-Casino. Todo ello ejercería influjo transcendente y benéfico sobre los pueblos de raza latina, que se sobrepondrían de nuevo á los pueblos del Norte. La civilización, extraviada desde la reforma de Lutero, volvería á tomar el camino recto, clásico, romano y católico. Hasta la dañada filosofía que desde Descartes á la extrema izquierda de Hegel había ido cayendo en hondos errores, sensualistas, materialistas, panteistas y antiteístas, acabaría por regenerarse bebiendo su alta inspiración en manantiales ortodoxos y reanudando la solución de continuidad que de los grandes filósofos y teólogos de la Edad Media y del Renacimiento la separaba.

Todas estas ideas, vertidas en las obras de Gioberti, penetraron con más ó menos vaguedad y confusión en la mente de muchos italianos y aun en la de no pocos ex-

tranjeros, y les hicieron esperar y pronosticar un porvenir dichoso.

Lástima es que el poeta á que he aludido últimamente, y que tuvo el innegable mérito de entusiasmarse con visiones tan hermosas y de cantarlas en sus versos, poseyese estilo más fácil y abundante que conciso y nervioso, y careciese de toda la serenidad de espíritu y quizás del exquisito buen gusto y del vasto saber que para tamaña empresa se requerían. De todos modos, el mejor título de dicho poeta, D. José Heriberto García de Quevedo, á que le recordemos aquí con elogio, es cuanto escribió inspirado por la idea güelfa de la naciente revolución italiana. Los guerreros de la libertad eran al mismo tiempo Cruzados; el Papa, su jefe supremo; y la bandera revolucionaria constaba de los mismos colores, simbólicos de fe, esperanza y caridad que vió Dante en las vestiduras de Beatriz cuando se le apareció en la cumbre del Purgatorio para conducirlo al Paraíso.

Por desgracia, las profecías salieron falsas; las esperanzas se disiparon. Temió el Sumo Pontífice ser arrebatado por la Revolución, figurar como principal beligerante en una sangrienta guerra entre naciones cristianas y hasta provocar un cisma en la

Iglesia. Quiso entonces moderar el ímpetu del partido revolucionario, y acabó por infundirle desconfianza y enojo. Su ministro Rossi cayó muerto bajo el puñal de un asesino, no sólo impune, sino ensalzado. Huyó el Papa á Gaeta, no considerándose seguro en Roma, donde se proclamó la República.

Así feneció el liberalismo güelfo. Así el divorcio entre la Iglesia y el llamado espíritu del siglo renació con mayor fuerza que nunca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO. ®

Hemos citado á D. José Heriberto García de Quevedo como caso rarísimo de estro poético nacido del catolicismo liberal y revolucionario, cuyas ilusorias esperanzas se dispararon con rapidez lastimosa. Fuera de esto, el no común saber, el caballeresco entusiasmo con que se ponía Quevedo del lado de cuanto era ó él consideraba justo, su lozana imaginación y la pasmosa afluencia con que escribía y versificaba, hubieran hecho de él muy notable poeta si no se hubiese empeñado en ser sobrado fecundo. La abundancia es vitanda casi siempre, sobre todo para quien escribe en verso. Para que se tolere, aunque tal vez no se aplauda, menester es que se muestre en un Lope, mónstruo de naturaleza y fénix de los ingenios.

Pase *et hanc veniam petimusque damusque vicissim*, que á destajo se escriban libros en prosa, tomándolo por oficio; pero en verso, casi estoy por afirmar que es pro-

fanación y abuso escribir demasiado, y más aún si previamente se contrata con un editor lo que ha de escribirse ó se escribe por el aliciente del lucro. Y todavía, en Inglaterra, por ejemplo, donde ya desde el primer tercio del siglo xix el lucro podía ser considerable, ejercicio semejante tiene alguna disculpa. A Moore y á Byron solían pagarles por cada verso una ó dos guineas; pero en España dudo yo que ni en el día de hoy haya quien dé por cada verso tres ó cuatro reales. Lo mejor, pues, es no escribirlos, ó escribirlos de balde y tomar otra profesión para ganarse la vida: imitar á Rousseau, que copiaba música, ó á Benito Spinoso, que pulía lentes, ó á Hans Sachs, que era zapatero.

Otra profanación comedió Quevedo con la musa, tomando por compañero ó cómplice de su delito nada menos que á Zorrilla. Acomodándose ambos con la misma musa, que vino á resultar *poliándrica*, compusieron varios poemas de los más contrapuestos asuntos: uno de la vida de la Santísima Virgen, con perdón sea dicho, y otro sobre aquellas cinco ciudades situadas en las orillas del Mar Muerto, abrasadas por el fuego de la ira de Dios á causa de sus impurezas nefandas. Pero ¡qué mucho, cuando Zorri-

lla se allanó á rebajar el dón que obtuvo del cielo, y á malbaratar su labor artística hasta componer poemas que se ajustasen á ciertas estampas, en vez de exigir y de conseguir que se dibujasen y grabasen estampas bonitas para ilustrar sus poemas!

No hay mal que por bien no venga. Lo improductivo é ingrato de la profesión de poeta hizo que casi nadie poetizase desde entonces hasta ahora por profesión, con lo cual hubo de ganar la poesía en sinceridad y buena ley. Rara vez se escribió por escribir, sino cuando quien era ó se creía poeta estaba agitado por el estro.

Con la mayor formalidad se ha sostenido en el Ateneo que la forma poética está llamada á desaparecer; pero los hechos demuestran lo contrario. A pesar de la innegable indiferencia ó corta afición á la poesía que hay en el público, hoy como nunca sale verdadero el refrán que afirma que de poeta y loco todos tenemos un poco. Apenas hay personaje que se haya distinguido en el foro, en la tribuna, en la administración del Estado, en la pública enseñanza y en otros altos menesteres, que no haya empezado por ser poeta y que no haya seguido siéndolo si el público le ha prestado atención ó le ha concedido algún aplauso.

No acepto yo como verdadera la sentencia de Horacio condenando á los poetas medianos. Prescindiendo de la dificultad que hay para señalar los límites entre la medianía y la excelencia, y de la corta ó ninguna autoridad que para hacer tal demarcación tengo yo ó tiene un crítico modesto cualquiera, todavía puede haber y hay poetas medianos, cuyas obras son de muy agradable lectura y algunas de las cuales pudieran figurar brillantemente en una selecta antología.

Los líricos españoles del siglo XIX son en tanto número, que, no ya examinar y juzgar sus obras, sino citar los nombres de todos es imposible en este breve trabajo. No se atribuyan, pues, á desdén nuestras omisiones.

Entre los personajes que en la tribuna y en el gobierno del Estado acertaron á distinguirse, figuran también como poetas líricos Ríos Rosas, Aparisi Guijarro y Cánovas del Castillo; en las cátedras de Universidades é Institutos, algunos de tanto mérito como D. Francisco Sánchez de Castro; en las oficinas y Direcciones del Ministerio de Hacienda, D. Francisco Luis Retes y don Lope Gisbert, que puso en lindos versos castellanos las mejores leyendas del ciclo

de la Tabla Redonda, escritas por Tennyson en lengua inglesa; en Gracia y Justicia ó en la magistratura, si la memoria no me engaña, los Sres. Arnao, Cervino y otros; y en la carrera diplomática una gran multitud de versificadores, de cuyos aciertos y desaciertos sería prolijo y enojoso además dar aquí cuenta sin error y sin omisión, calificándolos á todos y colocando á cada uno en el lugar que se debe. Baste citar aquí, entre los poetas diplomáticos, á D. Fernando de la Vera é Isla; á D. Juan Bautista Sandoval; á D. Gavino Martorel, hermano y sucesor en el título del Duque de Almenara Alta, de quien ya hemos hablado; al fértil D. Emilio Olloqui, laureado por la Real Academia Española á pesar de su dicción superfina y archiculta; y á D. Rafael García Santisteban, que, si bien adquirió fama componiendo comedias, zarzuelas y sainetes, algún derecho tiene á ser también como poeta lírico considerado.

Justo es consignar aquí que el aficionado á la poesía ó el poeta de afición que tuvo verdaderas prendas de poeta, aunque se emplease en faenas de *pane lucrando*, conservó la tersura y limpieza del espejo en que se reflejaba el mundo encantado de sus ensueños, y se manifestó muy distinto y

hasta contrario á lo que fué en la vida ordinaria y real cuando tomaba la lira y cantaba. Fué como si Catón, al escribir en su libro de memorias las sumas de dinero que daba á usura, se hubiese valido del agudo puñal con que se mató para no sufrir al tirano y para no ampararse de su magnanimidad insegura. Fué como si la *Tizona* y la *Colada* hubiesen servido de asadores y acicalado después el uno ó el otro acero, dotado de más fino temple y esgrimido por la diestra del Cid, hubiese servido á este héroe para matar moros y realizar hazañas apenas creíbles. Así el dirigir el movimiento de mercancías de una extensa red de ferrocarriles, mostrándose apto y hábil, no embotó la exquisita sensibilidad, no disipó los místicos ensueños, ni manchó la pureza y elegancia de dicción, ni abatió el impulso del vuelo y de los raptos líricos que don Wenceslao Querol muestra en sus hermosas composiciones. Así también en la satírica prosa diaria en que D. José Selgas, en nombre de un pasado irrevocable ó falso, entre retruécanos, agudezas ingeniosas, aunque á menudo pueriles y rebuscadas, y alambicados epigramas, se desata en burlas y en injurias contra el espíritu de la edad presente, y contra hombres, cosas é instituciones,

nadie acertaría á descubrir al candoroso, sencillo y dulce poeta de las flores, al autor de *La Primavera* y *El Estío*. Y así, por último, en la suave melancolía, en el fervor religioso y en la placidez y elegancia de *Las mujeres del Evangelio*, sería difícil ver la huella del hastío, de la desesperanza ó de las insanas y violentas pasiones que arrastraron á Larmig hasta el suicidio.

Entre los que han adquirido celebridad, ya con obras para el teatro, ya con escritos en prosa de diverso género, y que no por eso han dejado de pulsar la lira, pudiéramos colocar aquí largo catálogo. Limitémonos con todo á recordar los nombres de los dos en nuestro sentir más estimados y populares: Narciso Serra y Eusebio Blasco.

El estudio de una ciencia en cierto modo nueva, al menos por haber recibido el nombre especial de estética y por formar un cuerpo de doctrina, así como la divulgación del conocimiento de nuestra historia literaria y de los antiguos modelos, merced á trabajos eruditos y á nuevas ediciones, entre las que sobresale la *Biblioteca* de D. Manuel Rivadeneyra, acrisolaron el buen gusto en la mitad del siglo XIX, conservaron y fomentaron en España la inclinación á lo propio y castizo, y defendieron nuestro Par-

naso de la invasión de la barbarie y de la furiosa venida de no pocas exóticas extravagancias.

Algunos críticos, curiosos investigadores y discretos historiadores de nuestra antigua literatura, fueron ó procuraron ser igualmente poetas, lográndolo, á mi ver, cuando su maestría en el manejo del idioma, su aguda percepción de ajenas bellezas artísticas y su buen gusto adquirido y depurado al examinarlas, llegaron, por virtud del amor ó de otro sentimiento generoso y alto, á encenderse en la llama creadora y á resplandecer con ella. Entre tales poetas, poco reconocidos por el vulgo, pero legítimos, pongo yo en primer lugar á D. Aureliano Fernández Guerra, como dramático merecedor de encomio por la parte que tuvo en la creación de *La rica hembra*, y como lírico más estimable aún por los lindos y apasionados versos que dedicó á *Higiara*. Y pongo también, si no con mayor fundamento, con mucha mayor obligación, porque escribí en 1880 el discurso encomiástico que va al frente de la edición póstuma de sus poesías, al doctísimo autor de la *Historia crítica de nuestra literatura* y de la *Historia de los judíos de España y Portugal*, complaciéndome ahora en poder ser conse-

cuente sin el más mínimo rubor y en no tener que arrepentirme. Lo que dije entonces lo repetiría yo ahora si tuviera espacio para ello. Diré, con todo, en resumen, que el saber, lejos de estorbar el vuelo de la inspiración poética, es garantía del recto juicio, del buen gusto y del tino del que poetiza; que si la erudición no da á quien la tiene aquel furor sacrosanto y aquella locura divina que hace del poeta un sér singular, tampoco la ignorancia atrae sobre nadie, como si le lloviesen del cielo, estos maravillosos carismas; y que yo no quiero ni puedo dar á nadie patente de *genio* y título de gloria inmortal, valedero y persistente en los siglos futuros. Limitándome sencillamente á lo que puedo y debo limitarme, sólo sostuve hace más de veinte años, y sostengo hoy, que las poesías de D. José Amador de los Ríos no deemerecen de sus obras en prosa, sino que les llevan ventaja, porque en estas últimas, el afán de que nada se quede por decir y de que todo se dilucide, hace á veces al autor un tanto difuso, mientras que en verso es conciso y sobrio. Bien se puede afirmar, pues, que sus versos acaso serían más celebrados si la reputación de erudito de que goza el autor no los eclipsase un poco dándoles sombra; pero

aun así resplandecen y resplandecerán siempre, como verdadera poesía, elegante, discreta é inspirada, algunas composiciones, como, por ejemplo, la *Oda* á Fray Luis de León, la *Epístola* á Parga sobre Salamanca, y el romance titulado *La palabra del Rey*.

Otros críticos y eruditos aficionados á la poesía han escrito versos también, aunque con corta fortuna y poco aplauso. Me limitaré á citar aquí el nombre de uno solo de los aludidos, así por la importancia que tuvieron y tienen sus juiciosos y discretos estudios sobre nuestro teatro contemporáneo, como por el mérito y el valer de sus investigaciones y trabajos sobre nuestro teatro anterior á Lope de Vega. Ya se entiende que aludo á D. Manuel Cañete, cuyo nobilísimo carácter y cuya generosa bondad, mal encubierta por la severa é intransigente condición de su genio, le hicieron en vida tan estimado y querido de cuantos le trataron, ganándole después de su muerte el elevado aprecio y la simpatía hasta de aquellos que más le habían combatido y procurado rebajarle.

No es este el lugar de hacer la apología de los versos de Cañete, pero sí el lugar de decir que, tanto sus versos como los de algunos otros autores que se hallan en caso

semejante, han sido tratados con injusticia cruel por escritores y por parte del público, á quienes la pasión política movía. Los así tan agriamente censurados no puede negarse que habían provocado la censura extremándose antes en hacerla con no menor crueldad, de las ideas, opiniones y personas que por entonces más predominaban. Y todo ello en pro de un ideal de perfección ó de excelencia que ponían en el siglo xv ó en el xvi, y por el que reprobaban las novedades como horribles y desastrosas. Cada uno de estos Jeremías pudiera calificarse de

Laudator temporis acti, castigatque minorum.

Los partidos liberales los hacían blanco de su odio y los señalaban con los apodos, ya de obscurantistas, ya de retrógrados, ya de neocatólicos, ya de clericales, ya de ultramontanos.

La contienda promovida por unos y otros se exacerbó desde la fuga de Roma de Pío IX, y ardió en llamas cada vez más vivas, primero á causa de los excesos revolucionarios en Francia, Alemania é Italia, y más tarde por la revolución que arrojó de España á los Borbones, hasta que el movimiento militar de Sagunto los restauró, llamando á D. Alfonso XII al trono de sus

mayores. Esta contienda, por último, da muestras de renovarse harto inoportuna y lastimosamente en el día de hoy.

Allá por los años de 1850, el espanto de los burgueses tuvo sobrada razón de ser, y sobrexcitó la fantasía y el talento discursivo de muy claros oradores y corifeos de nuestros partidos medios, impulsándolos hacia la reacción más declarada y extrema. D. Juan Donoso Cortés, de quien ya hemos hablado, fué el egregio adalid de esta tendencia reaccionaria. Su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* fué algo á modo de poema apocalíptico, donde sin las trabas de la rima y del metro anatematiza el autor cuantos son los fundamentos de la moderna cultura, sosteniendo la imbecilidad de la razón humana, la atracción con que al error se une y el odio satánico con que rechaza la verdad; de lo que deduce que nuestro linaje es despreciable y vil por naturaleza, y que sólo se rehabilita y se ennoblece por gracia sobrenatural y como por milagro.

No recordaron, ó no quisieron recordar, ni Donoso ni los pensadores que hasta cierto punto le siguieron, que el socialismo y el comunismo son en teoría antiquísimos, y que Platón, Tomás Moro y Campanella

preceden á Saint-Simon, Fourier, Cabet, Luis Blanc y Proudhon, y que el socialismo y el comunismo son también antiquísimos en la práctica, motivando en diversas y remotas épocas guerras más sangrientas y encarnizadas que las jornadas que hubo en París, y crímenes no menos feroces que los de los nihilistas. De aquí el hondo terror que inspiró el advenimiento de lo que se llamó *cuarto estado*, y el desconsolador vaticinio de que la moderna civilización tocaba ya á su término, y de que la incrédula Europa, dejada de la mano de Dios, iba á morir á manos de nueva barbarie.

Donoso Cortés exageró con intransigencia rudísima lo funesto de sus profecías y lo inaudito del mal, á su ver sin remedio, como el mismo Dios, movido por su misericordia, no acudiese á salvarnos. Las afirmaciones de Donoso, dichas en prosa, nos parecen muy paradójicas, pero puestas en buenos versos producen un efecto maravilloso y no parecen absurdas, porque la poesía, cuyo lenguaje es apasionadísimo y vehemente, se presta á decir cuanto se quiera, sin que choque, con tal de que se diga bien. De esto se encargó un ilustre amigo de don Juan Donoso Cortés, el egregio poeta don Gabriel García Tassara, la más pura é in-

discutible gloria, en mi opinión, de la fecunda escuela poética de Sevilla. El liberalismo, la fe en el progreso y muchas no dominadas inclinaciones de librepensador que Tassara conserva y no disimula, le hacen mil veces más simpático que á Donoso hasta á los más recalcitrantes progresistas que llegan á leerle. Tassara, que empezó á escribir desde muy joven, y que compuso sus mejores versos hacia los años de 1850 y 1851, no los reunió en un volumen sino mucho más tarde: en el año 1872. En tan largo período tuvo ocasión y tiempo de sentir las sucesivas impresiones de la revolución de 1848, de la elevación al trono imperial de Napoleón III, de la guerra de Crimea, del triunfo de Italia auxiliada por Francia, de la realizada unidad de esta nación y caída del poder temporal del Pontificado, de la lucha entre Prusia y Austria por la hegemonía germánica, del triunfo de Prusia primero sobre Austria, y luego sobre el Imperio francés, que cayó de resultas, y, por último, de la revolución y de la contrarrevolución de España, que expulsó á los Borbones y que pronto los restauró, después de algunos años de infecunda y borrascosa anarquía. Sobre lo sustancial de todo esto fantaseó y filosofó Tassara cuan-

to quiso, poniendo en verso su filosofía de la historia, y cantando sus profecías, ora lamentaciones, ora esperanzas, en tono alternativamente serio y jocoso, aunque, para mi gusto, más que en lo jocoso atina en lo serio. Sus conversaciones con el diablo me parecen harto enmarañadas, y á menudo recelo que Tassara al escribirlas se queda tan á oscuras como al leerlas nosotros. Yo entreveo, sin embargo, que, al través de mil contradicciones, Tassara no es el pesimista desesperado que se manifiesta en estos versos escritos en momentos de pésimo humor:

El mal hizo en la tierra su guarida;
El bien no es más que idealidad suprema.

Con lo cual niega toda bondad asequible al género humano, así como le niega también la capacidad de adquirir por el raciocinio la verdad transcendente cuando dice que la filosofía,

Carnal matrona de infecundo seno,
Jamás pudo engendrar una creencia.

Yo entreveo, repito, que Tassara espera días mejores. Su Apocalipsis no es sombría como la de Donoso, sino que tiene mucho de alegre y de triunfante. La nueva Jerusalén bajará del cielo, y no sólo serán arro-

jados de ella los ateístas y los impíos, sino también los flamantes *fariseos de la caduca ley*, donde parece aludir á los neocatólicos, clericales, ó como queramos llamarlos, del día de hoy. El magnífico *Himno* que escribió Tassara al Mesías resume sus esperanzas más sublimes. Cierto es que la humanidad entera se halla poseída del demonio, según Tassara; pero también es cierto que Cristo ha de venir á libertarla. El poeta lo declara con esta consoladora pregunta:

Luzbel ha vuelto al mundo
¿Y Dios, no volverá?

Aunque sea reiterar lo que ya mil veces he dicho, diré ahora de nuevo que, desde la segunda mitad del siglo xix hasta el día presente, la poesía se ha conservado en España con fertilidad no menor que la de otra época cualquiera. Aunque sostuviese lo contrario el ingenioso y malogrado *Clarín*, creo yo que el estro poético no ha decaído entre nosotros. En nada se nota menos la decadencia de España. Yo, no obstante, por mil razones, largas de exponer aquí, no me atrevo á tratar de otros poetas con la misma extensión con que he hablado ya de algunos. Me falta espacio para extenderme, y temo además ser injusto exagerando el

mérito de algunos, porque la amistad puede cegarme, ó rebajando el de otros por espíritu de contradicción ó por el prurito de luchar contra la corriente del favor público de que ellos gozan. De lo último tengo menos recelo. Yo soy más idólatra que iconoclasta; pero de mi propensión á la idolatría, y cuando no á la idolatría á la indulgencia, ha habido acusadores y censores que me han hecho tremendo capítulo de culpas. Apariencia de justicia habría en afirmar que, ensalzando mucho á los que valen poco y ensalzando poco á los que valen mucho, propendo yo á nivelar, á pasar sobre todos el rasero y á suprimir eminencias. La verdad es que yo disto mucho de creer en la igualdad humana, pero no creo tampoco en monstruosas desigualdades. No me siento ni propongo ni autorizo á conceder diploma de superhombre ó de superespañol á nadie, en ningún oficio ó ejercicio. Toda desigualdad dentro de lo humano, es para mí de grados y no de esencia. Y desde el más estúpido é ignorante de mis prójimos, hasta los Platones y Píndaros de nuestros días, hay para mí infinitamente menos distancia que desde dicho prójimo estúpido hasta el mono más listo. Fuera de esta natural propensión de mi espíritu y de

la benevolencia y el afecto con que miro todo trabajo y esfuerzo literario por infructuoso que sea, no me remuerde la conciencia de haber escatimado las merecidas alabanzas á los populares y dichosos, ni de haber procurado auñar á los que valen mucho menos, para que con ellos se hombreen.

Satisfecho quedaría D. Ramón de Campoamor de un escrito mío en elogio de sus obras poéticas, cuando le tomó espontáneamente y le puso como prólogo en la edición que Boudry hizo en París de dichas obras. En otros artículos y estudios no escatimo yo, sino corroboro mis alabanzas á Campoamor con quien sostuve además una polémica muy cortés y amistosa, cuyas partes reunimos ambos en un volumen, con el título de *La Metafísica y la Poesía*, impreso en 1891. Y, por último, el mismo Campoamor da testimonio del entusiasmo con que yo le he ensalzado al llamarme, en la dedicatoria de un ejemplar de *El licenciado Torralba* (1888), *el primer crítico cuya benevolencia le alentó en su carrera.*

Ha sido ésta tan larga y tan gloriosa, y la popularidad del poeta ha ido siempre tan en aumento durante cerca de sesenta años, desde poco después de 1840 hasta el día de hoy, que no ha menester que ningún crítico

la apoye ó la confirme con sus panegíricos. Después de Quintana, Espronceda y Zorrilla, y muy por cima de Becquer, es Campoamor famoso en el mundo. Si no ha formado escuela, si tiene pocos imitadores, es por lo arduo y peligroso de tal imitación. La hace ardua la originalidad del poeta, y el peligro nace de engañarse ó de extraviar se quien le imite, siguiendo los mismos preceptos que Campoamor ha dado al escribir su *Poética*. De buena fe entiende él que los sigue, pero, en realidad, no los sigue. Su desmandado ingenio no puede someterse á precepto alguno, ni aun á los que él mismo impone. Estos forman, en realidad, un tejido ó red de sutilezas y de paradojas que el alado y libre espíritu del poeta es el primero en romper para volar por donde quiere. Hasta sus invenciones de nuevos géneros de poesía, como son sucesivamente las *doloras*, los *pequeños poemas* y las *humoradas*, son invenciones en cierto modo engañosas. Lo que distingue á cualquier *dolora*, *pequeño poema* ó *humorada* de las composiciones de otro autor, lo que les presta sello característico y exclusivo, no es la novedad del género, sino la idiosincrasia de quien ha inventado dicho género y le emplea. Su amable y prudente escepticismo, que deja

á salvo y en muy segura y respetada custodia las más altas verdades del dogma religioso; su pesimismo dulce y somero, bajo cuyo velo de melancolía se traslucen la apacible sonrisa del poeta, su contento de vivir, su satisfacción y su alegría; los hábitos discreteos con que acierta á combinar á Platón y á Epicuro, lo sensual y lo espiritual, lo erótico y lo casi místico, y el ligero tinte ó barniz de filosofía en que lo envuelve todo, cuyos misterios son poco difíciles de comprender y están al alcance de las muchachas, que se regocijan y se envanece de comprenderlos, son prendas que resaltan en Campoamor, que le diferencian de los otros poetas, y que le han hecho y le hacen popular y admirado.

En teoría se muestra Campoamor acérrimo enemigo de lo que llamamos dición poética: de giros, frases y vocablos que no se emplean en prosa, y que en verso suelen ó deben emplearse; pero Campoamor, si bien se mira, aunque peca á menudo de prosaico en la forma, por su prurito de ser [®] de parecer siempre lacónico, sencillo y claro, todavía cuida muchísimo de la forma, sin caer en ello ú ocultándoselo á sí propio. Tal vez cuando él se engríe más, imaginando que triunfa por el pensamiento

puro, y que hechiza y enamora á sus lectores ó á sus oyentes con la metafísica versificada que les propina, es por el encanto, por el primor y la gracia de la forma por lo que los enamora y los hechiza. Y no es esto decir que valga poco Campoamor como metafísico ó filósofo. No me incumbe discutir aquí sobre esto, ni aquí tengo espacio para hacerlo como se debe. No quiero, ni debo declarar, si es fundamental ó ligera, seria ó jocosa la filosofía de Campoamor. Consignada está en extensos tratados, cuyos títulos son *Lo absoluto*, *El personalismo* y *El ideismo*. Examinelos y júzuelos quien pueda y sepa. Posible es que los califique de juegos chistosos de la fantasía; pero ¿por que no ha de ser también posible que descubra y haga patente en dichos tratados un sistema completo de la ciencia primera, una inaudita y fundamental filosofía? ¿Por qué hemos de desdeñar ó estimar sólo como chiste ó agudeza de ingenio lo que inventa Campoamor filosofando, y hemos de tomar tan por lo serio, pongamos por caso, á Krause, Schopenhauer ó Nietzche? Quizás no tenga más motivo el crítico pensador y positivista para calificar á Campoamor de disparatado cuando filosofa, que para calificar del mismo modo á cualquiera de

los tres mencionados fundadores de escuela.

Prescindiendo, pues, de la filosofía de Campoamor, y poniéndola á un lado con duda circunspecta y con modestia conveniente, repitamos aquí que es poeta amenísimo, original y fecundo, y que tiene y seguirá teniendo por mucho tiempo la gloria de agradar á cuantos le leen, y particularmente á las mujeres.

Entre los discípulos que Campoamor se lisonjaba de haber formado, hay uno cuyas poesías, reunidas y publicadas en un tomo en 1875, presentó al público Campoamor y patrocinó con un extenso prólogo. Hablo del ilustre y malogrado escritor D. Manuel de la Revilla, orador discreto muy aplaudido en el Ateneo; crítico casi siempre imparcial, aunque severo y sobrado descontentadizo en ocasiones; hombre de vasta lectura y de muy variados conocimientos; inseguro en sus creencias y vacilante en sus afirmaciones, y sediento de la verdad, y buscándola con ansia en cuantos sistemas y novedades filosóficas, políticas y literarias se lanzan á la palestra para conquistar el aprecio y el crédito entre las gentes.

Halla Campoamor que D. Manuel de la Revilla escribe *doloras*, aunque no las cali-

fica ni les da el nombre de tales. Sobre esto yo no discuto. Serán ó no serán *doloras* algunas composiciones de Revilla; pero con no menor fundamento pudiera sostenerse que otras composiciones de Revilla se asemejan á las de Becquer y otras á las de otros poetas. Sujeto tan aficionado á leer como Revilla, y tan indeciso en todo, no es de extrañar que, por el estilo, se parezca ya á unos, ya á otros. Por el fondo, no obstante, Revilla á pocos ó á nadie se parece, y menos á Campoamor.

El tomo de poesías de Revilla se titula *Dudas y tristezas*, y el título está harto justificado. Revilla no está triste como Campoamor, sino que está triste de veras. No lleva con resignación sus dudas, ni finge con ligereza caramillos metafísicos en que se resuelvan, sino que son dudas que persisten sin resolverse, y que atormentan y amargan á quien contra ellas combate. Posible es que esta lucha, tan incesante como estéril, contribuyese á minar el poco robusto organismo de aquel hábil escritor y notable poeta, cuya vida terminó antes de cumplir treinta y cinco años. Sus versos no creo yo que merezcan por la tersura, firmeza y sobriedad de la expresión, ser calificados como producto del saber y del jui-

cio, y no del sentimiento y de la fantasía. Creo, por el contrario, que Revilla sentía é imaginaba como poeta, ya que no deben tomarse por fruto de la imaginación las hojarascas sonoras, ni por legítima sensibilidad los hiperbólicos y descompasados lamentos.

A pesar de la creciente afición á la prosa, que ya se emplea más que el verso en el teatro, y de la que tanto gusta el público en la novela, tan floreciente en el día, y á pesar de los infortunios nacionales que hoy, como nunca, inducen á los estudiosos á dedicarse no á la amena literatura sino á las cuestiones políticas y sociales, todavía en los últimos años del siglo XIX ha crecido, en vez de disminuir, el número de los poetas dignos de memoria y aun de elogio. Por mil razones no los citaré ni los celebraré á todos como merecen, ni menos me detendré á examinar y á juzgar sus obras. Los más de ellos han salvado los límites del siglo XIX y han entrado en el siglo XX, algunos con hermosos y, á mi ver, inmarcesibles laureles conquistados ya, otros con rica y preciosa labor, por la que acaso merezcan también los laureles, aunque sobre ello continúe el litigio y no se haya dado sentencia definitiva, y muchos haciéndonos

concebir halagadoras esperanzas y dándonos brillantes promesas.

En casi todos se advierte, por dicha, que persiste claro é indeleble el sello de nacionalidad, á pesar de la depresión de los ánimos, del humilde menosprecio de lo castizo, de la más íntima y frecuente comunicación con los escritos extranjeros y del entusiasmo poco crítico con que se acogen las novedades intelectuales, por desatinadas ó estrafalarias que sean, con tal de que vengan de París ó traigan el marchamo de París y estén de moda.

XI

Contribuye más que nada á la conservación del buen gusto indígena y de la mental independencia española la erudita escuela literaria, de la que en el día de hoy podemos considerar como egregio y principal maestro á D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien ya hemos celebrado como poeta, y que ha entrado en el nuevo siglo en lo mejor de su edad, y con toda la sana y brillante lozanía de un ingenio que puede y debe servir de guía y de norte á los otros.

La poesía lírica y épica, á la que aquí debemos limitarnos, sigue hasta hoy teniendo en España no pocos dichosos cultivadores. Me atreveré á nombrar á algunos, aunque se me acuse de que en mi predilección entra por más la amistad que la justicia. En Sevilla D. Francisco Rodríguez Marín, docto juriconsulto además, é infatigable investigador y hábil escritor de nuestra historia literaria; en Valencia, el notable estadista D. Teodoro Llorente; en Málaga, el

UNIVERSIDAD DE MURCIA LEON
BIBLIOTECA UNIV. MURCIA
"ALFONSO MENÉNDEZ"
Apdo. 1625 MONTEPRÍX, MURCIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

concebir halagadoras esperanzas y dándonos brillantes promesas.

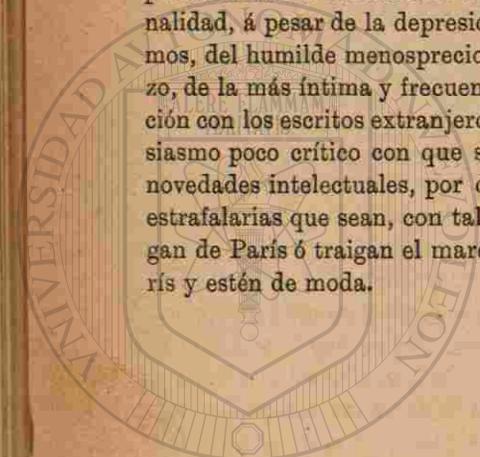
En casi todos se advierte, por dicha, que persiste claro é indeleble el sello de nacionalidad, á pesar de la depresión de los ánimos, del humilde menosprecio de lo castizo, de la más íntima y frecuente comunicación con los escritos extranjeros y del entusiasmo poco crítico con que se acogen las novedades intelectuales, por desatinadas ó estafalarías que sean, con tal de que vengan de París ó traigan el marchamo de París y estén de moda.

XI

Contribuye más que nada á la conservación del buen gusto indígena y de la mental independencia española la erudita escuela literaria, de la que en el día de hoy podemos considerar como egregio y principal maestro á D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien ya hemos celebrado como poeta, y que ha entrado en el nuevo siglo en lo mejor de su edad, y con toda la sana y brillante lozanía de un ingenio que puede y debe servir de guía y de norte á los otros.

La poesía lírica y épica, á la que aquí debemos limitarnos, sigue hasta hoy teniendo en España no pocos dichosos cultivadores. Me atreveré á nombrar á algunos, aunque se me acuse de que en mi predilección entra por más la amistad que la justicia. En Sevilla D. Francisco Rodríguez Marín, docto juriconsulto además, é infatigable investigador y hábil escritor de nuestra historia literaria; en Valencia, el notable estadista D. Teodoro Llorente; en Málaga, el

UNIVERSIDAD DE MURCIA LEON
BIBLIOTECA UNIV. MURCIA
"ALFONSO MENÉNDEZ"
Apdo. 1625 MONTEPEY, Murcia



UAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MURCIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

novelista D. Arturo Reyes; en Puente Genil, D. Manuel Reina, ingenioso autor de *Vida inquieta*, *Poemas paganos*, *El jardín de los poetas* y algunas otras colecciones de versos, dignos todos de muy cumplidas alabanzas y de más detenido examen del que podemos aquí dedicarles; y en las Baleares, á pesar de la inclinación que, tanto en aquellas Islas como en Cataluña, hay ahora á escribir en dialecto ó lengua regional, don Juan Luis Estelrich, D. Juan Alcover, y sobre todo el presbítero D. Miguel Costa, cuyo mérito no vacilo en calificar de extraordinario. Inspiradas y bellísimas son no pocas de sus composiciones, como *El pino de Formentor*, *En las catacumbas de Roma* y *Adiós á Italia*, composición esta última donde la melodía del metro latino, la concisión clásica y la abundancia de imágenes y de ideas igualan, si no exceden, á lo mejor de las *Odas bárbaras* de Josué Carducci.

Apenas me atrevo á proseguir formando el catálogo de los poetas líricos que florecen ahora, temeroso, ya de que alguien me le tilde de incompleto, ya de que me acuse de incluir en él personas, nombres y obras que deben caer en olvido.

Nombraré aquí, sin embargo, á algunos poetas líricos, de cuyo valer estoy persua-

didó, y sobre quienes el público, á pesar de su fría indiferencia, va confirmando mi juicio con su favor y aplauso. Es uno don Emilio Ferrari, autor de un bello poema sobre el casamiento de los Reyes Católicos, de no menos bellos fragmentos de otros dos poemas, *Abelardo é Hipatia*, que no creo estén terminados aún, y de varias ingeniosas composiciones líricas, cinceladas con atinado esmero, y donde, como en *Aspiración*, lo simbólico se combina hábilmente con lo descriptivo. Y es otro D. José Alcalá Galiano, á quien maltrata sin piedad el P. Blanco García, dejándose llevar, á mi ver, de celo religioso y de vehemente espíritu de partido, pero á quien ensalzan otros dos escritores de mayor autoridad y crédito con el gran público: Manuel de la Revilla y Benito Pérez Galdós. Don José Alcalá Galiano posee, en mi opinión, clarísimo entendimiento, delicada sensibilidad y viva fantasía. Ha leído mucho y ha estudiado bastante. Es notable su aptitud para hablar y escribir varios idiomas, y en francés y en inglés compone versos tan correctos y tan elegantes como en castellano. Sus traducciones á nuestra lengua de algunos dramas de Byron, como el *Sardanápalo* y el *Manfredo*, se recomiendan más por la fidelidad

que por la belleza de la dicción poética; pero debe valerle como disculpa que en la lengua inglesa, de que traduce, no hay tan marcada distinción como en la nuestra entre la prosa y el verso, por donde á menudo el que traduzca tendrá que ser infiel para no parecer prosaico. En la traducción de los *Cantos* de Leopardi, hecha también por Galiano, persiste la fidelidad sin el defecto del prosaísmo. Las poesías amorosas de Galiano no entran en la cuenta que forma el P. Blanco García antes de emitir su juicio. Y es esto muy de lamentar, porque lo delicado y fervoroso de los sentimientos que allí muestra el poeta hubieran cautivado el ánimo del Padre, moviéndole á aplaudir en vez de mostrarse severo. Es curioso fenómeno, aunque frecuente, que se perdone y hasta se aplauda al librepensador, si es pesimista y está desesperado, y que se abomine del librepensador, que no es ó que se cree que no es pesimista, sino que espera y confía en la progresiva elevación del humano linaje. Así el P. Blanco García, indulgente para Leopardi, es muy severo para Galiano, reprobándole más por progresista que por incrédulo.

Además de los versos serios, siendo, en mi sentir, los mejores los que compuso cuando

pretendía y andaba enamorado de la que luego fué su mujer, hay de Galiano un tomito de ligeras y muy graciosas composiciones satíricas, titulado *Estereoscopio social*, cuya discreción y cuyo chiste encomia Pérez Galdós, en un extenso, bien escrito y razonado prólogo.

Otro poeta, cuyo nombre no debo pasar en silencio en este breve trabajo, es D. Salvador Rueda. Su viva imaginación y sus apasionados sentimientos y constante amor á las Bellas Artes le habilitan para subir muy alto, y se muestran ya con brillantez, así en las novelas que ha escrito en prosa, como en *El bloque*, *Flora*, *El César*, *En tropel*, *Cantos de la vendimia* y otras versificadas composiciones. Lo que yo pienso sobre Rueda, escrito y publicado está desde hace tiempo en dos extensas cartas que le dirigí y que llevan por título *Disonancias y armonías de la moral y de la estética*. No es esto afirmar que note yo en todas las obras de Rueda la misma propensión que en dichas cartas censuraba: es afirmar solamente que la docilidad algo irreflexiva con que Rueda se deja guiar por hábiles aunque peligrosos maestros, y se deja seducir por lo que llaman modernismo, decadentismo, simbolismo y otras modas parisinas, le

perjudica en extremo y suele embotar la agudeza de su ingenio y torcer la dirección, cuando no abatir el vuelo de sus raptos líricos para que se pierdan ó desvanezcan en el aire sin llegar al punto en el que puso el poeta ó quiso poner la mira.

Salvador Rueda acierta cuando se fía de su propio sentir y pensar, no imitando á nadie ó imitando á sus compatriotas, á quienes conoce ó debe conocer mejor que á los extraños, y no buscando lo nuevo y lo inaudito en lo exótico y exagerado, sino en lo natural y propio de su íntimo ser. Cuando á esto se limita, es un agradable y tal vez excelente poeta. Apártese, pues, de los propósitos audaces á que le induce Rubén Darío en el pórtico de *En tropel*. Huya de las *bacantes modernas* que despiertan las *locas lujurias*; no busque los labios *quemantes de humanas sirenas*; arroje al suelo el yelmo de acero, *el broncineo olifante* y los demás trastos que su amigo le regala; y tenga por cierto que entonces, aun sin llegar á ser un *homérida*, tendrá distinguido asiento entre los inmortales de nuestro parnaso y en la república de las letras españolas, la cual quiere y debe conservar su independencia sin someterse á ningún emperador traspirenáico, por florida que tenga

la barba. Nadie dirá entonces de Rueda, por glorioso que venga á ser:

Fué aborrecido de Zoilo, el verdugo;
Fué por la gloria su estrella encendida,
Y esto pasó en el reinado de Hugo,
Emperador de la barba florida.

Aunque sea repetir hasta la saciedad lo que ya he dicho mil veces, repito que no deploro ni condeno yo que prestemos atención en España á las corrientes del pensamiento humano que vienen de fuera. Lo que yo deseo es que se haga esto con circunspección, previo examen y detenido juicio. Por lo demás, yo entiendo que hasta las más opuestas doctrinas valen para inspirar á los poetas cuando éstos las sienten y las comprenden bien, y las expresan con tino y primoroso esmero.

De dos poetas había yo dejado de tratar, cuyos nombres quiero y debo recordar ahora, ambos desesperados por opuestos motivos. El uno, D. Gabino Tejado, discípulo de Donoso Cortés, considera á la humanidad, sin religión en el día, tan aborrecible y tan malvada que pide á Dios devotamente que la destruya. Según declara en un furibundo soneto, Dios tarda ya demasiado en derramar á ríos su ira sobre este corrom-

pido mundo, y en acabar con la vida de todo sér humano. Y el otro, D. Joaquín M. Bartrina, no cree ni en el mundo, ni en el hombre, ni en Dios, ni en nada, y muestra una desesperación mayor, si cabe; pero la muestra con tanto ingenio y con tanta variedad de tonos, que nos deleita y que no nos lastima cuando nos guardamos de darle crédito.

Yo prefiero, con todo, á los poetas mejor avenidos con la Providencia y con el humano linaje, para quien vaticinan un porvenir risueño, divertido y deleitoso. Por esto, y porque manifiesta sus esperanzas con rara elocuencia, aunque con bastante desorden y con exuberante riqueza de estilo, he celebrado yo, días há, á cierto joven poeta, catalán también como Bartrina. Don Eduardo Marquina es el poeta á quien aludo, atreviéndome á pronosticar que será muy estimable su labor si no se amanaera. De todos modos, y aunque extrememos el principio del arte por el arte, ajustando á él nuestro criterio, todavía repugna que poéticamente se cifre la bienaventuranza y se ponga el mayor bien de la tierra y de las edades futuras, en los goces materiales, en la satisfacción de un erotismo frenético, en retozos, en bacanales y en vendimias de

nueva laya, en las que muchachos y muchachas han de revolcarse desnudos en el lagar, y han de salir embadurnados de mosto. Cuando D. Eduardo Marquina reniegue de culto tan exclusivo y singular de Venus y de Baco, y consagre á númenes más espirituales su resonante lira, de esperar es que figure en muy alto lugar entre nuestros buenos poetas.

Nombraré aquí, por último, para terminar esta larga revista y no fatigar demasiado á mis lectores, á los tres poetas líricos que en mi opinión, y en el concepto elevadísimo que el público tiene de ellos, marchan en primera fila entre los que han pasado del siglo XIX al siglo XX. No me detendré á juzgar sus obras, porque las de cada uno de ellos exigiría artículo aparte. No me adelantaré tampoco á compararlos para medir la relativa alteza de cada cual. Baste asegurar que los tres la tienen, aunque sean muy distintos por las condiciones de su ingenio y de su carácter.

Es uno el jovial y discretísimo D. Manuel del Palacio. Su fama de chistoso le ha perjudicado harto injustamente, como poeta de mayor elevación y transcendencia. El vulgo, que celebra y ríe cuanto él dice de broma, no siempre aplaude como

merece lo mucho y bueno que seria y gravemente ha escrito.

Grande estimación merecen sus *Leyendas y poemas*, cuyo estilo es más correcto y sobrio que el de las narraciones de Zorrilla, y no cae nunca en el prosaísmo en que suelen caer los pequeños poemas de Campoamor. Casi siempre la clara nitidez con que Palacio cuenta y describe, presta singular hechizo á sus historias en verso, hasta á las que rayan en extravagantes de puro fantásticas, como *El puñal del capuchino*. Su dominio del idioma, y su maestría y facilidad en versificar, si bien se advierten en lo narrativo, como en la poética leyenda titulada *Imposible*, todavía aparecen mejor y se adornan con más ricas galas en otros poemas que más bien son descriptivos y líricos, como *Los vientos* y *La primavera*. Es tanta la variedad de tonos con que canta la musa de Manuel del Palacio, que el lector vacila y no acierta á decidir cuál le suena mejor. Yo de mí sé decir que si bien oigo leer con deleite, por ejemplo, el atinado y entusiasta elogio de Murillo ó la hermosa y fiel pintura de la melancólica y severa campiña de Roma, todavía celebro y aplaudo más el desenfado y la gracia de este poeta cuando desata la vena satírica y la

deja correr libremente, como en *Los envidiosos*.

La compendiosa y firme exactitud con que Manuel del Palacio expresa sus pensamientos le hace apto, como á pocos, para lo epigramático, debiendo entenderse aquí por epigrama lo que este vocablo significa en su más amplio sentido: composición poética breve en que, con precisión y agudeza, se expresa un solo pensamiento principal, aunque no siempre sea satírico ó festivo. En esta clase de composiciones, ya tristes, ya alegres, campea y triunfa el ingenio de este poeta. Así sus sonetos, sus chispas, sus coplas y sus breves madrigales, finas galanterías y delicados requiebros dedicados á las damas y escritos ya en un álbum, ya en un abanico. Al leer la colección de versos titulada *Huelgas diplomáticas*, se tiene por indudable que su autor, Ministro de España en Montevideo, hubo de hacerse popularísimo en aquella República, y ganarse la voluntad amistosa de todos, y especialmente de las agradecidas y tan gentilmente lisonjeadas señoras y señoritas uruguayas.

Otro de los poetas que capitanean y guían el estol triunfante ó la pompa parnasiana, que ha salvado los límites del siglo

pasado penetrando en el que ahora vivimos, es D. Federico Balart, conocido y estimado desde hace mucho tiempo como elegante, correcto y castizo prosista, y como erudito y juicioso crítico de Bellas Artes y literatura. Su buen gusto, su extenso y variado saber y su espíritu reflexivo, ordenan y dirigen los ímpetus de su vehemente sensibilidad y ponen á su inspiración el freno del recto juicio. Es notable la tersura de su estilo. En sus versos hay claridad y precisión. Poco ó nada huelga en ellos, y no por eso se advierte el esfuerzo que pudo costar el escribirlos, ni se ven las huellas de la lima que tal vez se empleó en acicalarlos. Fáciles y llanos son todos. En ellos se expresan los pensamientos con la misma exactitud dialéctica que cabe en la prosa, y sin embargo, el lenguaje de que se valen es digno siempre de la poesía.

Tales prendas contribuyeron, sin duda á que el libro de versos titulado *Dolores*, y publicado diez ó doce años há, tuviese el más extraordinario éxito de librería que ha tenido en España en estos últimos tiempos obra alguna de poeta.

Más que por la forma, con ser de tanto precio, valió para el triunfo del Sr. Balart lo inusitado y simpático del asunto de *Dolores*.

Lo que es yo, no recuerdo el nombre de ningún poeta viudo que con tanta insistencia, primor y verdadera tristeza haya lamentado la muerte de su esposa. Petrarca llora y lamenta la de Laura, pero no se había casado con ella. Menester es ir subiendo contra la corriente de los siglos para hallar algo semejante en el casi, ó sin casi, mitológico Orfeo. No da esto muy favorable testimonio del amor conyugal en los sacerdotes de las musas, pero debemos decir la verdad ante todo.

Sobre el mérito que da á *Dolores* la indicada rareza hay otras cualidades más altas y no menos raras, que añaden muchos quilates al oro de las bien labradas joyas que el mencionado libro contiene. El amor á la mujer legítima, cuya muerte el poeta lamenta, es espiritual, puro y limpio, sin dejar de ser fervoroso. Es el bello ideal del amor en el matrimonio cristiano. No se confunde con la amistad, ni con los afectos que nacen de otros lazos de familia, ni tampoco con cualquiera de los demás amores. Es el amor que la mujer, así por su belleza corporal como por la de su alma, puede y debe inspirar al hombre que legítimamente la posee; pero todo ello, merced á un arte refinado y á un tino exquisito, se manifies-

ta en *Dolores* con recatada pulcritud, sin que se apague ó aminore el fuego de la pasión por austeridad mentirosa.

Nace, por último, el mayor hechizo del libro *Dolores* de la gratitud sinceramente sentida que el poeta consagra á su mujer, declarando y reconociendo la alteza de un beneficio que le debe. Consiste este beneficio en la transfusión vivificante y beatificante de la fe religiosa que se ha realizado en el alma del poeta por virtud del contacto íntimo, entrañable y puro con el alma de su consorte. De aquí la suave y santa melancolía de que todo el libro de *Dolores* está impregnado. Anhela el poeta morir, mas no por desesperación, sino por esperanza: por el profundo convencimiento de que hay otra mejor vida futura, y de que en el cielo volverá á ver á la que amaba, á gozar en espíritu de sus castos amores, á recobrar con creces el bien perdido, y á contemplar, hasta donde cabe en el limitado entendimiento del hombre, la inefable hermosura del Sér infinito, hermosura que, reflejándose en la mujer amada, la hará incomparablemente más bella que en esta vida mortal.

La renacida fe del poeta difunde claridad y presta brío y calor á sus versos, así en *Dolores* como en otro libro que dió á la es-

tampa después con el título de *Horizontes*. Disipadas por luz de origen sobrenatural las nieblas de la duda, las consoladoras creencias iluminan sus escritos, y son afirmadas sin vacilación y con energía. Y aunque el amor de la esposa sigue prevaleciendo, no es exclusivo, como no es exclusivo el amor de Dios en los místicos, sino que trasciende y se esparce sobre cuantas son las cosas creadas. Así, hay en *Horizontes* bellos é inspirados elogios al progreso de las ciencias, y á la vencedora civilización de los pueblos europeos y católicos, y hay también vivas muestras de ardiente patriotismo y serena confianza en un porvenir de nuestra nación y de nuestra raza menos sombrío que lo presente.

Don Gaspar Núñez de Arce es el último poeta de que queremos tratar, acaso porque, en opinión de la mayoría de las personas que hoy gustan de versos y los leen, es el primero de los que ahora viven y continúan escribiendo. Su inicial inspiración es subjetiva casi siempre. Lo que escribe es conversación interior y examen de conciencia antes de ser discurso, cuya sinceridad está siempre patente; sus dudas, los problemas que plantea y cuya solución busca; sus celos y temores y sus elevadas esperanzas,

suelen ser trascendentales; sentidos con mayor ó menor profundidad, y comprendidos con lucidez más ó menos clara, agitan el espíritu de casi todos los hombres pensadores, nuestros contemporáneos.

Las composiciones amatorias de Núñez de Arce son, por cierto, muy bellas. ¿Quién no lo reconoce y confiesa al leer el *Idilio*? La dulce melodía que en sus cantos pone el amor de la mujer se desvanece con todo y deja de oírse, perdiéndose en la enérgica resonancia que dan á su voz y á su lira otros menos personales pensamientos y pasiones. El amor de la patria, el anhelo de libertad y de progreso para el humano linaje, y la aspiración constante á la verdad, á la hermosura y al bien infinitos, son el perenne é inexhausto venero donde recoge este poeta el licor delicioso y salubre con que deleita y conforta las almas, ofreciéndole en áurea copa, que su rica imaginación y su arte esmerado forjan y esmaltan.

La duda y el temor que asaltan á menudo al poeta, acaban siempre por disiparse, ó más bien se convierten en afirmación y en esperanza. En ninguna de sus obras brilla más esta esperanza, y aparece esta afirmación más segura é inquebrantable, que en los últimos versos que ha dado á la

estampa con el título de *Sursum corda*. En ellos exclama el poeta:

¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!,

brinda á su patria, abatida y triste, bálsamo de esperanza y consuelo, y prorrumpe en un himno eucarístico á la providencia de Dios, combinado con alegres vaticinios y con sonoras alabanzas á la civilización europea.

Antes de alcanzar y de cantar victoria, el poeta, sin embargo, ha vacilado y combatido mucho. Las quejas, las diatribas, las sátiras y los anatemas contra la incredulidad, los vicios y los pecados de la edad presente, han precedido al hermoso epinicio en que casi sin restricción la glorifica, profetizando venturas y triunfos mayores. Incondicionalmente, con tal de que se crea y se espere en Dios, el poeta confía en la constante ascensión del humano linaje, aunque en su marcha progresiva salte por cima de antiguas y venerandas doctrinas é instituciones.

Podrán caer las religiones todas, podrán arrasarse todos los templos, pero ningún cataclismo, por tremendo que sea,

... Hará temblar la incommovible base
De la admirable catedral inmensa,

Como el espacio trasparente y clara,
Que tiene por sostén el hondo anhelo
De las conciencias, la piedad por ara
Y por nave la bóveda del cielo.

La plena y omnimoda confianza en los altos destinos del hombre no puede manifestarse con mayor claridad y arrogancia, ni más independientemente de todo: hasta de las religiones tradicionales y positivas.

Como el poeta canta y debe cantar excitado por el estro y movido por entusiasmo ardiente y generoso, nadie, y yo menos que nadie, nos atreveremos á tildarle de inconsecuencia. Basta que sea consecuente en cada uno de sus momentos de inspiración, en cada una de sus poesías. Conviene, con todo, hacer constar el desacuerdo del *Sursum corda* con no pocas otras composiciones, y especialmente con las contenidas en los *Gritos del combate*. No sé por qué ha de quedar lanzada, y no ha de ser recogida, la maldición contra Voltaire con que termina el magnífico soneto que le dedica el poeta. En los versos á Darwin sería menester moderar el furor del poeta contra el transformismo, ya que en el *Sursum corda* le da por posible, aunque no por probado, pues llama al hombre

Adán caído ó transformada fiera,

añadiendo luego, como buen librepensador:

(¿Quién su origen conoce?)..

Por lo demás, los versos á Darwin son, como todos los de D. Gaspar, no menos preciosos que apasionados. De su lectura entiendo yo que nace un muy singular sentimiento. Está el poeta tan enojado contra la sociedad, contra nuestra descarriada civilización y contra los crímenes y maldades de ahora, y nos pinta tan perverso, tan vicioso y tan infeliz al hombre de nuestros días, atormentado por dudas, remordimientos, codicias y otras viles pasiones, que, á mi ver, lejos de avergonzarse este hombre de descender del mono, debiera ser el mono quien se avergonzara de haberse humanado. La ironía con que describe el poeta la existencia selvática de nuestro supuesto abuelo, bien pudiera tomarse por lo serio, y en vez de darnos asco, darnos envidia.

Ajeno á todo inescrutable arcano,
Nuestro Adán cuadrumano
En las selvas perdido y en los montes,
De fijo no estudiaba ni entendía
Esta filosofía,
Que abre al dolor tan vastos horizontes.
Independiente y libre en la espesura,
No sufrió la amargura

Que nos quema y devora las entrañas,
Dáble el bosque entretejidas frondas,
El río claras ondas,
Aire sutil y puro las montañas;
La tierra á su elección, como tributo
Dulce y sabroso fruto;
Música el viento susurrante y vago;
Su luz fecunda el sol esplendoroso;
La noche su reposo,
Y limpio espejo el cristalino lago.
En su pelliza natural envuelto,
Gozaba alegre y suelto
De su querida libertad salvaje.
Aún no grababa figurines Francia,
Y en su rústica estancia
Lo que la vida le duraba el traje.
Desconoció la púrpura y la seda,
No inventó la moneda
Para adorarla envilecido y ciego,
Ni se dejó coger, como un idiota,
Por una infame sota,
En la red del amor ó en la del juego.
No turbaron su paz ni su apetito
Este anhelo infinito,
Esta pena tan honda como aguda.
¡Ay! Ni á pedazos le arrancó del alma
Su candorosa calma
El demonio implacable de la duda.
Y en esas lentas y nocturnas horas
Negras, abrumadoras,
En que la angustia nos desgarrá el pecho,
Con tu mirada impenetrable y triste

Nunca te apareciste
¡Oh desesperación! junto á su lecho.
No buscó los laureles del poeta,
Ni en su ambición inquieta
Alzó sobre cadáveres un trono.
No le acosó remordimiento alguno,
No fué rey ni tribuno,
¡Ni siquiera elector! ¡Dichoso mono!

¡Dichoso mono! hay que exclamar con el poeta si formamos como él, en momentos de mal humor, tan deplorable concepto del hombre civilizado. Por fortuna, D. Gaspar lo entiende de muy diverso modo, cuando su ira poética no le enajena. Entonces piensa lo justo, y hasta en el verso,

Adán caído ó transformada fiera,
pondría aclaraciones y distingos si cupiesen en el vehemente idioma de la poesía. Cierto que importa lo mismo, ó que tal vez da una idea más sublime y menos antropomórfica de Dios, que el hombre corporal aparezca por una serie de evoluciones de las substancias orgánicas y que no salga inmediatamente del barro; pero esto ha de entenderse presuponiendo que, cuando hubo ya un cuerpo digno del alma humana, Dios la infundió en él, creándola á su imagen y semejanza, y fundando así en realidad otro

reino distinto del reino animal: el reino humano. Pero, aun prescindiendo del espíritu y limitándonos al cuerpo, todavía cuesta muchísimo trabajo el figurarse, aunque sea someramente y sin observaciones anatómicas, cómo desde el mono más bonito y perfecto, y por qué multitud de ensayos y de criaturas intermedias, han llegado á mostrarse en el mundo Friné y Alcibiades, y los mancebos y las muchachas que sirvieron de modelo al Apolo del Belvedere y á la Venus de Milo.

Como quiera que ello sea, lo que no se puede negar es la alta significación de Núñez de Arce, egregio poeta, propio de la edad en que vivimos. Cuantos son los problemas religiosos, filosóficos, sociales y políticos que interesan hoy á la humanidad, agitan y enardecen su alma; y él, con lealtad y franqueza que le salvan de la inconsecuencia, y la explican, y la justifican, y hasta la hacen merecedora de aplausos, ya que no los resuelva, los presenta á nuestra consideración en resplandecientes y atrevidas imágenes y en versos sonoros, correctos y casi siempre sobrios.

Contra los que sostienen que la forma poética está llamada á desaparecer, hay otros pensadores, entre los que sobresale el

filósofo y notable poeta italiano Antonio Fogazzaro, que pronostican un porvenir maravilloso para la poesía, y prevén el advenimiento próximo de un vate ó de varios que descubran y enseñen grandes verdades, que señalen á la humanidad nuevos caminos, que columbren y muestren espléndidos y luminosos horizontes, y que vengan á ser al fin, con toda la superioridad y la riqueza de pensamientos que treinta ó cuarenta siglos han traído consigo, lo que fueron los poetas civilizadores y gloriosos de las primitivas edades y de los albores de la Historia. Antonio Fogazzaro, si no reconoce ya como nacido á ninguno de estos poetas, docentes por todo lo alto, ve sus dignos precursores, los Bautistas de tales Mesías, en Schiller, Manzoni y Víctor Hugo.

Lo que es yo, me holgaría en el alma de que el pronóstico se cumpliera; pero, si he de hablar con franqueza, no advierto en toda la poesía extranjera y española del siglo XIX nada muy profundamente didáctico. Más que de didácticos, calificaría yo á no pocos poetas eminentes del pasado siglo de lo que ahora llaman *tendenciosos*, y que mejor acaso sería llamar concionantes. Esto no obsta para que consideremos posible la aparición del vate superior ya profe-

tizado. ¿Cómo negar que Dios Todopoderoso pueda suscitarle milagrosamente? ¿Por qué, ya que no reaparezcan las musas, no ha de reaparecer sobre la tierra el alado serafín que purificó con fuego del ara los labios de Isaías, y no ha de descender otra vez del cielo sobre algún predestinado mortal el espíritu que inflamó el corazón y que ilustró el alma de quien compuso el Libro de Job ó de quien escribió los Salmos?

Prescindiendo, con todo, de lo sobrenatural y mirando humanamente el asunto, la poesía docente, en el día de hoy, me parece en extremo difícil, entendida por tan sublime manera. Por eso me inclino del lado de los que sostienen el arte por el arte; pero como la materia, digámoslo así, de que para su labor se vale el arte del poeta es el pensamiento humano con todas sus elevaciones y con todas sus honduras, bien puede la poesía arrebatarse el espíritu de aquellos que la leen ó la oyen y la entienden á la cumbre más excelsa del mundo de las ideas, donde la hermosura, cuya creación fué su propósito, viene á identificarse, con el bien y con la verdad, en el seno de lo absoluto. En este sentido no hay, á mi ver, contradicción en creer en el arte por el arte, y en afirmar al mismo tiempo, no ya la mera

posibilidad, sino la real y cumplida existencia de la poesía docente, si docente queremos llamarla. En este sentido es docente, y más bien es concionante, la poesía de Nuñez de Arce. *El vértigo*, la *Selva obscura*, la *Última lamentación de Lord Byron* y *La visión de Fray Martín*, miradas las cosas dialéctica y razonadamente, enseñan muchísimo menos que cualquier discursito en prosa sobre cada uno de los mismos temas; pero dichos discursitos no es probable que arrebatasen el alma de ningún lector, como la poesía la arrebatara encumbrándola, enardeciéndola, ilustrándola y capacitándola para la contemplación soberana.

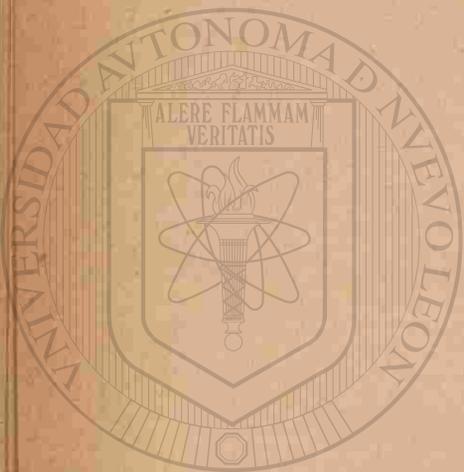
Hecha tal afirmación, y penetrando con el poeta en las encantadas regiones que él mismo ha creado, de sobra está que nos pongamos á argüir contra no poco de lo que dice: que notemos, por ejemplo, que no se saca muy en claro si condena ó si ensalza á Martín Lutero; si cree que la Reforma fué un progreso ó un retroceso, y si nació, en efecto, de la duda, ó si Fray Martín, en vez de dudar, negó resueltamente, ó por error de entendimiento ó impulsado por la antigua rivalidad del germano contra el latino.

Tiempo es ya de dar por terminada esta

revista de poetas del siglo XIX con el breve examen de sus obras. Todo ello corrobora en mí la convicción de que en dicho siglo, calificado de *positivo*, la poesía ha florecido tanto ó más que en cualquiera otra época, así en España como en las naciones extranjeras, y de que lo *positivo* no está ni estuvo nunca en contradicción con lo poético. Pocos pueblos son más positivistas que el inglés lo es ahora; y sin embargo, en pocos pueblos hay en el día mayor abundancia de buenos poetas ni más decidida afición á leerlos y á celebrarlos. No nos arredremos, pues, ni nos asustemos del estro poético de los españoles, recelando que por él se consuma nuestra actividad mental y nos falte para el comercio, la industria y la agricultura. ¿Por qué no ha de ir todo de acuerdo en vez de estorbarse? Ojalá que, así como se versifica muy bien, logremos en competencia realizar otras obras, si no tan bellas, más humildemente útiles.

Bueno es que nos queden algunas glorias y algunas aptitudes para consuelo en nuestra decadencia y para fundamento de esperanza en mejores días. Á menudo están en el arte el germen y el pronóstico de un porvenir dichoso, y á menudo es el arte la mágica lazada que para alcanzar ese porvenir

conserva á una nación estrechamente unida y con conciencia clara de que vive y de que al cabo resurge. Así Italia, dividida durante siglos, y hollada y dominada por los extranjeros, se mantuvo una por el pensamiento y por la idea, y logró, por último, ver su libertad y su unidad realizadas. Harto menos honda es ó ha sido la decadencia de nuestra nación, y bien podemos esperar que el restablecimiento de sus fuerzas sea más completo y más pronto, si no perdemos la confianza en sus altos destinos y si desecharnos la manía de considerar nuestra pasada historia, y cuanto en ella hubo de poético, como seductora leyenda que puede deslumbrarnos y extraviarnos.



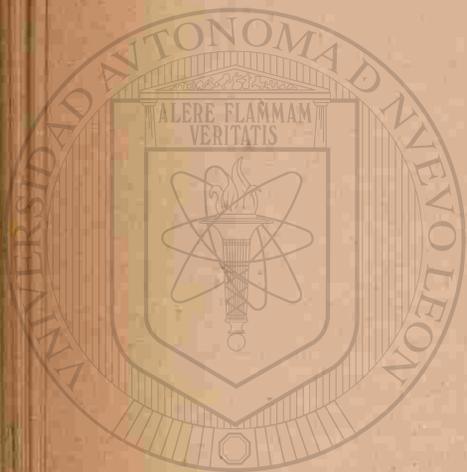
Florilegio de poesías castellanas.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FLORILEGIO

DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

EL DESPECHO

Sal ¡ay! del pecho mío,
Sal luego, amor tirano,
Y apaga el fuego insano
Que abrasa el corazón.
Bastante el albedrío
Lloró sus crudas penas,
Esclavo en las cadenas
Que hoy rompe la razón.
No más á una inhumana
Seguir perdido y ciego,
Ni con humilde ruego
Quererla convencer.
Con su beldad ufana,
Allá se goce altiva;
Que á mi no me cautiva

Quien me hace padecer.
Dos años la he servido,
Y en ello ¿qué he ganado?
Llorar abandonado,
Pesares mil sufrir.
¡Oh, tiempo mal perdido!
¡Oh, agravios! ¡oh traiciones!
¡En tantas sinrazones
Cómo podré vivir?
Pensaba yo que un día,
Favorecido amante,
Por mi pasión constante
Me coronara Amor;
Y ardiente en mi porfía,
Contento en el desprecio,
Pensaba yo... ¡qué necio
Juzgó mi ciego error!
Mis ansias por agravios
Suenan en sus oídos;
Los míseros gemidos
Irritan su esquiziz.
Así mis tristes labios,
No osando ya quejarse,
Ni aun pueden aliviarse
Nombrándola una vez.
La busco, y tras su planta
Corriendo voy; mas ella,
Me evita, y ni su huella
Logra mi fe adorar;
Que con fiereza tanta
Llegó ya á aborrecerme,
Que el rostro por no verme,

Ni aun quiere á mi tornar.
¡Ingrata! ¡fementida!
Prosigue en tus rigores,
Ó añade otros mayores
Con bárbaro placer.
Sigue, que ya extinguida
La hoguera en que penaba,
Do el alma se abrasaba,
Quiero en venganza ver.
Mas no, mi dulce dueño;
Cese el desdén impío,
Cese, y del amor mio
Déjate ya servir.
Y quien tu antiguo ceño
Lloró, zagala hermosa,
Merezca que amorosa
Le empieces á seguir.

ROSANA EN LOS FUEGOS

Del sol llevaba la lumbre,
Y la alegría del alba,
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos,
Salió la fiesta de Pascua,
Para abrasar todo el valle
En mil amorosas ansias.
La primavera florece
Donde las huellas estampa:

Y donde se vuelve, rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga,
Los Cupidos la rodean
Y las Gracias la acompañan.
Y ella, así como en el valle
Descuella la altiva palma,
Cuando sus verdes pimpollos
Hasta las nubes levanta,
Ó cual vid de fruto llena,
Que con el olmo se abraza,
Y sus vástagos extiende
Al arbitrio de las ramas;
Así entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Sobresaliendo entre todas,
Cual fresca rosa entre zarzas;
Ó como cándida perla
Que artifice diestro engasta
Entre encendidos corales,
Porque más luzcan sus aguas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla;
De amor mata á los pastores,
Y de envidia á las zagalas;
Tal, que oyéndola, corridas,
Tan altamente aclamada,
Por no sufrirlo se alejan
Amarilis y su hermana.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas;

Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.
¡Qué de suspiros se escuchan!
¡Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire
Y no enloquezca en loarla.
Cuál absorto la contempla
Y á la aurora la compara,
Cuando más alegre sale
Y el cielo en albores baña;
Quién al fresco y verde aliso,
Que al pie de corriente mansa
Cuando más pomposas hojas
En sus cristales retrata;
Cuál á la luna, si ostenta,
De luceros coronada,
Venciendo las altas cumbres,
Llena su esfera de plata.
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban,
Y mientras más la contemplan,
Muy más hermosa la hallan;
Que es como el cielo su rostro,
Cuando en una noche clara
Con su ejército de estrellas
Brilla y los ojos encanta;
Ó el sol que alzándose corre
Tras de la rubia mañana,
Y de su gloria en el lleno,
Todos sus fuegos derrama;
Que tan radiante deslumbra,
Que sin acción deja el alma,

Y más el corazón goza,
Cuanto más el labio calla.
¡Oh qué de celos se encienden,
Y ansias y zozobras causa
En las serranas del Tormes
Su perfección sobrehumana!
Las más hermosas la temen,
Mas sin osar murmurarla;
Que, como el oro más puro,
No sufre una leve mancha.
¡Bien haya tu gentileza,
Otra y mil veces bien haya,
Y abraze la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana!
Toda, toda eres perfecta,
Toda eres donaire y gracia;
El amor vive en tus ojos
Y la gloria está en tu cara;
En esa cara hechicera,
Do toda su luz cifrada
Puso Venus misma, y ciego
En pos de sí me arrebató.
La libertad me has robado;
Yo la doy por bien robada,
Y mi vida y mi ser todo,
Que ahincados se te consagran.
No el dón por pobre desdeñes,
Que aun las deidades más altas
A zagales, cual yo humildes,
Un tiempo acogieron gratas;
Y mezclando sus ternezas
Con sus rústicas palabras,

No, aunque diosas, esquivaron
Sus amorosas demandas.
Su feliz ejemplo sigue,
Pues que en beldad las igualas;
Cual yo á todos los excedo
En lo fino de mi llama.

Así un zagal le decía
Con razones mal formadas,
Que salió libre á los fuegos,
Y volvió cautivo á casa.
De entonces, penado y triste,
El día á sus puertas le halla;
Ayer le cantó esta letra,
Echándole la alborada:

*Linda zagaleja,
De cuerpo gentil,
Muévome de amores
Desde que te ví.
Tu talle, tu aseo,
Tu gala y donaire,
Tus dones no tienen
Igual en el valle.*

*Del cielo son ellos,
Y tú un serafín;
Muévome de amores
Desde que te ví.*

*De amores me muero,
Sin que nada alcance
Á darme la vida,
Que allá me llevaste,
Si no te condueles,
Benigna, de mí;
Que muero de amores
Desde que te ví.*

Ronca el cornudo y sueña que es dichoso.
Ni el sudor frío, ni el hedor, ni el rancio
Erupto le perturban. A su hora
Despierta el necio, silencioso deja
La profanada Holanda, y guarda atento
A su asesina el sueño mal seguro.
¡Cuántas, oh Alcinda á la coyunda uncidas,
Tu suerte envidian! ¡Cuántas de himeneo
Buscan el yugo por lograr tu suerte,
Y sin que invoquen la razón, ni pese
Su corazón los méritos del novio,
El sí pronuncian y la mano alargan
Al primero que llega! ¡Qué de males
Esta maldita ceguedad no aborta!
Veo apagadas las nupciales teas
Por la discordia con infame soplo
Al pie del mismo altar, y en el tumulto,
Brindis y vivas de la tornaboda,
Una indiscreta lágrima predice
Guerras y oprobios á los mal unidos.
Veo por mano temeraria roto
El velo conyugal, y que corriendo
Con la impudente frente levantada,
Va el adulterio de una casa en otra;
Zumba, festeja, ríe, y descarado
Canta sus triunfos, que tal vez celebra
Un necio esposo, y tal del hombre honrado
Hieren con dardo penetrante el pecho,
Su vida abrevian, y en la negra tumba
Su error, su afrenta y su despecho esconden.
¡Oh viles almas! ¡oh virtud! ¡oh leyes!
¡Oh pundonor mortífero! ¡Qué causa

Te hizo fiar á guardas tan infieles
Tan preciado tesoro? ¡Quién oh Témis,
Tu brazo sobornó? Le mueves cruda
Contra las tristes víctimas, que arrastra
La desnudez ó el desamparo al vicio;
Contra la débil huérfana, del hambre
Y del oro acosada, ó al halago,
La seducción y el tierno amor rendida;
La expilas, la deshonoras, la condenas
Á incierta y dura reclusión; ¡y en tanto
Ves, indolente, en los dorados techos
Cobijado el desorden, ó le sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas,
La virtud y el honor escarneciendo!
¡Oh infamia! ¡oh siglo! ¡oh corrupción! Matro-
Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro [nas
Pundonor eclipsar? ¡Quién de Lucrecias
En Lais os volvió? ¡Ni el proceloso
Océano, ni, lleno de peligros,
El Lilibeo, ni las arduas cumbres
De Pirene pudieron guareceros
Del contagio fatal? Zarpa preñada
De oro la nao gaditana, aporta
A las orillas gálicas, y vuelve
Llena de objetos fútiles y vanos;
Y entre los signos de extranjera pompa
Ponzoña esconde y corrupción, compradas
Con el sudor de las iberas frentes;
Y tú, misera España, tú la esperas
Sobre la playa, y con afán recoges
La pestilente carga, y la repartes
Alegre entre tus hijos. Viles plumas,

Gasas y cintas, flores y penachos
Te trae en cambio de la sangre tuya;
De tu sangre ¡oh baldón! y acaso, acaso
De tu virtud y honestidad. Repara.
Cuál la liviana juventud los busca.
Mira cuál va con ellos engreida
La impudente doncella; su cabeza,
Cual nave real en triunfo empavesada,
Vana presenta del favonio al sople
La mies de plumas y de airones, y anda
Loca, buscando en la lisonja el premio
De su indiscreto afán. ¡Ay triste! guarte,
Guarte, que está cercano el precipicio.
El astuto amador ya en asechanza
Te atisba y sigue con lascivos ojos;
La adulación y la caricia el lazo
Te van á armar, dó caerás incauta,
En él tu oprobio y perdición hallando.
¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
Te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
Será y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
Del nunca exhausto Potosí no bastan
A saciar el hidrópico deseo,
La ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo
Lo que antes un Estado, y se consume
En un festín la dote de una infanta;
Todo lo tragan; la riqueza unida
Va á la indigencia; pide y pordiosea
El noble, engaña, empeña, malbarata,
Quiebra y perece, y el logrero goza

Los pingües patrimonios, premio un día
Del generoso afán de altos abuelos.
¡Oh ultraje! ¡oh mengua! todo se trafica:
Parentesco, amistad, favor, influjo,
Y hasta el honor, depósito sagrado,
Ó se vende ó se compra. Y tú, belleza,
Don el más grato que dió al hombre el cielo,
No eres ya premio del valor, ni paga
Del peregrino ingenio; la florida
Juventud, la ternura, el rendimiento
Del constante amador ya no te alcanzan.
Ya ni te das al corazón, ni sabes
De él recibir adoración y ofrendas.
Ríndeste al oro. La vejez hedionda,
La sucia palidez, la faz adusta,
Fiera y terrible, con igual derecho
Vienen sin susto á negociar contigo.
Daste al barato, y tu rosada frente,
Tus suaves besos y tus dulces brazos,
Corona un tiempo del amor más puro,
Son ya una vil y torpe mercancía.

AL MISMO

Perit omnis in illo
Nobilitas cujus laus est in origine sola.
(LUCAN. CARM. ad. PISAN.)

¡Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
De pardomonte envuelto, con patillas
De tres pulgadas afeado el rostro,
Magro, pálido y sucio, que al arrimo

De la esquina de enfrente nos acecha
Con aire sesgo y baladí? Pues ese,
Ese es un nono nieto del Rey Chico.
Si el breve chupetín, las anchas bragas
Y el albornoz, no sin primor terciado,
No te lo han dicho; si los mil botones
De filigrana berberisca, que andan
Por los confines del jubón perdidos,
No lo gritan; la faja, el guadigeño,
El arpa, la bandurria y la guitarra
Lo cantarán; no hay duda; el tiempo mismo
Lo testifica. Atiende á sus blasones:
Sobre el portón de su palacio ostenta,
Grabado en berroqueña, un ancho escudo
De medias lunas y turbantes lleno.
Nácnle al pie las bombas y las balas
Entre tambores, chuzos y banderas,
Como en sombrío matorral los hongos.
El águila imperial con dos cabezas
Se ve picando del morrión las plumas
Allá en la cima, y de uno y otro lado,
A pesar de las puntas asomantes,
Grifo y león rampantes le sostienen.
Ve aquí sus timbres; pero sigue, sube,
Entra y verás colgado en la antesala
El árbol gentilicio, ahumado y roto
En partes mil; empero de sus ramas,
Cual suele el fruto en la pomposa higuera,
Sombreros penden, mitras y bastones.
En procesión aquí y allí caminan
En sendos cuadros los ilustres deudos,
Por hábil brocha al vivo retratados.

¡Qué gregüescos! ¡qué caras! ¡qué bigotes!
El polvo y telarañas son los gajes
De su vejez. ¡Qué más? hasta los duros
Sillones moscovitas y el chinesco
Escritorio, con ámbar perfumado,
En otro tiempo de marfil y nácar
Sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
La ancianidad de su solar pregonan.
Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
Que aunque embozado y en castaña el pelo,
Nada les debe á Ponces ni Guzmanes.
No los aprecia, tiénese en más que ellos,
Y vive así. Sus dedos y sus labios,
Del humo del cigarro encallecidos,
Índice son de su crianza. Nunca
Pasó del Be á Ba. Nunca sus viajes
Más allá de Jetafe se extendieron;
Fué antaño allá por ver unos novillos
Junto con Pacotrigo y la Caramba;
Por señas, que volvió ya con estrellas,
Beodo por demás, y durmió al raso.
Examínale ¡oh idiota! nada sabe.
Trópicos, era, geografía, historia
Son para el pobre exóticos vocablos.
Dile que dende el hondo Pirineo
Corre espumoso el Betis á sumirse
De Ontigola en el mar, ó que cargadas
De almendra y goma las inglesas quillas,
Surgen en puerto Lápiche, y se leván
Llenas de estaño y de abadejo. ¡Oh! todo,
Todo lo creerá, por más que añadas
Que fué en las Navas Witiza el Santo

Deshecho por los celtas, ó que invicto
Triunfó en Aljubarrota Mauregato.
¡Qué mucho, Arnesto, si del padre Astete
Ni aún leyó el catecismo! Mas no creas
Su memoria vacía. Oye, y diráte
De Cándido y Marchante la progenie;
Quién de Romero y Costillares saca
La muleta mejor, y quién más limpio
Hierre en la cruz al bruto jarameño.
Haráte de Guerrero y la Catuja
Larga memoria, y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz paciendo estrellas,
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas. Prosigue,
Si esto no basta, y te dirá qué año,
Qué ingenio, qué ocasión dió á los chorizos
Eterno nombre, y cuántas cuchilladas
Dadas de día en día, tan pujantes
Sobre el triste polaco los mantienen.
Ve aquí su ocupación; esta es su ciencia.
No la debió ni al dómine, ni al tonto
De su ayo mosén Marc, sólo ajustado
Para irle en pos cuando era señorito.
Debióselá á cocheros y lacayos,
Dueñas, fregonas, truhanes y otros bichos,
De su niñez perennes compañeros;
Mas sobre todo á Pericuelo el paje,
Mozo avieso, chorizo y pepillista
Hasta morir, cuando le andaba en torno.
De él aprendió la jota, la guaracha,

El bolero, y en fin música y baile.
Fuéle también maestro algunos meses
El sota Andrés, chispero de la huerta,
Con quien, por orden de su padre, entonces
Pasar solía tardes y mañanas
Jugando entre las mulas. Ni dejaste
De darle tú santísimas lecciones,
¡Oh Paquita! después de aquel trabajo
De que el Refugio te sacó, y su madre
Te ajustó por doncella; ¡tanto puede
La gratitud en generosos pechos!
De ti aprendió á reirse de sus padres,
Y á hacer al pedagogo la mamola,
A pellizcar, á andar al escondite,
Tratar con cirujanos y con viejas,
Beber, mentir, trampear y, en dos palabras,
De ti aprendió á ser hombre, y de provecho.
Si algo más sabe, débelo á la buena
De doña Ana, patrón de zurcidoras,
Piadosa como Enone, y más chuchera
Que la embaidora Celestina. ¡Oh cuánto
De ella alcanzó! Del Rastro á Maravillas,
Del Alto de San Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda
Á su padrón negado. ¡Cuántos nombres
Y cuáles vido en su librete escritos!
Allí leyó el de Cándida la invicta,
Que nunca se rindió, la que una noche
Venció.
.
Allí el de aquella siete veces virgen,
Más que por esto, insigne por sus robos,

Pues en un mes empobreció al indiano,
Y chupó á un escocés tres mil guineas,
Veinte acciones de Banco y un navío.
Allí aprendió á temer el de Belisa

La venenosa

Y allí también en torpe mescolanza
Vió de mil bellas las ilustres cifras,
Nobles, plebeyas, majas y señoras:
Á las que vió nacer el Pirineo,
Desde Junquera hasta do muere el Miño,
Y á las que el Ebro y Turia dieron fama,
Y el Darro y Betis todos sus encantos;
Á las de rancio y perdurable nombre,
Ilustradas con turca y sombrerillo,
Simón y paje, en cuyo abono sudan
Bandas, veneras, gorras y bastones
Y aun (chito, Arnesto) cuellos y cerquillos,
Y, en fin, á aquellas que en nocturnas zambras,
Al són del cuerno congregadas, dieron
Fama á La Unión.

¡Ah! cuánto allí la cifra de tu nombre
Brillaba, escrita en caracteres de oro,
¡Oh Cloe! Él sólo deslumbrar pudiera
Á nuestro jaque, apenas de las uñas
De su doncella libre. No adornaban
Tu casa entonces, como ogaño, ricas
Telas de Italia ó de Cantón, ni lustros
Venidos del Adriático, ni alfombras,
Sofá otomano ó muebles peregrinos.
Ni la alegraban, de Bolonia al uso,

La simia, el pappagallo, é la spineta.
La salserilla, el sahumador, la esponja,
Cinco sillas de enea, un pobre anafe,
Un bufete, un velón y dos cortinas
Eran todo tu ajuar; y hasta la cama,
Do alzó después tu trono la fortuna,
¡Quién lo diría! entonces era humilde.
Pásote en zancos el hidalgo, y dióte
Á dos por tres la escandalosa suma
Que treinta años de atanes y de ayuno
Costó á su padre. ¡Oh! cuánto tus jubones,
De perlas y oro recamados, cuanto
Tus francachelas y tripudios dieron
En la cazuela, el Prado y los tendidos
De escándalo y envidia! Como el humo
Todo pasó, duró lo que la hijuela.
¡Pobre galán! ¡qué paga tan mezquina
Se dió á tu amor! ¡cuán presto le feriaron
Al último doblón el postrer beso!
Viérasle Arnesto, desolado; vieras
¡Cuál iba humilde á mendigar la gracia
De su perjura, y cuál correspondía
La infiel con carcajadas á su lloro!
No hay medió: le plantó; quedó por puertas.
¡Qué hará? ¡Su alivio buscará en el juego?
¡Bravo! Allí olvida su pesar. Prestóle
Un amigo. ¡Qué amigo! Ya otra nueva
Esperanza le anima. ¡Ah! salió vana.
Marró la cuarta sota: adiós, bolsillo.
Toma un censo, adelante; mas perdióle
Al primer trascartón, y quedó asperges.
No hay ya amor ni amistad. En tan gran cuita

Te esperan; de tu corva cimitarra
Al solo amago caerán rendidos.
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
Los timbres y blasones? ¿De qué sirve
La clase ilustre, una alta descendencia,
Sin la virtud? Los nombres venerados
De Laras, Tellos, Haros y Girones,
¿Qué se hicieron? ¿Qué ingenio ha deslucido
La fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
A quienes fia su defensa el trono?
¿Es esta la nobleza de Castilla?
¿Es este el brazo un día tan temido,
En quien libraba el castellano pueblo
Su libertad? ¡Oh vilipendio! ¡oh siglo!
Faltó el apoyo de las leyes; todo
Se precipita; el más humilde cieno
Fermenta, y brota espíritus altivos,
Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
¿Qué importa? Venga denonada, venga
La humilde plebe en irrupción, y usurpe,
Lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya
Clases ni estados. Si la virtud sola
Les puede ser antemural y escudo,
Todo sin ella acabe y se confunda.

DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE

PROCLAMA DE UN SOLTERON

Á LAS QUE ASPIREN Á SU MANO.

Antes que te cases
Mira lo que haces.

(Proverbio.)

No son todos los maridos
De una suerte bien tratados,
Ni querría más ducados
Que los hay arrepentidos.

CASTILLEJO

Condiciones de las mujeres.

Frescas viuditas, candidas doncellas,
Al veneno de amor busco triaca;
Ya más no quiero ser Perico entre ellas;
A la que guste ofrezco mi casaca. ®
Hoy, si hacen migas nuestras dos estrellas,
Mano por mano, juego á toma y daca.
Niñas, ojo avizor; hoy me remato.
¿Cuál es la que echa el cascabel al gato?

Te esperan; de tu corva cimitarra
Al solo amago caerán rendidos.
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
Los timbres y blasones? ¿De qué sirve
La clase ilustre, una alta descendencia,
Sin la virtud? Los nombres venerados
De Laras, Tellos, Haros y Girones,
¿Qué se hicieron? ¿Qué ingenio ha deslucido
La fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
A quienes fia su defensa el trono?
¿Es esta la nobleza de Castilla?
¿Es este el brazo un día tan temido,
En quien libraba el castellano pueblo
Su libertad? ¡Oh vilipendio! ¡oh siglo!
Faltó el apoyo de las leyes; todo
Se precipita; el más humilde cieno
Fermenta, y brota espíritus altivos,
Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
¿Qué importa? Venga denonada, venga
La humilde plebe en irrupción, y usurpe,
Lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya
Clases ni estados. Si la virtud sola
Les puede ser antemural y escudo,
Todo sin ella acabe y se confunda.

DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE

PROCLAMA DE UN SOLTERON

Á LAS QUE ASPIREN Á SU MANO.

Antes que te cases
Mira lo que haces.

(Proverbio.)

No son todos los maridos
De una suerte bien tratados,
Ni querría más ducados
Que los hay arrepentidos.

CASTILLEJO

Condiciones de las mujeres.

Frescas viuditas, candidas doncellas,
Al veneno de amor busco triaca;
Ya más no quiero ser Perico entre ellas;
A la que guste ofrezco mi casaca. ®
Hoy, si hacen migas nuestras dos estrellas,
Mano por mano, juego á toma y daca.
Niñas, ojo avizor; hoy me remato.
¿Cuál es la que echa el cascabel al gato?

¿Están ustedes muchas? ¡Jesús, cuántas!
Y allí viene un tropel... ¡Vaya! esto es hecho.
¿Será posible con tan lindas plantas
Que yo me quede ogaño de barbecho?
¡Qué coro celestial! Como unas santas
No miran si soy tuerto ó contrahecho.
¿Á flor tan ruin acude tal enjambre?
¿Y dirán que hay mal pan si es buena el hambre?
Pues callen, si es posible, breve rato,
En cuanto aplico mi cabal medida.
Con la que al justo venga me contrato,
Y maridito cuente de por vida.
Si me aprieta, renuncio á tal zapato;
Suelto me lameré. La despedida
Disimule el desaire y no se ofenda,
Que no es para envidiada tal prebenda.
Oigan en rimas á la pata llana
(Y rabie la hermandad del verso grifo),
Porque no quiero en zarzas ver mi lana,
El pacto marital con que me rifo.
Rubia guedeja peinará la rana,
Y antes habrá coplero sin Rengifo,
Que me atrape ninguna, sino hallo
La que voy á pintar. ¿Callan ó callo?
No quiero en fea público cilicio,
Ni en belleza sin par mi quita-sueño;
Antes que necia, venga un maleficio,
Y antes que docta, un toro jarameño.
Lejos de mi, la que se incline al vicio;
Lejos de mi virtud de adusto ceño.
¿Pido peras al olmo? ¿Al sol celajes?
Agora lo veredes, dijo Agrajes.

Yo busco una mujer boca de risa,
Guardosa sin afán, franca con tasa,
Que al honesto festín vaya sin prisa,
Y traiga entera su virtud y gasa;
No sepa si el sultán viste camisa,
Mas sepa reparar las que haya en casa;
Cultive flores, cuide pollas cluecas,
Despunte agujas y jorobe ruecas.

El padre director no la visite,
Ni yo pague la farda en chocolate;
Que rece poco y bien, riñas me evite;
No sea gazmoña ni con ellas trate,
Sólo mentarla toros la espirite;
Primo no tenga, capitán, ni abate;
Probar el vino por salud lo intente;
Pero ¿tomar tabaco? Aunque reviente.

Conozca que sin mí vale la misa,
Que una cosa es marido y otra paje;
Ir pegado á su piel como camisa
Fuera pagar ridículo peaje.
¿A quién no causa menoscipio ó risa
Esposo con honores de bagaje?

Unidos, si señor, mas sin que sea
Ella mi sombra, yo su guarda-mea.
Por quita allá esas pajas no alborote
La casa toda, ni oiga la vecina
Si se pegó el guisado; nadie note
Que habla al pobre marido con bocina;
Dulcinea la busco, no Quijote;
No haga de gallo quien nació gallina.
Ponga el amor á sus vivezas dique,
Sin que á fuerza de amor me crucifique.

La que oye brujas, duende la desvela
Y ve en cada esquinaldo la fantasma;
Que al mal ladrón de miedo enciende vela,
Que al entrar el murciélago se pasma,
Que á cada trueno grita y se las pela,
Aplique á otro tumor su cataplasma.
Vedo en vocablos melindroso dengue,
Como la que al demonio llama el *mengue*.
Dulce no pruebe con goloso dedo,
Ni cace pulgas y ante mi las mate;
De cobarde ratón no finja miedo,
Ni lucio gato mi cariño empate;
Fuera doguito, que si erupta acedo
Cueste más muecas que la rima al vate.
¿No da toda mujer pícaros ratos,
Sin que traiga además perros y gatos?
De que nuestro vecino vaya ó venga
Jamás haga platillo á la ventana;
Ni flatos gaste, ni vapores tenga,
Gimiendo sin cesar rolliza y sana;
Al tocador los siglos no entretenga,
Y no almuerce á las mil de la mañana;
En paz las horas cuéntelas conmigo,
Una de amante, veintitrés de amigo.
De trato señorial, de porte serio,
Procure sin afán la buena fama;
Huya el descoco y aire de misterio,
Sepa de burlas, odie la soflama,
No haga la niña, no hable con imperio,
Y no viva en la calle ni en la cama,
Ni la moda poniendo por escudo,
Nadie estudie en sus carnes el desnudo.

Sólo en pensarlo pierdo los estribos.
¿Cuándo doncella ó recatada esposa
Se vieron en España en cueros vivos?
¡Oh, siglos! ¡Oh, costumbres!... Quejumbrosa
Musa, ¡chitón! Los tiempos primitivos
Goza mi patria (¡presunción gloriosa!)
Del feliz paraíso, dando pruebas
De ser todos Adanes, todas Evas.

Digo, volviendo al destripado cuento,
Que mi futura y muy señora mía
Ni ha de hacer de mi hogar triste convento,
Ni casa con resabios de behetría.
Mano á mano con ella yo contento,
Ella gozosa en dulce compañía,
Mudo silencio no me dé modorra,
Ni vértigos mujer fondo en cotorra.

Cuando por dicha caro fruto tenga,
Corra á mi cargo señalar compadre;
Con *hijo mio* no me empiece arenga,
Ni exija que á mi suegra llame madre;
No porque tarde pocas noches venga,
En falsete ó tenor me gruñía ó ladre.
Niña que luzca su procaz bolero,
Ni chico fabulista no los quiero.

No espere que yo sufra en su embarazo
De anteojos la ridícula cadena;
Joya del viejo, del galán abrazo,
Trayendo á casa cuanto ve en la ajena.
¿No es una gracia que hasta el fin del plazo,
El marido simplón, ánima en pena,
Sustos temiendo, flujos y traspieses,
Esté el sandío de parto nueve meses?

Ni la sucia costumbre asaz frecuente
De cenar en la cama arrellanada,
Y mientras males al marido miente,
Reprueba el guiso, riñe á la criada,
Y ensarta ave-marias juntamente,
Todo al compás de grave cabezada;
Pues glotona, devota, floja y bronca,
Masca á un tiempo, murmura, reza y ronca.
¿Y qué diré de la que á trochemoche
De su gran dote sin cesar blasona,
Rompe galas sin fin, vive en el coche,
Luciendo en todas partes su persona;
De visita en función mañana y noche,
Locuras con locuras eslabona,
Derrochando sin término ni cuenta,
Y porque trajo seis, gasta sesenta?
No en mis días sufrir la extravagancia
De que falsa española se me engringue;
Que hasta el pan y turrón quiera de Francia;
Que con París me muele y me jeringue,
Y á flaca bolsa chupe la substancia
El modista francés monsieur La-Pringue.
Seda de Murcia, paño de Segovia,
Mantel gallego... ¿No? Pues vade novia.
Marimacho no luzca en un caballo
En su rollizo muslo pantalones;
De ningún tribunal me explique fallo,
Ni por sólo intrigar suba escalones,
Ni de escribir sus dedos crien callo
Por tener hasta en China conexiones,
Pues más quisiera al mes un galanteo
Que no oírle exclamar: ¡Juan, qué correo!

Zurcir á cada paso un ya... ¿me explico?
Con que... Pues... ¿eh? mi sufrimiento abisma.
¿Y aquel en horas no cerrar el pico
Por cada duelo, que renueva un cisma?
¿Y aquel dale que dale al abanico
En visita? ¿con quién? ¿consigo misma?
¿Y el no soltar espejo ó cornucopia,
Jamás harta de ver su imagen propia?
No mi mujer visite á todo el mundo
De sangre azul por ser de sangre goda.
¡Pobre de mí surcando el mar profundo!
Que vino... que se va... que se acomoda.
¡Yo correr noche y día furibundo,
Pésame tras festín, duelo tras boda!
¡Yo malgastar al año mil pesetas
En renovar diez veces las tarjetas!
No sufro... dije poco: yo abomino
De naipes en mujer el gusto ciego,
Y en el monte, malilla ó reversino
Ver fundir mi caudal á lento juego.
¿Lento? ¡ya, ya! ¡Gracioso desatino!
No es sino acometerle á sangre y fuego,
Como antaño Leonor la mojígata,
Que jugó su berlina y volvió á pata.
Pierde; ¿y qué? ¿Nada más? Iras y enojos
Vomita en casa, despechada y ciega;
Rayos escupen sus airados ojos;
¡Triste el criado que á su encuentro llega!
Son de su fatua cólera despojos
Cintas, flores, airón: con todos pega;
Sobre el lecho vestida se derroca,
Rayos lanzando su blasfema boca.

Trague la mar la falsa y zalamera,
Que dice relamida: «Esposo mío,
¿Ves aquel nubarrón? No salgas fuera,
Guarda la cama mientras quiebra el frío.
¡Pluguiese al cielo que por ti tosiera!
No más Prado, mi bien; ya cae rocío,»
Y de envidia se come y se remuerde
Si al paso encuentra una viudita verde.
Lejos de mí la dueña publicista,
Hecha edecán con faldas del dios Marte,
Que de Alejandro explica la conquista,
Marchas, vados, botín, parte por parte;
No pierda simulacro ni revista;
En batalla campal con Bonaparte,
Sueña que de un revés le deja cojo,
Y del golpe al marido vacía un ojo.
Contempla el pobre tuerto á su heroína
En vuelta siempre en mapas y gacetas,
Y el Juan Lanas se dice: ¡Alma mezquina!
¿Cuándo tendrán su vez rotas calcetas?
¿Cuándo dará una vuelta á la cocina?
¿Visto ni como bombas ni saetas?
¿Hay desgracia mayor, más triste estado
Que estar con Montecúculi casado?
¡Mala landre devore á patizamba,
Y amén de chata tiesa y linajuda!
Porque tuvo un abuelo butibamba,
En su obsequio el esposo en vano suda.
Encarece los tiempos del rey Wamba,
Manda severa y habla campanuda,
Y ni advertencias ni labor consiente
En honra y gloria del señor pariente.

«Sébase, dice, que mi quinto abuelo
Fué copero mayor del rey Perico,
Y en memoria tres cubas y un majuelo
Tengo en mi escudo, y por cimera un mico.
Adórnanle dos mitras y un capelo...»
Basta, basta; de alcuñias no me pico;
Fórrese en sus diplomas y blasones,
Y cómanla con ellos los ratones.
Tampoco sabihonda: ¡Dios me guarde!
Asco dá la mujer sobre un *in-folio*.
La que á Plauto comenta y hace alarde
De ilustrar á Terencio en un escolio;
La que cita á Nason mañana y tarde,
Apostillando á Grevio y á Nizolio,
Vaya, si gusta, con Ovidio al Ponto
Y busque entre los getas algún tonto.
¿Dómine por mujer? ¡Purista? ¡Cuerno!
¿Qué tilde escapa de sus uñas horro?
¡Armar un zipizape sempiterno
Porque en lugar de gorra dije gorrol
O bien por que escribí sin *h* invierno
Verme tratar de bárbaro y de porro,
Y dar la casa y la quietud al diablo,
¡Por qué? ¡Crimen atroz! ¡Por un vocablo!
Otro sí, traductoras abrenuncio;
Harto habla una mujer sin diccionarios,
De caletre infeliz pícaro anuncio
Es llenar de sandeces los diarios.
De Jansenio y Molinos trate el Nuncio,
De hierbas y jarabes boticarios,
Los pilotos del viento y de la luna...
¿Qué toca á la mujer? Mecer su cuna.

¿De nada ha de hacer gala? Sí: de juicio.
¿No ha de tomar noticias? De sus eras.
¿Jamás ha de leer? No por oficio.
¿No podrá disputar? Nunca de veras.
¿No es virtud el valor? En ellas vicio.
¿Cuáles son sus faenas? Las caseras;
Que no hay manjar que cause más empacho
Que mujer transformada en marimacho.
¡Voto á bríos! Lo mejor se me olvidaba,
La sal del huevo, la esencial receta.
Primero unido con astrosa esclava
De medio palmo de atezada geta;
Antes marido de una infame Cava
Y al remo vil de bárbara goleta,
Que sufrir en mujer ni en cosa mía
La nueva secta de *sensiblería*.
¿Sus desmayos pintar? ¡Ocioso anhelo!
Pues no lo hiciera ni el pincel de Goya.
¿Matan pollo ó pichón? ¡Válgame el cielo!
Baja el soponcio al punto por tramoya.
¿Se vá Paquita? ¡Toma Juana el velo?
¿Se murió el colorín? aquí fué Troya;
Ya le dió el patatús: ¡San Timoteo!
¿Qué gestos, qué bregar, qué pataleo!
Mas, ¡hola! ¿Dónde están? ¡Y mi auditorio?
Ni una avispa quedó del avispero.
¿Ni una siquiera? Más que un locutorio
Habla esta soledad. ¡Bodorrió huero!
Convirtiósse en viudez mi desposorio;
No hay esperanzas; me quedé soltero.
¡Suceso extraño! ¡Cosa nunca oída!
Primer sermón sin hembra no dormida.

Adiós, amigos; próspero viaje;
Mi paz huyera de teneros cerca.
Más quiero en pobre ermita mi hospedaje
Que vivir con mujer voluble, terca,
Locuaz, sosa, gazmoña, abencerraje,
Fisgona, ruda, necia, altiva, puerca,
Falsa, golosa, y... basta, musa mía:
¿Cómo apurar tan larga letanía?
Quédense, que ya es tarde, en el tintero
La que al de Padua lo zambulle al pozo,
La que jalbega el arrugado cuero,
La que con vidrio y pez se rapa el bozo,
La que trece no sienta á su puchero,
La que al rosario tomá cuenta al mozo,
La que reza en latín sin saber jota,
O hace de linda siendo una marmota.
La que escudriña toda ajena casta,
La que come carbón y cal merienda,
La que el habano fuma y rejón gasta,
La que de rifa en rifa lleva prenda,
La que en reir es agua por canasta,
La que no compra y va de tienda en tienda,
La que cura los males por ensalmo
Y siembra chismes mil en medio palmo.
La que al marido más que el mozo sisa,
La que engulle sin él, con él no cena,
La que siempre sentada está deprisa,
La que sale á semana por novena,
La que atranca á pillar la última misa,
La que lleva en la bolsa una alacena,
La que escabecha el pelo por la noche
Y se charola el rostro como un coche.

Mas ¿quién el guapo que á contar se atreve
Sus gracias todas? Con menor faena
Dirá las gotas que un invierno llueve,
Y del cerúleo mar la rubia arena.
Confieso, porque el diablo no me lleve,
Que es un ángel mujer que sale buena.
Así el cielo de allá me la enviara
De veinte abriles y donosa cara.

DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

A CLAUDIO

EL FILOSOFASTRO

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan solo es importuno,
Presumido, embrollón, sino que á tantas
Gracias añade lo de ser goloso,
Más que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuántas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedi al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida,
Del rústico gallego que me sirve,
Aucha bandeja con tazón chino
Rebosando de hirviente chocolate
(A tres pajes hambrientos y golosos
Ración cumplida) y en cristal luciente
Agua que serenó barro de Andújar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,

Que toda absorben la poción suave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedía,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló: diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin en ronca voz: «¡Oh, edad nefanda!
¡Vicios abominables! ¡Oh, costumbres!
¡Oh, corrupción!» exclama; y de camino
Dos tortas se tragó. ¡Qué á tanto llegue
Nuestra depravación, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
Á la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente;
Y para que más grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,

Que en África compró, simple y desnudo.
¡Oh, qué abominación! Dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo canjilón quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa también, de mármol eres;
Que es mucha erudición, celo muy puro,
Mucho prurito de censura estóica
El de mi huésped; y este celo, y esta
Comezón docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Mas difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, más innovadores,
Pero mejores no. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay picarón tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la Puerta del Sol, y allí gobierne
Los estados del mundo, las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Próculo que se viste, calza y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Nevio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene, ni vigor, y nace
La corrupción de aquí. Zenón, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se condeule

De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo... Claudio, todos
Predican ya virtud como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora.
Dichoso aquel que la practica y calla.

EPÍSTOLA

*A D. Simón Rodrigo Laso, Rector del Colegio
de San Clemente de Bolonia.*

Laso, el instante que llamamos vida,
¿Es poco breve, di, que el hombre deba
Su fin apresurar? Ó los que al mundo
Naturaleza dió males crueles
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen
Con que aspiramos á acrecer la suma?
¿Ves afanarse en modos mil buscando
Riqueza, fama, autoridad y honores,
La humana multitud ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la Deidad con atrevidos
Votos no canse, y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
De rudos troncos, al robusto alcázar

De los tiranos donde suena el bronce,
Infelices se llaman. ¡Ay!, y acaso
Todos lo son: que de un afecto en otro,
De una esperanza y otra y mil creídos,
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.
Así buscando el navegante asturo
La playa austral que en vano solicita,
Si ve, muriendo el sol, nube distante,
Allá dirige las hinchadas lonas.
Su error conoce al fin; pero distingue
Monte de hielo entre la niebla oscura,
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;
Hasta que horrible tempestad le cerca,
Braman las ondas, y aquilón sañudo
El frágil leño en remolinos hunde,
Ó yerto escollo de coral le rompe.
La paz del corazón, única y sola
Delicia del mortal, no la consigue,
Sin que el furor de su ambición reprima,
Sin que del vicio la coyunda logre
Intrepido romper. Ni hallarle espere
En la estrechez de sórdida pobreza,
Que las pálidas fiebres acompañan,
La desesperación y los delitos,
Ni los metales que á mi rey tributa
Lima opulenta poseyendo. El vulgo
Vano, sin luz, de la fortuna adora
El ídolo engañoso: la prudente
Moderación, es la virtud del sabio.
Feliz aquél que en áurea medianía,
Ambos extremos evitando, abraza
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno

Su paz turbó, ni de insolente orgullo
Las iras teme, ni el favor procura:
Suena en su labio la verdad, detesta
El vicio, aunque del orbe el cetro empuñe,
Y envilecida multitud le adore.
Libre, inocente, obscuro, alegre vive,
Á nadie superior, de nadie esclavo.
Pero, ¿cuál frenesí la mente ocupa
Del hombre, y llena su existencia breve
De angustias y dolor? Tú, si en las horas
De largo estudio el corazón humano
Supiste conocer, ó en los famosos
Palacios donde la opulencia habita,
La astucia y corrupción, ¿hallaste alguno
De los que el aura del favor sustenta,
Y martiriza áspera sed de imperio,
Que un placer guste, que una vez descanse?
¿Y cómo burla su esperanza, y postra
La suerte su ambición! Los sube en alto,
Para que al suelo, con mayor ruina
Se precipiten. Como en noche oscura
Centella artificial los aires rompe,
La plebe admira el esplendor mentido
De su rápida luz: retumba y muere.
¿Ves adornado con diamantes y oro,
De vestiduras séricas cubierto,
Y púrpuras del Sur que arrastra y pisa,
Al poderoso audaz? ¿La numerosa
Turba no ves que le saluda humilde,
Ocupando los pórticos sonoros
De la fábrica inmensa, que olvidado
De morir, ya decrepito levanta?

¡Ay!, no le envidies, que en su pecho anidan
Tristes afanes. La brillante pompa,
Esclavitud magnífica, los humos
De adulación servil, las militares
Puntas que en torno á defenderle asisten,
Ni los tesoros que avariento oculta,
Ni cien provincias á su ley sujetas,
Alivio le darán. Y en vano al sueño
Invoca en pavorosa y luenga noche;
Busca reposo en vano, y por las altas
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.
¡Oh, tú, del Arlas vagaroso humilde
Orilla, rica de la mies de Ceres,
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado
Que pasta mudo el ganadillo errante,
Aspero monte, opaca selva y frial!
¿Cuándo será, que habitador dichoso
De cómodo, rural, pequeño albergue,
Templo de la Amistad y de las Musas,
Al cielo grato y á los hombres, vea
En deliciosa paz los años míos
Volar fugaces? Parca mesa, ameno
Jardín, de frutos abundante y flores
Que yo cultivaré, sonoras aguas
Que de la altura al valle se deslicen,
Y lentas formen transparente lago
Á los cisnes de Venus, escondida
Gruta de musgo y de laurel cubierta,
Aves canoras, revolando alegres
Y libres como yo, rumor suave
Que en torno zumbe del panal hibleo,
Y leves auras espirando olores:

Esto á mi corazón le basta... Y cuando
Llegue el silencio de la noche eterna,
Descansaré, sombra feliz, si algunas
Lagrimas tristes mi sepulcro bañan.

ELEGIA A LAS MUSAS

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres, que algún día
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya como la edad ligera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al numen.
Sé que negáis vuestro favor divino
Á la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas del verde Pindo habitadoras,
No me neguéis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un día,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
Á prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente,
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambición, la patria mía

Abandonaron á civil discordia.
Yo vi del polvo levantarse audaces
Á dominar y perecer tiranos;
Atropellarse efimeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Vi las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Ímpetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desorden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia,
Que al vicario de Cristo da sepulcro.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad; bramó iracundo
El huracán, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz; la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos;
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas;
No más trinos de amor. Así agitaron

Los tardos años mi existencia, y pudo
Sólo en región extraña el oprimido
Animo hallar dulce descanso y vida.
Breve será, que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
Á mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella. Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA

LA DESPEDIDA DE SILVIA

Ya llegó el instante fiero,
Silvia, de mi despedida,
Pues ya anuncia mi partida
Con estrépito el cañón;
A darte el adiós postrero
Llega ya tu tierno amante,
Lleno de llanto el semblante
Y de angustia el corazón.
Llega tú, objeto divino,
Tiéndeme los brazos bellos;
Que si logro yo que en ellos
Dulce acogida me des,
No conseguirá el destino
El golpe que quiere darme,
Porque antes de separarme
Me verá muerto á tus pies.
¡Oh! si las pasiones nuestras
Fueran de igual violencia,
El dolor de nuestra ausencia
Se partiera entre los dos;

Los tardos años mi existencia, y pudo
Sólo en región extraña el oprimido
Animo hallar dulce descanso y vida.
Breve será, que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
Á mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella. Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA

LA DESPEDIDA DE SILVIA

Ya llegó el instante fiero,
Silvia, de mi despedida,
Pues ya anuncia mi partida
Con estrépito el cañón;
A darte el adiós postrero
Llega ya tu tierno amante,
Lleno de llanto el semblante
Y de angustia el corazón.
Llega tú, objeto divino,
Tiéndeme los brazos bellos;
Que si logro yo que en ellos
Dulce acogida me des,
No conseguirá el destino
El golpe que quiere darme,
Porque antes de separarme
Me verá muerto á tus pies.
¡Oh! si las pasiones nuestras
Fueran de igual violencia,
El dolor de nuestra ausencia
Se partiera entre los dos;

Mas tú un semblante me muestras
Indiferente ó contento,
Cuando yo no tengo aliento
Ni aun para decirte adiós.

Murmurando un manso río
Baña el prado con sosiego,
Y por fruto de su riego
Bellas flores ve brotar;
Tú en silencio, llanto mío,
Mi afligido pecho bañas,
Y de Silvia las entrañas
No consigues ablandar.

Mas ¿qué dices, Silvia mía,
Con ese tierno suspiro?
¿Por qué entre lágrimas miro
Tus ojos resplandecer,
Cual nube que en claro día
Opuesta al sol se deshace,
Y el sol con sus rayos hace
Brillar el agua al caer?

¿En mí los lánguidos ojos
Fijas con tanta ternura?
¿Sin faltarle la hermosura
Falta á tu rostro el color?
¿Vas á abrir los labios rojos,
Y el sentimiento los sella?
¿Que en tí haya de ser tan bella
Aún la imagen del dolor!

¡Insensato! yo pensaba
Que la amarga pena mía
Algún alivio tendría
Si tú penaras también:

Al error que me engañaba
Concede Silvia el perdón;
Ya siento más tu aflicción
Que antes sentí tu desdén.

Bien mío, por Dios te ruego,
Serena el triste quebranto;
No vale tan bello llanto
Cuanto el mundo encierra en sí.
Pasen por tí con sosiego
De amor las horas serenas,
Y aquellas de angustia llenas
Que se detengan en mí;

En mí, miserable y triste,
Por el cielo destinado
Para soportar del hado
La bárbara crueldad;
No en tí, que hermosa naciste,
Llena de un poder divino,
Para tener el destino
Sujeto á tu voluntad.

Por él tendrás el consuelo,
Mientras que mi ausencia llores,
De encontrar mil amadores
Más de tu gusto que yo.
Otro á quien dispense el cielo
La fortuna de agradarte;
Pero otro que sepa amarte
Como yo te amo, eso no!

No me enamoró tu trato,
Ni tu semblante perfecto,
Sino un simpático afecto
Que tal vez nació con él.

Yo me figuré un retrato
De las gracias verdaderas,
Y conocí que tú eras
El original de aquél.

No suele, en tierra caído,
Tan turbado é indeciso
Á un relámpago imprevisto
El caminante quedar,
Como yo de amor perdido
Al mirar tu bello rostro,
Pues luego á tus pies me postro
Y te adoro á mi pesar.

Mas yo parto... ¡ay Dios! mis penas
En la explicación no caben;
Los cielos solos las saben,
Que el fondo del alma ven,
Y vieron las horas llenas
De deliciosos recreos
Que colmaron mis deseos
En los brazos de mi bien...

Ya las aguas blandamente
Mueve afable ventolina,
Y de la gente marina
Se oye la confusa voz;
Ya del ancla el corvo diente
Del fondo tenaz retiran:
Todos á darme conspiran
Una muerte más veloz.

Ya con planta vacilante
Piso la débil barquilla,
Pronta á abandonar la orilla
Y llevarme al gran bajel.

Silvia, á tu infeliz amante,
En los últimos momentos,
¡Qué funestos pensamientos
No le asaltan en tropel!

Conozco el dulce desquite
Con que pagas mis ternezas,
Se me acuerdan tus finezas,
Tu cariño bien lo sé:
No hay prueba que no acredite
Tu pasión en mi presencia;
Pero ¡quién sabe en la ausencia
Si sabrás guardarme fe?

Ese atractivo divino,
De mi sumo bien origen,
Tal vez los hados lo eligen,
Por principio de mi mal;
Y mientras yo, ausente y fino,
Mi perdida prenda lloro,
Los encantos que yo adoro
Gozará un feliz rival.

No, mi bien; no, gloria mía.
¡Oh! no se lleven los vientos
Esos tiernos juramentos
Que el universo envidió:
«Venzamos la tiranía
Del tiempo y de la distancia
Con la invariable constancia
Del lazo que nos unió».

Al salir el sol brillante,
Al poner sus luces bellas,
Al nacer luna y estrellas,
Estaré pensando en tí:

No me apartaré un instante
De esta idea encantadora;
Y tú, entre tanto, traidora,
Ni te acordarás de mí.

A solas mi pensamiento,
Engolfado en esos mares,
Repasará los lugares
Donde contigo me vi:
Entonces mi sentimiento
Hará sensibles los broncez;
Tú, más que ellos dura, entonces
Ni aun te acordarás de mí.

Aquí vi sus perfecciones,
Allá la juré mi dueño,
Allí con labio halagüeño
Me dió el venturoso sí.
Tal vez estas reflexiones
Harán que el dolor me acabe;
Y tú entre tanto, quién sabe
Si te acordarás de mí!

Llamaré instante de gloria
Aquel en que vi tu gracia,
Y origen de mi desgracia
El punto en que la perdí:
Mil veces esta memoria
Me hará renovar el llanto;
Y tú, quién sabe entre tanto
Si te acordarás de mí!

Cuando sólo se estén viendo
En el cielo las señales
Con que asusta á los mortales
El supremo Criador,

Oigase el tronar horrendo
En las cavernas más hondas,
Y del mar las turbias ondas
Se levanten con furor;

Cuando impelido del Noto,
El soberbio mar Tirreno
Quiera desde su hondo seno
Las estrellas asaltar,
Y emplee el triste piloto
En vez de la ciencia el ruego,
Viendo ser su nave el juego
De la cólera del mar;

Entre los roncos clamores
De gente que atribulada
Ante sus ojos la espada
De la muerte ve lucir,
Yo haré que de mis amores
Tan negro horror se despida,
Y ¡adiós, Silvia de mi vida!
Se oirá en los vientos gemir.

HIMNO DE LA VICTORIA

CORO

¡Venid vencedores,
Columnas de honor!
La patria os dé el premio
De tanto valor.

Tomad los laureles
Que habéis merecido,

Los que os han rendido
Moncey y Dupont;
Vosotros, que fieles
Habéis acudido
Al primer gemido
De nuestra opresión.
Venganza os llamaba
De sangre inocente;
Alzásteis la frente
Que jamás temió;
Y al veros los dueños
De tantas conquistas,
Huyen como aristas
Que el viento arrolló.
Vos de una mirada
Que echásteis al cielo,
Parásteis el vuelo
Del águila audaz;
Y al polvo arrojásteis
Con iras bizarras,
Las alas y garras
Del ave rapaz.
Llegad ya, provincias,
Que valéis naciones,
Ya vuestros pendones
Deslumbran al sol;
Pálido el tirano
Tiembra y sus legiones
Muerden los terrones
Del suelo español.
Son á vuestras plantas
Alfombra serena,

Laureles de Jena
Palmas de Austerlitz;
Son cantos de gloria
Volver los cautivos
Sus gritos altivos
En llanto infeliz.
¡Oh, qué hermosos vienen!
¡Su porte cuán fiero!
¡Cuál brilla el acero!
¡Cuál cruje el arnés!
Estos son guerreros
Valientes y bravos,
Y no los esclavos
Del yugo francés.
Gloria, ¡oh flor del Betis!
Que habéis bien probado
El brio heredado
Del suelo natal;
Que allí sin cultivo
Crece y se levanta
Del triunfo la planta,
La oliva inmortal.
Funesto es el día,
Francés orgulloso,
Y el campo ominoso
Que pisas, también;
La sombra de Alfonso
Con iras más bravas,
Su gloria en las Navas
Defiende en Bailén.
Salve, honor del Turia,
De Marte centellas,

Pues vivos como ellas
Al triunfo voláis;
La hueste enemiga
Rompéis imprevistos,
Y apenas sois vistos
Victoria cantáis.

Gloria ¡oh, valerosos
Del solar manchego!
¡Oh, cuán bello riego
Dais á vuestra mies!
Los surcos se vuelven
Sepulcro á tiranos;
Sangrientos los granos
Se mecen después.

Y en tanto en el Ebro
Los pechos son muros
Que atienden seguros
Morir ó vencer;
Siempre el sol los halla
Lidiando con gloria;
Siempre con victoria
Los deja al caer.

¡Oh, cuán claros veo
Brillar en sus ojos
Los fieros enojos
Que van á vengar!
¡Oh cuánto trofeo
Que ganó su espada
Verá consolada
La patria en su altar!
¡Oh patria, respira
De males prolijos;

Descansa en los hijos
Que el cielo te dió!
Ni temas que el arte
Falte á su fortuna;
Soldados la cuna
Naciendo los vió.

Ya vengada, sólo
Libertad y gloria
Dejará en memoria
Tu agravio en Madrid:
Tiempo es ya que altiva
La frente levantes,
Pues llegan triunfantes
Los hijos del Cid.

Ninfas, vengan lauros
Frescos, verdes, bellos;
Enjugad con ellos
Tan noble sudor:
Ni olvidéis la oliva,
Que es planta gloriosa;
Ni aun alguna rosa
Que os brinde el amor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

Á ESPAÑA

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE MARZO

¿Qué era, decidme, la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino?
Volábase á occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Doquiera España; en elpreciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del África, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano;
La tierra sus mineros le rendía,
Sus perlas y coral, el Océano,
Y donde quier que revolver sus olas
Él intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada á la insolencia aiena,
Como esclava en mercado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas! ¡oh, Dios! Su aliento impuro,
La pestilente fiebre respirando,
Infestó el aire, emponzoñó la vida;
La hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó; tres veces
De Jano el templo abrimos,
Y á la trompa de Marte aliento dimos;
Tres veces, ¡ay! Los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.
¡Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, oh, Iberia?
¡Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto?
Así, rota la vela, abierto el lado,
Pobre bajel á naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado,
Por los yermos del mar; ya ni en su popa
Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento
La flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero,
Ahogó su vocerío
El ronco marinero,
Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frío;

Y él va á estrellarse al áspero bajío.
Llega el momento, en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al occidente,
Y fiero exclama: «El occidente es mío».
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno obscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan;
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas. ¡Oh, vergüenza! ¡Acaso
Pensáis que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estiméis: grillos, esposas,
Cadenas son que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.
Estremeciöse España
Del indigno rumor que cerca oía,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcán que en su interior hervía.
Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden;
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden:
¡Venganza! ¡Dónde están, sagrado río,
Los colosos de oprobio y de vergüenza
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;
Y tú, orgulloso y fiero,
Viendo que aun hay Castilla y castellanos,

Precipitas al mar tus rubias ondas,
Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»
¡Oh, triunfo! ¡Oh, gloria! ¡Oh, celestial mo-
mento!
¿Con que puede ya dar el labio mío
El nombre augusto de la patria al viento?
Yo le daré; mas no en el arpa de oro
Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí; no aprisionado
En estrecho recinto, en que se apoca
El numen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo,
Y al aire abierto á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfría,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en derredor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Único asilo y sacrosanto escudo
Al impetu sañudo
Del fiero Atila que á occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis
Ved del Tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada,
Y allá sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros gigantes.
En torvo ceño y desdeñosa pena

Ved cómo cruzan por los aires vanos;
Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frías,
En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!»
¡Pues qué! ¿Con faz serena
Viérais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambición ajena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento
Llegó ya de arrojarse á la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran día
El altar de la patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte.
Juradlo, ella os lo manda: *¡Antes la muerte
Que consentir jamás ningún tirano!*
Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro también, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza;
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastación en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré, espirando,
A encontrar nuestros inclitos mayores?
«¡Salud, oh, padres, de la patria mía!
¡Yo les diré, salud! La heroica España
De entre el estrago universal y horrores

Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blasón divino.»

AL ARMAMENTO

DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS
CONTRA LOS FRANCESES

«Eterna ley del mundo aquesta sea:
En pueblos ó cobardes ó estragados
Que rueda á su placer la tiranía;
Mas si su atroz porfia
Osa insultar á pechos generosos
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,
Estréllese al instante,
Y de su ruina brote el escarmiento».
Dijo así Dios: con letras de diamante
Su dedo augusto lo escribió en el cielo,
Y en torrentes de sangre á la venganza
Mandó después que lo anunciase al suelo.
Hoy lo vuelve á anunciar. En justa pena
De tu vicioso y mísero abandono
En tí su horrible trono
Sentó el númen del mal, Francia culpable;
Y sacudiendo el cetro abominable,
Cuanto sus ojos ven, tanto aniquila.
El genio atroz del insensato Atila,
Las furias que el mortífero estandarte
Llevaban de Timur, mandan al lado
De tu feroz sultán: ellas le inspiran,

Y ya en su orgullo á esclavizar se atreve
Cuanto hay del mar de Italia á los desiertos,
Faltos siempre de vida y siempre yertos,
Do reina el polo engendrador de nieve.

Llega, España, tu vez; al cautiverio
Con nefario artificio
Tus príncipes arrastra, y en su mano
Las riendas de tu imperio
Logró tener y se ostentó tirano.
Ya manda, ya devasta; sus soldados
Obedeciendo en torpe vasallaje
Al planeta de muerte que los guía,
Trocaron en horror el hospedaje,
Y la amistad en servidumbre impía.
¿Á dónde pues huyeron,
Pregunta el orbe estremecido, á dónde
La santa paz, la noble confianza
La no violada fe? Vanas deidades,
Que sólo ya los débiles imploran.
Europa sabe, de escarmiento llena
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
Esos atroces vándalos del Sena.

Pues bien, la fuerza mande, ella decida:
Nadie incline á esta gente fementida
Por temor pusilánime la frente;
Que nunca el alevoso fué valiente.
Alto y feroz rugido
La sed de guerra y la sangrienta saña
Anuncia del león; con bronco acento
Ensordeciendo el eco en la montaña,
Á devorar su presa
Las águilas se arrojan por el viento.

Sola la sierpe vil, la sierpe ingrata
Al descuidado seno que la abriga
Callada llega y ponzoñosa mata.
Las víboras de Alcides
Son las que asaltan la dorada cuna
De tu felicidad. Despierta, España,
Despierta, ¡hay Dios! Y tus robustos brazos,
Haciéndolas pedazos
Y esparciendo sus miembros por la tierra,
Ostenten el esfuerzo incontrastable
Que en tu naciente libertad se encierra.

Ya se acerca zumbando
El eco grande del clamor guerrero,
Hijo de indignación y de osadía.
Asturias fué quien le arrojó primero.
¡Honor al pueblo astur! Allí debía
Primero resonar. Con igual furia
Se alza, y se extiende á donde en fértil riego
Del Ebro caudaloso y dulce Turia
Las claras ondas abundancia brotan;
Y como en selvas estallante fuego
Cuando las alas de Aquilón le azotan,
Que de pronto á calmar ni vuelto en lluvia
Júpiter basta, ni los anchos ríos
Que oponen su creciente á sus furioses,
Los ecos libradores
Vuelan, cruzan, encienden
Los campos olivíferos del Bétis,
Y de la playa Cántabra hasta Cádiz
El seno azul de la agitada Tétis.

Álzase España, en fin; con faz airada
Hace á Marte señal, y el Dios horrendo

Despeña en ella su crujiente carro;
Al espantoso estruendo,
Al revolver de su terrible espada,
Lejos de estremecerse, arde y se agita
Y vuela en pos el español bizarro.
«¡Fuera tiranos!» grita
La muchedumbre inmensa. ¡Oh voz sublime,
Eco de vida, manantial de gloria!
Esos ministros de ambición ajena
No te escucharon, no, cuando triunfaban
Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena;
Aquí te oirán y alcanzarás victoria;
Aquí te oirán saliendo
De pechos esforzados, varoniles;
Y la distancia medirán, gimiendo,
Que de hombres hay á mercenarios viles.
Fuego noble y sublime, ¿á quién no alcanzas?
Lágrimas de dolor vierte el anciano
Porque su débil mano
El acero á blandir ya no es bastante;
Lágrimas vierte el ternezuelo infante;
Y vosotras también, madres, esposas,
Tiernas amantes, ¿qué furor os lleva
En medio de esas huestes sanguinosas?
Otra lucha, otro afán, otros enojos
Guardó el destino á vuestros miembros bellos,
Deben arder en vuestros negros ojos.
«¿Queréis, responden, darnos por despojos,
A esos verdugos? No: con pecho fuerte
Lidiando á vuestro lado,
También sabremos arrostrar la muerte.
Nosotras vuestra sangre atajaremos;

Nosotras dulce galardón seremos
Cuando, de lauro y de floridos lazos
La vencedora frente coronada,
Reposo halléis en nuestros tiernos brazos».
¿Y tú callas, Madrid? Tú, la señora
De cien provincias, que cual ley suprema
Adoraban tu voz, ¿callas ahora?
¿Á dónde están el cetro, la diadema,
La augusta majestad que te adornaba?
«No hay majestad para quien vive esclava;
Ya la espada homicida
En mí sus filos ensayó primero.
Allí cayó mi juventud sin vida:
Yo, atada al yugo bárbaro de acero,
Exánime suspiro,
Y aire de muerte y de opresión respiro».
¡Ah! respira más bien aura de gloria,
¡Oh corona de Iberia! Alza la frente,
Tiende la vista; en iris de bonanza
Se torna al fin la tempestad sombría.
¿No oyes por el Oriente y Mediodía
De guerra y de matanza
Resonar el clamor? Arde la lucha,
Retumba el bronce, los valientes caen,
Y el campo, de humior rojo hecho ya un lago,
Descubre al mundo el espantoso estrago.
Así sus llanos fértiles Valencia
Ostenta; así Bailén, así Moncayo;
Y es fama que las víctimas de Mayo
Lívidas por el aire aparecían;
Que á su alarido horrendo
Las francesas falanjes se aterraban;

Y ellas, su sangre con placer bebiendo,
El ansia de venganza al fin saciaban.

Genios que acompañáis á la victoria,
Volad, y aperebid en vuestras manos
Lauros de Salamina y de Platea,

Que crecen cuando lloran los tiranos.

De ellos ceñido el vencedor se vea

Al acercarse al capitolio ibero.

Ya llega, ¿no le véis? Astro parece

En su carro triunfal, mucho más claro

Que tras tormenta el sol. Barred las calles

De ese terror que las yermaba un día;

Que el júbilo las pueble y la alegría;

Los altos coronad, henchid los valles,

Y en vuestra boca el apacible acento,

Y en vuestras manos tremolando el lino,

«Salve, exclamad, libertador divino,

Salve», y que en ecos mil lo diga el viento,

Y suba resonando al firmamento.

Suba, y España mande á sus leones

Volar rugiendo al alto Pirineo,

Y allí alzar el espléndido trofeo,

Que diga: «Libertad á las naciones».

Tal es, ¡oh, pueblo grande! ¡oh, pueblo fuerte!

El premio que la suerte

A tu valor magnánimo destina.

Así resiste la robusta encina

Al temporal: arrójanse silbando

Los fieros huracanes,

En su espantoso vértigo llevando

Desolación y ruina: ella resiste.

Crece el furor, redoblan su pujanza,

Braman, y tiembla en rededor la esfera.

¿Qué importa que á la verde cabellera

Este ramo y aquel falte, arrancado

Del impetu del viento, y luego muera?

Ella resiste; la soberbia cima

Más hermosa al Olimpo al fin levanta,

Y entre tanto meciéndose en sus hojas,

Céfiro alegre la victoria canta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
DON JUAN NICASIO GALLEGO

EL DOS DE MAYO

Animus meminisse horret luctuque refugit.
VIRG. ÆN.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
En tu silencio pavoroso gime,
No desdeñes mi voz: letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo día
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mía,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
Al pálido lucir de opaca luna,

— 327 —

Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el león guerrero
Lanza á sus pies rugido lastimero.
¡Ay, que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De victimas sin cuento
Lloró la destrucción Mantua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolación habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno;
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno;
Allí el joven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.

En balde, en balde gime,
De los duros satélites en torno,
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor: la pavorosa
Fatal descarga suena,
Que á luto y llanto eterno la condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuanto estrago!
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?
Exclama el triste, en lágrimas deshecho.
«Mi pan y mi mansión partí contigo,
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
Templé tu sed, y me llamé tu amigo:
¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
Con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando ¡fuego!
Tinto en su sangre el desgraciado espira.
Y en tanto ¿dó se esconden,
Dó están ¡oh, cara patria! tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que, haciendo alarde
De su perfidia y dolo,
A merced de los vándalos te dejan;
Como entre hierros el león, forcejan
Con inútil afán. Vosotros solo,
Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,

Que osando resistir el gran torrente,
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente,
Si de mi libre musa
Jamás el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
A que la acción magnánima os eleva,
El himno oid que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama aligera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.
Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolación sus plazas cubre,
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco són de los preñados bronce,
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Oís cómo rompiendo
De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan, que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen,
Bramando los atroces foragidos,
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cuál se despliegan,
Penetrando en los hondos aposentos,
De sangre y oro y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á la sangrienta espada.
Aquí, matando al dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada:

La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmin de su mejilla
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro,
De su verdugo ante los pies se humilla
Timida virgen, de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfange damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.
¡Horrible atrocidad!... ¡Treguas, oh musa,
Que ya la voz rehusa,
Embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta,
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Pallas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamigeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heroico que en los aires zumba,
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico són la regia frente,
Y del Patrón valiente

Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
¡Oh sombras infelices
De los que alevé y bárbara cuchilla
Róbó á los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
Cruzáis los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el dón, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padrón cruento
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,
La vil traición del déspota se lea,
Y altar eterno sea
Donde todo español al mónstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda
Y á cien generaciones se difunda.

À LA INFLUENCIA DEL ENTUSIASMO PÚBLICO
EN LAS ARTES

Leida en la Real Academia de San Fernando en su Junta general, para la distribución de premios, celebrada el día 24 de Septiembre de 1868.

¡Cual, en rápido vuelo,
El númen fué que á Píndaro y á Apéles
Al remoto cenit alza y encumbra
Del estrellado cielo
Sobre el astro inmortal que al mundo alumbró?

¿Quién es el poderoso
Genio que al vate y al pintor valiente
La débil línea y el fugaz sonido,
Venciendo al orgulloso
Atlas que erguida la marmórea frente
Sobre los montes de África descuella,
Con marca fiel de eternidad los sella?
¿Quién? Sólo el corazón. Cuando inflamado
De vehemente pasión oprime el pecho,
La osada fantasía
Cede á su ardor, y el cerco de la esfera
Siendo ya á su poder limite estrecho,
Sus obras inmortales
Del tiempo vencen la veloz carrera.
Él fué quien blando suspiró en Tibulo,
Trazo los celestiales
Rasgos que á Venus dan gracia y belleza;
Él la noble osadía
Fijó de Apolo en la gentil cabeza;
Y á par que en el sonoro
Canto de Homero al implacable Aquiles
El penacho agitó del yelmo de oro,
Y en su seno encender los ayes supo
Con que la triste Andrómaca suspira.
Dió el intenso gemir al noble grupo
Dó en lastimoso afán Laoconte espira.
Él solo fué. Si á la espartana gente,
Ardiendo en sedición, calmó Terpandro;
Si Timoteo audaz con prestos sonos
Logró encender el alma de Alejandro
En el vario volcán de las pasiones,
Primero las sintió. Quién á los ecos

De virtud y de gloria no se inflama,
Ni al tierno sollozar del afligido
Súbito llanto de piedad derrama;
El que al público bien ó al patrio duelo,
De gozo ó noble saña arrebatado,
Cual fuego que entre aristas se difunde,
O como chispa eléctrica invisible
Que en instantáneo obrar rápida cunde,
Su corazón de hielo
Hervir no siente en conmoción secreta,
Ni aspire á artista, ni nació poeta.
¡En balde, ansioso, el mármol fatigando,
Puliendo el bronce, en desigual contienda
Pugnará con teson! Por mas que hollando
De insuficiente imitación la senda
Al Corregio sus gracias pida en vano,
Alma al gran Rafael, brillo á Ticiano,
Nunca en su tabla el hijo de Dione
Maligno excitará falaz sonrisa,
O al fiero ardor de los combates Ciro;
Ni hará gemir la moribunda Elisa,
Ni á Hécuba sierva arrancará un suspiro.
¿Y ¡qué! en las artes sólo
Ejerce el corazón su noble influjo?
Cuanto el hombre en magnánima osadía
Digno, grandioso y singular produjo,
Obra es suya también. Dadme que un día,
Su frente un pueblo alzando,
Al baldón de extranjería tiranía
Temblar de justa indignación se vea;
Que la máscara hipócrita arrojando,
Que al bien opone el sórdido egoísmo,

El honor, la virtud su númen sea;
Y antes que, en muda admiración suspenso
Sus rasgos de heroísmo,
Su saber, su valor, sus glorias cuente,
Podré el cauce agotar del mar inmenso,
Y á par de Sirio levantar mi frente.
¡Oh tú, claro esplendor del griego nombre,
Célebre Atenas, de las artes templo
Y hora misero polvo y triste ejemplo
De la barbarie y del furor del hombre!
Ya sus leyes dictando
Contemple á tu Solon, ó á Fidias mire
La gran deidad del Ática animando;
Ya embebecido admire
Del dulce Anacreón la voz divina,
O al fuerte impulso de tu heroico brío
Hollada en Maratón y en Salamina
La soberbia de Jérges y Darío;
De tu gloria, asombrado,
Ante el coloso excelso me confundo,
Y veces mil te aclamo, enajenado,
Modelo, envidia, admiración del mundo.

Mas ¡quién podrá del púb'lico entusiasmo
Los portentos medir? Su hermosa llama
No bien lució en tu seno, oh patria mía,
Y ya al indico mar vuela tu fama.
Tú, que atenta me escuchas,
Amable juventud, y en lid activa
Entre las armas y las artes luchas,
Contempla ¡cuán hermosa perspectiva
De grandeza y de honor se abre á tus ojos!
Tú, de fervor patriótico inflamada,

En tanto que entre bélicos despojos
Aterra al domador de cien naciones
La saña de los héspedes leones,
Por cuanto el mar abarca con sus olas
Extenderás sus hechos generosos
Y el blason de las artes españolas.

Si; yo os lo anuncio: Zéuxis y Lisipos
De la Hespéria seréis. Si en vano un día
Atónito el viajero,
Del Cid el busto y de Cortés buscando,
Los términos corrió del pueblo ibero,
A vuestro genio ardiente
Tanta dicha el destino reservando,
Respirar los verá. Que de repente
En firme pedestal se alce Pelayo
Y al pérfido opresor del orbe espante;
Haced que su semblante,
En santo fuego y cólera encendido,
Llene de horror las playas agarenas,
Y en su tumba Tarif lance un gemido,
Que haga temblar las libicas arenas.

Mas ¡qué! ¡la antigua España
Modelos de heroísmo y bizarría
A vuestro noble afán concede sólo?
¡Ya en su seno fecundo no los cria?
¡Qué! ¡No ois el rumor de tanta hazaña
La ancha esfera llenar de polo á polo?
Ellos harán eterno vuestro nombre:
Vosotros su valor. Patente veo
La edad futura, y la espaciosa entrada
Descubro del magnífico Museo,
Donde entre claros timbres y blasones,

Su sien de lauro ornada,
Inclitos héroes á Castilla ostentan,
Y en los regios salones,
Que en usos viles profanados fueron
Subir las artes miro
A más alto esplendor que nunca vieron
Grecia ni Roma, ni Sidon ni Tiro.
Allí pincel fogoso,
De Polignoto envidia y de Timántes,
Las proezas brillantes
De Cataluña indómita renueva;
El galo, aquí, medroso,
Sueltas las riendas al bridón lozano,
Huye el furor del agil édetano;
Allá en acento rudo,
Como acosada fiera de Jarama,
Dupont soberbio entre cadenas brama,
Mientras Bétis sañudo
Petos y cascos y águilas sangrientas
Revuelve entre sus aguas turbulentas.
No lejos, tremolando
Las barras de Aragón, á Augusta veo
Contra el tesón del vándalo luchando;
Y como roca altiva, que resiste
Una vez y otras mil la rabia suma
Del mar hinchado, que feroz la embiste
Y al cielo arroja la sonante espuma,
Domando así su bárbara porfia,
Opone al galo fiero
Pechos de pedernal, brazos de acero.
¡Oh magia del pincel! Sobre el glorioso
Montón de escombros de la antigua torre,

Que á la horrisona bomba se desploma,
Allí el aragonés su frente asoma
Indómita y serena,
Y al terco sitiador de espanto llena.
Mas ¿qué otra imagen tu atención cautiva,
De amor tu pecho y de placer colmando,
Parnáside feliz? ¿No ves orlada
De fresco lauro y de naciente oliva
La regia sien del séptimo Fernando?
¡El rey no es éste que Madrid gozosa,
Con vivas mil y cantos de alegría,
Del sol de Tauro á la esplendente lumbre
Vió en majestad bañado y lozania?
¡Cuán grande! ¡Cuán augusto
Ya de Pirene en la enriscada cumbre
Huella con firme planta
De su alevé opresor la infiel garganta!
¡Grata esperanza! Tan dichoso día
¿Será que luzca al horizonte ibero?
Sí, no dudéis; lo decretó el destino.
El español guerrero
Romperá rey amado, tus prisiones,
Y enemigos pendones
Tenderá por alfombras al camino.
Nuevo Tito serás; benigno el cielo,
En júbilo tornando los clamores
Con que la patria fiel por tí suspira,
Mis ojos te verán; faustos loores
Daré á tu nombre..... y romperé mi lira.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALEJANDRO REYES"
Año 1926 MONTREY, MEXICO

Á LA MUERTE DE LA DUQUESA DE FRÍAS

Al sonante bramido
Del piélago feroz, que el viento ensaña,
Lanzando atrás del Turia la corriente;
En medio al denegrido
Cerco de nubes que de Sirio empaña
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el cárabo obscuro
Ayes despide entre la breña inculca,
Y á tardo paso soñoliento Arturo
En el mar de occidente se sepulta;
A los mustios reflejos
Con que en las ondas alteradas tiembla
De moribunda luna el rayo frío,
Daré, del mundo y de los hombres lejos,
Libre rienda al dolor del pecho mío.
Sí, que al mortal á quien del hado el ceño
A infortunios sin término condena,
Sobre su cuello misero cargando
De uno en otro eslabón larga cadena,
No en jardín halagüeno,
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Saltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna
Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira
Que escenas sólo de aflicción recuerdas;
Lira que ven mis ojos con espanto,

Y á recorrer tus cuerdas
Mi ya trémula mano se resiste!
Ven, lira del dolor: ¡Piedad no existe!
¡No existe y vivo yo! ¡No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba!
¿Cuando en tal hermosura alma tan bella
De la corte española
Más digno fué y espléndido ornamento?
¡Y aquel mágico acento
Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mía!
Y ¡qué! fortuna impía,
¿Ni su postrer adiós oír me dejas?
¿Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¿Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Su pálidos despojos?
¡Ay! derramen sin duelo
Sangre mi corazón, llanto mis ojos.
¡Por qué, por qué á la tumba,
Insaciable de víctimas, tu amigo
Antes que tú no descendió, señora?
¿Por qué al menos contigo
La memoria fatal no te llevaste,
Que es un tormento irresistible ahora?
¿Qué mármol hay que pueda
En tan acerba angustia los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?
Aún resuena en mi oído

El espantoso obús lanzando estragos,
Cuando mis ojos ávidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron,
A tu arribo, marcial salva triunfante.
Con inmóvil semblante
Escucho amedrentado el són horrendo
De los globos mortíferos, en torno
Del leño frágil á tus pies cayendo,
Y el agua que á su empuje se encumbraba
Y hasta las altas grímpolas saltaba.
El dulce sopro de Favonio, en tanto,
Las velas hinche del bajel ligero,
Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronce fiero,
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
¡Salve, oh deidad! del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada;
¡Salve, oh deidad! de gozo enajenada,
La ruidosa marina,
Que á ti se agolpa y el batel rodea,
Y al cielo sube el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citerea.
Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gades;
Absortas te envidiaron
El pie donoso y la mejilla pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,

El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito: no empero
Sentí en el alma el pasador agudo
De bastarda pasión, que á dicha pudo
Del honor y el deber la ley severa
Ser á mi pecho impenetrable escudo.
Mas ¡quién el homenaje
De afecto noble, de amistad sincera
Cuál yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubría,
Que en cuerpo tan gallardo relucía
Como rico brillante en joya de oro?
¡Cuántas! ¡ay! qué apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Betis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez el eco blando
Detuvo el paso á la tranquila fuente;
Ya el primor ensalzando
Que al fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavón matiza;
Ya la varia fortuna
Del cetro godo y del laurel romano,
O el poder sobrehumano
Que de un sopro derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como al antiguo Encélado, á una roca.
Pero otro dón magnífico, sublime,
Más alto que el ingenio y la hermosura
Debiste al Criador, vivaz destello
De su lumbré inmortal, alma ternura.

¡Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazón? El escondido
Volcán que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apenas,
Un infortunio, un rasgo generoso,
Un sacrificio heroico hervir hacia.
Entonces agitado
Tu rostro angelical resplandecía
De más purpúreo rosicler cubierto;
Del seno relevado
La extraña conmoción, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos,
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban,
El gesto, el ademán, los mal seguros
Acentos, la expresión... ¡Ah! Nunca, nunca
Tan insigne modelo
De estro feliz, de inspiración divina,
Mostró Casandra en los dardanos muros,
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y sólo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Sólo á tu blando ruego
La Amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor, su hermano.
¡Quién, sino tú, señora,
Dejando inquieta la mullida pluma
Antes que el frío tálamo la Aurora,

Entrar osara en la mansión del crimen?
¡Quién, sino tú, del duro carcelero,
Menos al són del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara *Piedad*, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heroico ejemplo,
Y que mi gratitud cuelgue en el templo
De la santa Amistad digna corona...
En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumía,
Cuando sordo á mis quejas,
Rayaba apenas en las altas rejas
El perezoso albor del nuevo día.
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oído;
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos,
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atención excita,
Que hacia mí sin cesar la mano agita
Con labio mudo y sonreír funesto.
Salto del lecho y sigole azorado,
Cruzando los revueltos corredores
De aquella triste y lóbrega caverna,
Hasta un breve recinto iluminado
De moribunda y fúnebre linterna.
Y á par que por oculto
Tránsito desaparece,
Como visión fantástica, el cerbero,

De nuevo extraño bulto
Sombra confusa que se acerca y crece,
La angustia dobla de mi horror primero.
Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa
A la pálida luz mi vista errante
Los bellos rasgos de *Piedad* divisa
Entre los pliegues del cendal flotante!
¡Por qué, por qué benigna,
Clamé bañado en llanto de alborozo,
Osas pisar, señora,
Esta morada indigna,
Que tu respeto y tu virtud desdora?
¡Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,
Del placer celestial que el alma oprime,
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prisión, mi fin bendigo.
«A este obscuro aposento
No á que de pena ó de placer espire
La voz de la amistad mis pasos guía,
Sino á esforzar tu desmayado aliento
Contra los golpes de la suerte impía.
Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crimen en su pecho sienta
El punzante aguijón; que al alma noble,
Do la inocencia plácida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni el són de los cerrojos la intimida.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varón constante.
Pronto será que el astro rutilante,
Que jamás estas bóvedas visita,

De la calumnia vil triunfar te vea:
Mi fausto anuncio tu consuelo sea».
Serálo, sí; lo juro;
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;
Que el dichoso mortal á quien risueño
Mira el destino... No acabé. A deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo: es tarde; baste ya, señora.
«¡Adiós! ¡Adiós! Del vulgo malicioso,
Que al despertar del sol sacude el sueño,
Temo el labio mordaz. ¡Adiós te queda!»
Aguarda... «¡Adiós!...» Y en soledad sumido,
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda.
¡Oh digno; oh generoso
Dechado de amistad! ¡Oh alegre día!
¡Y en dónde estás, en dónde,
Angel consolador, Duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mía?
¡Gran Dios, y ni responde
De su esposo infeliz al caro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
¡Ni de su triste huérfana el lamento
Con ambos brazos al sepulcro asida,
Ablanda sus entrañas maternas!
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol
En balde importunáis. Hará el rocío
Del venidero Abril que al campo vuelva

La verde pompa que abrasó el estío;
Mas no esperéis que el tûmulo sombrío
La devorada víctima devuelva,
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oír que sordos ecos.

En él de bronce y oro,
Inclito vate, entallaran cinceles
Vuestro heroico blasón, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles...
¡Inútil afanar! La cien ceñida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa cítara, moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo á compasión... ¡En vano!
Resonaran con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos eisnes tu infortunio inspira
Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo en canto peregrino.
Mas ¡ay! ¿podrá su lira
Forzar las puertas del edén divino,
Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar, en ti clavado?
A más alto poder, misero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige,
Que entre sollozos lúgubres exhalas.
Al Ser inmenso que los orbes rige,
En las rápidas alas
De ferviente oración remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella
Que en mis brazos creció cándida niña,

Trasunto vivo de tu esposa bella,
Dará benigno el cielo
Paz á su madre, á tu aflicción consuelo.
Si; que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazón le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

— 349 —
DON DIONISIO SOLÍS

LA PREGUNTA DE LA NIÑA

Madre mía, yo soy niña;
No se enfade, no me riña,
Si fiada en su prudencia
Desahogo mi conciencia,
Y contarle solícito
Mi desdicha ó mi delito,
Aunque muerta de rubor.
Pues Blasillo el otro día,
Cuando mismo anocheía,
Y cantando descuidada
Conducía mi manada,
En el bosque, por acaso,
Me salió solito al paso,
Más hermoso que el amor.
Se me acerca temeroso,
Me saluda cariñoso,
Me repite que soy linda,
Que no hay pecho que no rinda,
Que si río, que si lloro,

A los hombres enamoro,
Y que mato con mirar.
Con estilo cortesano
Se apodera de mi mano,
Y entre dientes, madre mía,
No sé bien qué me pedía;
Yo entendí que era una rosa,
Pero él dijo que otra cosa,
Que yo no le quise dar.
¿Sabe usted lo que decía
El taimado que quería?
Con vergüenza lo confieso,
Mas no hay duda que era un beso,
Y fué tanto mi sonrojo,
Que irritada de su arrojo,
No sé como no morí.
Mas mi pecho enternecido
De mirarle tan rendido,
Al principio resistiendo,
Él instando, yo cediendo,
Fué por fin tan importuno,
Que en la boca, y solo uno,
Que me diera permití.
Desde entonces, si le miro,
Yo no sé por qué suspiro,
Ni por qué si á Clori mira
Se me abrasa el rostro en ira;
Ni por qué, si con cuidado
Se me pone junto al lado,
Me estremezco de placer.
Siempre orillas de la fuente
Busco rosas á mi frente,

— 349 —
DON DIONISIO SOLÍS

LA PREGUNTA DE LA NIÑA

Madre mía, yo soy niña;
No se enfade, no me riña,
Si fiada en su prudencia
Desahogo mi conciencia,
Y contarle solícito
Mi desdicha ó mi delito,
Aunque muerta de rubor.
Pues Blasillo el otro día,
Cuando mismo anocheía,
Y cantando descuidada
Conducía mi manada,
En el bosque, por acaso,
Me salió solito al paso,
Más hermoso que el amor.
Se me acerca temeroso,
Me saluda cariñoso,
Me repite que soy linda,
Que no hay pecho que no rinda,
Que si río, que si lloro,

A los hombres enamoro,
Y que mato con mirar.
Con estilo cortesano
Se apodera de mi mano,
Y entre dientes, madre mía,
No sé bien qué me pedía;
Yo entendí que era una rosa,
Pero él dijo que otra cosa,
Que yo no le quise dar.
¿Sabe usted lo que decía
El taimado que quería?
Con vergüenza lo confieso,
Mas no hay duda que era un beso,
Y fué tanto mi sonrojo,
Que irritada de su arrojo,
No sé como no morí.
Mas mi pecho enternecido
De mirarle tan rendido,
Al principio resistiendo,
Él instando, yo cediendo,
Fué por fin tan importuno,
Que en la boca, y solo uno,
Que me diera permití.
Desde entonces, si le miro,
Yo no sé por qué suspiro,
Ni por qué si á Clori mira
Se me abrasa el rostro en ira;
Ni por qué, si con cuidado
Se me pone junto al lado,
Me estremezco de placer.
Siempre orillas de la fuente
Busco rosas á mi frente,

Pienso en él y me sonrío,
Y entre mí le llamo mío,
Me entristezco de su ausencia,
Y deseo en su presencia
La más bella parecer.

Confundida, peno y dudo,
Y por eso á usted acudo;
Dígame, querida madre,
Si sentía por mi padre
Este plácido tormento,
Esta dulce que yo siento,
Deliciosa enfermedad.

Diga usted con qué se cura
Ó mi amor, ó mi locura,
Y si puede por un beso,
Sin que pase á más exceso,
Una niña enamorarse,
Y que trate de casarse
A los quince de su edad.

DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

BLANCA-FLOR

CANCIÓN ROMÁNTICA

«¿A qué es puertas y ventanas
Clavar con tanto rigor,
Si de par en par abiertas
Tengo las del corazón?»

Así con su madre á solas
Lamenta su reclusión,
La bella niña cenceña,
La del quebrado color;
De amargo llanto los ojos,
El pecho lleno de amor;
*Y de par en par abiertas
Las puertas del corazón.*

¡Madre, la mi madre, dice,
Madre de mi corazón,
Nunca yo al mundo naciera,
Pues tan sin ventura soy!
Atended á las mis cuitas,
Haced de mi compasión,
*Y de par en par abridme
Las puertas del corazón.*

Yo me levantára un día
Cuando canta el ruiseñor,
El mes era de las flores,
A regar las del balcón.

Un caballero pasára
Y me dijo: ¡Blanca Flor!
Y de par en par abrióme
Las puertas del corazón.

Si blanca, su decir dulce,
Colorada me paró:

Yo callé, pero miréle:
¡Nunca le mirara yo!
Que de aquel negro mirar
Me abraso en llamas de amor;
Y de par en par abrió
Las puertas del corazón.

Otro día, á la alborada
Me cantára esta canción:
«¿Donde estás la blanca niña,
Blanco de mi corazón?»
En laud con cuerdas de oro,
Y de regalado son,
Que de par en par me abriera
Las puertas del corazón.

Él es gallardo y gentil,
Gala de la discreción;
Si parla, encantan sus labios,
Si mira, mata de amor;
Y, cual si yo su sol fuera,
Es mi amante girasol;
Y abrióme de par en par,
Las puertas del corazón.

Yo le quiero bien, mi madre,
(¡No me lo demande Dios!)
Quiérole de buen querer,
Que de otra manera no.
Si el querer bien es delito,
Muchas las culpadas son,
Que de par en par abrieron
Las puertas del corazón.

Vos, madre, mal advertida,
Me claváis reja y balcón.
Clavad, madre, enhorabuena:
Mas de esto os aviso yo,
Cada clavo que claváis
Es una flecha de amor,
Que de par en par me pasa
Las telas del corazón.

Yo os obedezco sumisa,
Y no me asomo al balcón.
«¿Que no hable?—Yo no hablo.
¿Que no mire?—¿Miro yo?»
Pero «que le olvide», madre...
Madre mía, olvidar no;
Que de par en par le he abierto
Las puertas del corazón.

En fin vos amásteis, madre;
Señora abuela riñó:
Mas por fin vos os velásteis,
Y á la fin fin nació yo.
Si vos reñís, como abuela,
Yo amo cual amásteis vos,
Al que abrió de par en par
Las puertas del corazón.

— 355 —

DON JUAN MARÍA MAURY

LA TIMIDEZ

A las márgenes alegres
Que el Guadalquivir fecunda,
Y adonde ostenta pomposo
El orgullo de su cuna,
Vino Rosalba, sirena
De los mares que tributan
A España, entre perlas y oro,
Peregrinas hermosuras.
Más festiva que las auras,
Más ligera que la espuma,
Hermosa como los cielos,
Gallarda como ninguna.
Con el hechicero adorno
De tantas bellezas juntas,
No hay corazón que no robe,
Ni quietud que no destruya.
Así Rosalba se goza;
Mas la que tanto procura
Avasallar libertades,
Al cabo empeña la suya.

Lisardo, joven amable,
Sobresale entre la turba
De esclavos que por Rosalba
Sufren de amor la coyunda.

Tal vez sus floridos años
No bien de la edad adulta
Acaban de ver cumplida
La primavera segunda.

Aventajado en ingenio,
Rico en bienes de fortuna,
Dichoso, en fin, si supiera
Que audacias amor indulta.

Idólatra más que amante,
Con adoración profunda,
A Rosalba reverencia
Y deidad se la figura.

Un día alcanza otro día,
Sin que su amor le descubra;
El respeto le encadena,
Y ella su respeto culpa.

Bien á Lisardo sus ojos
Dijeran que más presuma;

Pero él, comedido amante,
Ó los huye ó no los busca.

Perdido y desconsolado,
Una noche en que natura

A meditación convida
Con su pompa taciturna,

Mientras el disco mudable,
En que ceñirse acostumbra,

Entre celajes de nácar
Esconde tímida luna;

Al margen del sacro río
La inocente suerte acusa,
Y así fatiga los aires
Con endechas importunas:

«Baja tu vuelo

Amor altivo,
Mira que al cielo

Osado va;

Buscas en vano

Correspondencia,

Amor insano,

Déjame ya.

»Déjame el alma

Que otra vez libre

Plácida calma

Vuelva á tener;

¡Qué digo, necio!

El cielo sabe

Si más aprecio

Mi padecer.

»Gima y padezca,

Una esperanza

Sin que merezca

A mi deidad;

Sin que le pida

Jamás el premio

De mi pérdida

Felicidad.

»Tímida boca,

Nunca le digas

La pasión loca

Del corazón,

A donde oculto

Está su templo,

Y ofrenda y culto

Lágrimas son.»

Más dijera, pero el llanto,

En que sus ojos abundan,

Le interrumpe, y las palabras

En la garganta se anudan.

Cuando junto á la ribera,

En un valle donde muchas

Del árbol grato á Minerva

Opimas ramas se cruzan,

Suave cuanto sonora,

Lisardo otra voz escucha,

Que, enamorando los ecos,

Tales acentos modula:

«Prepara el ensayo

De más atractivos

La rosa en los vivos

Albores de Mayo:

»Si al férvido rayo

Su cáliz expone,

Que el sol la corone

En premio ha logrado,

Y es reina del prado

Y amor de Dióne.

»¡Oh fuente! ¡En eterno

Olvido quedaras

Si no te lanzaras

Del seno materno;

»Tal vez el invierno

Tu curso demora,

Mas tú, vencedora,
Burlando las nieves
A tu impetu debes
Los besos de Flora.

»Y tú, que en dolores
Consumes los años,
Autor de tus daños
Por vanos temores,
»En pago de amores
No temas enojos,
Enjuga los ojos,
Que el Dios que te hiere
Más culto no quiere
Que audacias y y arrojos».
Rayos son estas palabras
Que al ciego joven alumbran,
Quién su engaño reconoce
Y la voz que las pronuncia.
Y al valle se arroja, á donde
Testigos de su ventura
Fueron las amigas sombras
De la noche y selva muda;
Mas muda la selva en vano,
Y en vano la sombra obscura;
No sufre orgullosa Venus
Que sus victorias se encubran.
Lo que celaron los ramos,
Las cortezas lo divulgan,
Que en ellas dulces memorias
Con emblemas perpetúan.
Las Náyades en los troncos
La fe y amor que se juran

Leyeron, y ruborosas
Se volvieron á sus urnas.

LA RAMILLETERA CIEGA

Caballeros, aqui vendo rosas;
Frescas son y fragantes á fe;
Oigo mucho alabarlas de hermosas:
Eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mí ni belleza ni gala
Tiene el mundo, ni luz ni color;
Mas la rosa del cáliz exhala
Dulce un hálito, aroma de amor.

Cierra, cierra tu cerco oloroso,
Tierna flor, y te duele de mí:
No en quitarme tasado reposo
Seas cándida cómplice así.

Me revelas el bien de quien ama;
Otra dicha negada á mi ser:
Debe el pecho apagar una llama
Que no puede en los ojos arder.

Tú, que dicen la flor de las flores,
Sin igual en fragancia y matiz,
Tú la vida has vivido de amores,
Del Favanio halagada feliz.

Caballeros, compradle á la ciega
Esa flor que podéis admirar:
La infeliz con su llanto la riega;
Ojos hay para solo llorar.

— 361 —

DON JOSE SOMOZA

LA SED DE AGUA

De la fuente Inés volvía,
Y el peso la fatigaba
Del cántaro que llevaba,
Pues quince años no tenía.
Contra su seno agitado
Su blanco y desnudo brazo
Ceñía con dulce abrazo
Aquel cántaro envidiado.
Descargóle y tomó aliento
Sobre una florida alfombra,
Bajo la sonora sombra
De un olmo que mece el viento;
Cuando acertára á pasar
Por aquel sitio Lisardo,
El mancebo más gallardo
De todos los del lugar.
Él llevaba sed, y al ver
El cántaro le dió más,
Y dijola «Inés, ¿me das
De ese cántaro á beber?»

Ell a los ojos alzó,
Y mirando su semblante
Halagüeño y suplicante,
Respondióle «¿Por qué no?»
Y con su mano graciosa
La punta del delantal
Pasaba por el brocal
Del cántaro, vergonzosa.

«Excusado es tanto esmero
En limpiar el borde, Inés,
Dijo el zagal, si no es
Que otro ha bebido primero.»

Ella dijo: «En el vasar
Siempre por mí madre ha estado
Este cántaro guardado
Sin dejármelo estrenar.»

Bien lo conoció el mancebo
Cuando comenzó á beber,
Que es fácil de conocer
Agua de cántaro nuevo.

Y como mientras bebía,
Á la zagala miraba,
Su boca se refrescaba,
Pero su pecho se ardía.

«No bebas tanto, zagal,
Decía Inés, retirando
El cántaro y suspirando;
Hacerte pudiera mal.»

Lisardo, por el contrario,
Se empeña en beber sin tasa,
Y el cántaro por el asa
Arrebata temerario.

Pero lo que sucedió
Con semejante violencia
Fué que en la fatal pendencia
El cántaro se rompió.

El grito más doloroso,
Por la cuitada lanzado,
A los ecos fué llevado
Por el viento vagaroso;
Y de color y sentido
Privada, al suelo viniere,
Si el mancebo no la hubiera
En sus brazos recibido.

«¡Ay, triste de mí exclamaba
Cuando, en su acuerdo volviendo,
Los bellos ojos abriendo,
En llanto los inundaba;

»Mi madre bien me decía
Que el cántaro no expusiera;
Mas yo, que tan frágil era
El cántaro, no creía.

»¡Quién había de negar
Una sed de agua, ni quién
Pensára que el hacer bien
tan caro suel costar?

»No lo hice á mal hacer,
Dijo el mozo á Inés; perdona
Si las quiebras mi persona
Te puede satisfacer.

»Dame la mano, y de aquí
Los dos á tu casa iremos;
A tu madre la diremos
Cómo el cántaro rompí;

»Que yo de barro tan tierno
No le juzgué ciertamente,
Mas, pues fué un día á la fuente,
No había de ser eterno.»

ROMANCE GITANESCO

¡Conque, es fijo, chaira mía,
Que tu gracia he camelado,
Que al cielo subí en presona
Y al sol detuve en mis brazos!

¿A qué hora, fortunilla,
Te burlas de un desdichado?
Si no puedes sostenerme,
¿Por qué me subes tan alto?

El triunfo de las morenas,
De los cuerpos el dechado,
Y un alma... que Dios en prueba
De su poder ha formado,

Todo fué de este *ganchoso*:
Yo amarínaba aquel barco,
Entre borrascas de dichas,
Un mar de gracias surcando.

A oscuras las tres potencias,
Y todo el juicio murciano,
Suspiro lo venidero
Y no gozo lo pasado.

¡Qué estrella tan desdichada
Lucirá sobre tu chairo,

Y en los erguidos álamos ufana
Penda siempre esta cítara, aunque nueva;
Que ya á sus ecos hermosura humana
No ha de ensalzar mi voz.

Á LA MEMORIA

Hija del cielo, bella Mnemosina,
Que de Jove fecunda,
Diste la vida á Clio en la colina
Que eterna fuente inunda:
Si ya algún día te adoré en el ara
Que el pincel sobrehumano
Del vencedor de Apeles te elevava
En el jardín Albano,
Báñame, oh diosa, en tu esplendor risueño,
Que abrasa y no devora,
Y, rico de tu don, mire con ceño
Cuanto Crespo atesora.
Tú, diosa, de purísimos placeres
Aurora eres divina,
Tú en las desgracias y tristezas eres
Celeste medicina.
Por tí se goza el adalid dichoso
En su pasada gloria,
Y bajo sus laureles orgulloso
Ve durar su victoria.
Por tí el amor sus triunfos eterniza,
Y en lazo permanente
Aprisiona el placer que se desliza
Cual rápido torrente.

Por tí á los campos vuelo de la aurora,
Y el Indo nacer miro,
Y á par de la cuadriga voladora
Por cielo y tierra giro.
Tú, la muerte venciendo y las edades,
Reengendras las acciones,
Y nuevo lustre al esplendor añades
De gloriosos varones.
Tú á los llanos de Egipto me arrebatas,
Del saber clara fuente,
Y sus altas pirámides retratas
A mi atónita mente.
Allá tu gloria, Salamina, veo;
Tu campo allá se ufana
¡Oh Maraton! con el feliz trofeo
De la fuerza persiana.
Ya escucho al vencedor de Trasimena
Y á tí, por quien Cartago
Vió trasladar á la africana arena
De Canas el estrago.
Ilustres héroes, de mi patria gloria,
Aún habláis, y al oiros,
Del pecho lanza vuestra fiel memoria
Tristísimos suspiros.
Haz que mi nombre, al númen glorioso
Eternamente unido,
En ecos de la fama victorioso
Burlé el innoble olvido,
Y brille ¡oh diosa! en tu mármoreo templo,
Donde mi Elisio brilla;
Elisio á todos celestial ejemplo
De virtud sin mancilla.

El alba en Oriente
Mas plácida brilla;
De cándido nácar
Los cielos matiza.

Pálida está de amores
Mi dulce niña;
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

¡Qué linda se muestra,
Si á dulces caricias
Afable responde
Con blanda sonrisal
Pero muy más bella
Al amor convida,
Si de amor se duele,
Si de amor suspira.

Pálida está de amores
Mi dulce niña;
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

Sus lánguidos ojos
El brillo amortiguan;
Retiemblan sus brazos;
Su seno palpita;
Ni escucha, ni habla,
Ni vé, ni respira;
Y busca en mis labios
El alma y la vida.....

Pálida está de amores
Mi dulce niña;
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

EL SÁTIRO

O tú, más feble al seductor halago
Que tierno lino al revolver del viento,
Cuando mecido en la feraz llanura
Trémulo ondea!

Si allá te oprime en sus nerviosos brazos,
Su negra boca á tu semblante uniendo
De rojas moras con fealdad teñida,

Sátiro inmundo,

No más te acuerdes de mi amor primero;
Ni el labio mío con su blando bozo
El pecho halague que punzaron antes
Ásperas cerdas.

Al pie del sauce, en tu apacible baño,
Yo vi estampada la redonda huella
Del torpe amante, y del brutal retozo

Turbias las aguas:

Anda pues, falsa, y su enastada frente
Ciñe en el bosque con lasciva yedra;
Mientras oculto con mi fiel zagala

Plácido río.

EL AMOR EN VENTA

Acudid, zagalas.....

¡Qué lindo Amor vendo!
Miradle en mi mano,
Por las alas preso.

¿Es dócil?.... Y niño.
¿Donoso?.... Hechicero.
¿Calladito?.... Mudo.
¿Complaciente?.... Ciego.
¿Alegre?.... Cual Mayo.
¿Veloz?.... Como el viento.
¿Y fiel?.... Cual vosotras.
Ya no le queremos.

EL NIDO

¿Dónde vas, zagal cruel,
Dónde vas con ese nido,
Riyendo tú mientras pian
Esos tristes pajarillos?
Su madre los dejó solos
En este momento mismo,
Para buscarles sustento
Y dárselo con su pieo.....
Mírala cuán azorada
Echa menos á sus hijos,
Salta de un árbol en otro,
Va, torna, vuela sin tino:
Al cielo favor demanda
Con acento dolorido;
Mientras ellos en tu mano
Baten el ala al oírlo.....
Tú también tuviste madre,
Y la perdiste aun muy niño,
Y te encontraste en la tierra
Sin amparo y sin abrigo!....

Las lágrimas se le saltan
Al cuitado pastorcillo,
Y vergonzoso y confuso
Deja en el árbol el nido.

LA ALHAMBRA

Venid á mis voces, doncellas hermosas
Que holláis la ribera del Dauro y Genil;
Venid coronadas de sándalo y rosas,
Más puras, más frescas que el aura de Abril.
Flotando en la espalda los negros cabellos,
Los ojos de fuego, los labios de miel,
La túnica suelta, desnudos los cuellos,
Cantando de amores seguidme al verjel.....
Amor resonaron las grutas del río;
Amor en las selvas cantó el ruiseñor;
Amor las montañas, el bosque sombrío,
La tierra, los cielos repiten *amor*.
Y allá en el Alcázar, orgullo del moro,
Que ya de tres siglos la mano arruinó,
Rodando en los muros de mármoles y oro,
Un sordo murmullo de *amor* resonó.....
¿Qué se hizo su gloria, su pompa, su encanto,
Los triunfos y empresas de tanto galán?
¿Las cañas y fiestas, la música y canto,
Jardines y baños y fuentes dó están?
El jaspe ya cubren abrojos y espinas;
Do rosas crecieron, la zarza se vé;
A llanto provocan las miseras ruinas;
Los rotos escombros detienen el pie.....

¡Ay! Ninfas del Dauro, venid á mis voces;
Mirad cual fenecen la gloria y beldad;
Y en tanto que vuelan las horas veloces,
De amor las dulzuras, la dicha gozad!

EL JILGUERO

«Por qué me dejas, ingrato?
Vuelve á mi voz, jilguerillo;
Y no pagues cual Damón
Mis cuidados y cariño:
Eras mi solo consuelo,
Eras mi mejor amigo;
Contigo partí mi lecho,
Mi seno te di por nido.....
Noches enteras pasaste
En mi regazo dormido;
Y apenas rayaba el alba,
Me despertaban tus trinos:
Tú mis lágrimas veías,
Tú escuchabas mis suspiros,
A ti solo confié
El nombre del fementido.....»
Así Flora se quejaba;
Mas vió en la rama de un mirto
Acariciando á su esposa
Al pintado pajarillo:
Envidia tuvo al mirarle;
Sintió su dolor más vivo;
Y prorrumpió en estas voces,
Dando un profundo gemido:

«¡Sé feliz, ave inocente,
Con tu esposa y con tus hijos;
Que no hay ventura en la tierra
Si está el corazón vacío!»

EL RECUERDO DE LA PATRIA

Ví en el Támesis umbrío
Cien y cien naves cargadas
De riqueza;
Ví su inmenso poderío,
Sus artes tan celebradas,
Su grandeza:
Mas el ánimo afligida
Mil suspiros exhalaba
Y ayes mil;
Y ver la orilla florida
Del manso Dauro anhelaba
Y del Genil.
Ví de la soberbia corte
Las damas engalanadas,
Muy vistosas;
Ví las bellezas del norte,
De blanca nieve formadas
Y de rosas:
Sus ojos de azul del cielo;
De oro puro parecía
Su cabello;
Bajo transparente velo
Turgente el seno se vía,
Blanco y bello.

¿Mas qué valen los brocados,
Las sedas y pedrería
De la ciudad?
¿Qué los rostros sonrosados,
La blancura y gallardía,
Ni la beldad?
Con mostrarse mi zagala,
De blanco lino vestida,
Fresca y pura,
Condena la inútil gala,
Y se esconde confundida
La hermosura.
¿Do hallar en climas helados
Sus negros ojos graciosos,
Que son fuego,
Ora me miren airados,
Ora roben cariñosos
Mi sosiego?
¿Do la negra cabellera
Que al ébano se aventaja?
¿Y el pie leve,
Que al triscar por la pradera
Ni las tiernas flores aja,
Ni aun las mueve?
Doncellas las del Genil,
Vuestra tez escurecida
No tocara
Por los rostros de marfil
Que Albión envanece
Me mostrara:
Padre Dauro, manso río
De las arenas doradas,

Dígnate oír
Los votos del pecho mío;
Y en tus márgenes sagradas
Logre morir!

EL TRIUNFO

El placer que rebose en mi alma,
Zagalas del Dauro, festivas cantad:
El Amor ha dejado los cielos,
Y el nido en mi pecho por siempre hizo ya.
¿Qué ventura en la tierra hay que iguale
Al sumo contento que ofrece el amor?
Los sentidos, el alma y potencias
A tanta delicia bastantes no son.
En el bosque de nardos y rosas
Al fin de mi amada vencí la esquivéz;
Tuya soy, pronunciaron sus labios;
Y al punto en sus labios su aliento aspiré.
Blando lecho brindaron las flores;
La tórtola amante más tierna gimió;
Y las ramas de un sauce inclinando,
El hurto dichoso cobija el pudor.

— 375 —

DON MANUEL MARÍA DE ARJONA

LA DIOSA DEL BOSQUE

¡Oh si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura
Que vi algún día de inmortal dulzura
Este bosque bañar!
Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza;
Deja, pues, diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar.
Que no es amor mi tímido alborozo,
Y me acobarda el rígido escarmiento
Que ¡oh Piritóo! condenó tu intento,
Y tu intento Ixion.
Lejos de mi sacrilega osadía;
Bástame que con plácido semblante
Acceptes en tus altares, pía,
Mi ardiente adoración.
Mi adoración; y el cántico de gloria
Que de mí el Pindo atónito ya espera;
Baja tú á oírme de la sacra esfera,
¡Oh radiante deidad!

Y tu mirar más nitido y suave
He de cantar, que fúlgido lucero,
Y el limpio encanto que infundirnos sabe
Tu dulce majestad.

De pureza jactándose natura,
ha formado del cándido rocío
Que sobre el nardo al apuntar de estío
La aurora derramó;

Y excelsamente lánguida retrata
El rosiel pacífico de Mayo
Tu alma; Favonio su fresca grata
A tu hablar trasladó.

¡Oh imagen perfectísima del orden
Que liga en lazos fáciles el mundo!
Sólo en los brazos de la paz fecundo,
Sólo amable en la paz!

En vano con espléndido aparato
Finge el arte solícito grandezas;
Natura vence con sencillo ornato
Tan altivo disfraz.

Monarcas, que los pérsicos tesoros
Ostentáis con magnífica porfia,
Copiad el brillo de un sereno día
Sobre el azul del mar;

Ó copie estudio de émula hermosura
De mi deidad el mágico descuido;
Antes veremos la estrellada alba
Los hombres escalar.

Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento
Ya las alas del céfiro recibe,
Y al pecho ilustre en que tu numen vive,
Vuela, vuela veloz.

Y en los erguidos álamos ufana
Penda siempre esta cítara, aunque nueva;
Que ya á sus ecos hermosura humana
No ha de ensalzar mi voz.

Á LA MEMORIA

Hija del cielo, bella Mnemosina,
Que de Jove fecunda,
Diste la vida á Clío en la colina
Que eterna fuente inunda:
Si ya algún día te adoré en el ara
Que el pincel sobrehumano
Del vencedor de Apeles te elevara
En el jardín Albano,
Báñame, oh diosa, en tu esplendor risueño,
Que abrasa y no devora,
Y, rico de tu don, mire con ceño
Cuanto Cresos atesora.
Tú, diosa, de purísimos placeres
Aurora eres divina,
Tú en las desgracias y tristezas eres
Celeste medicina.
Por tí se goza el adalid dichoso
En su pasada gloria,
Y bajo sus laureles orgulloso
Ve durar su victoria.
Por tí el amor sus triunfos eterniza,
Y en lazo permanente
Aprisiona el placer que se desliza
Cual rápido torrente.

Por tí á los campos vuelo de la aurora,
Y el Indo nacer miro,
Y á par de la cuadríga voladora
Por cielo y tierra giro.

Tú, la muerte venciendo y las edades,
Reengendras las acciones,
Y nuevo lustre al esplendor añades
De gloriosos varones.

Tú á los llanos de Egipto me arrebatas,
Del saber clara fuente,
Y sus altas pirámides retratas
A mi atónita mente.

Allá tu gloria, Salamina, veo;
Tu campo allá se ufana
¡Oh Maratón! con el feliz trofeo
De la fuerza persiana.

Ya escucho al vencedor de Trasimena
Y á tí, por quien Cartago
Vió trasladar á la africana arena
De Canas el estrago.

Ilustres héroes, de mi patria gloria,
Aún habláis, y al oiros,
Del pecho lanza vuestra fiel memoria
Tristísimos suspiros.

Haz que mi nombre, al núnmen glorioso
Eternamente unido,
En ecos de la fama victorioso
Burlé el innoble olvido,

Y brille ¡oh diosa! en tu mármoreo templo,
Donde mi Elisio brilla;
Elisio á todos celestial ejemplo
De virtud sin mancilla.

¡Ah! Si por dicha en la ribera ardiente
Yo del Níger me viera,
Sonar tu nombre, Elisio, eternamente
Sobre mi lira hiciera.

Y allí fuera feliz; que si temores
siempre al inicuo oprimen,
Sabes, diosa, colmar con tus favores
A un corazón sin crimen.

FIN DEL TOMO I

ÍNDICE

	Págs.
INTRODUCCIÓN.....	v
La Poesía lírica y épica en la España del siglo XIX...	1
FLORILEGIO DE POESÍAS CASTELLANAS.	
<i>Meléndez Valdés:</i>	
El despecho.....	259
Rosana en los fuegos.....	261
<i>Don Melchor Gaspar de Jovellanos:</i>	
A Arnesto.....	266
Al mismo.....	271
<i>Don José de Vargas Ponce:</i>	
Proclama de un solterón.....	281
<i>Don Leandro Fernández de Moratín:</i>	
A Claudio el filosofastro.....	293
Epístola á D. Simón Rodrigo Laso.....	296
Elegía á las Musas.....	300
<i>Don Juan Bautista Arriaza:</i>	
La despedida de Silvia.....	303
Himno de la victoria.....	309
<i>Don Manuel José Quintana:</i>	
A España después de la revolución de Marzo.....	314
Al armamento de las provincias españolas contra los franceses.....	319
<i>Don Juan Nicasio Gallego:</i>	
El Dos de Mayo.....	326
A la influencia del entusiasmo público en las Artes...	331
A la muerte de la duquesa de Frías.....	338
<i>Don Dionisio Solís:</i>	
La pregunta de la niña.....	348

¡Ah! Si por dicha en la ribera ardiente
Yo del Níger me viera,
Sonar tu nombre, Elisio, eternamente
Sobre mi lira hiciera.

Y allí fuera feliz; que si temores
siempre al inicuo oprimen,
Sabes, diosa, colmar con tus favores
A un corazón sin crimen.

FIN DEL TOMO I

ÍNDICE

	Págs.
INTRODUCCIÓN.....	v
La Poesía lírica y épica en la España del siglo XIX...	1
FLORILEGIO DE POESÍAS CASTELLANAS.	
<i>Meléndez Valdés:</i>	
El despecho.....	259
Rosana en los fuegos.....	261
<i>Don Melchor Gaspar de Jovellanos:</i>	
A Arnesto.....	266
Al mismo.....	271
<i>Don José de Vargas Ponce:</i>	
Proclama de un solterón.....	281
<i>Don Leandro Fernández de Moratín:</i>	
A Claudio el filosofastro.....	293
Epístola á D. Simón Rodrigo Laso.....	296
Elegía á las Musas.....	300
<i>Don Juan Bautista Arriaza:</i>	
La despedida de Silvia.....	303
Himno de la victoria.....	309
<i>Don Manuel José Quintana:</i>	
A España después de la revolución de Marzo.....	314
Al armamento de las provincias españolas contra los franceses.....	319
<i>Don Juan Nicasio Gallego:</i>	
El Dos de Mayo.....	326
A la influencia del entusiasmo público en las Artes...	331
A la muerte de la duquesa de Frías.....	338
<i>Don Dionisio Solís:</i>	
La pregunta de la niña.....	348

	Página.
<i>Don Bartolomé José Gallardo:</i>	
Blanca-Flor (canción romántica).....	351
<i>Don Juan María Maury:</i>	
La timidez.....	354
La Ramillettera ciega.....	359
<i>Don José Somoza:</i>	
La sed de agua.....	360
Romance gitanesco.....	363
<i>Don Francisco Martínez de la Rosa:</i>	
La niña descolorida.....	365
El sátiro.....	367
El amor en venta.....	367
El nido.....	368
La Alhambra.....	369
El jilguero.....	370
El recuerdo de la patria.....	371
El triunfo.....	373
<i>Don Manuel María de Arjona:</i>	
La diosa del bosque.....	374
A la memoria.....	376

OBRAS DE DON JUAN VALERA

- Pepita Jiménez; un vol. en 8.º, Ptas. 3.
 Doña Luz; un vol. en 8.º, 3.
 El comendador Mendoza; un vol. en 8.º, 3.
 Algo de todo; un vol. en 12.º, 2,50.
 Las ilusiones del doctor Faustino; dos vols. en 8.º, 5.
 Pasarse de listo; un vol. en 12.º, 2,50.
 La buena fama; un vol. en 16.º con grabados, 2,50.
 El hechicero. El bermejino prehistórico. Las salamandras azules; un vol. en 16.º con grabados, 2,50.
 Dafnis y Cloe (traducción del griego); un vol. en 8.º, 3.
 Estudios críticos; tres vols. en 12.º, 9.
 Disertaciones y juicios literarios; dos vols. en 12.º, 6.
 Cuentos y diálogos; un vol. en 12.º, 2,50.
 Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia; tres volúmenes en 12.º, 9.
 Tentativas dramáticas; un vol. en 12.º, 2,50.
 Canciones, romances y poemas; un vol. en 12.º, 5.
 Cuentos, diálogos y fantasías; un vol. en 12.º, 5.
 Nuevos estudios críticos; un vol. en 12.º, 5.
 Cartas americanas (primera serie); un vol. en 12.º, 7.
 Nuevas cartas americanas (segunda serie); un vol. en 8.º, 3.
 Morsamor; un vol. en 8.º, 4.
 La Metafísica y la poesía. Polémica con D. Ramón de Campamór, 3.
 Pequeñeces... Currita Albornoz al P. Luis Coloma; un folleto en 8.º, 1.
 Las mujeres y las Academias, cuestión social inocente; un folleto en 8.º, 1.
 Ventura de la Vega, biografía y estudio crítico; un vol. en 8.º con el retrato del biografiado, 1.
 A vuelo pluma, artículos literarios y artísticos; un vol. en 8.º, 4.
 Genio y figura; un vol. en 8.º, 3.
 De varios colores; un vol. en 8.º, 3.
 Juanita la larga (3.ª edición); un vol. en 8.º mayor con grabados, 6.
 Ecos Argentinos; un vol. en 8.º, 3,50.

